



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México.*

Datos de la revista:

Año XXX, Vol. CLXXVIII, Núm. 5 (septiembre-octubre de 1971).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

5

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035
Apartado Postal 965
Teléfono 5-75-00-17

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL LIBROS DE MEXICO, S.A.
Av. Coyoacán No. 1035

AÑO VVA

5

SEPTIEMBRE-OCTUBRE
1971

INDICE

Pág. 3

INTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS

Jesús Silva Herzog

EL PENSAMIENTO ECONOMICO, SOCIAL
Y POLITICO DE MEXICO

(1810-1964)

Con 690 páginas y 51 retratos de los autores que se estudian. Encuadernado en tela.

Si usted quiere conocer lo que han pensado 54 mexicanos distinguidos sobre los problemas de la República, es indispensable la lectura de este libro.

—oOo—

PRECIOS:

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
México	70.00	
América y España		6.00

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

REALIDADES DE LA REFORMA AGRARIA

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
Investigación socioeconómica directa de los ejidos de Aguascalientes, por Mercedes Escamilla	10.00	1.00
Investigación socioeconómica directa de los ejidos de San Luis Potosí, por Eloísa Alemán	10.00	1.00

Estos dos libros contienen investigaciones sobre el terreno realizadas durante varios meses con criterio técnico y sin ninguna influencia política. El lector podrá enterarse de los resultados reales de la reforma agraria mexicana.

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS



De venta en las mejores librerías
de México



Distribuye

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17

PROBLEMAS DEL DESARROLLO

Revista Latinoamericana de Economía

Órgano trimestral del Instituto de Investigaciones Económicas
de la Universidad Nacional Autónoma de México

Director: Fernando Carmona de la Peña

México, D. F. Año II, Número 8 Julio-Septiembre de 1971

C O N T E N I D O :

OPINIONES Y COMENTARIOS de: Antonio García, sobre *La crisis económica de los E.U.A. y América Latina*; José Luis Ceceña Gámez, sobre *La crisis del dólar*.

ENSAYOS Y ARTICULOS: Alonso Aguilar Monteverde, *El capitalismo del subdesarrollo: Un capitalismo sin capital y sin perspectivas*

Ramón Martínez Escamilla, *La reforma liberal: Transformación de la propiedad y de la fuerza de trabajo*

José Luis Ceceña Cervantes, *La ignorancia obstinada y la planificación*

TESTIMONIOS: Entrevistas con Roger Garaudy (Francia) y Lucio Colletti (Italia)

LIBROS Y REVISTAS

DOCUMENTOS Y REUNIONES

PROBLEMAS DEL DESARROLLO aparece la primera semana de enero, abril, julio y octubre. PRECIO EN MÉXICO: Suscripción anual \$ 80.00; estudiantes: Semestral \$ 35.00; anual \$ 70.00. Número atrasado \$ 35.00, 1 y 2 agotados. EXTRANJERO: Suscripción anual: Dls. 7.00; número atrasado, Dls. 4.00.

PEDIDOS A: Instituto de Investigaciones Económicas. Ciudad Universitaria, México 20, D. F.

REVISTA IBEROAMERICANA

ORGANO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE
LITERATURA IBEROAMERICANA

Director: Alfredo A. Roggiano
Secretario-Tesorero: Julio Matas
Universidad de Pittsburg. 1617 C.L.



No. 71 (Dedicado a Vallejo)

- | | |
|----------------------------|--|
| Julio Ortega | Lectura de Trilce |
| Eduardo Neale-Silva | Poesía y sociología en Trilce |
| Keith McDuffie | Una fracasada traducción inglesa de Poemas humanos |
| Keith McDuffie | Trilce I y la función de la palabra en la poética de César Vallejo |
| Carlos Germán Belli | En torno a Vallejo |
| Raúl A. Castagnino | Vallejo narrador |
| Luis Alberto Sánchez | La prosa periodística de César Vallejo |
| James Higgins | El absurdo en la poesía de César Vallejo |
| André Coyne | Vallejo y el surrealismo |
| Alfredo A. Roggiano | Mínima guía bibliográfica |



COMISION EDITORIAL (1969-1971)

- Fernando Alegría, Stanford University, Palo Alto, California.
Fred P. Ellison, University of Texas, Austin, Texas.
Seymour Menton, University of California, Irvine, California.
Emir Rodríguez Monegal, Yale University, New Haven, Connecticut.
Guillermo Sucre, University of Pittsburgh, Pittsburg, Pa.

Venta, suscripciones y canje: 1617 C.L. University of Pittsburg, Pa. 15213.
Suscripción anual: Europa y U.S.A., 7 dólares; América Latina. 3 dólares.

La perspectiva general del desarrollo. El financiamiento de desarrollo económico. Planificación económica y administración pública. Problemas del desarrollo agrícola. La política de desarrollo industrial. La cuestión de la distribución del ingreso. Relaciones económicas internacionales. La inversión extranjera directa. Desarrollo tecnológico y política educativa.

cuestiones económicas nacionales

comercio exterior, 1951-1970

banco nacional de comercio exterior, s.a.
volúmenes 1. 1971

Emilio Blanco Patiño, Francisco Nicolás Quintero, Antonio Amadoriz, David Borjak, Manuel Bravo Jiménez, Dwight S. Brothers, Antonio Calderón Martínez, Sergio de la Peña, Gustavo Esteva, Eduardo Flores, Homero Flores de la Peña, Plácido García Toyosca, Rodrigo Gómez, Guillermo Haré, David Barra, Armando Labra, Ilgenia H. de Ravarolo, Octavio Marcelo Tascón, Jorge Eduardo Rosarrete, Alfredo Navarrete Romero, Ignacio Vicuña, Jesús Prieto Viquez, Carlos Quiñana, Sergio Rojas Osorio, Gustavo Romero Kolbeck, Ricardo Turres Galán, Víctor L. Urquidí, Miguel S. Wenczek.

Una
selección
de
artículos
sobre
problemas
económicos
de
México
aparecidos
entre
1951 y 1970
en

comercio exterior

\$5000

Pedidos a - Ordres to

BANCO NACIONAL DE
COMERCIO EXTERIOR, S. A.

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES

Av. Reforma 32 México 1, D. F.

UN NUEVO LIBRO
 LA REFORMA AGRARIA EN EL DESARROLLO
 ECONOMICO DE MEXICO

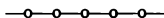
POR

MANUEL AGUILERA GOMEZ

El licenciado Aguilera Gómez es uno de los jóvenes mejor preparados en la ciencia de la economía política. Trabajó durante cinco años para dar cima a este libro, el primero que se ha escrito relacionando la reforma agraria mexicana y su influencia en el desarrollo económico del país.

El material acumulado laboriosamente dará al lector una visión nueva de problema tan fundamental, no sólo en lo económico sino en lo social y en el campo de la lectura.

El Banco Nacional de México ha otorgado a este libro el Premio 1970.



INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
 ECONOMICAS

Precios:

México .	\$ 40.00	
Extranjero .		4.00 Dls.

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Teléfono: 5-75-00-17

*Precios
Pesos Dólares*

JAMES W. WILKIE.—EDNA MONZON
DE WILKIE

MEXICO VISTO EN EL SIGLO XX

Entrevistas de historia oral. Ramón Beteta, Marte R. Gómez, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano, Miguel Palomar y Vizcarra, Emilio Portes Gil, Jesús Silva Herzog

Ninguna de las personas entrevistadas se propuso hacer su autobiografía o la historia contemporánea de México, no obstante lo cual, hay un poco de lo uno y de lo otro. Sin embargo, tenemos la seguridad de que el contenido de la obra será de indudable utilidad e interés para historiadores, sociólogos, economistas, políticos y aún para sicólogos

100.00 9.00



INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17

INSTITUTO MEXICANO DE
INVESTIGACIONES ECONOMICAS

	Pesos	Dls.
<i>Colección de Folletos para la Historia de la Revolución Mexicana</i> , dirigida por JESÚS SILVA HERZOC.		
Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La cuestión de la tierra". De 1910 a 1917	20.00	2.00
<i>Bibliografía de la Historia de México</i> , por ROBERTO RAMOS	100.00	10.00
<i>Trayectoria y ritmo del crédito agrícola en México</i> , por ALVARO DE ALBORNOZ	65.00	6.00
<i>El Problema Fundamental de la agricultura Mexicana</i> , por JORGE L. TAMAYO, autor de la <i>Geografía General de México</i> . Esta obra es algo así como un grito de alarma sobre el futuro del campo mexicano	20.00	2.00
<i>Investigación socioeconómica directa de los ejidos de San Luis Potosí</i> , por ELOÍSA AIEMÁN	10.00	1.00
<i>El pensamiento económico, social y político de México. 1810-1964</i> , por JESÚS SILVA HERZOC	70.00	6.00
<i>México Visto en el Siglo XX</i> , por James Wilkie y Edna M. de Wilkie	100.00	9.00
<i>Investigación socioeconómica directa de los ejidos de Aguascalientes</i> , por Mercedes Escamilla	10.00	1.00

—oOo—

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17



RECIENTES EDICIONES

NOVEDADES

- G. LUCE Y J. SEGAL
El insomnio 492 pp.
- VARIOS AUTORES
Dos polémicas sobre el desarrollo de América
Latina 242 pp.
- F. WERTHAM
La señal de Caín 384 pp.
- D. MORRIS
La biología del arte 244 pp.
- C. SINELNIKOFF
La obra de Wilhelm Reich 320 pp.
- H. VALDES
Zoom 272 pp.
- C. DAGUM
Introducción a la econometría 264 pp.
- A. NUÑEZ DEL PRADO
Estadística básica para planificación 248 pp.

En todas las librerías o en Gabriel Mancera No. 65

México 12, D. F. — Tel.: 5-43-93-92

MANEJE
AUTO
NUEVO EN
EUROPA

ES MAS BARATO QUE
RENTARLO PORQUE
USTED PAGA SOLO LA
DEPRECIACION Y GASTOS
- ESTRENE EL SUYO -
- VISITENOS -

Le entregamos su **RENAULT** nuevo
donde lo desee.

AUTOS FRANCIA
SERAPIO RENDON 117
TELEFONO 5-66-55-22

ó consulte a su Agente de Viajes



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

de nuestras novedades

Hanno Beck
ALEXANDER VON HUMBOLDT
496 pp. Ilustrado. Emp. \$125.00

C. E. Ferguson
TEORIA MICROECONOMICA
456 pp. Emp. \$110.00

Wilburg Jiménez Castro
ADMINISTRACION PUBLICA PARA EL DESARROLLO INTEGRAL
420 pp. Emp. \$90.00

Francisco Rojas González
CUENTOS COMPLETOS
460 pp. \$55.00

Ramón López Velarde
OBRAS
Edición de José Luis Martínez
866 pp. Emp. \$80.00

C. F. Jones y G. G. Darkenwald
GEOGRAFIA ECONOMICA
(Nueva edición puesta al día)
1020 pp. Emp. \$225.00

Enrique González Martínez
OBRAS COMPLETAS
Homenaje de EL COLEGIO NACIONAL
864 pp. \$80.00

ANTOLOGIA DE SU OBRA POETICA
Selección y prólogo de J. Torres Bodet
192 pp. \$22.00

Pierre Van der Berghe
PROBLEMAS RACIALES
260 pp. Emp. \$35.00

Louis Gautier-Vignal
MAQUIAVELO
116 pp. Emp. \$25.00

Martin Brons y Mathias Mende
DURERO
80 pp. 79 láminas. Emp. \$65.00

PIDALOS EN EL FONDO DE CULTURA ECONOMICA, AVENIDA
UNIVERSIDAD 975, MEXICO 12, D. F. (ABIERTO DE LAS 9 A LAS
20 HORAS DE LUNES A SABADO) Y EN TODAS LAS BUENAS
LIBRERIAS.

C E R V E Z A

MALTA, ARROZ, LUPULO Y AGUA



Por sus ingredientes la cerveza es una bebida sana, pura y de bajo contenido alcohólico.

La industria cervecera mexicana, elabora esta bebida con los más modernos procedimientos y ajustándose a la más estricta higiene.

Selecciona cuidadosamente las materias primas, ejerce un control científico minucioso y puede afirmar, con orgullo, que la cerveza mexicana es la mejor del mundo.

Además es una bebida muy económica; digna de estar en todos los hogares de México... ¡y qué agradable!



ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA

MEXICO, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO
Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	América y		
		México	España	Europa
		Precios por ejemplar		
		Pesos	Dólares	
1942	90.00	7.20	7.50
1943	90.00	7.20	7.50
1944	Números 2, 3, 5 y 6	90.00	7.20	7.50
1945	Número 4	90.00	7.20	7.50
1946	90.00	7.20	7.50
1947	Número 6	90.00	7.20	7.50
1948	Número 6	90.00	7.20	7.50
1949	Números 2 al 6	90.00	7.20	7.50
1950	Número 3	90.00	7.20	7.50
1951	75.00	6.00	6.30
1952	Número 4	75.00	6.00	6.30
1953	Números 3 al 6	75.00	6.00	6.30
1954	Números 3, 5 y 6	75.00	6.00	6.30
1955	Números 1 y 6	75.00	6.00	6.30
1956	Números 2 al 6	75.00	6.00	6.30
1957	Los seis números	75.00	6.00	6.30
1958	Números 3 y 6	75.00	6.00	6.30
1959	Los seis números	75.00	6.00	6.30
1960	Números 1 y 6	75.00	6.00	6.30
1961	Números 3 al 5	45.00	3.60	3.90
1962	Números 2, 4, 5 y 6	45.00	3.60	3.90
1963	Números 1 y 6	45.00	3.60	3.90
1964	Números 1, 2, 4 y 6	45.00	3.60	3.90
1965	Número 4	45.00	3.60	3.90
1966	Número 6	45.00	3.60	3.90
1967	Números 1 al 6	45.00	3.60	3.90
1968	Números 1 a 6	45.00	3.60	3.90
1969	Número 6	45.00	3.60	3.90
1970	Números 4 al 6	45.00	3.60	3.90

SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

México	\$ 150.00	
Otros países de América y España		Dls. 13.50
Europa y otros continentes 15.50

PRECIO DEL EJEMPLAR DEL AÑO 1971

México	\$ 30.00	
Otros países de América y España		Dls. 2.70
Europa y otros continentes 3.00

Los pedidos pueden hacerse a:

Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965
o por teléfono al 5-75-00-17
México, D. F.

Véanse en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

**COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943
Y COLECCIONES COMPLETAS.**

PETROLEOS MEXICANOS

AL

SERVICIO DE MEXICO

Marina Nacional 321

México, D. F.

CASA DE LAS AMERICAS

revista bimestral

Colaboraciones de los mejores escritores latinoamericanos,
y estudios de nuestras realidades.

Director: ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Suscripción anual, en el extranjero:
Correo ordinario, tres dólares canadienses
Por vía aérea, ocho dólares canadienses

* * *

Casa de las Américas, Tercera y G, El Vedado,
La Habana, Cuba

SIN NOMBRE

Revista trimestral literaria
Directora: Nilita Vientós Gastón
Subdirectora: Monalisa L. Pérez-Marchand
Administradora: Ortilia Oliveras de Carreras

SUMARIO

Vol. I, No. 4 — Abril-Junio — 1971

*ENRIQUE ANDERSON IMBERT: Sólo un instante, un instante sólo.
*LUIS A. DIEZ: "Conversación en la catedral": Saga de corrupción y
mediocridad. *TRES POETAS: VICENTE ALEXANDRE, FRANCISCO
MATOS PAOLI, ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR. *MANUEL DU-
RAN: Espacio y tiempo en tres poemas de Antonio Machado. *MAGALI
GARCIA RAMIS: Todos los Domingos. *LUCE LOPEZ-BARALT: Algu-
nas observaciones sobre el rescate artístico de la niñez en "Cien años de
soledad" y "El tambor de hojalata". *GERMAN GULLON: Similitudes
ambientales: Rulfo y Valle-Inclán. *MARTA MORELLO-FROSCH: "La
traición de Rita Hayworth" o el arte nuevo de narrar películas. *NOTAS.
*LOS LIBROS: FRANK DAUSTER, JOSE ORTEGA, CARLOS RAMA,
SALVADOR TIO, CARMEN QUIROGA DE CEBOLLERO, JOSE EMI-
LIO GONZALEZ. *COLABORADORES.

SUSCRIPCIÓN

Un año	\$10.00
Estudiantes Puerto Rico	\$ 5.00
Número suelto	\$ 2.75

Apartado 4391

San Juan, Puerto Rico 00905

CUADERNOS AMERICANOS

(La revista del nuevo mundo)

Publicación bimestral

Circula ampliamente por todos los continentes

Precios para 1971

Suscripción anual:

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
México	150.00	
Otros países de América y España		13.50
Europa y otros continentes		15.50

Precio del ejemplar:

México	30.00	
Otros países de América y España		2.70
Europa y otros continentes		3.00

Ejemplares atrasados precio convencional

HAGA SUS PEDIDOS A:

Av. Coyoacán 1035

México 12, D. F.

Apartado 965

México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17

REVISTA HISPANICA MODERNA

Fundador: Federico de Onís

Se publica trimestralmente. Dedicamos atención preferente a las literaturas española e hispanoamericana de los últimos cien años. Contiene artículos, reseñas de libros, textos y documentos para la historia literaria moderna y una bibliografía hispánica clasificada. Publica periódicamente monografías sobre autores importantes con estudios sobre la vida y la obra, una bibliografía, por lo general completa y unas páginas antológicas.

Directores:

Eugenio Florit y Susana Redondo de Feldman

Precio de suscripción y venta: 6 dólares norteamericanos al año.

Número sencillo: 1.50 dólares, Número doble: 3.00 dólares

HISPANIC INSTITUTE

Columbia University

612 West 116th Street New York, N. Y. 10027

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XXX

VOL. CLXXVIII

5

SEPTIEMBRE-OCTUBRE

1 9 7 1

MÉXICO, D. F., 1º DE SEPTIEMBRE DE 1971

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Rubén BONIFAZ NUÑO
Pedro BOSCH-GIMPERA
Pablo GONZALEZ CASANOVA
Manuel MARTINEZ BAEZ
Arnaldo ORFILA REYNAL
Jesús REYES HEROLES
Javier RONDERO
Manuel SANDOVAL VALLARTA
Jesús SILVA HERZOG
Ramón XIRAU
Agustín YAÑEZ

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia

CUADERNOS AMERICANOS

No. 5

Septiembre-Octubre de 1971

VOL. CLXXVIII

INDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Págs.</i>
LOLÓ DE LA TORRIENTE. El compromiso y los escritores Cubanos	7
ANGEL RAMA. La Generación Crítica Uruguaya (1939- 1969) II Parte	18
MANUEL AGUILERA G. Balance de la Nueva Ley de Re- forma Agraria	49

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

JOSÉ BLANCO AMOR. El Desafío de los Robots	71
FRANCISCO JULIÃO. Cada pueblo tiene su estrella	86
ALEJANDRO LORA RISCO. Conceptos y límites de la crea- ción literaria americana	96
Un libro muy Geográfico y poco Económico, por ANGEL BASSOLS BATALLA	107

HOMENAJE A BENITO JUAREZ

Apuntes para sus hijos.—Justificación de las Leyes de Reforma.—Discurso de Dic. 15 de 1861.—Frente a la Intervención Francesa.—Hay que seguir la lucha con lo que podamos hasta donde podamos.—La Fran- cia Demócrata.—Manifiesto de Julio 16 de 1867	115
---	-----

PRESENCIA DEL PASADO

LEOPOLDO PENICHE VALLADO. La sustancia teatral en las novelas de Cervantes	153
---	-----

	<i>Págs.</i>
ROBERT M. SCARI. El teatro y la moral en el pensamiento de Larra	160
JESÚS SILVA HERZOG. El Capitalismo en la segunda mitad del Siglo XIX	166
MANUEL MALDONADO DENIS. De Diego y Albizu Campos	177

DIMENSION IMAGINARIA

RAÚL LEIVA. Oda a Fuensanta y Elegía a López Velarde	195
LUIS GONZÁLEZ-DEL-VALLE y ANTOLÍN GONZÁLEZ-DEL-VALLE, Visión del hombre y de la sociedad en tres dramaturgos Argentinos contemporáneos	210
ORLANDO EDREIRA. Una Cala en la técnica literaria de Mariano Azuela	229
JAIME A. MONTESINOS. Contra la nada que acecha: Julio Cortázar	237
EFRÉN NÚÑEZ MATA. Joaquín Clausell, pintor impresionista mexicano	244
ALFREDO GÓMEZ GIL. Ana María Matute	250
MIREYA ROBLES. La Fuente de Cocoa	255

INDICE DE ILUSTRACIONES

	<i>Frente a pág.</i>
Las Fuentes Brotantes, Oleo sobre tela	248
Tormenta de Nieve, Oleo	"
Fuentes Brotantes, Oleo sobre tela	"
Camino de San Angel a Tlalpan, Oleo	"
Tlalpan (Claro en el Bosque), Oleo sobre tela	"
El Pintor Joaquín Clausell	"
Fuentes Brotantes de Tlalpan	249

Nuestro Tiempo

EL COMPROMISO Y LOS ESCRITORES CUBANOS

Por Loló DE LA TORRIENTE

I

Prolegómenos

DESDE época distante el antagonismo entre autoridad y escritores y compromiso y evasión ha sido objeto de diatribas. El intelectual ha dicho que "defiende" su libertad pero las bibliotecas están llenas de libros en los que la libertad se inclina ante la apologética. La justificación se ha hallado en la "necesidad" de librar el sustento y mecenas, y hombres poderosos han tomado en sus manos la "protección" de aquellos a los que han querido librar de esa lucha terrible que es la lucha por la vida. A fines del siglo XVIII los prerrománticos lanzaron un movimiento de repulsa contra la razonadora ilustración que "frenaba los sentimientos". El "mundo del buen sentido" fue bombardeado por el *sturm und drang* pero muchos de sus miembros se desalmidonaron y aquel "ímpetu y ataque" contra todo lo establecido (ley-autoridad-civilización-sociedad) desfogó como tempestad en vaso de agua. La polémica, sin embargo, sigue en pie y, hoy más que nunca, es objeto de controversias y rivalidades. Lo cierto es que los regímenes político-económicos, con los instrumentos de producción en sus manos, determinan su ideología (ya lo dijo Marx) y una clase derrotada tiene que ceder a la fuerza de la clase victoriosa. Para nadie constituye secreto que la evolución de la humanidad, su lucha por la total liberación, ha ido desarrollando ideas y filosofías nuevas y que un siglo, por lo general, se alimenta de lo que produjo el anterior tanto en ciencia y filosofía, como en técnica y medios de investigación. Feudalismo-burguesía-proletariado han utilizado lo que consideraron beneficioso y rechazaron lo que estorbaba o nublabá los fines perseguidos. El desenvolvimiento humano ha estado sujeto a lo mejor que el hombre ha creado y las obras importantes, decisivas, han mantenido su vigencia en todos los tiempos rindiendo provecho a la colectividad que ha marchado, cada vez más, cobrando conciencia de su valor.

Los vestigios del feudalismo se fueron agotando al impulso de nuevas concepciones. La monarquía logró la organización del Estado. Los intelectuales se pasaron al enciclopedismo que guió la revolución francesa nutrida también por la savia renacentista que aportó el racionalismo y la reforma y a lo largo de todo el siglo XVIII se produce la lucha contra la fuerza militar y la intelectual, que ilustra las ideas del mundo, se va haciendo civil produciendo eso que ha dado en llamarse "ideas revolucionarias". Dos momentos estelares tuvo el siglo XVII que iban a alumbrar el XVIII. La imagen física del mundo (Newton) y la crítica subjetivista y sicologista (Locke-Berkeley-Hume). La filosofía kantiana plantea que lo primario en el hombre no es la teoría, sino la *praxis* ("un hacer") culminando en el concepto de "persona moral" cuya faena crítica cumple Kant para dar base a la filosofía del idealismo alemán, que nace con él para terminar con Hegel. El mundo se explica por sí mismo no dejándose extraviar por la limitación de los conocimientos. Ofrecía la primera brecha a la concepción petrificada de la naturaleza un libro de Kant (*Historia Natural y Teoría General del Cielo*) aparecido en 1775. La tierra y todo el sistema solar lo representaba como algo que había ido "formándose" en el transcurso del tiempo y si la tierra se había ido formando, su estado biológico, geográfico y climático, sus plantas y minerales, tenían también que haber ido "formándose". La tierra "tenía" una historia no sólo en el espacio sino también en el tiempo, de las cosas "unas después de las otras". Tales cuestiones subvertían la organización del mundo y simultáneamente se fueron desarrollando ciencias nuevas, anexas, que llevaron al conocimiento que tanto "la Tierra como todo el sistema solar se presentaba como algo que fue formándose en el transcurso del tiempo".

Apareció la geología y verificó la existencia de capas terrestres y, entretanto, la física hacía progresos gigantescos y la química preparaba laboratorios, llenando en parte los abismos que aún después de Kant existían entre la naturaleza orgánica y la inorgánica. El método comparativo estableció la investigación biológica y el empleo sistemático del microscopio, así como los descubrimientos de la célula, los procesos de la panteología y la física hicieron fácil el conocimiento más universal del mundo, sometiendo las fuerzas de la naturaleza al servicio del hombre. Kant había establecido el punto entre el "yo" y las "cosas" por medio de un esquema del "conocimiento" de las cosas, de los fenómenos (externos e immanentes) tal como se manifiestan, como aparecen. La razón "especulativa" se refería a una teoría, a un "puro saber las cosas". La razón "práctica", en cambio, iba a referirse a "un hacer" que es el centro

de la ética kantiana y en la cual se desarrolla el trabajo a partir de la ilustración, tendiéndose a la explotación más minuciosa y eficiente de las colonias y, por lo tanto, al desarrollo económico de las metrópolis y al fortalecimiento político de la burguesía.

II

DURANTE todo el siglo XIX y parte del XX la cultura transitó etapas diversas de ascensos y descensos según los acontecimientos en que se vieron envueltas las potencias. Esclavitud-Guerras Comerciales-Guerras de Liberación nacional-Industrialismo-Desocupación-Guerras Mundiales. Descubrimientos cósmicos-Conquista espacial. A partir de la primera guerra mundial (1914-1918) la literatura de testimonio y el humanismo heroico puso la nota patética en un mundo convulsionado y dramático. En Alemania el expresionismo se constituyó en "un torbellino de fuerza irresistible" pero los grandes autores, cuya obra había sido comenzada ya en la última década del siglo XIX, siguieron su propio rumbo sin dejarse atraer por la novedad expresionista. Desde sus primeros cuentos Thomas Mann (1875-1955) enfrenta el espíritu de libertad y falta de compromiso del artista con los principios sobre los cuales se cimenta la vida burguesa. En un análisis social y síquico (*Die Braddenbrook*, 1901) Mann disecciona tres generaciones. La de él mismo. Es su primera gran novela a la que siguen otras que descubren el abismo que separa al artista de la vida, su soledad y distanciamiento de cuanto es grato y verdadero y su obra maestra, una exposición dialogal extensa (*La montaña mágica*, 1924) no es otra cosa que la síntesis, muy profunda, de un pensamiento que enfoca y desnuda "el espíritu enfermo de Europa". Mann, que fue un maestro, un gran maestro de la ironía traza en sus libros (pero excepcionalmente en *La montaña*) una serie de cuadros desgarrados de la vida espiritual después de la primera guerra. La obra es tan entera, tan conmovedora, que no puede calificarse de denuncia. Es un grito. Un grito desgarrador que los lectores de todo el mundo recogieron como una condena al orden social establecido.

A su condición de judío reconcentrado en sí mismo y a su asimilación de la obra de Dostoyevsky debe Jakob Wassermann (1873-1934) la temperatura de sus novelas en las que se descubre, a través de sus propios reflejos, la fe en el alma humana. Tanto Mann como Wassermann pueden ser catalogados (nunca de pesimistas) sencillamente de inconformes, de insatisfechos del orden social y no lo fue menos el autor de *El Lobo Estepario* (1927) que exploró

el universo persiguiendo valores superiores pero donde Hermann Hesse (nacido en 1877, con afición a la música de la que hace derivar su estética) llega a la concreción de raigambre más humana en esa obra curiosa que se llama *Juego de Abalorios* (1943) en la que aprieta el corazón la soledad del hombre ausente hasta de sí mismo. Su subjetivismo hace sentir cada vez más el divorcio entre el alma humana y la realidad de su tiempo. En Rainer María Rilke (1875-1926) encontramos a un gran poeta frente a las miserias de la gran ciudad que aprisiona, con su fuerza motriz y base material, al escritor, Rilke plasma poéticamente un mundo contrastante. Su canto es una bella tragedia heroica y su rechazo del engranaje social sólo encuentra alivio en ese mundo que él se ha constituido como alojamiento y taller. Los grandes escritores que los siguen rompen todo compromiso con el opresor. Entran en el silencio más íntimo y, en ese silencio, elevan una voz promisoría que imparte felicidad a sus semejantes. Sólo hay una unidad a la cual obedecen: hombre-naturaleza. En esa cápsula el contenido se llama esperanza.

La misma tónica predomina en Francia. Madame Stäel, (1766-1817) defensora de las ideas de Montesquieu, pasó la mayor parte de su vida en el destierro. Víctor Hugo se levanta como la figura del siglo XIX y ataca al régimen imperial. Balzac (1799-1850), sin querer, hunde su escarpelo en la clase que trata de analizar y el romanticismo no quiere ser otra cosa, al adquirir su mayor conciencia entre 1815 y 1820, que la correspondencia literaria pareja al movimiento político. Trataba de buscar valores nuevos (al margen del clasicismo) y promueve el individualismo para mejor fijar el gusto del público por el sentimiento personal, íntimo. Lord Byron, poeta de genio, quebrará violentamente todos los vínculos y relaciones sociales y se entregará, con pasión arrebatada, a cantar la libertad, a luchar por ella y hasta a morir por ella. La mejor literatura de todos los tiempos es aquella que nace, desarrolla y crece al calor de los grandes ideales. La época romántica-naturalista se agita entre preocupaciones de carácter social y, en su entretejido, la belleza oficia como bordado de oro que articula el cuerpo estético. Zola-Daudet-Flaubert-Guy de Maupassant establecieron el equilibrio armónico entre el individualismo pasional romántico y el cientifismo naturalista pero la calidad (Flaubert-Daudet) representó para ellos algo así como el sistema nervioso que va por dentro regulando las emociones.

El comienzo del siglo XX literariamente se ha considerado "una combinación de alegre descuido debido a la prosperidad material, de nerviosidad política por razón de la situación internacional y contiendas interiores y de gran actividad intelectual favorecida por

el enorme desarrollo de la prensa" (Robert G. Escarpit). Pero este siglo, más que ningún otro, estableció el "compromiso" del escritor. Le exigió la educación de las grandes masas y la participación en las realidades políticas y sociales de la época. Este siglo echó una línea fronteriza. Excluyó la evasión y demandó del artista la mayor responsabilidad para dar a sus semejantes la conciencia de su significación histórica, el alivio a sus quebrantos y el disfrute de la felicidad. Este "compromiso" da relieves muy destacados a la obra literaria de la centuria.

La línea cubana

HEREDIA inaugura la línea cubana. Heredia (1803-1839) renuncia a ser un mero poeta contemplativo del mundo físico. Medita. Reflexiona. Viaja y aprende y sus observaciones enriquecen su espíritu. Poéticamente es un profeta ("Meditar en el tiempo futuro, contemplar en el tiempo que fue"). Aunque su vena más inspirada es la de la naturaleza. Heredia se obliga. Se compromete. Se le ha atribuido ese tono declamatorio ajeno a la poesía y propio de la arenga o el discurso político. No se puede rebatir esta opinión (expuesta por muchos y sostenida siempre por Max Henríquez Ureña) pero es lo cierto que las ideas políticas, que seguirá el proceso cubano, se reflejan en la lírica de Heredia y que es él quien fija "la estrella de Cuba" en el triángulo rojo de la bandera nacional. Con acierto se le ha llamado "poeta civil". No hay que forzar demasiado las cosas. ¿Para qué nombrarlo "revolucionario"? Su obra vasta y muy diferenciada, sin unidad, puede (y debe) tenerse en cuenta como una de las más cubanas sin que esto quiera decir que dedicara a la militancia política todas sus estrofas ni todos los momentos de su vida. Valga sólo el *Himno del Desterrado* para destacarlo como el iniciador de esa "línea" que fue zigzagueando hasta llegar a José Martí. Su *Himno* se cantó en los períodos de conspiración y en la emigración y no sin razón está considerado el primer himno de Cuba. Dos estrofas le dan su supremacía:

Cuba al fin te veras libre y pura
como el aire de luz que respiras,
cual las olas hirvientes que miras
de tus playas la arena besar.

Aunque viles traidores te sirvan
del tirano es inútil la saña,

que no en vano entre Cuba y España
tiende inmenso sus olas el mar.

(1829)

A través de toda la literatura cubana del siglo XIX el compromiso está patente. De una u otra forma se canta a la libertad, contra la tiranía y por los auténticos valores nacionales. Es Domingo del Monte (1803-1850) quien llama la atención sobre la necesidad de afilar la mirada para explorar lo nativo y Joaquín Lorenzo Luaces (1826-1867) y José Fornaris (1827-1890) para referirse al ideal acariciado acuden al símbolo o aluden a las descripciones bíblicas. Pero es José Martí (1853-1895) quien fija con hondura ideológica la línea del compromiso del escritor. Para él no había evasiva. El primer deber de un hombre —escribía— "es ser un hombre de su tiempo" y tal pensamiento debe interpretarse en el sentido de "servicio". Ese servicio que él prestó a la América en la que consideraba necesario "contar con los elementos nativos y con ellos crear la nacionalidad". Le salió al paso a los anexionistas y en 1887 —en carta al general Máximo Gómez— le insistía en la necesidad de "impedir que con la propaganda de las ideas anexionistas se debilita la solución revolucionaria".

Y, ¿quién como Martí luchó contra el autonomismo que propagado por los "pico de oro" criollos trataba de quebrantar la conexión del pueblo en su ardiente lucha por la soberanía absoluta? Martí fue el consciente (y consecuente) forjador de una línea ideológica de "Cuba para los cubanos" sin eludir la solidaridad con los pueblos todos de América y el mundo ("Injértese en nuestras repúblicas el mundo, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas"). Y, ¿quién como él trazó una línea para la educación popular que representa la propia del país, eminentemente agrícola? Para Martí la función del gobierno era lograr el "equilibrio de los elementos del país" y, ese equilibrio se logra rescatando y aprovechando las riquezas, creando fuentes de trabajo y capacitando a la población, en su totalidad, para el mejor rendimiento de las fuerzas creadoras. No es un secreto que ese "aprovechamiento" no se había realizado (no se ha realizado todavía). Nos habían educado en una ética (la llamamos *ética* porque hay que llamarla de alguna manera) importada por el enemigo y a la revolución armada que obtuvo la independencia no siguió la de las ideas. Seguimos siendo coloniales, un país colonial. Algunos hombres honestos e ilustres quisieron sacudir aquellas ideas retrógradas y esclavizantes pero los nuevos amos también importaron sus ideas, que primero sutilmente y luego

en forma avasalladora, se impusieron. Fue una lucha desesperada, violenta algunas veces, terrible entre "idealistas" y "practicistas" en la cual quedaron reducidas a estopa no sólo las ideas de Martí sino todo cuanto representaba nuestro caudal ideológico y cultural.

Rescatar ese caudal no es tarea fácil ni rápida. Hace muchos decenios, muchísimos, que no se ignora que "la universidad europea ha de ceder a la universidad americana" y que la historia de los incas (y de todos los pueblos hispanoamericanos) debe enseñarse "al dedillo" pero ¿quién niega que las corrientes culturales extrañas penetran nuestro suelo y subsuelo, se fijan en las zonas más recónditas, supeditan lo nacional y, como torbellino, arrancan de raíz el árbol, sacuden el bosque y siembran con el alud la campiña, la aldea y la gran ciudad? ¿Quién se atrevería a negar que los más auténticos valores de la América se congelan? Poco se lucha contra la invasión y los pueblos de mayor tradición, los más historiados, los más ricos en su expresión, están si no sepultados sí languidecientes bajo una ola fría que amenaza destruirlo todo.

III

RECOGER las manifestaciones de la problemática educacional en todos los niveles; conocer los factores que afectan la labor de los trabajadores de la enseñanza y propiciar la oportunidad de que con el aporte de las masas se promueva el estudio de problemas y, al mismo tiempo, ofrecer recomendaciones que puedan servir de base para elaborar una política educacional, tales fueron los objetivos del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura celebrado en La Habana los días comprendidos del 13 al 30 de abril del presente año. El acontecimiento dio lugar a hablillas, muy especialmente en las cuestiones relativas a la alta cultura y en esferas que por lo general desconocen los problemas de la pedagogía y la cultura cubana. Los datos que ilustran la importancia que tuvo el Congreso son reveladores. Concurrieron casi todos los maestros. Se discutieron 413 ponencias. Se recibieron 7,843 recomendaciones (se compatibilizaron 4,705). Se atendió a lo que piensan, sienten, anhelan y preocupa a los educadores cubanos y antes de iniciarse el Congreso se realizó una activa movilización en la base y se celebraron miles de reuniones en las que participaron elementos de todos los sectores y se erigieron los delegados que en total fueron 1,800 representativos de los organismos educacionales, científicos y culturales del país.

El trabajo fue intenso. Once comisiones se crearon y en las sesiones plenarias se oyó la voz de los delegados que intervinieron li-

bremente en todas las cuestiones caracterizando el Congreso un amplio espíritu de fraternidad, una rigurosa dedicación a las tareas y una crítica saludable que permitió el mayor entendimiento y la sugerencia. Esa dinámica dio el mejor resultado. Reinó el mejor ánimo entre los participantes y, en la práctica, aseguró el éxito del Congreso que reflejó "la imagen de la futura sociedad de nuestro país" que desea plasmar un mundo en el cual no podrá vivir un analfabeto, un ignorante, y la educación será condición elemental de la vida espiritual y moral. En la sesión de clausura el comandante Fidel Castro, Primer Ministro del Gobierno, expresó: "No podemos pretender, ni mucho menos, que hemos logrado ya la perfección, que todas las ideas fueron las óptimas. Pero sí tenemos la seguridad de que nos hemos acercado al máximo, a lo óptimo".

Cuando escribimos de "hablillas en esferas que desconocen los problemas de la pedagogía y la cultura cubana" nos referimos sin eufemismo, pero también sin esquivar, a la abundosa y extraviada, cuando no mal intencionada, campaña desatada precisamente por los que más deben a la generosidad de la revolución cubana. Esa campaña ha estado, sobre todo, dirigida en concreto a aspectos de la cultura y a la obra de creación. Esa campaña, escrita y oral, se ha multiplicado y ha entrado en Cuba por todos los canales. Al gobierno revolucionario y al pueblo cubano no le inquieta. Los pueblos han de vivir criticándose —advirtió Martí— "pero con un solo pecho y una sola mente". Bueno es recordar que el jefe de la revolución sólo se había reunido en una oportunidad en asamblea con los escritores y artistas de cuya reunión salió (*Palabras a los Intelectuales*) la línea que se suponía normaba las relaciones entre este importante sector de la población y el gobierno. En otras ocasiones el comandante Ernesto Che Guevara había publicado ensayos y artículos sobre esas relaciones pero en general la amplia oportunidad que se le ofrecía a los intelectuales, para la realización de sus tareas, establecía un libre juego "por la libre" no sólo en la expresión sino también en cuanto a tendencias, criterios y filosofías. ¿Cómo se interpretada esa línea que daba ocasión para el cultivo de las facultades creadoras no sólo a los artistas y escritores nativos sino a los de cualquier país del mundo que llegaran a nuestras playas? Desde el inicio de la revolución ésta dio acceso al país, siempre en calidad de invitado, a cientos de intelectuales y propició y celebró concursos en los que fueron premiados escritores de muchos países y diferentes tendencias.

No creo, en realidad, que haya habido revolución más generosa que la cubana, más cordial ni más desinteresada. ¿Cómo se explica esto? Los que hemos vivido en el país, sin alejarnos, desde 1959,

es decir desde que la revolución se convirtió en poder, hemos venido observando cómo llegaban, llegaban, volvían y entraban, volvían a salir y volvían a entrar artistas-huéspedes que venían a pasar sus "veranitos". Vivían en los mejores hoteles, se soleaban en las más lindas playas, publicaban sus libros (y cobraban sus derechos de autor) daban sus conferencias (y cobraban sus honorarios) y a su disposición tenían toda la prensa nacional, las máquinas, los materiales, los obreros del *Instituto del Libro* y las múltiples atenciones de la *Casa de las Américas*. Favorecidos, eran arrogantes, con aire de superioridad, que deslizaban la mirada por encima del hombro (claro, no todos, hubo excepciones honrosas) y tan alta sobre-estimación de sí tenían que no era posible ocultar el desdén que sentían por la cultura cubana ni por los escritores a los que con muy rarísimas excepciones trataban como "meros periodistas" o aprendices.

Recuerdo que en muchas ocasiones me sorprendí de que fueran publicados libros (extranjeros) que nada decían, nada, a los jóvenes (ni a los viejos) cubanos. Cuando las obras de don Manuel Sanguily yacen en el olvido. Cuando las de Enrique José Varona no se encuentran ni con candil. Cuando el poema *La Zafra* (1926), muy representativo de determinada etapa de nuestra lucha antimperialista, es absolutamente desconocido por la actual generación y cuando la modesta obra de Rubén Martínez Villena o Julio Antonio Mella está en espera del aire de la calle, caían en las manos de los lectores novelistas zonzas, injertos que producían sopor, que nada añadían a la cultura de nuestro pueblo ni de ningún pueblo del mundo. No fue difícil comprender que algunos de los "amigos-huéspedes" se habían hecho tan poderosos en algunas esferas de la producción libresco de Cuba que obtenían, para sus amigos, para sus conterráneos y para ellos mismos la publicación de esas novelitas. Ganaban sus indulgencias y las repartían porque había una acción recíproca ("favor por favor"- "ojo por ojo"- "diente por diente"). Ellos eran "europeos". Los del patio cubano eran "coloniales" que "no sabían". Ellos podían descorrer, para los complacientes "amigos" de esta isleta ignorada, los telones de la fama. Es una vieja maniobra muy conocida y muy desacreditada.

La actitud de los que estaban residiendo aquí (los cubanos), con las fauces muy abiertas, no fueron más discretas. Ediciones de libros (algunos se hicieron en Europa a costos fabulosos y no sirvieron), cargos en importantes misiones diplomáticas (por lo general escogían los países capitalistas más desarrollados), viajes de intercambio por convenios culturales (algunos escritores, pintores, artistas sufrían vértigo de motores y en cuanto oían rugir uno se metían en la cabina del primer avión), direcciones de periódicos y suple-

mentos literarios, premios (nacionales e internacionales) y, de ñapa, casas magníficas y toda clase de facilidades para desenvolver su "vocación" que había aparecido a "la hora del cuajo" (como decimos por acá) porque en realidad esos llamados *artistas* vivían indolentes sin dedicar su tiempo al estudio y de los tiros de la insurrección y los peligros de la clandestinidad se enteraban en los bulwaras a la bella hora de los crepúsculos y el té.

Verdaderamente la revolución había sido muy generosa. Demasiado generosa. ¿Por debilidad? Nadie que conozca el proceso de la lucha cubana puede calificarla de *debilidad*. Tal calificativo no merece ni el más ligero análisis. Es lo cierto que esos llamados escritores llegaron —como su vocación— a la merita hora y utilizando sutilezas que ignoro cuáles pueden haber sido, pero no las estimo legítimas, se "colaron", como suele decirse, y se convirtieron en "gloria" (pequeña gloria) de la cultura cubana cuando cientos y cientos continuaban en las letras, las ciencias, las artes, la técnica o el magisterio ignorados, anónimos, oscurecidos y cuando cientos de jóvenes valiosos, en la sierra, habían dado su vida por defender un ideal que aquellos aprovechados señores jamás sintieron. ¿Qué pedía la revolución? Nada. A ningún escritor se le presionó jamás para que escribiera nada, ni para que hablara en las asambleas. Muchos, jóvenes y fuertes, se excusaban para incumplir las tareas de la productividad y muchos hasta eran ausentistas. No hay por qué ocultar que la experiencia ha sido dolorosa pero hay que sufrirla como se sufre un aprendizaje riguroso o una operación quirúrgica que abre las entrañas de un organismo que se ha enfermado por alguna parte y hay que sanar.

Recuerdo lo que en el Congreso Cultural de La Habana dijo un delegado: "Los occidentales estamos ya tan contaminados que el intelectual responsable debería, en primer lugar, decir a todo hombre de un país menos preso en las redes: Desconfía de mí. Desconfía de mis trabajos. De todo lo que tengo. Soy enfermo contagioso. Mi única salud es saber que estoy enfermo. Aquel que no se sienta enfermo es quien está más hondamente". Esa enfermedad, a la que aludía el delegado extranjero, es *la colonización de las conciencias*. Ignoran que Cuba es un país bloqueado. La amenaza de USA, sobre Cuba, no es una especulación. Es una realidad histórica proyectada desde los tiempos de Jefferson (1805), reiterada por José Antonio Saco que fue un liberal reformista y antianexionista y constantemente aludida por José Martí a lo largo de su luminosa carrera como ideólogo y militante. A lo largo del último proceso revolucionario cubano esta amenaza se ha hecho más agresiva, más patente y más visible y no verla es estar ciego, ciego sin posible salvación.

Que el arte es un arma de la revolución y un producto de la moral combativa de los pueblos está más que probado (desde la revolución francesa, en la invasión napoleónica a España, y más recientemente, en la revolución mexicana y en la rusa). Que el artista tiene que identificarse con el pueblo y que la cultura no es un enlatado para *élites* es más que sabido. Que el compromiso del escritor está allí donde las necesidades del pueblo, es una realidad que no necesita comprobación. Tampoco es la revolución una patente de corso para desarraigados ni un penacho para caballeros en ejercicios de torneos medievales. La revolución es compromiso. Abnegación, sacrificio. Los favorecidos que acabaron traicionando olvidan que gracias a la generosidad revolucionaria no sólo ellos andaban con dignidad (no olvidar que ser "de izquierda" es un snobismo que muchos llevan como condecoración) sino también que vivían con holgura, viajaban y adquirirían esas amistades que orlan los álbumes. La revolución los había nutrido pero ellos ignoraban (u olvidaban) al pueblo y no podían comprender que el coraje es mejor que la cobardía y que la modestia gana sobre el impudor.

Aquellos señores abandonaron el campo cuando el campo se puso duro. Abrieron los ojos desorbitados cuando no encontraron a su mano los magníficos "puros", los ricos "gener", el maravilloso "bacardí". No sabían que era necesario, antes que novelitas-injertos, libros de texto. Era menester atender, proporcionar libros, materiales, medicinas, transportes, ropa, zapatos y hasta alimentos a 2.000.000 de estudiantes incorporados a la educación de los cuales más de 1.000.000 comen en los centros escolares. Estos son problemas que los hijos de aquellos señores quizá no enfrenten en los países que residen, pero que enfrentan millones de niños en el mundo entero. No son los únicos problemas de un país en radical transformación. Son otros muchos de carácter técnico, de abastecimiento, de brazos, máquinas, inteligencia, capacidad, problemas psicológicos de la voluntad y el carácter y problemas físico-climatológicos de la producción agrícola. Millares de cosas, decenas de problemas que componen ese complejo económico-social que se llama *desarrollo*.

El proceso cubano es irreversible. El escritor cubano está definido. El compromiso no es una línea forzada por la revolución. Es una ética martiana que está en la sangre creadora de este pueblo. Confiado en su rumbo, con dificultades, escollos y tropiezos, va adelante una revolución que empezó en el campo y ganó la ciudad penetrando en todas las conciencias. No hay hablillas que acoquinen a los que marchan adelante confiados en su seguridad. Ya el Apóstol recomendó: "De vez en cuando es necesario sacudir el mundo para que lo podrido caiga a tierra."

LA GENERACION CRITICA URUGUAYA (1939-1969)*

Por Angel RAMA

II

*Nacionalismo, latinoamericanismo, y
ciencias político-sociales*

AL margen de la contribución de los historiadores, otros intelectuales cumplieron esa función compensadora que Karl Mannheim atribuye a las élites locales para completar y arraigar la tarea de las élites internacionalistas y lograr así que, por la doble fecundación, se alcance una regulación armónica del desarrollo cultural. En cierto modo el fracaso del grupo "Asir" para la reorientación nacionalista de la cultura, le confirió a otro sector esa misión: fue el de los ensayistas políticos y sociológicos libres que recibieron la influencia de Servando Cuadros, su prédica nacionalista y latinoamericanista, y que al mismo tiempo costearon las formas tradicionales del nacionalismo por algunas de sus desviaciones intelectuales (las derivaciones del radicalismo blanco y de la democracia social) como ocurrió en el caso de Alberto Methol pero sobre todo en la aportación personal de Carlos Real de Azúa. Oscilando entre el arte y la historia, entre el subjetivismo y el populismo, entre la política y las ideologías, entre las fuentes cristianas y las aportaciones de una sociología modernizada, Carlos Real de Azúa ha trazado un camino zigzagueante en la cultura uruguaya que es como el negativo solidario y enriquecedor del período. Siempre más espiritualista y nacionalista que economicista o cosmopolita, siempre más apegado a la aventura personal del hombre que a los esquemas sociales, más existencial pero a la vez ideólogo, pagando como un pecado su inclinación por la belleza, no se ha consentido un sistema que lo aprisione con el fin de resguardar su disponibilidad, pero eso mismo le ha conferido la lozanía de anclar vivamente en el presente. Dentro de la línea que, cada uno en su inflexión propia, cultivaron Quijano, Ardao, Pivel

* Continuación del artículo que apareció en el número anterior.

Devoto, ha sido Real de Azúa quien ha proporcionado la versión problematizada actual: en él se registra la prolongación del nacionalismo decimonónico y su reconversión al socialismo del siglo xx.

Si bien ese equipo de lindes imprecisos —orientado hacia el análisis renovado de las ideologías nacionalistas con los ojos puestos en una acción sociopolítica inmediata— desempeñó una función compensadora de los equipos internacionalistas que venían desarrollando la cultura del país, la parte orientadora más central de esa reconversión le correspondió a Carlos Quijano a través de la prédica de su semanario "*Marcha*". Procedente del nacionalismo, educado en Europa en un período de intensa politización antifascista y antimperialista, dedicado a estudios de economía e interesado vivamente en la política nacional, convivían en él las dos coordenadas que venimos manejando, las que habrían de componer una resultante visible en la prédica de la publicación, quizás la única nítida y permanente entre tantos impulsos ocasionales de pensamiento y acción.

La reconversión del movimiento intelectual uruguayo, formado en un adiestramiento orgullosamente universal que estableció el signo internacionalista como valor superior de la cultura, no es una experiencia única y exclusiva de los uruguayos, sino parte de un proceso general de evidente orientación latinoamericanista. El reintegro a la comarca se hizo a través de una forma más cercana y propia del internacionalismo que fue la asunción de una vieja convicción intelectual que a fines del xix teorizaba Manuel Ugarte: la patria grande, la patria latinoamericana desmembrada. Esta misma doctrina no hubiera arraigado si no se hubiera presentado renovada por un impulso revolucionario que le confería más amplio horizonte ideológico, sobre todo más afín con la educación social universalista para la cual el socialismo era, desde 1917, la fórmula de la modernidad. También aquí había un latinoamericanismo folklórico y tradicional, de cómoda retórica patriótica, cuando no hijo del intento panamericanista que orientaba Estados Unidos, que debió ser descartado para reconocerlo en cambio en una serie de movimientos populares vinculados a la ideología moderna. Eso ocasionó la elusión, seguramente injusta, del peronismo, contra el cual militaron los intelectuales uruguayos jóvenes de la década 1945-1955 al lado de la reacción argentina y también de las nuevas promociones que emergerían a la caída de Perón, revelando incapacidad para distinguir lo que había de positivo en tal remoción popular. En cambio la adhesión de los intelectuales se dirigió al ciclo de revoluciones donde se percibía la incorporación del aparato ideológico socialista en algunas de sus formas: la revolución boliviana que ha de generar el M.N.R., las nacionalizaciones de minas, la reforma agraria y la

participación armada del pueblo; el intento de transformación de Arbenz, en Guatemala, destruido por la intervención norteamericana y por último la revolución triunfante de Fidel Castro en Cuba. Este proceso revolucionario latinoamericano contribuyó grandemente al afincamiento de las élites intelectuales, disponiéndolas a un conocimiento más atento de las sociedades que configuraban esa patria grande, tarea que contó con la participación muy activa de un educador, Julio Castro, uno de los primeros en ponerse a recorrer América Latina religando movimientos y personas, así como un teorizador de la primera hora, Servando Cuadros, sentando las bases de un esfuerzo de conocimiento que incluiría a muy variadas figuras, especialmente, en el respectivo campo de las ideas filosóficas y políticas, a Arturo Ardao y a Carlos Real de Azúa.

El latinoamericanismo no puede disociarse del antimperialismo, que es su otra cara: ese complejo doble, de solidaridad interna y de lucha contra el enemigo externo, cuyos orígenes están en el XIX y en la enseñanza martiana, cobró forma más moderna en la década del treinta, antes del período que revisamos, al resultar fecundado por las ideologías europeas y al asumir formas ásperas en su enfrentamiento: es la revuelta de Sandino (1926) contra la ocupación norteamericana; la fundación del APRA en Perú (1930); la revolución de los tenientes en Brasil (1930) que acarrea el ascenso de Vargas; la guerra del Chaco (1932) denunciada como la conspiración de las compañías petroleras; por último la llegada de Cárdenas a la presidencia (1934) y la expropiación del petróleo de propiedad norteamericana, nacionalizándolo en marzo de 1938. Sobre ese trasfondo se edificó la conciencia antimperialista de la generación vanguardista hispanoamericana. A los miembros de la generación crítica les correspondería otro tiempo donde se acentuaría la penetración de las ideologías socialistas en diversos pactos con el nacionalismo o regionalismo latinoamericano. El golpe inicial lo marca la toma del poder por Villarreal en 1943 abriendo el ciclo que llevará a la revolución del M.N.R. en 1952 con la nacionalización de las minas de estaño bolivianas; paralelamente es el proceso guatemalteco que se inicia con el golpe de estado de Arbenz en 1944 y culmina diez años después con la caída de su régimen por la intervención norteamericana; en 1948 el asesinato de Gaitán, durante el bogotazo, preanuncia la "violencia colombiana" que se extenderá por un decenio; en 1953 Fidel Castro ataca el cuartel Moncada, iniciando la lucha que culmina en 1959 con la entrada de los guerrilleros triunfantes en la ciudad de La Habana. Si este último suceso conmovió "*las vértebras enormes de los Andes*" no puede sin embargo disociarse, en la experiencia viva de los intelectuales de la generación

crítica, del proceso generalizado de acción revolucionaria latinoamericana, y debe colocárselo entre dos extremos que prácticamente cubren más de treinta años que revisamos y que movieron la imaginación y la esperanza de los uruguayos: el Lázaro Cárdenas de la nacionalización petrolera de 1938 y el Salvador Allende que asume la presidencia de Chile en 1970.

El latinoamericanismo hubiera quedado relegado a un plano retórico, materia de especulación intelectual tan lejana como la tienda asiática, si el piso de la realidad nacional no hubiera empezado a resquebrajarse. La declinación económica que fue paliada por el bienio de la guerra coreana, se agudizó repentinamente tras él. El fiel de la balanza que representa el año 1955 habría de evidenciarse en los años posteriores con la creciente agitación social que concluye en la renovación política de 1958. Ese proceso de transformación, por el cual de los años de bonanza se pasa bruscamente a la inseguridad, puede percibirse en un cambio significativo de la cultura nacional. La primera eclosión de revistas se había registrado a partir de 1947, con una serie representada por "*Cliname n*", "*Escritura*", "*Asir*", "*Marginalia*" y luego "*Número*", todas ellas de nítida impronta literaria con muy escasa o nula inquietud por los temas sociales o políticos. A ellas podía sumarse la sección literaria del semanario "*Marcha*" de ese mismo tiempo, también dedicada con exclusividad a las bellas letras, especialmente a la incorporación de las corrientes vanguardistas. En esas revistas hicieron sus armas los que sólo podían definirse como "literatos" puros, atentos a las más recientes líneas creativas extranjeras, descubridores incipientes del pasado nacional, ejercitantes de un arte que se proponía como una solución de esas diversas tendencias. Siete años después de esa eclosión de revistas, cuando la mayoría se había extinguido, asistimos a una nueva reaparición del interés por este tipo de publicaciones. Las que surgen en torno al año 1955 se llaman "*Nuestro tiempo*", "*Nexo*", "*Tribuna Universitaria*", "*Estudios*" y quienes en ella escriben —Vivián Trías, Carlos Rama, Mario Jaunarena, Alberto Methol, Ares Pons, Aldo Solari, Rodney Arismendi, Luis Vignolo, Alfredo Errandonea, Mario Buchelli, Daniel Vidart— son sociólogos, historiadores, ensayistas políticos, que si alguna vez cultivaron las letras y aun la poesía, han abandonado ese campo por otro que estiman más sólido y más necesitado de contribución intelectual. En ellos se percibe el afán de reconvertir la ensayística libérrima anterior, muchas veces cercana al mero discurso opinante, a una investigación asidua y documentada de la realidad que dará enjundia y peso a la tarea posterior en este campo aunque frecuentemente a

costa de un empobrecimiento de lo que Wright Mills llamaba la imaginación sociológica.

Es por estos años que fijamos la aparición de la segunda promoción intelectual que surge a la vida intelectual bajo el signo de la crisis. Es significativo que tal emergencia se produzca al mismo tiempo que un avance en las nuevas disciplinas del conocimiento —sociología, economía, psicología son las predilectas— encaradas como instrumentos más eficaces para el examen de la realidad nacional. Un progreso metodológico, una concepción universitaria moderna, una demanda por parte del público culto, fijan la progresiva aparición de investigadores en los campos citados, favorecidos por algunos organismos como el *Instituto de Economía* (Luis A. Faroppa), el *Instituto de Sociología* (Isaac Ganón), el más reciente CIDE (Enrique Iglesias) y las actividades de algunos departamentos de la Facultad de Humanidades (especialmente Psicología), de donde surgen estudiosos como Néstor Campiglia, Héctor Martorelli, Garmendia, Germán Rama, Samuel Lichtensztein, Alberto Couriel, Mario Wschebor, M. Lijtenstein, Trajtenberg, etc.

La rebelión de los "amanuenses"

UNA parte de esta promoción aborda estudios metódicos dentro de nuevas disciplinas, pero tanto ella como la mayoría de los escritores persisten en las líneas tendenciales de la anterior promoción. Los poetas y narradores acentúan su nota nacional, eludiendo el aristocratismo implícito en los escritores iniciales, abriéndose confiadamente al contorno latinoamericano y buscando crear un arte menos exclusivo, más atento a las posibilidades de absorción concreta por el mercado nacional. En especial les preocupa la utilización por los sectores medios de la sociedad que han comenzado el camino de la pauperización y que, por ser desalojados de una situación preferencial, por tratarse de sectores cultivados y por verse preteridos inexplicablemente, reclaman con urgencia una literatura y una ensayística que los sitúe y les proporcione una explicación del mundo inestable a que han sido arrojados. El movimiento de la generación crítica surge dentro de las clases medias y sólo mediado el tramo recorrido, cuando la crisis lo asalta, trata de asociarse realmente con otros sectores sociales. A esas clases medias es fiel como educador y orientador. Ellas habían utilizado a fondo las posibilidades que les otorgó el estado democrático uruguayo transformándose en los clientes principales de la enseñanza media y universitaria; ellas habían generado los equipos de educadores y una buena parte de los

equipos profesionales, ellas habían formado a los escritores y en sus zonas más advertidas habían comenzado a preparar los nuevos tipos de técnicos que una modernización —más soñada que planeada— había de exigir. Es la crisis económica la que las transforma, a partir de este nivel adquirido, en las consumidoras y demandantes de un material informativo, investigador e ideológico de jerarquía intelectual, así como en una literatura que las provea de las imágenes persuasivas y explicativas del mundo y de su situación en él. Por lo tanto a esta demanda social debemos atribuir algunos rasgos notables que distinguen a la segunda promoción: la actitud de comunicación que signa el arte de los más jóvenes y que apeló a la transmisión oral del verso, vio el crecimiento de las canciones de protesta, de las lecturas públicas y se expresó en las formas estilísticas de sus libros destinadas a favorecer la rápida penetración de un lector no experimentado en el trato con obras narrativas modernas; la preocupación por estudios documentados con abundancia de referencias concretas seguras que permitieran trazar la evolución de esos últimos años en que la crisis inunda la nación; la interrogación asidua del pasado bajo la forma del conocimiento de textos antiguos y de elaboraciones históricas nuevas desde la perspectiva presente; los distintos intentos de agrupaciones y asociaciones de intelectuales, artistas, etc. a los fines de tareas de difusión o de montaje de organismos culturales —editoriales, planes divulgativos—.

La clase media que comienza a empobrecerse se transforma en lectora de libros nacionales y en espectadora de dramas nacionales al acercarse los años sesenta: las jornadas teatrales que en ese entonces auspicia la Comisión de Teatros Municipales inyectando fuerte apoyo a la producción dramática y las dos primeras colecciones de Alfa —Carabela y Letras de hoy— junto a la serie cooperativa de "Asir"— anuncian lo que se llamará el "boom" editorial que cumplirá Alfa, Banda Oriental, Arca, Tauro, Marcha, proveyendo al país de centenares de títulos nuevos y sobre todo reimpressiones. La segunda promoción encontrará ya construidos los sistemas de comunicación intelectual —elencos teatrales editoriales— y los utilizará con la naturalidad de lo ya adquirido: para ese momento lo nacional es ya un producto válido, respetado, al punto que las lecturas más nutridas de esta segunda promoción deberán buscarse entre las obras de sus mayores o de los restantes escritores hispanoamericanos —amén de los estudios sociológicos y políticos que pasan a ser de alto consumo— a diferencia de lo ocurrido con la primera promoción que se alimentaba intelectualmente en la literatura europea de vanguardia y en la irrupción de las letras norteamericanas.

Pero si atribuimos a la demanda de los sectores medios el tipo de creación, de enfoque y hasta de estilo que signa a la segunda promoción, no evaluaríamos correctamente esta explicación sociológica de la nueva literatura si no registraríamos su influencia sobre los escritores mayores, todavía modelables por el ambiente. Ese es el caso, paradigmático, de Mario Benedetti, cuya situación central a lo largo de los treinta años transcurridos debe atribuirse tanto a su capacidad creadora como a su más notable registro del funcionamiento de las fuerzas de la historia, adaptándose a su requerimiento. Eso significa aceptar, como postulado previo, un concepto distinto de la función del escritor: entenderlo como un servidor de las necesidades de la sociedad contemporánea, adecuándose a sus posibilidades de captación de la literatura, a sus requerimientos temáticos y a sus esquemas interpretativos. Esto marcó a Benedetti como el primer escritor estrictamente profesional de la literatura uruguaya, aunque tal profesionalismo no le permitió abandonar sus múltiples obligaciones burocráticas de las que derivaba su sustento económico. En un país donde las ediciones no superaban la tirada de los mil ejemplares, él vendió treinta y cuarenta mil ejemplares de sus obras llegando por lo tanto a un público —vendedoras de tienda, empleados de oficinas— que nunca había accedido al libro. Para esa masa lectora no sólo fue un escritor ameno sino sobre todo un educador y a esta función normativa tanto o más que a la flexibilidad de su narración y al humorismo de muchas páginas, se debe la adhesión cálida que se le tributó. Explicaba con claridad, enseñaba dentro de los principios recibidos, ponía el acento en la moral más que en la política o en la sociología, prestaba palabras felices para la protesta, la indignación, la lucha a que se veían constreñidos los miles de oficinistas burocráticos de un país que él definió como una inmensa oficina pública.

El giro hacia este campo creativo se produce en Mario Benedetti simultáneamente con la crisis, de la que será sismógrafo fidelísimo. Era hasta entonces estrictamente un literato, atento a sus lecturas de Proust, Hemingway, Joyce, cuyo análisis crítico alternaba con cuentos o poemas donde esas influencias trazaban marcas intensas pero donde también comenzaba a percibirse una sensibilidad delicada y transida para los estados desolados. Era un típico exponente de esa imagen inicial de "los del 45" quienes parecían ajenos a la realidad del país, encerrados en sus pequeñas diatribas de cenáculo, pesando ácidamente poemas y magros cuentos, ignorantes de que la sociedad no estaba integrada sólo por "literatos" y que sin embargo a ella pertenecían. Pero cuando escribe su poema "*Dactilógrafo*" se trasfunde en la piel del oficinista —común denominador de las clases

medias urbanas, no del país todo como él afirmará— y registra la quiebra producida a la altura de ese fatal 1955 en su imagen feliz, con la oscura ciencia de una tarea cuyo significado creativo e inserción en una totalidad de sentido ha perdido:

*Montevideo quince de noviembre
de mil novecientos cincuenta y cinco
Montevideo era verde en mi infancia
absolutamente verde y con tranvías
muy señor nuestro por la presente...*

La experiencia de la crisis acarrea en él la inmediata nostalgia del tiempo perdido y es bien comprensible que los *Poemas de la oficina* se inicien con uno titulado "Sueldo" cuyo primer verso dice: "Aquellos que cabía en un dedal". No es una demanda de mejores retribuciones sino el urgente pedido de una gratificación espiritual, porque este oficinista que ha sido preparado intelectualmente con esmero ha concluido condenado a una insatisfactoria rutina.

Cuando en 1959 publica *Montevideanos*, Benedetti ha abandonado la pesada zona de las influencias: estos personajes que ahora dibuja no son *dubliners* sino auténticos compatriotas vistos con la mirada tierna e irritada a la vez, crítica y por momentos temerosa del autor. Lo que en estos cuentos evidencia a la conciencia crítica es la concepción ética, por momentos puritana, de la vida que maneja Benedetti, llamando a los uruguayos a su tribunal. Al año siguiente, con la novela *La tregua* —una renovación del esquema de la novela sentimental aplicado a la angustia existencial y a la frustración del oficinista montevideano— y con sus artículos críticos, humorísticos, políticos, de *El país de la cola de paja*, Benedetti se constituye en el escritor uruguayo por antonomasia. La dominante moral de su libro, las soluciones idealistas de su capítulo final "El corazón de oro", la simplicidad de sus interpretaciones, dieron pasto a la crítica pero no impidieron que el país consumiera unos cincuenta mil ejemplares en diez años, a través de ocho ediciones: para el país, como para el autor, "este libro es el reflejo de una estupefacción muy particular", aquella de la crisis económica en la cual lo primero que se hace patente y más hiere a la conciencia educada en ideales que no sabía que eran meras ideologías, es la "crisis moral". Tal enfoque ha sido defendido por el autor contra sus críticos, pero más aleccionante que esas réplicas es la serie de textos que Benedetti ha ido agregando a su libro a medida que pasaban los años y a través de la cual se percibe una evolución hacia enfoques sociales más amplios. Esa fue también la evolución de sus lectores, adaptándose Benedetti al pro-

ceso transformador de un sector social del cual ha representado la rebelión y los sucesivos avatares: los amanuenses.

La rebelión de los "peludos"

LA experiencia literaria de Benedetti y el éxito de sus libros tipifican la forzosa reconversión al nacionalismo de los sectores oficinescos, en general de las clases medias urbanas, ocupadas en el sector terciario de la población, distorsionado en detrimento de las bases productivas del país. Ellos, tan alejados de la totalidad del país, especialmente del país crudo que queda más allá de la capital que imita lo europeo, comienzan a asumirlo. Tal como vimos respecto al comportamiento de los intelectuales con el tema latinoamericano, hacen suya la sociedad rural, eludiendo la añagaza folklórica, a través de las formas —a veces imaginarias o mitificadas— de la protesta revolucionaria campesina. "La década del 50 registró la rebelión efectiva de los cuellos blancos" ha dicho Héctor Rodríguez y fue a partir de esa rebelión que se comenzó a mirar a los trabajadores rurales a través de un esquema mental proveniente de la izquierda. El año 1957 vio la lucha de los arroceros y de los peones de tambo, obteniendo los primeros la atención de un novelista, Asdrúbal Jiménez (*Bocas de Quebracho*) dentro de una tesitura de literatura social emparentada con la que venía cultivando Alfredo Dante Gravina, combinando la influencia de Enrique Amorim y de Dionisio Trillo Pays, para contar las luchas reivindicativas. Estas formas de realismo socialista no lograron suplantar a las costumbristas y folklóricas que, por la afinación artística de Da Rosa, conservaron la primacía en el medio rural e incluso dieron algunas formas epigonales tardías. En cambio compitieron con ella las nuevas estructuras literarias de tipo urbano aunque referidas a temas campesinos que singularizan la cuentística de Mario Arregui. A pesar de sus ideas socialistas la refinadísima narrativa de Arregui eludió la temática social prefiriendo ahondar en explicaciones casi cósmicas del hombre de campo y, más recientemente, en indagaciones de sus principios éticos y de su cosmovisión, dentro de la lección rigurosa del arte vanguardista.

La combinación de los modos tradicionales propios de las zonas rurales con la temática contemporánea y la reelaboración formal peculiar de las invenciones urbanas, se obtuvo, nuevamente en la poesía, con un conjunto de creadores dispersos a lo largo del país cuya cabeza visible es Washington Benavides, figura capital de es-

te difícil enlace de elementos por el rigor de su canto pleno. Puede considerarse que él prolonga, actualiza, la obra mayor de Juan Cunha, quien con el *Sueño y retorno del campesino* había establecido el primer modelo de esta modernización de un arte de impregnación rural. En Cunha con más sistemática conciencia social, en Benavides con lirismo más espontáneo, en ambos con evidente preocupación por hallar una fórmula modernizadora, se ha venido cumpliendo la incorporación del mundo rural a las estructuras espirituales urbanas. Lo que artística e ideológicamente ha sido más eficaz que la canción rebelde, pero arcaizante de los payadores populares (Carlos Molina) descendientes de Serafín J. García. Y ha encontrado su equilibrio en la nueva versión de la canción-protesta a que se ha consagrado Washington Benavides y otros poetas de su línea culta.

La equivalencia de esta tarea en el campo de las ideas políticas pudo verse inicialmente en la acción que desplegó el equipo ideológico que rodeó por un tiempo a Nardone y se dispersó no bien éste llegó al poder si no fuera por sus múltiples contradicciones. La reunificación de una ciudad macrocefálica como es Montevideo y un cuerpo desmembrado como es el territorio nacional, respondiendo ambos a orientaciones discordantes que se habían venido exacerbando en la época batllista, se alcanzó recién a partir de 1962 con la agitación cañera a la cual se había consagrado desde años antes Raúl Sendic, organizando los remolacheros de Paysandú y los cañeros de Salto antes de fundar la UTAA del departamento nórdico de Artigas. Allí se había encontrado el ajuste, a través de una tarea concreta real, entre el pensamiento social urbano y el país crudo de los productores preteridos y explotados. Pero por lo mismo allí se había alcanzado una unificación de signo nacional y así lo percibieron los sectores medios de la capital al hacer suya la lucha cañera. De tal modo que el reencuentro con el nacionalismo que resultó el santo y seña del movimiento cultural al inflexionarse el país hacia los años sesenta, establecía un pacto eficaz entre las corrientes ideológicas de origen internacional y las necesidades concretas de los ciudadanos, incluyendo también, ahora, a los de la zona agraria.

Este nacionalismo nuevo, que era crítico, programático, alimentado por el pensamiento socialista en sus muy diversas formas y matices, no había de tardar en plantearse soluciones más audaces, más coherentes con el proceso de agudización de la crisis económica y política del país, para la toma del poder.

*De la marginación a la cultura
independiente*

LA conciencia crítica postula fatalmente la escisión. Significa, para sus ejercitantes, el alejamiento de las fuerzas rectoras de la sociedad, desde las políticas hasta las educativas y artísticas. Tanto por razones estéticas o doctrinales como por motivos de índole moral, se produjo desde los inicios una ruptura con la ortodoxia reinante que condujo a un austero puritanismo, de buen ver entre los intelectuales, quienes llegaron a sentirse honrados por la marginación y la prescindencia. Fue muy visible en las filas de los escritores —sobre todo en el período de los Ministros de Instrucción Pública batllista que contaron con una corte de viejos poetas—, la actitud de rechazo y de agresión al oficialismo que hizo de ésta una mala palabra. No a las gremiales indiscriminadas (AUDE), no a los concursos literarios ministeriales que eran limosnas personales sin jerarquía intelectual, no a las Jornadas Poéticas, como las "nefelibatas" de Piriápolis, no a las revistas sin rigor (como "Alfar"). Por debajo de la menuda guerrilla y más allá de las consabidas pequeñeces que tales enfrentamientos acarrearán, había un intento de conferir dignidad a la función del escritor, subrayando su carácter de especialista dentro de la cultura y la necesidad de una más alta preparación intelectual. Eso implicaba concluir con el provincianismo que regía la vida cultural: en él medraban los "aficionados", los bienintencionados pero incapaces y por lo mismo el escritor perdía su autoridad sobre el público. Este había dejado de leer a los poetas y narradores del país y ellos habían visto desmoronarse el prestigio que en las primeras décadas del siglo lo rodeaba confiriéndoles halo magisterial. Sólo una larga, áspera, iconoclasta, higiénica limpieza crítica podía restaurar la dignidad de las letras. Esa tarea se llevó a cabo a fondo, con las injusticias del caso pues frecuentemente la indignidad personal de algún viejo poeta no dejó ver la dignidad de su obra, sin contar con la cuota de incompreensión derivada del canon estético que aporta toda nueva generación.

Quizás por haberse atacado tanto las ligas de ayuda mutua que los escritores habían desarrollado para pagar con incienso la limosna oficial, se subrayó, por oposición, el carácter individualista y la marginación voluntaria. Ni siquiera se encararon centros de oposición; apenas si cenáculos, revistas, grupos que fácilmente se desintegraban. La situación no mejoró cuando al llegar los años sesenta se restableció la relación directa con el público y éste comenzó a demandar la obra de los iconoclastas, restaurando el magisterio del escritor y el circuito de comunicación real.

Tal incapacidad organizativa deriva del subjetivismo individualista que caracterizó a la generación crítica; sus integrantes funcionaron como francotiradores, llenos de resabios antigregarios. Pero también debe verse en esta actitud una consecuencia de la propia conciencia crítica porque ella es un brutal corrosivo de toda liga, asociación o partido. Ascendida a ministerio casi sagrado, como fue la norma cuando la higienización de la República cultural, conllevaba una independencia rabiosa que no aceptaba declinarse ante nada ni nadie y que se probaba cuando se ejercía, "lúcidamente", sobre lo más querido. Había aquí una visible pérdida de la función social de la inteligencia como se hizo muy evidente en la crítica de espectáculos —teatro, música, danza— muchas veces equiparada al terrorismo.

Este rasgo sólo es válido si hablamos del momento inicial de la generación, en particular de la primera promoción donde fue más alta la cuota de críticos puros. Ya en la segunda promoción se produce un lento abandono de tal virulencia crítica, son menos los ejercitantes del género, y simultáneamente comienzan a funcionar, aunque tímidamente, algunos tipos de asociación o al menos centros de actividad cultural, interesándose en ellos muchos de aquellos rabiosos individualistas de los comienzos. Ese pasaje al asociacionismo fue enseñado por los conjuntos teatrales independientes, lo que es lógico dado que a ellos se le planteaba como un problema urgente. Le dieron múltiples soluciones que fueron perfeccionándose hasta constituir la *Federación Uruguaya de Teatros Independientes* que les permitió organizar en 1960 un *Festival del Teatro Independiente Rioplatense*. Paralelamente fueron surgiendo los cine-clubes que a su vez contribuyeron a crear organismos superiores como la *Cinemateca Uruguaya*. En el campo de la literatura, las ediciones de *Alfa* (1960), *Banda Oriental* (1961) y *Arca* (1962), donde renace la industria bibliográfica nacional, motivan paralelamente la aparición de la *Feria Nacional de Libros y Grabados* (Nancy Babelo) que desde 1961 es un ejemplo de esta preocupación organizativa a los fines de facilitar una divulgación cultural. Desde el año 1958 la Universidad venía cumpliendo con cursos de temporada que serán complementados por cursos de extensión en las ciudades del interior.

Desde 1958 no ha hecho sino acentuarse el número de organismos culturales privados así como las tareas de divulgación de los intelectuales, reuniéndose ahora más allá de sus iniciales desconfianzas individualistas. Si el modelo inicial lo dieron los teatros independientes que llegaron a mantener en funcionamiento diez pequeñas salas donde se ofrecía un repertorio de arte, perfeccionando esta voluntad de educación teatral con la construcción de la carpa ambu-

lante de FUTI que llevaba buen teatro a los barrios montevidéanos, ese modelo fue seguido con varia fortuna por otras disciplinas, sobre todo por el cine donde las asociaciones primeras (las dos más estables han sido *Cine Club* y *Cine Universitario*) resultaron ampliadas por pequeñas empresas cooperativas explotando salas especializadas en cine arte o en orientaciones más específicas como ha sido la progresiva reconversión del Festival cinematográfico anual del semanario "*Marcha*" a ciclos de cine documental o cine protesta, para concluir por último generando el *Cine del Tercer Mundo* que recoge documentos filmados sobre las guerras de liberación, abundante producción filmica cubana y de otros países socialistas. A este afán organizativo y a la vez divulgativo cumplido debe sumarse la anotada contribución de las editoriales que no sólo divulgaron la obra creativa de la generación crítica sino que revisaron la producción literaria e histórica del pasado reponiéndola en el interés del lector moderno. En un intento más amplio y coherente abordaron la divulgación masiva de la cultura del país o el análisis de los problemas de la hora mediante publicaciones periódicas: "*Capítulo Oriental*" fue una historia de la literatura uruguaya, "*Enciclopedia Uruguaya*" una historia de la civilización del país en todos sus aspectos, "*Cuadernos de Marcha*" y "*Nuestra Tierra*" un estudio colectivo de diversos aspectos de la vida nacional y de la política internacional. Cualquiera de estas colecciones semanales, publicó no menos de diez mil ejemplares destinados a una población que no supera los tres millones de habitantes, lo que patentiza la avidez nueva del lector en esta época de crisis y la confianza que deposita en la opinión del sector intelectual ajeno a las orientaciones gubernamentales.

También a partir de 1958 se acentuó una tarea semejante desde la órbita universitaria. La aprobación de la Ley Orgánica en ese año estableciendo el cogobierno universitario, con participación nutrida de los estudiantes, hizo de la Universidad un organismo mucho más vivo y dinámico —obviamente también más revuelto y tumultuoso— que no se limitó a la formación de profesionales y encaró con sentimiento de urgencia la divulgación. Los Cursos de Temporada en Montevideo y en ciudades del interior del país, a que se aludió, nacieron de esta Universidad hija de la Ley Orgánica, así como la publicación de revistas (la "*Gaceta Universitaria*") y libros, la realización de reuniones, foros y hasta la creación de los "contracursos", todo un material educativo destinado a orientar a los alumnos y más que nada a la ciudadanía acerca de la problemática del momento. Un buen ejemplo de este espíritu de acción social de la Universidad fue la Escuela de Bellas Artes, organismo escasamente académico como corresponde al carácter de sus participantes, el cual colo-

có la educación del medio por encima de la formación de los artistas, cumpliendo en ese aspecto una labor brillante de educación visual, divulgación de artes aplicadas (cerámica), difusión cultural en sus mismos locales a través de cursos libres.

Se deberían agregar muchos otros organismos preocupados por la cultura como las asociaciones de funcionarios o gremios educados (cuellos blancos) que se interesaron en la divulgación. Pero más importante, más original, fue aquí la creación de cooperativas de trabajo y producción que adquirieron volumen considerable en el país, algunas de las cuales colindaron o participaron activamente de esta ampliación cultural. El ejemplo paradigmático fue la *Comunidad del Sur*, organismo comunitario de inspiración anarquista, con sagrado al ramo tipográfico, que fue creado en 1955 con intervención de jóvenes artistas vinculados a la *Escuela de Bellas Artes* (Rubén Prieto) y que se transformó en un hogar cultural, preparando a sus integrantes y a la vez divulgando un pensamiento y un arte en el medio. Diversas comunidades de este tipo imitaron a la inicial aunque sin alcanzar igual fortuna e influencia. Con ellas podrían vincularse intentos como los de centros de estudio que prácticamente inundaron el país y que fueron agrupaciones esporádicas de personas interesadas en el estudio de problemas del momento las que se reunían obedeciendo a afinidades ideológicas. De los muchísimos ejemplos debe en especial destacarse el grupo de Economía Humana (Juan Pablo Terra) donde comienza a sistematizarse dentro del país el pensamiento cristiano modernizado que conduciría a las formas contemporáneas de la democracia cristiana. Es en esta segunda parte del período que se produce la acelerada participación de los sectores cristianos juveniles que preanuncian y luego ponen en funcionamiento el espíritu de Vaticano II confiriendo amplitud pero asimismo tonalidad nueva a este arrollador proceso cultural independiente. Diversas figuras lo definen: en la filosofía José Luis Segundo (tesis sobre Berdiaev, estudios sobre la iglesia rioplatense); en la acción el padre Luis Zaffaroni que acompañó las reivindicaciones de los obreros cañeros; en el periodismo Eduardo Payssé González y Héctor Borrat, colaboradores de diversos diarios y de "*Marcha*". Por su parte el protestantismo articula el primer equipo intelectual importante que ha logrado organizar en el país —desde la época modernista de Alberto Nín— con el pastor Emilio Castro, Arturo Santa Anna y con dos escritores que se interesaron, además de la literatura, en la sociología y el marxismo: José P. Barreiro e Hiber Conteris.

Salvo las zonas de la música (que siguió orientada por el SODRE y por el Conservatorio de Música recién creado dentro de la órbita oficial, aunque aquí la renovación fue marcada por la aparición

de las *Juventudes Musicales* y por los pequeños grupos de experimentación donde figuraron el maestro Héctor Tosar Errecart y los más jóvenes Conrado Silva y Coriún Aharonian) y la de las artes plásticas (a los dos grandes salones, nacional y municipal, se agregó la actividad de empresas privadas, como fue el *Centro de Artes y Letras de "El País"* que animó por años María Luisa Torrens y posteriormente *General Electric* que orientó Angel Kalemberg, pero la aportación de los artistas no pasó de una organización de tipo gremial, la UAPC, y de algunos intentos frustrados de pequeñas muestras colectivas, al tiempo que se desintegraba y moría el viejo Taller Torres García y no alcanzaban a concitar permanencia esfuerzos asociativos o proyectos como los de Carlos Páez Vilaró), salvo en esas zonas la nota dominante de esta cultura fue la independencia y el alejamiento de la órbita oficial a la que se fue haciendo el vacío.

Cuando los primeros conjuntos teatrales dejaron de usar el nombre de "aficionados" y comenzaron a llamarse "independientes" probablemente no sabían que habían establecido la norma de comportamiento cultural de los años por venir. Tanto aquella inicial actitud individualista, de verdaderos francotiradores, con que definimos la aparición de los intelectuales hacia 1940, como el rasgo asociativo que domina en la segunda parte del período, sólo pueden caracterizarse como manifestaciones de independencia de los poderes políticos que ejercen la dirección del estado y como nítida actitud de oposición. Como consecuencia fatal de esta posición, la cultura que fue edificada en el período de la generación crítica no puede llamarse de otro modo que "independiente". Independiente de la rectoría espiritual del gobierno, independiente hasta el puritanismo de toda conmixtión con sus intereses económicos, independiente de sus concepciones básicas sobre la nacionalidad, independiente también de cualquier forma cerrada o dogmática ya que no respondió a ninguna orientación clara y sistemática sino que resultó de una conjunción muchas veces confusa de variadas alternativas, impulsos, esclarecimientos, progresos e influencias, dibujando un arco que fue del liberalismo hacia el socialismo con una previa y obligada inserción en el nacionalismo.

*Francotiradores, disidentes,
nuevos partidos*

ESTA independencia tuvo otro reflejo concomitante en la prescindencia de los partidos políticos establecidos, en la marginación que

signó inicialmente el movimiento hasta forjar, contra la imagen de la degradación política y del poder, el puritanismo del aislamiento incorrupto. Tal actitud nunca se la había visto en el país con esa amplitud; ni los principistas del 72 ni los posteriores constitucionales, a pesar de su repudio de las malas divisas, habían dejado de intervenir, así fuera idealísticamente, en la vida política; sólo en el 900 con los dandys y los anarquistas se había apuntado este distanciamiento del intelectual respecto a las fuerzas políticas dominantes, el cual daría paso a una primera estructuración independiente con el partido socialista de Emilio Frugoni que lo lleva a la Cámara en 1911, fecha sin embargo de la mayor politización de los intelectuales dentro de las formaciones tradicionales del partido colorado de José Batlle y Ordóñez y del partido nacional de Luis A. de Herrera.

Las crisis políticas de los años treinta, sin embargo, provocaron escisiones de intelectuales que abandonaban los partidos mayores, ya para guardar una independencia desconfiada, ya para aproximarse despaciosamente a las agrupaciones minoritarias de la izquierda ideológica: fue el caso de Gervasio Guillot Muñoz a partir del golpe de estado de 1933, alejándose del batllismo, incorporándose al progresismo de la década antifascista. Pero fue en el partido nacional donde los desprendimientos resultaron más reiterados y más exitosas las marginaciones: y ellas van de Carlos Quijano que organiza una pequeña agrupación política disidente (la Agrupación Nacional Demócrata Social) hasta Luis Bonavita que se incorpora al Frente Izquierda dominado por el partido comunista. Dentro del espíritu de segregación que traza esta línea cubriendo varios decenios, se inscribe el aislamiento de los intelectuales y artistas, su retirada de la vida política activa contra lo que había sido norma del país y de ese grupo social en períodos anteriores.

La negativa política, acompañada de la constante crítica a las organizaciones tradicionales, con especial referencia a las que ejercían el poder, tuvo un matiz paradójico que hoy se hace evidente: fue un intento de corrección de los errores desde el exterior, una a modo de colaboración extrapartido tratando de orientarlos hacia su mejor funcionamiento, quizás buscando propiciar una reinserción dentro de ellos una vez lograda su evolución favorable, lo que siguió siendo improbable y cada vez más remoto a medida que los partidos y las personalidades segregadas iban trazando sus propios derroteros que resultaron divergentes. Tal preocupación de colaboración se comprueba en la dominante ética que distinguió inicialmente a las críticas. La preocupación de los críticos se afincaba en la deshonestidad, las malversaciones, el uso indiscriminado de fondos públicos, el favoritismo de los empleos, la creación de la clientela electoral abas-

tecida por las arcas de las instituciones del estado, etc. Frente a ese espectáculo se intensificó la dominante moralista de los intelectuales del 40, quienes partían de los principios éticos de su clase, aquellos en que habían sido educados y que veían conculcados por quienes detentaban el poder. Si este moralismo confería al movimiento la dignidad de que se enorgullecían sus integrantes, también fijaba la estrechez de sus miras y la insuficiencia de sus aportes a la solución de los problemas nacionales. Debíó alzarse a un reexamen social, político y económico, cosa que fue marcándose desde su inflexión nacionalista a mediados de los cincuenta, aunque aquí contaron los antecedentes representados por la prédica del semanario "*Marcha*". En todo caso, la evolución de la crítica política de los disidentes se hizo en el sentido de una autoeducación progresiva: partiendo de la fractura ética los llevó a una más seria documentación sobre los problemas nacionales e internacionales y a una superación del sustrato liberal de tipo clase media del que partían. La definición ideológica de la revolución cubana contribuyó a una preparación más avanzada en el campo de las ideas y de los sistemas sociales. Se había caminado hacia la concepción casi ideal de partidos coherentes, respondiendo a doctrinas sistemáticas, lo que postulaba el abandono de las descompuestas formas del liberalismo aunque no obligadamente la aceptación de las formas socialistas. Así se lo registró en los muchos intelectuales que a lo largo de estos treinta años fueron robusteciendo los sectores de los partidos políticos tradicionales que impulsaban una renovación: fue muy claro en el michelinismo del 62.

Aquí puede señalarse la escasa participación del comunismo en el movimiento de la generación crítica, aunque parecería destinado a tener en él una intervención mayor. Heredero del pacto ruso-germano del 39, disciplinadamente aliadófilo durante la guerra hasta combatir todo neutralismo o intento de liberación aprovechando la circunstancia, prisionero del stalinismo en la guerra fría, fue una estructura cerrada, incapaz de la flexibilidad necesaria para buscar nuevos caminos o para atraer a las figuras que se marginaban de la línea oficial del país, las que prefirieron un vago rótulo "tercerista" que tenía una frontera más rigurosa con el comunismo que con el liberalismo. Se debió esperar el cambio de autoridades (la ascensión de Rodney Arismendi a la secretaría), el XX Congreso y sobre todo la revolución cubana, para que dicho partido hiciera una evolución acorde con la situación y buscara recuperar una sensibilidad nacional. Salvo algunos escritores signados por el período de lucha contra el fascismo (Alfredo Gravina, Beltrán Martínez, y los mayores, Amorim o Jesualdo) no fue un campo propicio a la emergencia de creadores y artistas. Desde 1955, con la aparición de la revista

"Estudios", Arismendi acomete una mayor educación de las bases que hasta el momento se manejaban con los manuales soviéticos de "Pueblos Unidos", preocupación que proporcionaría el instrumental de los historiadores Sala, Rodríguez, De la Torre, para revisar el pasado nacional. La apertura "nacional" del partido comunista coincidió con la apertura hacia un marxismo menos dogmático, recogiendo la lección de los pensadores occidentales (Lefebre, Kossik, Della Volpe, Althusser, etc.), en los intelectuales más jóvenes. La recorrida cumplida puede ilustrarse contraponiendo la incorporación al partido de Carlos Denis Molina, allá en los años de la guerra mundial, cuando dicen que dijo "Creo en Stalin y en la poesía", y la incorporación de un integrante de la segunda promoción de la generación crítica, Juan Flo, luego de un año de trabajo en Cuba, para editar la revista "Praxis".

Algo parecido ocurrió en las filas del partido socialista, donde la figura patriarcal de Emilio Frugoni no concitaba el entusiasmo de las jóvenes generaciones. Hubo que esperar también allí el cambio de autoridades y la ascensión de Vivián Trías para que fuera posible una apertura del partido que acogiera a intelectuales nuevos, pero éstos se aproximaron en torno a la Unión Nacional, proyecto que fracasó en 1962, de tal modo que no propició una incorporación política sostenida de los intelectuales. Ya para estas fechas y dentro de la tendencia organizativa general que hemos apuntado, se había producido la adhesión de la generación crítica a la izquierda política del país. Si bien la mayoría de los intelectuales había aparecido en los lindes de los partidos tradicionales, en la social democracia, en los grupos anárquicos, en la incipiente democracia cristiana, en el nacionalismo de Nuevas Bases, en un vago y extenso sector que se autodenominó la izquierda independiente sin lograr estructuras propias nunca y por último en los sectores religiosos postconciliares, en los últimos años del período se percibe una aglutinación que desemboca en la proposición reiterada de frentes populares. Ya para entonces está situada dentro de la vida cultural una nueva división entre quienes proponen la acción de masas con participación electoral y quienes abren el camino a la acción directa: desde 1962, fecha en que se constituyen los primeros frentes políticos de la izquierda —el FIDEL y la Unión Popular—, antecedentes del Frente amplio que se gesta en el año 1971, ya están actuando los inspiradores del movimiento tupamaro que al año siguiente cometen un primer robo de armas.

Los intelectuales de la generación crítica dispusieron de varios campos alternos de actuación, donde obtuvieron sus recursos económicos y donde cumplieron una labor acorde con sus ideas. Primero,

el periodismo, tanto como redactores de planta e informativistas como cronistas de las secciones firmadas, lo que facilitó su tarea crítica aunque a veces la exacerbó y otras los condenó a una ambigüedad perjudicial al tener que operar dentro de las imposiciones de órganos de opinión con los cuales discrepaban. Segundo, el profesorado en la enseñanza media y universitaria así como el magisterio en la primaria y en la enseñanza normal; a medida que la educación fue alcanzando a sectores mayores del país y por lo tanto debió recaer la colaboración de un mayor número de cuadros educadores, fue el profesorado la salida económica de la intelectualidad crítica y fue a través de las aulas donde se impartió un nuevo espíritu, más objetivo y más moderno, para encarar los problemas del país. Así se comenzó a instruir a las nuevas generaciones para un país distinto del que se vivía, con lo cual se provocó una violenta incorporación juvenil al esfuerzo renovador, crítico, que signaba a los profesores. Tercero, las profesiones liberales y la burocracia pública con especial referencia a la burocracia universitaria que alcanzó cifras altas con la inclusión del Hospital de Clínicas dentro de la administración autónoma de la Universidad. Constituyó un campo de puestos técnicos y de alta preparación, muy superior al que dominaba en las oficinas públicas a causa de los compromisos de los políticos con su clientela electoral. En todos esos sectores, se trató de evitar la influencia excesiva y directa del poder político central acentuando las autonomías, ya fueran administrativas o técnicas, o un cuerpo de leyes que preservaran la opinión discrepante con el gobierno, cosa que se obtuvo apelando al juego de los distintos partidos políticos. Pero si hubo un sector privilegiado para la actuación de la generación crítica, ese fue el semanario "*Marcha*".

El semanario "Marcha"

Los treinta años de "*Marcha*" miden la extensión del movimiento y no es caprichosa la designación que alguna vez se utilizó de "generación de *Marcha*" para definirlo. La atención por la cultura que caracterizó desde su primer número a esta publicación —básicamente política—, en un país donde el desdén de los diarios por tales actividades era famoso, confirió una importancia mayor a las secciones de literatura, artes, cine, teatro, ideas, historia, etc., las que fueron atendidas en su doble aspecto, informativo y crítico, proporcionando un material indispensable a las clases educadas del país, por lo mismo especialmente a los universitarios al punto de convertir al semanario en una especie de diario extraoficial de la Universidad.

Esta atención por la cultura se hizo, en términos generales, con un criterio notoriamente moderno, con ávida preocupación por las novedades y los descubrimientos extranjeros, apelando a las metodologías del momento que, más allá de los juicios que merecieran a los diversos grupos enfrentados, significaban un más alto nivel en rigor expositivo y en búsquedas interpretativas. Se enriqueció la información cultural del país acentuando el conocimiento del mundo cultural externo y a la vez se dotó a la nacionalidad de instrumentales contemporáneos eficaces. Por último, las diversas aportaciones intelectuales que se escalonan en treinta años, respondieron a un áspero principio de independencia tanto respecto a la cultura oficial como respecto a los criterios valorativos al uso y si esa independencia pudo parecer a veces desplante o insolencia, también operó como corrosivo para desmoronar falsos andamiajes vigentes.

En las páginas críticas de "*Marcha*" estuvieron o están casi todos los intelectuales mencionados, en períodos de mayor o menor duración. Para tomar sólo la página literaria, la inició Juan Carlos Onetti tirando "piedras en el charco" de las letras nacionales y hoy la ocupa el más talentoso de los jóvenes críticos. Jorge Ruffinelli; allí estuvieron Dionisio Trillo Pays, C. Denis Molina, Carlos Real de Azúa, Manuel Flores Moral, Carlos Ramela, Sarandy Cabrera, Mario Benedetti, Arturo Sergio Visca, José E. Etcheverry, Mario Trajtenberg y tantos otros. Los más largos períodos, algo más de un decenio cada uno, nos correspondieron a Emir Rodríguez Monegal y a mí, él desde 1944 y yo desde 1958, cada uno en una determinada coyuntura de nuestras letras; a él correspondió la incorporación de escritores internacionales —su conocido anglicismo—, el apoyo a la difusión de Borges y en general del movimiento renovador de "*Sur*", la lucha contra la mediocridad de la vida literaria nacional y la proposición de valores del pasado, todo dentro de una muy específica y restricta apreciación de la literatura que lo emparentó al "literato puro". Muy otra fue mi circunstancia: a mí me correspondió reinsertar la literatura dentro de la estructura general de la cultura, lo que fatalmente llevó a un asentamiento en lo histórico y a operar métodos sociológicos que permitieran elaborar la totalidad, reconvertir el crítico al proceso evolutivo de las letras, comprometiéndolo en las demandas de una sociedad y situar el interés sobre los escritores de la comunidad latinoamericana, en sustitución de la preocupación por las letras europeas. Fue también la lección del tiempo porque la revolución cubana, la apertura del nuevo marxismo, el desarrollo de las ciencias de la cultura, las urgencias de la hora, marcaban nuevos derroteros, como fácilmente se lo puede comprobar en la evolu-

ción de críticos como Carlos Real de Azúa o Mario Benedetti, donde esa inflexión es evidente.

Pero la importancia del semanario "*Marcha*", no se limitó a la dedicación amplia a la crítica cultural sino que, más allá de sus avatares ideológicos, se tradujo en una actitud generalizada que desde su página editorial se imponía al conjunto de materiales diversos, otorgándole una apariencia unitaria y así fue apreciada por las sucesivas generaciones de lectores que su larga vida le aproximó. Tal actitud respondía a la asunción de esta conciencia crítica con la cual disolvía las construcciones que otros elaboraban y a la impune libertad de su independencia y de su marginación de las responsabilidades de conducción de las actividades sociales. No respondiendo a ningún partido político, no dependiendo de ninguna doctrina coherente, no poniendo a prueba de la realidad ninguna opinión, la libertad absoluta y la impunidad del espíritu crítico quedaban asegurados en modo conclusivo. En 1954, Juan Flo ganaba una mención en un concurso sobre los problemas de la juventud comenzando la requisitoria contra esa actitud. Decía: *"El periódico que auspicia este concurso, "Marcha", puede servirnos a las mil maravillas para ejemplificar estas afirmaciones, siendo, como es, portavoz de un grupo prestigioso. Los que intervenimos en este concurso, todas las semanas compramos nuestro ejemplar. Todos, sin excepción imaginable, gozamos con los desprecios implícitos, las críticas precisas y barrocas, el justo insulto. Todos sabemos que una cierta impunidad, protegen nuestro placer y el de los que escriben lo que leemos. Lo que ocurre es que "Marcha" es un periódico crítico, lo que le permite lucidez discrecional al no plantearse realmente los problemas y problematizar en cambio las soluciones dadas por otros a los problemas"*. Esa dirección crítica, cuyas limitaciones ya apuntaba el futuro director de "*Praxis*", era el ariete destinado a gastar y desmontar progresivamente un sistema. Si su duración se prolongó mucho más allá de ese 1954 en que se lo invalidaba, fue porque el sistema demostró una reciedumbre mayor de la pensada y contó con apoyos externos poderosos para sostenerse cuando ya no era más que una cáscara. Esta resistencia obligó entonces a muchos, a esa misma segunda promoción a la que pertenecía Flo, a continuar el uso del instrumental crítico concediéndole así vida más prolongada.

Si hubo una queja inicial del movimiento ella destacó la falta de maestros. Implícitamente comportaba una crítica a los vanguardistas anteriores y un desvío respecto a sus reconocidos dirigentes. Por eso procedió a construirse los necesarios maestros: así lo hizo con un cuentista y novelista de tema campero, Francisco Espínola, como con un dandy oscarwildeano, Arturo Despouey; con figuras que se in-

corporaron al país como Joaquín Torres García y, por un período breve, José Bergamín. También se recurrió a los mismos integrantes iniciales del movimiento que siendo algo mayores desempeñaron un papel magisterial: fue el caso de Juan Carlos Onetti y en otra dimensión más reservada, el de Juan Cunha para los poetas. Asimismo se revalorizó a escritores anteriores, confiriéndoles estatura magisterial: Eduardo Acevedo Díaz, Horacio Quiroga, Juan José Morosoli, Felisberto Hernández, aunque en estas enumeraciones se anotan las diferencias internas, los grupos y las luchas facciosas que establecieron la pluralidad de opiniones dentro de un marco generalizadamente uniforme. Posteriormente los intelectuales centrales del movimiento han ido deviniendo maestros, como puede apuntarse para el caso de Carlos Real de Azúa, Mario Benedetti, Idea Vilaríño, en la historia de las ideas, la narrativa, la poesía, respectivamente.

Sin embargo, quien cumplió la más vasta labor magisterial fue un hombre que no pertenecía a la literatura, pero dio la tónica del espíritu de una época a través de una paciente, a veces furiosa, siempre documentada y aguda tarea editorial: Carlos Quijano. Aunque su campo de especialización fue la economía, aunque su actividad más influyente fue en el de la política, sentó los módulos operativos de una cultura independiente y crítica enfrentada a las instancias del poder oficial, favoreciendo su desarrollo a través del semanario "*Marcha*". El infundió la tenaz y casi obsesiva apelación a otra realidad —soñada más que pensada o vivida— o sea el país del futuro, la nueva sociedad a cuya preparación debían consagrarse los intelectuales, con lo cual ponía el acento en el renovable "demos" de los jóvenes y se hacía de toda tarea crítica circunstancial una forma de educación y adiestramiento de las generaciones que despuntaban. Por las condiciones del nuevo espíritu que propiciaba, no fue maestro de discipulado dócil, educadito y a la postre epigonal: siempre fue discutido y polemizado, siempre atacado por la incoherencia de sus posiciones, por la falta de un orbe intelectual sistemático, por las variaciones momentáneas, por los homenajes a tantas figuras pasatistas, pero a la vez siempre seguido por su persistencia en la crítica y por su firme independencia. Las escisiones y rupturas fueron la norma entre su discipulado, al punto que a lo largo de treinta años el "staff" del periódico tuvo incesantes renovaciones, fuera del equipo primero —Arturo Ardao, Julio Castro, Hugo Alfaro— pero al mismo tiempo esas tensiones lo inclinaron a una militancia partidista mayor que el agravamiento de la crisis del país presentó como imperiosa obligación.

Quijano enseñó a pensar con claridad, dentro de un modelo francés intensamente racionalizado; a considerar la totalidad nacio-

nal destacando la cuota importante de la economía en el funcionamiento cultural, con lo cual marcó un notable progreso respecto al magisterio filosófico o literario o artístico que hasta la fecha había conocido el país, contribuyendo a una modernización de sus métodos. Creyó siempre, sin una vacilación, en la caducidad fatal del sistema y enseñó a dar por un hecho su futura eliminación; defendió la nacionalidad por encima de las ideas y afirmó la segunda comarca nacional, la latinoamericana, en incesante pugna con su enemigo imperial, los Estados Unidos, haciendo del nacionalismo interior y del latinoamericanismo exterior, los dos pilares de su acción política. Y esas fueron las iniciales convicciones básicas a las que luego agregó, desde su editorial "*A rienda corta*" en las vísperas electorales de 1958, la apertura hacia el socialismo. Habiendo surgido de un sector del partido nacional, en el momento en que éste se disponía a reconquistar el poder, quien durante años predicara la unión del partido y su reestructuración ideológica, lo abandonaba por una muy lcjana perspectiva socialista.

Hoy, que el ciclo de "*Marcha*" está prácticamente concluido, como lo está el de generación crítica que estuvo emparentada estrechamente con él, debe subrayarse la importancia capital del magisterio de Carlos Quijano, en quien habrán de reconocer las generaciones futuras, uno de los parteros intelectuales de la nueva sociedad.

*El sistema crítico en novela,
teatro, poesía*

EL Uruguay no había conocido, desde la eclosión intelectual novecentista, ningún período de tanta y tan variada creatividad intelectual: en cada uno de los rubros, poesía, teatro, novela, historia, cuento, se podría cotejar la aportación de la generación modernista con ésta, crítica, y se reconocería la equivalencia pujante de ambas. Pero que una generación intelectual produzca tal abundancia de críticos y de investigadores, como no ha habido en ninguna otra época de la cultura nacional, basta para definir su signo esencial, crítico e hipercrítico, si no ocurriera que además tal enfoque no queda acantonado en los límites de determinados géneros —comentarios periodísticos, ensayística, estudios monográficos, investigación histórica, sociológica, etc.—, procediendo a invadirlos a todos y estableciendo la base común, epocal, de todos ellos.

Por ser el género más propicio a tal invasión, por ser el más acorde con algunos matices de la concepción vanguardista de la narrativa que tipificaron Huxley, Malraux, Borges, cada uno en una

tesitura personal, fue la novela la que mejor testimonió el esfuerzo crítico de la generación, prefiriendo las soluciones maltrauxianas donde se recogía el espíritu del antifascismo de los treinta. El modelo inicial lo ofreció Juan Carlos Onetti con su primer período creativo, representado por *El pozo*, *Tierra de nadie* y *Para esta noche*. Son tres tiempos de una explanación de la nueva realidad rioplatense donde la atracción por los novedosos tipos humanos recién adquiridos por el Plata —de Linacero a Ossorio— no alcanza a disimular la interrogativa investigación de esta sociedad sin moral, sin principios, sin justicia rectora, que en los libros posteriores de Onetti irá borrándose en beneficio de una aventura personal excluyente. Para usar la socorrida fórmula, a Onetti le duele esa nueva sociedad que él es el primero en describir, instalándose valerosamente en la inmediatez del presente, en el centro de la problemática política y ética de su tiempo. El reconocimiento minucioso, concreto, del sistema de relaciones humanas que comporta y que él cumple con tensa objetividad, se empalma con la angustia por el mundo perdido, con la remanencia lírica de sentimientos y aun de valores —que ahora devienen misterios— pertenecientes al pasado, es decir, a esa infancia y adolescencia que se gestó a lo largo de los años veinte. Ese tiempo pasado será registrado como el universo de la cosificación en la literatura de Felisberto Hernández, cuyos títulos mayores se escalonan en la década del cuarenta, en tanto que Onetti, aunque partiendo secretamente de la lamentación por el tiempo abolido, se enfrenta a las formas del presente, más rudas y más desoladas, esforzándose por hacerse adulto, aceptando el cinismo, la crueldad, la promiscuidad erótica y el debate ideológico moderno.

Otro modo de aceptación de esa realidad y de operación crítica, se ofrece en la línea de los escritores sociales. Mientras que Amorim se extravía en una narrativa de agitación social —*La victoria no viene sola*, por ejemplo— o acierta en una síntesis vivaz de la novela de la tierra, —*La desembocadura*— los nuevos escritores sociales se enfrentan a los pueblos que se desintegran, pero muy especialmente a la ciudad macrocefálica: *Pompeyo amargo*, de Dionisio Trillo Pays, es contemporáneo de las novelas de Alfredo Dante Gravina, y tras ellos se sitúan obras como *La tierra prometida* de Marisa Viniars, sobre la inmigración judía, o alegatos sobre las luchas rurales en Asdrúbal Jiménez. Toda esta literatura está signada por una preocupación sociológica muy nítida, que tanto puede responder a la lección naturalista del siglo pasado como a las formulaciones esquemáticas del realismo socialista que parecen heredarlas. En los mejores ejemplos (Viniars) los valores propios de una observación

libre de la realidad y la inquietud política ante los procesos económicos del país compensan la simplicidad de los recursos novelescos.

De otra jerarquía y de otra amplitud de enfoque es la narrativa crítica de Carlos Martínez Moreno y de Mario Benedetti, quienes establecen, sobre todo el segundo, un modelo de larga descendencia entre los más jóvenes. Martínez Moreno es más intelectual, más sistemático y lógico, mientras que Benedetti es más sensible y más lírico, lo que no hace sino definir una mentalidad que como la de Flaubert, ha frecuentado los códigos y la jurisprudencia, y otra que es sensibilidad nacida en una recoleta intimidad de las formas poéticas. En *Los aborígenes*, en *El paredón*, Martínez Moreno se enfrenta a sucesos mayores de la vida del continente —la revolución boliviana, la cubana— utilizando en ambos casos una abundante cuota de material periodístico que él mismo ha extraído de su trato con esas realidades latinoamericanas. A partir de esas materias reales, objetivizadas en la información, traza una construcción narrativa a la que mueve una constante apetencia interpretativa, razonando sus motivaciones, descubriendo el meollo verdadero que los sentimientos o las ideologías escamotean. Tarea de develamiento que pone un toque feroz en sus cuentos ya que la función desenmascaradora ha sido siempre impía y que por su violenta aspereza corroe y disuelve las formas literarias situándolas en el campo ambiguo del ensayo socio-político o moral. Tímidamente en su cuento "*El simulacro*" y más ambiciosamente con *Con las primeras luces*, Martínez Moreno se alzó a la interpretación global de un proceso social instalando su narrativa cerca de los esquemas sociológicos que corresponden a las estéticas del realismo, donde la virtualidad artística de los engranajes de una novela se establece en el mismo punto focal que corresponde a la demostración racional de una tesis. La operación artística es entonces una operación cognoscitiva y aquí, principalmente, crítica. Por eso todo el arte de Martínez Moreno corresponde al hemisferio iluminado de la razón, como una obra hija del siglo de las luces, lo que implica el incesante análisis de los comportamientos, retrayendo las acciones y voliciones a sus causas, y una claridad intensa sobre las conciencias que diluye las sombras románticas. El elemento conductor más adecuado a tal enfoque es una lengua discursiva, rica, estructurada sobre una sintaxis precisa y lógica, abundosa de palabras y giros casi barrocos, donde se percibe la distancia que el autor fija entre la realidad y su concepción objetivante de ella, transformándola en la materia de un discurso, haciendo de éste la rejilla que lo fija y organiza.

Las novelas de Mario Benedetti concedieron en cambio una cuota más libre a las aventuras humanas, marcándolas previamente con

el signo frustráneo de la historia presente: desde los cuentos de *Montevideanos* hasta *Gracias por el fuego*, es la misma historia de un fracaso la que se nos cuenta, *Gracias por el fuego* es una interpretación de la sociedad uruguaya, mejor dicho, de la generación crítica a través de las dos promociones que la integran. Allí se nos presenta la herencia recibida, la rebelión contra los mayores, el intento de crear una vida más plena, humana y justa que se manifiesta tanto en el campo de lo social como de la afectividad, y se nos muestra el fracaso de esta empresa. Ese fracaso, que definen las imágenes del suicidio, remite a la segunda promoción, la posibilidad de cumplir con esa transformación, aunque es perceptible la duda del narrador, su escepticismo acerca de que se lo logre. Piensa que también esa segunda promoción, representada por los descendientes del protagonista, está dominada por el espíritu crítico pero no puede pasar de éste a una acción reivindicadora y transformadora. Prolonga la rebeldía, la protesta, pero no cumple con la revolución. Semejante esquema define el comportamiento crítico de esta narrativa, aproximándola a una literatura de tesis.

La lección de Juan C. Onetti, Martínez Moreno, Benedetti, fue la más exitosa entre los jóvenes narradores. Bajo ese panel se instala la narrativa de Eduardo Galeano, Mario César Fernández, Alberto Paganini, Hiber Conteris, Fernando Aínsa, Jesús Guiral, Jorge Slavov, Claudio Trobo, Jorge Musto, Juan José Lacosta, todos ellos marcados por el arte onettiano de la prosa, pero a la vez por la problemática crítica de Martínez y Benedetti, por su manera sociológica de enfrentarse a la literatura.

Hubo sin embargo otro camino donde también se manifestó el espíritu crítico de la narrativa del período, aunque eludiendo las más directas transposiciones sociológicas o periodísticas, tratando más bien de captar la subyacente descomposición del sistema mediante imágenes paralelas y libres. Creo que se lo puede encontrar en los relatos iniciales de Armonía Somers, quien presenta un universo material sordo, disonante, una experiencia tensa de la crueldad y la soledad, acercándose a las zonas del asco, a instintos devorantes, a un espectáculo feroz de descomposición. Pero también se lo puede encontrar en *Partes de naufragio* de José Pedro Díaz, quien después de recuperar la perspectiva de los orígenes uruguayos transparentes, diáfanos y misteriosos, en *Los fuegos de San Telmo*, se enfrentó en su novela mayor al proceso de la desintegración y la caducidad donde los casos individuales simplemente aluden y ejemplifican una órbita de destrucción mucho más vasta y que coincide con el espíritu de una época. *Partes de naufragio* es, en 1969, como un responso, grotesco y desgarrado, sobre la peripecia nacional.

Al mismo ámbito de reivindicación, diagnosis y protesta, corresponde el crecimiento de la narrativa femenina que hacia 1940 abre Paulina Medeiros con un libro de título simbólico, *Las que legaron después*: es literatura social muy típica de la década progresista, que Medeiros alternará con la escritura poética que hereda de la reivindicación de la metáfora que aporta el vanguardismo. "Las que llegan después" son las mujeres, quienes alcanzan autonomía civil y humana en esta nueva sociedad de la que se han de expresar con violentas críticas, a veces esquemáticas, a veces cínicas, siempre inconformistas, replanteando con más audacia que los hombres los problemas de la afectividad y en particular los de las relaciones sexuales. La línea incluye una nutrida serie de autoras y obras: María de Montserrat, que se da a conocer en 1942, con *Tres relaciones*; Clara Silva tironeada entre el cielo y la tierra pero a la vez enfrentada a su tiempo en *Aviso a la población*, *Habitación testigo*, etc.; María Inés Silva Vila que tenazmente apuesta a la recuperación del mundo adolescente hasta tener que buscarlo en un trasmundo duro y dramático; Armonía Somers con su literatura de la abyección; Mercedes Rein describiendo el desbarajuste del mundo, su esencial extrañeza; Sylvia Lago manejando consignas muy simples de protesta social y moral que resuelve con una escritura inventiva siempre codiciosa de las violencias verbales y del desgarrón de las apariencias; Cristina Peri Rossi, que cierra por el momento este ciclo, con *Los museos abandonados*, de 1969, dueña de la prosa más barroca, lírica y a la vez analítica, de su promoción, con ella pone luces mortales a una experiencia humana que empieza a ser la de un frenesí que apunta a un nuevo e inédito territorio de nuestra cultura.

Tales temas y tales escrituras, en la narrativa, registraban la reconstitución del circuito escritor-público a la vez que la crisis por la cual la sociedad se interrogaba sobre sí misma. La comunicación de los escritores con el público, la demanda por parte de éste de obras, temas y tratamientos que registraban sus problemas, inquietudes, imaginaciones, fue más categórica y, sobre todo, más presentista, en el género dramático. Aquí la demanda y la respuesta a ella debían circular por el presente de la representación escénica, ajustando las dos voluntades. Por eso el teatro se rigió por el mismo esquema de la novela, salvo que más intensificado.

La dominante del teatro del período fue la investigación social, la discusión de la crisis, el planteo de explicaciones y eventuales soluciones. En los comienzos, cuando C. Denis Molina estrenaba *Golpe de amanecer* (1938) no existía un público teatral y las obras que se escribían correspondían al universo lírico, subjetivo, de una poesía intimista, más que a un diálogo con un conjunto de espec-

tadores. Fue el tiempo de un teatro que alguna vez se definió como leído y que revelaba en su escritura una afinación literaria, un rigor artístico, más cercano a una lengua escrita que hablada. Tanto Denis Molina como Alejandro Peñasco ilustraron lo mejor de esta línea.

Pero cuando el teatro ha formado ya a sus espectadores y cuando los problemas del país se han agravado en los años cincuenta, irrumpirá una generación de dramaturgos dedicados a exponer la realidad nacional con un sistema muy simple y esquemático de valoración y crítica social. Andrés Castillo, Rubén Deugenio, Juan Carlos Legido, Jacobo Langsner, Carlos Maggi, Hiber Conteris, Mauricio Rosencof, Hugo Bolón, Rolando Speranza, Alberto Paredes, todos ellos en mayor o menor grado realizan un teatro de crítica, donde es reflejada la vida nacional, en especial la de su clase media, en diversos momentos de una problemática que de moral ha de pasar a económica y social. Teatro realista en la mayoría de los casos, a pesar de algunas experimentaciones notables —Langsner, Maggi, Blanco—, tiende a ofrecer al público montevideano un espejo donde se ve reflejado. El mayor éxito de esta línea escénica no correspondió sin embargo a un dramaturgo nuevo sino a Juan Carlos Patrón por su *Procesado 1030*, un caso de error judicial llevado al escenario y sobre todo la silueta de un tipo popular que conquistó al auditorio.

Especial consideración debe hacerse para la obra de Jacobo Langsner y Carlos Maggi, los dos dramaturgos mayores del período, quienes comienzan por un enfoque subjetivista y a la vez una organización vanguardista de la arquitectura escénica, para progresivamente ascender a una consideración ya simbólica ya parabólica, de la sociedad nacional, Langsner acomete las estructuras morales de la sociedad, su esencial e intrínseco error que acompaña la impávida crueldad, su radical inhumanidad y falta de amor, donde se testimonia su alienación: son los textos que se inician con *Los ridículos* y *La rebelión de Galatea*, para luego incursionar por el sainete de *Los artistas* o *Esperando la carroza*, donde es puesto en el banquillo uno de los mitos morales de la nacionalidad, la familia, antes de hacer de ella la base de una denuncia social particularmente ácida y original, con su última *El tobogán*. Por su lado, Carlos Maggi registró en sus iniciales *La trastienda* y *La Biblioteca* un orbe seguro y confiado que se desintegraba y tanto era un conjunto de valores de la clase media como las instituciones oficiales que esa misma clase había generado esforzadamente. A partir de ellas se precipita en una investigación ríspida que colinda la tragedia y el humor negro para traducir el "cambalache" de una sociedad contradictoria que no puede expresarse sino a través de un estilo grotesco, hasta llegar a un grado de barroca irrealidad en *El patio de la torcaza*.

Habiendo partido del legado formal del sainete y el grotesco de los años veinte, Maggi desarrolla sus posibilidades dramáticas, con uso de una lengua escénica directa y servicial, hasta reencontrarse con estructuras donde la tragedia personal es la social y la teatral: *El apuntador*.

La poesía, por su índole surgente y rápida, ha funcionado como las vanguardias volantes del ejército en marcha, anunciando sin cesar nuevos descubrimientos, zonas todavía desconocidas de la realidad, estados espirituales apenas entrevistos en el seno de la sociedad. Si en la apertura de los años cuarenta fue una dominante elegíaca que marcaría con un tono intimista la poesía de Beltrán Martínez, de Idea Vilariño, de Ricardo Paseyro, de Ida Vitale, de Amanda Berenguer, o que en los reservistas opondría los oropeles del hermetismo al uso, la confesión del lirismo de la vida sencilla en Liber Falco o con el arrebato erótico en Clara Silva, pocos años después fue el taller experimental donde se recibió la tardía influencia surrealista, intentándose un modo nuevo del conocimiento que postulaba desmontar los órdenes explicativos recibidos, en la poesía de Sarandy Cabrera, de Humberto Megget, de Carlos Brandy, de la propia Idea Vilariño.

Las nuevas voces de la segunda promoción contribuyeron a una explanación muy transparente de lo real, desembarazado de toda carga ostentosa, puesto en su nuda verdad, tal como se vio en la lírica de Circe Maia, de Washington Benavides. Esta visión se complementa con la de quienes comienzan a manejar la poesía como protesta, en un momento en que toda la lírica se reconvirtió a una militancia ardiente que por un momento pareció repetir y pareció zozobrar en el arte progresista de la década del antifascismo. Prácticamente todos los poetas citados, incluyendo centralmente a Mario Benedetti, pero también a Saúl Ibargoyen, Rubén Yacovsky y los más nuevos, asumieron una actitud combativa. Tal posición fue persistentemente elaborada y llevada a su sistemática expresión por Sarandy Cabrera que teorizó una total dependencia de la acción política para el arte poético y lo manifestó en sus libros, el último de los cuales define, desde su título, *Poeta revólver en mano*, tal concepto. En la generación más recientemente aparecida quien mantuvo una línea similar aunque de contención discursiva, fue Milton Schinca, a través de una serie experimental de poemas-manifiestos que se coronan con *Cambiar la vida*.

Los poetas novísimos se han puesto a explorar, con poca fortuna, el malditismo (la revista "*Los huevos del Plata*") pero sobre todo han iniciado un camino más imaginativo, libre, ardiente donde la

subjetividad se integra a un mundo en ebullición, participando de su ansia de conflagración.

La imaginación al poder

Es similar la situación de la narrativa más nueva, que podría agruparse bajo el rótulo "La imaginación al poder" ya que en ella el experimentalismo dominante va por el lado de una exacerbación ilusoria de los datos reales, una afinación del arte de la transición que permite una movilidad y equivalencia más presta a los materiales literarios, una libertad para recoger lo innoble, lo vulgar, junto a lo artístico, ya bajo formas barrocas ya con simplicidad aparentemente tosca. De los nuevos escritores de ficción, responden a este espíritu Mercedes Rein, Gley Eyherabide, Tereza Porzekansky, Cristina Peri Rossi, Mario Levrero, aunque en ninguno se expresa con rotundidad mayor que en Jorge Onetti a través de sus dos obras, *Cualquiercosario* y *Contramutis*. No se trata de escritores propiamente militantes, en el sentido de que manejen temas políticos o sociales, aunque la carga ideológica es evidente en Jorge Onetti, pero no por eso pueden estimarse alejados de tal militancia, sólo que en ellos ha contaminado las formas encendiéndolas de agitación y de percepción rápida de la nueva sensibilidad. Es entre ellos que debe buscarse a los que anuncien las nuevas promociones que al borde del cataclismo nacional esperan su turno en el calendario de la cultura.

Dijimos que al iniciarse este ciclo de treinta años encontrábamos a la imaginación en función profetizadora, y la volvemos a encontrar al concluirlo, pero aquí con una función ardiente y explosiva, porque ella parte de otros signos, ya no de grietas sino de explosiones, y su típica forma de proceder por ampliación irreprimible a partir de datos mínimos, ahora debe llevarla a construir una selva incandescente donde restallan los fogonazos. Los excitantes de esta imaginación son más poderosos que antes pero además ella funciona con un desborde entusiasta mayor y se manifiesta no en oscuras visiones proféticas, melancólicas y agoreras, sino en radiantes o apocalípticas imágenes que deslumbran. Que no se trata meramente de un descubrimiento de los más jóvenes sino de una nueva reconversión general del movimiento intelectual lo demuestran las figuras mayores que se incorporan, con toda su sabiduría artística, a esta línea. Es, en poesía, el caso de Amanda Berenguer, que se ha entregado a una serie experimental destellante donde

mundo, hombre, destino, nación, se traducen en modos dinámicos, de oscuro brillo, de vibrante animación y de enorme fuerza profética.

Un período de transición

NI el Parnaso literario uruguayo, ni el sistema valorativo, ni los principios culturales del país son los mismos luego de estos treinta años. El árbol ha sido sacudido furiosamente: se le ha despojado de muchos frutos percibles y en él se ha gestado una nueva floración, que sólo puede compararse con las épocas más brillantes de la cultura nacional, siéndole superior en muchos aspectos.

No creo que el movimiento haya cumplido con todos sus propósitos, en parte porque nuevos e inesperados asuntos se fueron presentando sobre la marcha, en parte porque su tarea no fue fácil dado que significaba un cambio sustancial en un país adormecido y drogado por un humanismo aguachento. También porque no hay generación que aprisione o detenga a la historia.

Hecho el balance pienso que ha marcado un giro decisivo de la vida nacional y ha logrado encauzar la sociedad hacia un asentamiento sobre la realidad del mundo actual, sobre sus legítimas aspiraciones de progreso y justicia, sobre el panorama cultural de la región latinoamericana, sobre la apertura a un profundo cambio que le permita avanzar. Ha desenmascarado, ha desnudado, no ha vacilado ante las convenciones ni los principios estatuidos, ha enfrentado la enfermedad señalándola para que nadie la ignore. No la ha curado.

Ya hemos señalado que las nuevas proposiciones que se han registrado en el cuerpo social significan la coronación y el cancelamiento de la generación crítica y es bueno que así sea. Es un tramo importante de la historia el que entonces se verá clausurado, el tramo de las vísperas o lo que otros llamarán un período de transición. Sé que hay, allí a la vuelta de este tiempo, al iniciarse la década de los setenta, una nueva generación que está en pleno funcionamiento y que ha asomado a una edad increíblemente temprana. Le cabrán instancias más duras y cortes más profundos, así como reconstrucciones más difíciles. Si logran hacerlo no pensarán que todos estos años anteriores concurrían a ese fin porque seguramente estarán muy ocupados con sus tareas y porque sólo muy tardíamente se recupera la curiosidad por las obras y los hombres de un período de transición.

BALANCE DE LA NUEVA LEY DE REFORMA AGRARIA

Por Manuel AGUILERA G.

DESPUÉS de medio siglo de iniciada la reforma agraria en México, la pobreza, la ignorancia y la insalubridad son signos generalizados de una realidad dramática para la mayoría de la población campesina.

En su calidad de candidato a la Presidencia de la República del partido mayoritario (PRI), Luis Echeverría emprendió una extensa campaña electoral que lo llevó a visitar los lugares más apartados del territorio nacional. Entró en contacto con la lacerante miseria de los campesinos de algunas zonas del país como la Mixteca y el Altiplano, y conoció la prosperidad de los empresarios agrícolas del noroeste y de los ganaderos de Chihuahua y la Huasteca.

Impulsado por el deseo de mejorar las condiciones de vida de las mayorías rurales, a los 29 días de haber tomado posesión del cargo de Presidente de la República envió al Congreso de la Unión la iniciativa de Ley Federal de Reforma Agraria, la cual, después de discutida y enmendada por los Diputados y Senadores en el período extraordinario de sesiones, durante febrero y marzo, entró en vigor el 1o. de mayo del año en curso.

El presente ensayo tiene por objeto analizar el nuevo instrumento jurídico, dentro del contexto histórico de la reforma agraria y de la situación por la que atraviesa el campo mexicano. Este enfoque ofrecerá una clara perspectiva de la naturaleza, alcances y limitaciones de la nueva ley.

Dicotomía agraria

“**L**A tierra es de quien la trabaja”, fue el grito de rebeldía de los campesinos levantados en armas, actores principales del movimiento social que sacudió los cimientos de la sociedad mexicana, durante la segunda década del presente siglo.

En un país tan extenso, donde las llanuras áridas del norte contrastan con la exuberancia de las zonas tropicales del sur; regiones

en las que las lluvias es aliento de vida y en otras significa maldición estacional, las demandas campesinas tuvieron, por necesidad, un contenido socioeconómico y agrario diverso.

Los campesinos del centro y del sur reclamaban la devolución de las tierras a los pueblos, usurpadas por los grandes terratenientes al amparo de las Leyes de Desamortización, de Baldíos y de Colonización. Este fue el carácter de la restitución de tierras a los campesinos de Ixcamilpa, Pue., efectuada por Emiliano Zapata, el 30 de abril de 1912.¹

En las llanuras del norte, el patrón de colonización rural giraba en torno al sistema de haciendas. La mayor parte de la población campesina radicaba dentro del ámbito territorial de las haciendas; vivía en *sociedades rurales cautivas* basadas en la relación peón-hacendado que conjuga en poder omnímodo y el paternalismo del señor amo, elementos sustantivos en la organización de la servidumbre. En ese contexto de relaciones de producción y de conformación social, los peones sublevados reclamaban el derecho a explotar en su beneficio las tierras que generación tras generación habían venido trabajando para provecho del hacendado. En respuesta a ese reclamo, el 30 de agosto de 1913, Lucio Blanco entrega las tierras de la hacienda de Los Borregos, en Matamoros, Tamps.,² a quienes secularmente la habían trabajado: los peones.

De esta manera, en la confusión de la lucha armada fueron surgiendo fórmulas para distribuir la propiedad de la tierra entre los campesinos, fórmulas congruentes con las condiciones prevalecientes en las distintas regiones del país.

Resistencias iniciales

SIN embargo, cuando la Revolución entra en la etapa de reconstrucción del país, la reforma agraria se plantea, en su expresión fundamental, como un acto de reivindicación de las propiedades pertenecientes a los pueblos; es decir, originalmente el programa agrario sólo persiguió corregir las injusticias cometidas durante la dictadura porfirista, mas no pretendía transformar la estructura de la tenencia de la tierra. Con ese espíritu fue redactada la Ley del 6 de enero de 1915, incorporada dos años después, al artículo 27 Constitucional.

En efecto, la reforma agraria mexicana, en su primera etapa, se

¹ MAGAÑA, GILDARDO, *Emiliano Zapata y el Agrarismo Mexicano*. Editorial Ruta. México, 1951. Tomo II. p. 217.

² MAGAÑA, GILDARDO, *Op. cit.* Tomo III. pp. 345 y ss.

orientó a restituir las tierras a los pueblos, rancherías, congregaciones y comunidades que acreditasen la legitimidad de sus demandas, mediante la exhibición de los títulos de propiedad respectivos. Así, en la práctica, el reparto agrario quedaba reducido, en gran medida, a labores paleográficas.

A los campesinos que no estaban en condiciones de demostrar legalmente el despojo de sus tierras, se les brindaba el derecho de solicitar dotaciones para lo cual serían expropiadas, mediante indemnización, las propiedades privadas existentes dentro de un radio de siete kilómetros del poblado solicitante, respetando únicamente la pequeña propiedad.

La facultad de determinar la extensión de la propiedad privada inafectable quedó reservada a los gobiernos estatales. Empero, las extensiones de tierras fijadas como inafectables por la mayor parte de los gobiernos locales, lejos de conducir a la destrucción del latifundio, de hecho preservaban y garantizaban su existencia. Por ejemplo, en el estado de Chihuahua se reconocía legalmente como inafectable una propiedad con una extensión hasta de 44 mil hectáreas.

Concebida como una tarea fundamentalmente reivindicatoria a favor de los núcleos de población rural despojados de sus tierras, la reforma agraria era en el derecho, en la práctica y en la conciencia de los dirigentes del país, una fórmula transitoria, de alcances limitados. Entregar a los campesinos reducidas superficies para arraigarlos a la tierra y conservar la gran propiedad como forma predominante de producción y de explotación en el campo, fueron, en el fondo, los objetivos de la política gubernamental de la época.³ De ahí que sistemáticamente se negase a los peones el derecho a solicitar las tierras de las haciendas y que la gran propiedad latifundista, lejos de ser proscrita, se le rodease de garantías, pues los terratenientes tenían el derecho de interponer el recurso de amparo y de intervenir en los juicios administrativos de dotación y restitución de tierras.

Sin embargo, el reparto agrario continuaba siendo el aliento fundamental de la lucha campesina. Las armas con que habían hecho la Revolución se empleaban para reclamar el derecho sobre las tierras. Para combatir a los agraristas, los hacendados organizaron las "guardias blancas" que cobraron varios miles de vidas de líderes

³ Alvaro Obregón manifestó en reiteradas ocasiones su criterio en el sentido de que no debía recurrirse al fraccionamiento de las grandes propiedades, en tanto no se hubiera logrado el desarrollo de la pequeña propiedad. Véase, SILVA HERZOG, JESÚS. *El Agrarismo Mexicano y la Reforma Agraria*. Fondo de Cultura Económica. México. 1959, pp. 272 y ss.

campesinos. Los terratenientes extranjeros,⁴ principalmente estadounidenses, ejercieron a través de sus gobiernos todo género de presiones para impedir el reparto agrario, arguyendo la no-retroactividad de las disposiciones constitucionales, así como la indemnización previa y en efectivo. El grupo en el poder trataba de entablar un equilibrio entre las fuerzas en pugna que amenazaban su hegemonía: distribuía tierras a los campesinos que le ayudaban a combatir los levantamientos militares y clericales; pretendía hacer efectiva la deuda agraria;⁵ daba garantías para el fraccionamiento voluntario de las haciendas; y, en las fases de relativa estabilidad, se empeñaba en desarmar a los campesinos.⁶

Resultaba explicable, en tales condiciones, que quince años después de expedidas las bases legales de la reforma agraria, se hubiesen repartido únicamente 8.3 millones de hectáreas; o sea menos del 5% de la superficie del territorio nacional. México se encontraba en 1930, entre los países en los que privaban los índices más elevados de concentración de la tierra y, no obstante, el grupo en el poder comenzó a proclamar que el reparto agrario estaba prácticamente concluido.

El agrarismo en marcha

CUANDO Lázaro Cárdenas es electo presidente de la República, la Revolución estaba en crisis. La estabilidad política, sustentada —como agudamente lo ha señalado el maestro Silva Herzog— en el asesinato, en la corrupción y en el juego político del entonces recién creado Partido Nacional Revolucionario, se encontraba amenazada por los enfrentamientos permanentes entre campesinos y hacendados, en la secular lucha por la tierra; entre trabajadores que reclamaban los derechos previstos por la Ley Federal del Trabajo expedida pocos años antes y los empresarios nacionales y extranjeros, en comunión de intereses; entre la legalidad institucional y el caudillismo militar. En suma, era la etapa crítica que planteaba la

⁴ Conforme a cálculos conservadores, 32 millones de hectáreas estaban en poder de extranjeros, de las cuales 16.6 millones pertenecían a ciudadanos norteamericanos. Véase: TANNENBAUM, FRANK, "La Revolución Agraria Mexicana". *Problemas Agrícolas e Industriales de México*. Vol. IV, No. 2. México, 1953. p. 160.

⁵ Véase: SIMPSON, EYLER N. "El Ejido: La Única Salida para México". *Problemas Agrícolas e Industriales de México*. Vol. IV, No. 4. México, 1952.

⁶ GONZÁLEZ RAMÍREZ, MANUEL. *La Revolución Social de México, El Problema Agrario*. Fondo de Cultura Económica, México, 1966. Tomo III, pp. 325-326.

alternativa de llevar a cabo la transformación del país o de preservar en su expresión fundamental la estructura *señorial-latifundista* que caracterizaba a la sociedad y a la economía mexicanas de principios de siglo.

Corresponde a Lázaro Cárdenas el indiscutible mérito histórico de haber sentado las bases para la modernización del país, al transformar las estructuras económicas y sociales de la nación. Dentro del amplio programa de reformas emprendidas por Cárdenas, enderezadas a lograr la independencia económica del país y a conformar una sociedad más justa, la distribución de la propiedad de la tierra ocupó un papel fundamental. Para ello modificó la legislación agraria, introduciendo algunas medidas que es preciso recordar.

A partir de 1936, los peones acasillados quedaron capacitados para solicitar las tierras de las haciendas; asimismo se redujo la propiedad privada inafectable a 100 hectáreas de riego y 200 de temporal y se establecieron medidas rígidas para legalizar el fraccionamiento de las haciendas con el propósito de evitar la supervivencia de latifundios simulados.

Conceder a los peones el derecho a solicitar y recibir las tierras pertenecientes a las haciendas, constituyó un paso trascendental no sólo porque se reconocía un legítimo derecho que los gobiernos precedentes se habían empeñado en negar a los campesinos, sino porque sentó las bases para la distribución de todo un sistema social, político y económico que se sustentaba en el monopolio de la propiedad de la tierra: el latifundismo.

Al amparo de un nuevo marco legal, reformado con criterio revolucionario, Cárdenas entregó 20 millones de hectáreas a los campesinos. Empero, la labor agrarista del régimen cardenista no puede juzgarse exclusivamente por elementos de orden cuantitativo, sino por el sentido histórico que le imprimió. En primer lugar, aprovechando conflictos de orden laboral, expropió las haciendas enclavadas en las zonas más prósperas del país y las entregó a los jornaleros para que ellos mismos las explotasen, con la ayuda técnica y financiera del Estado. Así, se repartieron las tierras de la Comarca Lagunera, Yucatán, Lombardía, Nueva Italia, El Xoconusco, El Yaqui, Los Mochis, Baja California, y otras regiones más, donde la acción agraria de la Revolución se había detenido ante el temor de "destruir la riqueza agrícola de la nación". Con esta medida, se desterraba definitivamente la impresión de que "la reforma agraria sólo se aplicaba en aquellas regiones del país donde perdiera poco quien fuera afectado y ganara poco quien recibiera la tierra y que la acción del gobierno se detenía temerosa y claudicante ante los llamados empo-

rios que se presentaban como testimonios de una riqueza nacional en auge”.

En segundo lugar, le confirió al ejido, institución fundamental de la reforma agraria, un nuevo carácter y una responsabilidad histórica: habría de constituir la base de una nueva organización social en el campo. Es oportuno recordar algunas de las ideas de Cárdenas al respecto:

Pudo haber habido, en alguna época temprana de la Revolución, quienes consideraran al ejido como mero suplemento del jornal, insuficiente para garantizar al trabajador la independencia económica que es el fundamento de todas las libertades. Pero esto nada influye en los deberes presentes de la autoridad. Que grupos de campesinos llegaran a poseer pequeños lotes de tierras, verdaderos “pegujales”, sin aperos, sin crédito, sin organización, era fruto bien raquítico de tamaño sacrificio en la lucha. Y esto sin contar con que el ejido así entendido habría acabado por ofrecer un recurso más para que el hacendado pudiera disminuir los jornales —de suyo envilecidos— sabiendo que el trabajador contaba con un arbitrio adicional para subsistir.

La realidad nacional ha sido otra: una concepción ejidal de abiertas perspectivas es la que surge de las aspiraciones populares, hasta tomar sitio en la Constitución y en las leyes.

Y la institución ejidal tiene hoy doble responsabilidad sobre sí: como régimen social, y por cuanto que libra al trabajador del campo de la explotación de que fue objeto lo mismo en el régimen feudal que en el individual; y como sistema de producción agrícola, por cuanto que pesa sobre el ejido, en grado eminente, la necesidad de proveer a la alimentación del país.

Dentro de nuestro sistema agrario constitucional el ejido, en efecto, es el medio directo de satisfacer las necesidades de los núcleos de población, hasta el límite en que las tierras afectables lo permiten, y constituye para la comunidad una fuente de vida propia que libera a los habitantes de trabajar a jornal y permite a cada uno de ellos percibir el valor íntegro del esfuerzo que aplica a las tareas productoras.⁷

Consecuencia de esta nueva actitud frente al ejido, fue la intensa promoción a favor de la organización de los ejidatarios, bajo formas cooperativas de producción y de crédito. Así, comenzaron a cobrar una fuerza económica creciente: en 1940, los ejidatarios eran poseedores de 28.9 millones de hectáreas, representaban alrededor del

⁷ Citado por SILVA HERZOG, JESÚS. *El Agrarismo... Op. cit.*, p. 409.

40% de la población económicamente activa ocupada en el campo y contribuían con el 43% de la producción agropecuaria y forestal. Además, el 23% se encontraba organizado bajo diversas formas de asociación y en las regiones más prósperas, la organización colectiva era la forma de producción más extendida.

Organizados políticamente en las Ligas de Comunidades Agrarias, a nivel estatal, y en la Confederación Nacional Campesina, a nivel nacional, los ejidatarios no sólo quedaron integrados a la nueva estructura de poder, sino constituyeron un factor real de poder. Además de su ascendente influencia económica y de su capacidad de organización política, integraron una fuerza militar decisiva para la estabilidad política de la nación. En efecto, Cárdenas entregó armas a los ejidatarios para la defensa de sus tierras y con ello dio lugar a una milicia rural organizada, numéricamente más importante (60 000 efectivos) que el ejército regular. De esta manera, los campesinos armados, aniquilaron a las "guardias blancas" patrocinadas por los hacendados; contribuyeron a sofocar los brotes de rebelión que se presentaron en diversas regiones del país y, en suma, significaron una garantía para preservar el orden constitucional.⁸ La gran lección histórica del cardenismo fue: un pueblo armado es el mejor guardián de las instituciones, cuando los actos de gobierno se inspiran en la justicia social.

El gran viraje

CON Avila Camacho (1940-1946) se inicia la etapa de las rectificaciones dolorosas; es el gran viraje en el derrotero histórico de México.

En el seno de la "familia revolucionaria" renació la convicción de que el ejido constituía una institución inadecuada, incapaz de responder a las exigencias de materias primas y alimentos planteadas por una demanda externa e interna en continuo ascenso. Los voceros oficiales reclamaban "orden en el campo", freno a la desmedida e inconsciente política ejidalista "con perfiles peligrosamente comunicantes" y garantías a la propiedad de la tierra.

A partir de 1943, la legislación agraria comienza a ser objeto de reformas a fin de fortalecer la propiedad privada como forma

⁸ Sin duda, las milicias campesinas fueron decisivas para evitar que la violencia de la campaña política de Almazán, en 1940, derivara en una rebelión en la que estaban interesados algunos grupos militares, clericales, empresariales y latifundistas, así como las compañías petroleras extranjeras cuyos bienes habían sido expropiados en 1938.

predominante de producción en el campo y colocar al ejido, en el derecho y en la práctica gubernamental, en una condición de inferioridad. Las modificaciones más importantes fueron las siguientes:

En primer lugar, se procuró fomentar y proteger a las grandes propiedades tipo plantación. Al efecto se consideraron inafectables las propiedades con extensiones hasta de 300 hectáreas destinadas a los cultivos de henequén, hule, cocotero, vid, olivo, quina y vainilla.

En segundo lugar, se creó la llamada propiedad ganadera. Al amparo de esta disposición fueron consideradas inafectables aquellas propiedades dedicadas a la cría de ganado hasta por la extensión necesaria para mantener 500 cabezas de ganado mayor. (En algunas zonas, equivale a más de 30 000 has.)

En tercer lugar, se reformó el artículo 27 Constitucional señalando que los dueños o poseedores de predios agrícolas o ganaderos en explotación a los que se haya expedido o en lo futuro se expida certificado de inafectabilidad podrán promover el juicio de amparo contra la privación o afectación agraria ilegal de sus tierras o aguas. De esta manera, se restauró el recurso de amparo en materia agraria.

En cuarto lugar, se elevaron al rango de prevención constitucional las dimensiones de la propiedad privada inafectable. En este aspecto se deslizó una sutileza jurídica de suma importancia. En las adiciones al artículo 27 Constitucional se identifica y asimila la propiedad inafectable con la pequeña propiedad, conceptos enteramente distintos. Las extensiones inafectables tenían un carácter variable, temporal; en cambio la pequeña propiedad, entendida como unidad superficial indispensable para constituir el patrimonio familiar, habría de derivar de los estudios de rentabilidad realizados en las distintas regiones del país por los gobiernos estatales. Por lo tanto, las propiedades inafectables comprendían superficies superiores a las que habrían de considerarse al definir la pequeña propiedad. En realidad las reformas introducidas, lejos de estar inspiradas en la protección de la auténtica pequeña propiedad, sentaron las bases para el desarrollo capitalista de la agricultura, pues precisamente a los propietarios de tierras destinadas al cultivo de productos altamente remunerativos se les situó en condición de privilegio, al considerar como inafectables superficies mayores a las previstas para los productos de menor redituabilidad.

La política ejidal, por otra parte, entró en una fase de "des crédito oficial". Las áreas incorporadas al riego por el gobierno federal fueron entregadas preferentemente a los propietarios privados; la participación relativa del crédito oficial destinado a la agricultura ejidal fue disminuyendo gradual y persistentemente: en 1940 el Banco Nacional de Crédito Ejidal alcanzaba a financiar alrededor de

una cuarta parte de la producción de los ejidos; en 1960, esta proporción se había reducido al 9%.

La organización colectiva de los ejidos, lejos de fomentarse, fue objeto de una campaña de aniquilamiento que se manifestaba, a veces en forma sutil mediante la aplicación discrecional de disposiciones administrativas y, en otras, se atacaba frontalmente a través de presiones políticas.⁹

Finalmente, el reparto agrario se detuvo en forma drástica. Entre 1940 y 1960 fueron entregadas a los ejidatarios 15.6 millones de hectáreas; es decir, menos de 800 mil hectáreas anualmente.

En la década de los años '60, comenzó a renacer el espíritu del agrarismo en los círculos gubernamentales, lo cual se tradujo en un reparto más intenso: de 1960 a 1970 se entregaron a los ejidatarios 23 millones de hectáreas.¹⁰

De las medidas adoptadas en esta década, tres son dignas de destacarse: en primer lugar, se acordó destinar todos los terrenos nacionales a la creación de nuevos centros de población ejidal. Aun cuando esta disposición no fue fielmente observada en la práctica,¹¹ una proporción considerable de las superficies distribuidas no fue el resultado de afectaciones a propiedades privadas, sino correspondieron a terrenos baldíos. En segundo lugar, se instauró el procedimiento de afectar a todas las propiedades privadas cuyas superficies excedieran los límites previstos por la ley, sin que mediara necesariamente solicitud de campesinos. Tal medida implicaba, tácitamente, declarar ilegales las grandes propiedades. Por último, en las nuevas áreas incorporadas al riego por el gobierno, se condicionó el riego a que los agricultores privados redujesen sus propiedades a un máximo de 40 hectáreas y las demasías resultantes se entregaban a los ejidatarios. Ello equivalía a reconocer la conveniencia de reducir la extensión máxima de la propiedad privada inafectable de 100 a 40 hectáreas de riego.

⁹ ECKSTEIN, SALOMON. *El Ejido Colectivo en México*. Fondo de Cultura Económica. México, 1966.

¹⁰ Oficialmente fueron distribuidas alrededor de 40 millones de hectáreas durante las gestiones administrativas de Adolfo López Mateos (1958-1964) y de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970). De acuerdo con la información censal, entre 1960 y 1970, las superficies ejidales pasaron de 44 a 67 millones de hectáreas; es decir, 23 millones de hectáreas.

¹¹ Se estima que alrededor de 4 millones de hectáreas fueron enajenadas a favor de particulares.

Evaluación de la reforma agraria

TRAS esta breve revisión histórica de la reforma agraria mexicana, es conveniente evaluar sus resultados. Juzgado en su perspectiva histórica, todo cambio masivo en la propiedad de la tierra, amén de constituir un requisito previo para la modernización del sector agropecuario, provoca profundas transformaciones en el seno de las sociedades funcionalmente organizadas sobre la base de la *economía de la tierra*: en la estructura del poder, en la organización económica, en la conformación de las clases sociales, en los mecanismos de distribución del ingreso y en las formas de vida de la población rural.

En este sentido, la experiencia mexicana es elocuente. La reforma agraria ha significado el reparto de 75 millones de hectáreas entre ejidatarios y comuneros.¹² Es decir, además de su impacto indirecto en el fraccionamiento de las grandes propiedades, el programa agrario ha entregado directamente a los campesinos alrededor del 40% de la superficie aprovechable del territorio nacional para su usufructo y explotación. Esta distribución masiva de los derechos de propiedad sobre la tierra ha provocado cambios de insoslayable trascendencia en la estructura económica y social del país.

En el aspecto social, destruyó el sistema tradicional de castas que conformaba a la sociedad mexicana de principios de siglo, dando lugar a una intensa movilidad social. Asimismo, se produjeron cambios substanciales en la estructura del poder: la élite terrateniente quedó desprovista de su función rectora en el seno de la sociedad, función que ha pasado a desempeñar la burguesía.

En el aspecto agrario, la redistribución de la propiedad rural desterró el latifundismo como forma predominante de producción y explotación en el campo, creó una gran masa de poseedores y acabó con el peonaje acasillante, esa institución de servidumbre rural que prevaleció en el campo mexicano durante más de tres siglos.

En el aspecto económico-agrícola, facilitó el pleno desarrollo de las relaciones de producción capitalistas en la agricultura. *La renta absoluta* de la tierra ha perdido su significado crucial de subordinación de la población rural y de rango social; en cambio, *la renta diferencial*, basada en el manejo económico del capital y de la tecnología, norma la actividad agropecuaria cada vez en forma más generalizada.

En el aspecto productivo, dio lugar a una agricultura vigorosa,

¹² Según las cifras preliminares del censo Agrícola, Ganadero y Ejidal de 1970, 67 millones de hectáreas están en poder de los ejidatarios y 8 millones pertenecen a las comunidades.

disipando de esta manera, el mito de que el reparto de la tierra pone en peligro el abastecimiento de alimentos para la población, pues en el curso de las últimas décadas, el volumen de la producción agrícola se ha sextuplicado.

Como resultado de los crecientes niveles de producción y productividad en el sector agropecuario, el producto por trabajador se ha elevado en 141% en el curso de las últimas tres décadas. Sin embargo, además de que el ingreso por trabajador en el campo equivale a una tercera parte del correspondiente al sector urbano-industrial, el promedio es fatalmente engañoso, debido a que en las actividades agropecuarias, el ingreso se encuentra distribuido en forma extremadamente inequitativa. En efecto, el 51% del ingreso generado en el campo beneficia únicamente al 13.6% de la población, mientras que la inmensa mayoría de las familias campesinas (el 64% de la población rural) percibe ingresos mensuales de menos de 600 pesos.

Conforme a los datos disponibles para 1963, se estima que el ingreso agropecuario se distribuye de la siguiente manera:

<i>Posición ocupacional</i>	<i>Población (%)</i>	<i>Ingreso (%)</i>
Total	100.00	100.00
<i>Asalariados</i>	58.01	32.73
Jornaleros	52.86	27.07
Empleados, técnicos y administradores	5.15	5.30
<i>Propietarios</i>	41.99	67.63
Ejidatarios, comuneros y minifundistas privados	30.22	22.21
Productores medianos	10.40	31.30
Empresarios agrícolas y ganaderos	1.37	14.12

Fuente: Elaborado con base en la Encuesta de Ingresos y Gastos Familiares en México, 1963. Banco de México, S. A.

Las contrastadas condiciones sociales y económicas prevalecientes entre los grupos de población rural ponen de relieve que los rápidos aumentos de la producción y de la productividad no se traducen necesariamente en un mejoramiento correlativo de los niveles de vida de las mayorías campesinas.

La explicación a este fenómeno se encuentra en la evolución de las *formas de producción* en el sector agropecuario y en la estruc-

tura productiva que ha derivado de la misma. Como resultado del gran viraje en la política gubernamental, a partir de 1940 la economía mexicana entró de lleno al modo de producción capitalista y, por consiguiente, su crecimiento se ha regido por las leyes propias de este sistema, que conducen a la desigual distribución de los beneficios económicos.

En el caso concreto del sector agropecuario, este proceso no se presentó espontáneamente, sino en la medida que la política gubernamental favorecía e impulsaba la agricultura privada y, por consiguiente, colocaba a la economía ejidal en una situación desventajosa. Ello trajo como consecuencia inmediata el descenso relativo de la participación del sector ejidal en la producción agropecuaria y forestal: en 1940, la economía ejidal generaba el 43% de la producción nacional; en 1960, su participación se había reducido al 34%.

Detrás de estas cifras se esconde el verdadero significado de la política gubernamental post-cardenista. El brutal enfrentamiento de dos formas de producción, la ejidal orientada hacia la socialización de los medios de producción, y la privada, apoyada por el Estado, condujo a la deformación de la primera y al rápido desarrollo de la segunda.

Como consecuencia natural de este proceso, el crecimiento del sector agropecuario se ha sustentado en la ascendente concentración de la propiedad de la tierra más productiva y, correlativamente del capital y la tecnología. Conforme a las estimaciones del Centro de Investigaciones Agrarias, en el 0.5% de los predios que comprenden el 38% de las superficies de riego, se concentra el 32.33% de la producción y el 43.7% de la maquinaria. Estas tierras tienen un valor equivalente al 38% de superficie agrícola del país y se encuentran exclusivamente en poder de los grandes propietarios rurales.

En el extremo opuesto, el 89% de los predios agrícolas, de los cuales más de la mitad pertenecen a ejidatarios, disponen únicamente el 1.3% de la maquinaria para cultivar el 14% de la superficie laborable, en su totalidad de temporal.

Estrechamente vinculado a la concentración de los medios de producción, se ha presentado un intenso proceso de proletarianización. En 1940, únicamente el 21% de la población campesina trabajaba como jornalera; en la actualidad, esta proporción supera el 50%. La creciente oferta de mano de obra en el campo ha permitido mantener los salarios a niveles de subsistencia, debido, además, a que la posición contractual de los trabajadores rurales se ha venido debilitando, pues en la actualidad las organizaciones sindicales tienen afiliada a menos del 5% de la población rural asalariada.

Dentro de esta estructura productiva, los mecanismos de distri-

bución del ingreso tienden a deprimir los niveles de vida de los jornaleros y de los minifundistas y a favorecer a los empresarios agrícolas y ganaderos.

De ahí que la política de fomento agropecuario tenga serias limitaciones para mejorar los niveles de vida de la población rural. En las condiciones actuales, si se amplía el crédito al campo, se favorecerá a quienes están capacitados para amortizarlo; si se elevan los "precios de garantía" de los productos agrícolas, se beneficiarán primordialmente aquellos productores e intermediarios que controlan los mecanismos de comercialización; si se promueve la producción de fertilizantes a fin de tecnificar el campo, quienes se beneficiarán serán, sobre todo, los grandes propietarios; si se impulsa la producción de maquinaria agrícola y se reducen sus precios de venta, serán favorecidos únicamente quienes tienen una extensión susceptible de aprovechar plenamente un tractor, y no los minifundistas que trabajan la tierra en forma individual o los jornaleros de campo que verán reducirse sus expectativas de ocupación, debido a la creciente fecundación; si se difunde el uso de semillas mejoradas y se intensifican los servicios de extensión agrícola, los empresarios de nueva cuenta, serán los más favorecidos. En tales circunstancias, para evitar que los beneficios del crecimiento económico continúen concentrándose en los sectores de población rural más fuertes, sería preciso transformar la estructura de la propiedad de los medios de producción y robustecer la posición de poder de los jornaleros y ejidatarios frente a la burguesía agropecuaria.

La nueva ley de reforma agraria

¿EN qué medida la nueva ley de reforma agraria responde a esta necesidad?

La iniciativa de Ley enviada al Congreso señala: "En la vasta consulta nacional realizada durante la última campaña política para renovar los poderes federales, se advirtió una clara voluntad de renovación legislativa; a ello precisamente, da respuesta esta iniciativa de Ley que recoge las ideas y proposiciones de partes interesadas y de los estudiosos del problema del campo".

Y más adelante agrega:

La iniciativa tiende a favorecer simultáneamente al ejido, a las comunidades y a la auténtica pequeña propiedad. Estas tres instituciones

revolucionarias deben gozar de cabal protección jurídica y del apoyo de la nación entera, para que en armónica convivencia alcancen los más altos niveles productivos. La posesión ilegítima de grandes extensiones de tierras de manera ostensible o simulada, no sólo contradice la reforma, sino su mera existencia propicia graves tensiones en el campo. . . En esta forma, la nueva legislación que se propone ha sido elaborada con base en la realidad y consultando previamente a todos los sectores sociales comprometidos con los problemas agrarios vigentes. . .

En conjunto, la nueva Ley revela el propósito de lograr un conciliatorio equilibrio político entre los intereses de los empresarios agrícolas y los ganaderos, por una parte, y las presiones latentes de los ejidatarios y comuneros por la otra. En este sentido, es expresión tácita de una negociación política entre los factores de poder en el campo y los órganos de presión campesina.

*Conquistas básicas de los empresarios
agrícolas y ganaderos*

LA nueva Ley conserva las disposiciones constitucionales en materia agraria; es decir, continúa concediendo a los propietarios privados el derecho de recurrir al amparo (Art. 219) y preserva las dimensiones de la propiedad privada inafectable (Art. 249). A este respecto conviene destacar algunas modificaciones que sufrió la Iniciativa de Ley, las cuales muestran que los empresarios agrícolas y los ganaderos no estuvieron dispuestos a dar concesiones que pudiesen poner en peligro su condición de privilegio.

La parte final del Art. 219 de la Iniciativa, referente al amparo en materia agraria, estipulaba: "Será requisito para que se dé entrada a su demanda (de amparo) que (el interesado) anexe el certificado de inafectabilidad". Esta disposición abría la posibilidad de anular la práctica instaurada por el poder judicial en el sentido de conceder el amparo a los terratenientes privados que, sin contar con el certificado de inafectabilidad, "demostraban" poseer propiedades dentro de las dimensiones permitidas por la Constitución, práctica que había favorecido la presencia de fraccionamientos simulados. Sin embargo, la comisión dictaminadora del Congreso suprimió esta disposición y, por consiguiente, desapareció del texto definitivo de la Ley.

De esta manera, el amparo agrario, un instrumento legal, continuará siendo, paradójicamente, un obstáculo para legalizar el usufructo de la tierra. pues la Suprema Corte de Justicia seguirá sos-

teniendo el mismo criterio con base en lo previsto por el Art. 252 de la nueva Ley que establece:

Quienes en nombre propio y a título de dominio prueben debidamente ser poseedores de modo continuo, pacífico y público de tierras y aguas en cantidad no mayor del límite fijado para la propiedad inafectable, y las tengan en explotación, *tendrán los mismos derechos y obligaciones que los propietarios que acrediten su propiedad con título legalmente requisitados*, siempre que la posesión sea, cuando menos cinco años anterior a la fecha de publicación de la solicitud o del acuerdo que inicie el procedimiento agrario...

Un fenómeno similar ocurrió con las prevenciones encaminadas a combatir los llamados latifundios familiares. El párrafo 3o. del Art. 257 de la Iniciativa estipulaba:

No se expedirán acuerdos ni certificados de inafectabilidad sobre los predios provenientes de fraccionamiento de una finca afectable si éste se realizó entre parientes hasta el cuarto grado colateral o en línea recta, ascendente o descendente sin limitación, esposo, concubina o persona ligada por vínculos de amistad o subordinación; salvo que los promovientes prueben que dicho fraccionamiento se hizo legal y efectivamente y que las fracciones se aprovechan individualmente por cada uno de los dueños.

Aplicada por analogía, esta medida, similar a la prevista en la legislación peruana, ofrecía la perspectiva de evitar los fraccionamientos simulados de las grandes propiedades.¹³ En efecto, ha sido práctica generalizada entre los propietarios privados subdividir en apariencia sus extensas propiedades y titular cada una de las fracciones a nombre de sus hijos, incluso recién nacidos, esposas, familiares y personas de confianza. No es necesario remontarse a actuaciones pretéritas para probar que esta práctica se legaliza con mucha frecuencia. Durante el mes de octubre de 1970 se expedieron certificados de inafectabilidad en los distritos de riego de Hermosillo, una de las zonas agrícolas más prósperas del país, amparando una superficie de 1 731 hectáreas de riego. Los 11 certificados ampararon propiedades que tienen unidad geográfica y fueron expedidas a favor de personas que tienen en común tres apellidos, incluso menores de edad.

¹³ En general, la Ley persiste en conferirle a la propiedad privada un carácter individual y mas no el de patrimonio familiar. Véase artículo 209.

Una disposición de este género indudablemente constituía un peligro para los empresarios agrícolas que cuentan con dilatadas extensiones de tierras simuladamente fraccionadas. Por este motivo, presionaron ante el Congreso y lograron su supresión.

Se introdujo una nueva modalidad: la inafectabilidad agropecuaria. En efecto, con el propósito de ofrecer a los ganaderos la posibilidad de cultivar los forrajes necesarios para alimentar a sus semovientes, la ley estipula:

Los titulares de inafectabilidad ganaderas cuyos predios comprendan total o parcialmente terrenos susceptibles de aprovechamiento agrícola y pretenden integrarlos a la producción de plantas forrajeras, podrán tramitar el certificado de inafectabilidad agropecuaria. Cuando se trate de terrenos de agostadero que por trabajos de sus propietarios hayan cambiado la calidad de los mismos y se dediquen en todo o en parte a la producción de forraje, conservarán su calidad inafectable. En todo caso, la producción agrícola deberá destinarse exclusivamente para consumo del ganado de la finca; pero si llegara a demostrarse que se comercia con dicha producción en vez de aplicarla al fin señalado, la propiedad dejará de ser inafectable, se determinará la extensión de la pequeña propiedad exclusivamente agrícola y el resto se aplicará a la satisfacción de necesidades agrarias.¹⁴

En relación con lo anterior conviene llamar la atención sobre tres aspectos de suma importancia. En primer lugar, el procedimiento de determinación de la llamada propiedad agropecuaria inafectable es sumamente confuso y puede dar origen a que se interprete en el sentido de que los ganaderos tendrán el derecho de poseer simultáneamente superficies equivalentes a una propiedad agrícola y a una propiedad ganadera.

En segundo lugar, las inafectabilidades de este género ofrecen a los ganaderos la posibilidad de abrir al cultivo vastas extensiones de tierras, a través del aprovechamiento de aguas subterráneas y superficiales. Para asegurarse plenamente de ello, obligaron al Congreso a modificar las disposiciones originalmente contenidas en la Iniciativa de Ley que mencionaban el uso potencial del suelo como criterio para clasificar la calidad de los terrenos.¹⁵

Finalmente, las restricciones previstas por la Ley, tendientes a garantizar que los beneficiarios de la inafectabilidad agropecuaria destinen la producción de forrajes exclusivamente a la alimentación

¹⁴ Artículo 258.

¹⁵ Artículos 259 y 260 de la Iniciativa.

de su propio ganado, quedaron anuladas a raíz de que el Congreso introdujo la siguiente adición a la parte final del artículo 258:

No se considerará en este último caso, a quienes conservando el ganado que señala el certificado de inafectabilidad agropecuaria correspondiente, comercien con los excedentes agrícolas del predio.

Impulso al desarrollo ejidal

UNO de los aspectos de mayor significación de la nueva Ley es el referente al nuevo concepto del ejido. Superando la anacrónica y estrecha connotación que había subsistido hasta nuestros días, este ordenamiento jurídico concibe al ejido como un conjunto de tierras, bosques, aguas y, en general, todos los recursos naturales que constituyen el patrimonio de un núcleo de población campesina, otorgándole personalidad jurídica propia para explotarlos integralmente, bajo un régimen de democracia política y económica, que asegure la justa distribución de los beneficios del trabajo social, dentro del marco de una organización rentable, capaz de elevar el nivel de vida de los campesinos.

La organización de los núcleos de población ejidal prevista en la Ley propende, en esencia, a unificar tres instituciones fundamentales que hasta la fecha han subsistido yuxtapuestas: una agraria, el ejido; otra económico-financiera, la sociedad local de crédito; y una tercera el núcleo social, en cuyo seno suelen organizarse diversos comités para el mejoramiento de las comunidades. La organización integral de los ejidos implica, por tanto, la conjugación de los aspectos agrario, productivo, financiero, de comercialización y social.

En ese contexto, se persigue que los ejidos integralmente organizados queden constituidos como empresas productivas de interés colectivo —con personalidad jurídica para representar a los ejidatarios— cuyo patrimonio inicial son las tierras y aguas que la Nación les ha otorgado a los núcleos de población ejidal en calidad de propiedad usufructuaria de carácter inalienable, imprescriptible, inembargable e intransmisible.

Si bien, la Ley no define una forma de organización concreta, en cambio establece criterios generales a efecto de que los esquemas de organización puedan adaptarse a las necesidades particulares de cada ejido. En esencia, se persigue que la explotación de los recursos la lleven a cabo los ejidatarios de acuerdo a los principios que rigen al sistema de cooperativas con fines múltiples; y sujeta su funcionamiento interno y la organización del trabajo a las normas democrá-

ticas de autogobierno, que garanticen la cohesión social de los núcleos de población y la distribución justa de las obligaciones y beneficios entre sus miembros.

La ley le confiere un carácter expresamente prioritario al desarrollo económico y social de los núcleos de población ejidal y comunal. Con este propósito, establece un sistema de preferencias dentro de la política gubernamental, a efecto de que las diversas entidades del Sector Público presten atención prioritaria dentro de sus programas de acción, al desarrollo de las economías ejidales y al mejoramiento de las condiciones de vida de sus miembros.

Con base en el espíritu de las disposiciones de la Ley, la función de las autoridades agrarias habrá de consistir en promover la organización de los ejidos, mediante la coordinación de los instrumentos institucionales que el Estado tiene a su alcance, como medios para incentivar a las comunidades rurales, pues sólo con el apoyo consciente y decidido de los propios campesinos será factible esperar resultados satisfactorios. Además, en la Ley se advierte que, salvo los ejidos ganaderos y forestales, la agrupación colectiva habrá de tener un carácter voluntario. Por ello, una vez definidas, mediante estudios regionales, las posibilidades de desarrollo particular de los ejidos, la labor promocional de las autoridades agrarias debe consistir en instruir extensa y pormenorizadamente a los núcleos de población ejidal acerca de las ventajas de organizar la explotación colectiva y los diversos sistemas de administración de las unidades productivas.

Independientemente, no es dable esperar que la organización ejidal se produzca de manera espontánea, tras prolongado proceso de evolución social. A efecto de que los esfuerzos promocionales tengan éxito, será preciso ofrecer a los campesinos estímulos concretos. Con este propósito es indispensable que las autoridades agrarias estructuren un sistema concertado de decisiones gubernamentales para lograr la canalización, a *favor de los ejidos que acuerden organizarse colectivamente*, de las inversiones públicas en materia de: electrificación rural; introducción de agua potable y mejoramiento de la vivienda rural; construcción de centros de salud rural, escuelas, silos, caminos de penetración, obras de pequeña irrigación y abrevaderos; todo ello coordinado con los programas de distribución de raciones alimenticias. Asimismo, proporcionar a las unidades colectivas los siguientes servicios: asistencia técnica, financiamiento para la producción y adquisición de bienes de capital; aseguramiento de los cultivos y ganado; compra de la producción a precios preferenciales; atención educativa y la incorporación de los miembros de las comunidades organizadas al régimen de seguridad social. En general, toda

esa acción gubernamental será indispensable utilizarla como instrumento para promover y apoyar la organización de los ejidatarios y comuneros.

Como se aprecia, la nueva legislación aspira a constituir al ejido en una nueva forma de producción en el campo, cuya trascendencia histórica en la sociedad mexicana no es difícil imaginar. Precisamente por ello, sus posibilidades de éxito dependerán de la decisión con que los líderes del país afronten las presiones que ejercerá la burguesía urbana y rural para aniquilar la organización colectiva de los ejidos.

Otras modalidades

EN la nueva Ley de Reforma Agraria priva la intención deliberada de lograr que la propiedad de la tierra conlleve un aprovechamiento más racional de los recursos naturales. En efecto, la vigencia de los certificados de inafectabilidad queda expresamente sujeta a que la tierra sea objeto de explotación permanente; es causa de nulidad el hecho de que no se exploten durante dos años consecutivos las áreas legalmente amparadas.¹⁶ En este sentido, la Ley introduce una innovación importante para evitar que la propiedad de la tierra se conserve por su significado de rango social.

Estrechamente relacionado con lo anterior, el Art. 251 convalida la vigencia de la Ley de Tierras Ociosas expedida el 23 de junio de 1920, por medio de la cual se faculta a los Ayuntamientos para determinar anualmente las tierras que se encuentran sin cultivar y autorizar a los campesinos para que las exploten temporalmente.

Son igualmente dignas de mención las prevenciones relativas a que de ninguna manera podrán expropiarse bienes ejidales y comunales para otorgarse bajo cualquier título, a sociedades, fideicomisos o a otras entidades jurídicas que hagan posible su adquisición por parte de extranjeros. Asimismo, la Ley prohíbe la constitución de sociedades para explotar recursos turísticos y terrenos expropiados a ejidos o comunidades dentro de la faja costera, salvo que en ellas participen mayoritariamente los propios ejidatarios o el Gobierno Federal.¹⁷ Estas disposiciones señalan la decisión gubernamental de acabar en definitiva con la especulación de que han sido objeto los terrenos ejidales, a raíz del intenso proceso de urbanización que se ha venido escenificando en el país y, al mismo tiempo,

¹⁶ Artículos 249, 251 y 418.

¹⁷ Artículo 121.

asegura la integridad del territorio nacional en los términos constitucionales.

Finalmente, en el aspecto procesal, aun cuando la nueva Ley asimila sistemas anacrónicos de tramitación agraria, instituye legalmente la práctica implantada en la década pasada, de afectar *de oficio* las propiedades privadas que excedan a las dimensiones previstas por la Constitución. Aun cuando la Ley no lo señala expresamente, esta medida significa tácitamente proscribir el latifundio.

Ahora bien, juzgada en su conjunto, la nueva Ley Federal de Reforma Agraria es, como se señaló en un principio, el resultado de la interacción de la fuerza política que representan los empresarios agrícolas y de los ganaderos frente a la presión de los campesinos minifundistas, principalmente ejidatarios. Los primeros conservaron los privilegios de que han disfrutado desde la década de los años '40, y lograron adicionalmente que se acreditaran dentro del marco legal las prácticas de utilizar parcialmente sus tierras en el cultivo de forrajes (inafectabilidad agropecuaria). Los ejidatarios lograron, en el terreno del derecho, el reconocimiento a su capacidad para organizarse, a fin de fortalecer su posición económica; consiguieron, asimismo, el tratamiento preferencial por parte del Estado a efecto de que la política gubernamental se oriente, prioritariamente, a favor de los núcleos de población ejidal. Ello plantea la siguiente interrogante: ¿en qué medida lograrán los ejidatarios que esta norma de derecho se traduzca en una práctica gubernamental de hecho? En el fondo siempre subyacerá la decisión política a favor de una u otra forma de desarrollo. Es preciso llamar la atención sobre el particular, porque la organización colectiva difícilmente prosperará sin el apoyo decidido del Estado.

De ahí deriva la responsabilidad histórica de los dirigentes del país: si se apoya al ejido como forma predominante de producción en el campo, se estarán sentando las bases para una sociedad más justa y democrática, aunque para ello sea preciso superar algunas fases críticas; si la acción gubernamental continúa protegiendo y fortaleciendo indiscriminadamente a la propiedad privada bajo el supuesto controvertible de que esta forma de tenencia es la única que asegura los crecientes niveles de producción para hacer frente a la demanda interna y externa de productos agropecuarios, este país continuará presenciando la incesante concentración del capital, de la tecnología y del ingreso en grupos reducidos de población rural; en el polo opuesto, subsistirá el minifundio y la proletarización como signos de una miseria sin horizontes.

Aventura del Pensamiento

EL DESAFIO DE LOS ROBOTS

¿SON UNA LIBERACION O UNA NUEVA
FORMA DE ESCLAVITUD?

Por José BLANCO AMOR

"Cualquier cosa que un hombre pueda imaginar, otro hombre lo podrá realizar".
WERHNER VON BRAUN (Conferencia de prensa en Buenos Aires el 21-X-63).

ESTAMOS hechos a ver las cosas con los ojos de la realidad. Nos importa especialmente lo que ya conocemos o lo que tenemos al alcance de nuestro conocimiento sin mayor esfuerzo. Nos interesa lo que podemos palpar con nuestras propias manos. Por eso que cuando lo irreal se hace real, los datos que habíamos adquirido se alteran de un modo violento en nuestra mente y perturban nuestro sentido de lo real.

El hombre ha puesto su pie en la Luna, el satélite que hace no más de cincuenta años arrancaba fantasmagóricos relatos a la mente científica de H. G. Wells. La técnica empuja a la civilización hacia más allá de lo imaginado por el hombre, y los conceptos realistas aprisionados por nuestras mentes sufren la confrontación violenta entre lo imaginado y lo concreto. El mundo es real. Este es un concepto que no admite dudas. Pero la realidad del mundo es mucho más rica que los conocimientos que nos habían brindado el estudio y la experiencia. Hoy la realidad puede brotar del secreto de un dato suministrado por una computadora electrónica precisamente como consecuencia de la victoria de la ciencia y de la técnica sobre el mundo físico que nos rodea y nos contiene.

La conquista como medio

EL incesante y arrollador avance tecnicocientífico condena al hombre a buscar permanentemente un nuevo secreto que se le oculta

siempre. Los hombres que están en la cresta de la ola del avance de la civilización se parecen a Sísifos o a Tántalos o a Prometeos redivivos, torturados por el sueño de una realidad cada vez más rica y cada vez más lejana y sorprendente. La conquista no es, en estos casos, un fin en sí mismo, sino un medio para seguir avanzando en procura de la confirmación de las imágenes que el pensamiento de los mejores cerebros señala al hombre elegido para las grandes victorias. El progreso técnico tiende a desplazar a los trabajadores del sector primario al secundario o al terciario. Las máquinas ahorran hombres y estos hombres son desplazados de sus tareas normales y rutinarias a otras nuevas y desconocidas para ellos. Esto demuestra que el progreso tecnológico descoloca al hombre común en su medio natural y pone al científico y al técnico en seguimiento de una meta sin fin. La estructura de las grandes industrias se transforma también: dentro de poco la producción ocupará un lugar secundario, según opinión de los especialistas, y pasarán a primer plano la preparación, la organización, el control y la previsión. O sea que avanzará sobre la empresa moderna una imponente burocracia tecnificada que determinará la importancia de la producción.

Georges Elgozy, uno de los teorizadores en la materia, asegura que "el dinamismo de la gestión es la llave de la prosperidad de la empresa. Es necesario prevenir, diversificar las actividades e imaginar. Hay que formar e informar. Finalmente, llegará el momento de la comercialización de los productos, y esta actividad debe ser dominada en un grado de igualdad por la fábrica y por el laboratorio".

La estrella de las herramientas

LA mente del hombre, criatura atrabiliaria y llena de miedos y de audacias, está siendo sometida a una transformación radical. El mundo en que vivimos cambia todos los días y los resultados de estos cambios nos conducen a la necesidad de más técnica: la máquina automática necesita otra máquina "superior" que la oriente y la domine hacia su propio automatismo. Todo parecería indicar que la automatización se alimenta de más automatización. Llegará el momento en que la máquina pensará, decidirá, ejecutará y ordenará su tarea a otras máquinas, con prescindencia del hombre. Iba a decir *prescindencia total*, pero el hombre todavía es necesario.

En el desarrollo tecnológico de los últimos años, la computadora ascendió vertiginosamente a la categoría de la estrella más brillante de la constelación de los instrumentos electrónicos. Los téc-

nicos que la crearon y que la hicieron funcionar insisten en llamarla "herramienta": es una herramienta de trabajo. Tal designación es demasiado humilde para un personaje tan complejo y de tan múltiples capacidades. Los técnicos tienen un temor oculto a las perfecciones cada día mayores de esta máquina, y en el término "herramienta" está implícito un deseo de someterla y de mantenerla bajo su dominio, temerosos de que dicha herramienta sea superior a su propia mente. Porque no podemos olvidar que esta herramienta ha sido llamada robot, cerebro electrónico, etc., designaciones tecnológicas que implican una condición mágica que escapa al control del hombre. ¿Cómo se armonizan estas designaciones con el término herramienta? ¿Hay o no magia y misterio en el "alma" compleja de la computadora? Si es una herramienta, el hombre tiene un dominio soberano sobre ella. Si es un robot, el hombre deberá vivir temeroso de la independencia de su criatura.

Però este lenguaje no es admitido de buen grado por los técnicos. Ellos sostienen que la computadora no oculta nada de mágico ni de misterioso. Las preguntas se acumulan sin embargo en la mente del estudioso de estos problemas. ¿Piensa la computadora? ¿Tiene algún grado de inteligencia? Si admitimos que la inteligencia humana es una suma muy compleja de facultades de difícil y controvertida definición, tenemos que comprender que la computadora —al menos en el terreno de la creación— no admite todavía el término inteligente.

Una herramienta "maravillosa"

Los técnicos rechazan el lenguaje hiperbólico con que la literatura de ficción científica y el periodismo sensacionalista se refieren a las computadoras. No se puede —sostienen— hablar de máquinas "inteligentes", ni mucho menos aplicarles la palabra "cerebro". La función natural del cerebro es pensar y las computadoras no piensan. Sólo hacen lo que los hombres les ordenan. Quiere decirse entonces que la computadora es al cerebro lo que el ruido al motor. "Nada de lo que sucede en el cerebro puede ser descripto sino mediante símbolos proporcionados por la mente, que es un emergente cultural, y no por el cerebro, que es un órgano biológico —dice Lewis Mumford en su tratado *El mito de la máquina*—. La diferencia entre cerebro y mente es tan grande como la que hay entre el fonógrafo y la música que de él sale".

Es verdad que las computadoras toman decisiones, pero sólo cuando el hombre les ha señalado por anticipado las alternativas y

el criterio con que deben elegir entre los términos de una alternativa. Las computadoras pueden resolver cualquier problema lógico o matemático siempre que se les indique en forma detallada lo que deben hacer, sin olvidar absolutamente nada. El cerebro humano puede olvidar un detalle y concluir un trabajo sin ese detalle. La computadora *no sabría* proseguir su trabajo si quien la atiende se olvida de suministrarle algún dato, aun el más insignificante. Por su parte, el cerebro humano descubre, por propia deducción, la verdad o falsedad de un dato determinado que nos hayan dado. La computadora se especializa en extraer conclusiones de los datos que se le proporcionan, sin tener en cuenta si esos datos son verdaderos o falsos. Lo que admiten de buen grado los técnicos es la idea siguiente: la computadora es cada día más rápida, más rica en sus múltiples aplicaciones y facilita la creación continua de otras máquinas cada vez más perfectas.

Pero es una herramienta. Usted mira a su interlocutor técnico con ojos de asombro, y su interlocutor agrega: "Una herramienta maravillosa". Aquí está precisamente algo de esa "naturaleza" mágica que la leyenda le atribuye. También es maravillosa la televisión y no está rodeada de ningún halo misterioso, a pesar de que influye en cientos de millones de personas. El vuelo a motor, iniciado a principios de este siglo por los hermanos Wright, es mucho más espectacular que la creación de la computadora. Pero el vuelo se hizo familiar y perdió su aire de aventura entre la vida y la muerte. Volar es hoy una realidad de la que participan los hombres de todas las condiciones sociales —y también mentales— en todas partes del mundo. La medicina, en su aspecto técnico, y la energía atómica han progresado en los últimos años de un modo asombroso. Todas estas conquistas son admitidas naturalmente como parte del desarrollo científico de nuestro tiempo. La computadora, en cambio, participa de lo mágico: gracias a ella el hombre ha puesto su pie en la Luna. O sea que el progreso científico y técnico de nuestro tiempo se integra en un todo que simboliza, con hazañas espectaculares, la computadora, "herramienta maravillosa".

En la conquista del espacio

LAS computadoras tienen un papel de primer orden en todos los proyectos espaciales de los Estados Unidos, y es de suponer que también en los de la Unión Soviética. Sin la computadora el hombre no sólo no hubiera llegado a la Luna, sino que no habría podido dar ninguno de los pasos previos que lo llevaron a esa hazaña. A

medida que Armstrong y Aldrin se acercaban al satélite de la Tierra en el LEM, una computadora a casi 400,000 km. de distancia procesaba los datos necesarios para el alunizaje y para que los dos astronautas pudieran volver a reunirse con Collins en el módulo de comando.

La computadora calculó el recorrido del módulo lunar e indicó a los sistemas de a bordo cuándo y cómo debían encenderse los motores para el descenso. Al sostener que la computadora es sólo una "herramienta", los técnicos parecen tener razón. Quince segundos antes del alunizaje —refirió Armstrong en sus comentarios posteriores a la hazaña— él tuvo que rectificar el lugar de descenso, con lo que rectificó también a la computadora. La computadora los llevaba derecho a un cráter, del que seguramente no hubieran podido salir. Pero la máquina no se *equivocó*: simplemente obedeció las órdenes que se le habían dado desde la Tierra. Una computadora determinó también el cambio de rumbo de la Apolo XII para colocarla en una "trayectoria de regreso libre", a poco de despegar el enorme cohete Saturno.

Pero el papel de la computadora en esta asombrosa hazaña no concluye aquí. No bien llegaron al edificio de armado las diversas partes del cohete Saturno de la Apolo XI, el complejo de computadoras comenzó a trabajar para el lanzamiento. Después que el Saturno despegó, su unidad instrumental (centro de control para el lanzamiento en órbita terrestre y luego a trayectoria lunar que contenía una computadora digital de 40 kilogramos) controló los 3.400,000 kilos de empuje de los motores de la primera etapa, controló los cambios de aceleración y altura, comparó estos datos con los de la trayectoria prevista y balanceó los motores para mantener al Saturno en ruta. Su equipo de telemetría envió datos al Centro Espacial de Houston sobre el comportamiento del cohete y recibió información de los directores de la misión. La unidad instrumental emitió los comandos de la segunda y de la tercera etapas, controló la altura de la nave en órbita terrestre y calculó la reingición para alcanzar la inyección translunar. Toda esta labor la hicieron las computadoras del Centro de Vuelos en colaboración con las computadoras de a bordo. O sea que la llegada del hombre a la Luna no hubiera sido posible sin la colaboración de este "robot" que cada día adquiere mayor gravitación en nuestra vida.

Pero estas máquinas no hicieron por sí mismas nada inesperado. Actuaron de acuerdo con los datos que los técnicos les suministraron. Los errores —si los hubo— nacieron siempre de quienes estaban encargados de alimentarlas.

Cuando usted viaja en uno de los grandes aviones de pasajeros

modernos, la primera impresión que recibe es de confianza en la máquina y desconfianza en el hombre. Si algo ocurre será por culpa del piloto y no del avión. También descubre usted otra cosa que confirma esta impresión de seguridad: que los hombres de todas las razas tienen la misma capacidad mental para manejar esas enormes máquinas con sólo haber adquirido los conocimientos necesarios para ello. O sea que la perfección de la máquina hace innecesaria una raza de superhombres para manejarla. La superioridad está entonces en la "herramienta". Esta imagen de credulidad y seguridad en la máquina no es fetichista: surge del conocimiento que tenemos de la falibilidad del hombre y del desconocimiento de la falibilidad de la máquina. Dice el profesor Gordon Black que "sin el hombre la computadora resulta tan inútil como la televisión sin espectadores, el quirófano sin el cirujano, el reactor sin el ingeniero".

*Semejanzas de la computadora
con el cerebro humano*

DESDE el momento del nacimiento el cerebro humano comienza a captar, a procesar y a recordar y almacenar la información que recibe —hablemos con lenguaje cibernético— por los cinco canales de captación: la vista, el oído, el olfato, el tacto y el gusto. El cerebro tiene un mecanismo de admisión superior al de la computadora, la que sólo posee un canal de captación. Esta circunstancia hace que, cualquiera sea la información que se le suministre, la computadora la recibe en forma de ceros, "únicos datos básicos que es capaz de manejar" —según afirma el profesor Black. La computadora no "sabe" qué son sonidos, por ejemplo. El cerebro humano selecciona los sonidos y admite unos y rechaza otros. Admite los sonidos de la música y rechaza el de las trepanadoras de las calles, para citar sólo un ejemplo. El cerebro humano es capaz de relacionar los sentidos de captación con los medios de exteriorización. Ejemplo: el habla. Esta íntima relación permite al ser humano aprender un idioma y conversar en él con sus semejantes. Esta es la base de lo que se denomina pensamiento.

El término "cerebro" no debe ser borrado totalmente del lenguaje de las computadoras. En ciertas funciones (cuando se la procesa para que proceda así) la computadora realiza tareas semejantes a las del cerebro humano. La computadora lee y memoriza números, nombres y diversos datos y puede retener todo cuanto tiempo sea necesario. Desde el punto de vista puramente utilitario, la memoria de la computadora es más perfecta —merece más confianza,

por lo tanto— que la del cerebro humano. Nuestra memoria va diluyéndose en el tiempo como si fuera una cinta magnetofónica que perdiera parte de lo grabado. Pongamos un ejemplo: hace treinta años hemos leído "Bel Ami" de Maupassant. Recordamos que el protagonista pasa la noche de café en café esperando que aparezca el diario con el artículo que él firma por primera vez en su vida. No sabemos cómo se llama el diario, cuál es el nombre de los cafés en que estuvo, si el dinero se lo dio o no su amante, etc. Nuestro cerebro conserva el hecho más importante y perdió los detalles en el camino (en el tiempo).

La computadora no hubiera pasado por esta experiencia olvidada. Ella habría conservado "frescos" todos los detalles como en el momento de recibirlos. La memoria de una computadora está almacenada en la banda magnética, y esta banda funcionará con la perfección de un grabador mientras haya electricidad. Aventura la computadora al cerebro humano en otro aspecto más: su mecanismo de lectura es varios miles de veces más veloz que el del hombre. Además, el cerebro humano tiene que dejar de funcionar cada veinticuatro horas para higienizarse con el descanso. La computadora no conoce la fatiga.

El profesor Gordon Black anota este párrafo revelador: "De tal modo que la respuesta a la pregunta acerca de si las computadoras pueden pensar es la siguiente: "No por sí mismas". Funcionan de acuerdo con las instrucciones recibidas y bajo el control de seres humanos, de manera tal que otro ser humano que desconociera el trabajo ya realizado, podría pensar muy bien que la computadora es, en cierta medida, inteligente. Esto demuestra que la expresión "cerebro electrónico" está cercano a la verdad. Pongamos un ejemplo claro de cómo una computadora puede rectificar un error mediante su "inteligencia". Al perforar una cifra determinada un empleado comete un error: pone 18 pesos y 6 centavos en vez de 8 pesos y 6 centavos. Puede ocurrir muy bien que la computadora devuelva la cuenta con esta advertencia: *¿Está seguro que esto está bien?* Al verificar el error el empleado puede pensar que la computadora es parecida a un ser con vida y con inteligencia y que por eso tiene su mirada puesta en él".

Pero esta no será nunca más que una impresión subjetiva.

¿Qué es una computadora?

DESPUÉS de hablar y hablar tenemos que formularnos la pregunta de rigor: *¿Qué es una computadora?* Recuerda el ingeniero Ga-

briel Zaid (*La máquina de cantar*, Siglo XXI, México, 1969) que los "cerebros electrónicos" son vistos por la gente de hoy con los ojos del asombro con que vieron los indios a los conquistadores españoles cuando llegaron aquí: "Seres fantásticos de cuatro patas, dos cabezas y dos brazos que lanzan fuego". Una computadora es algo más complejo y también más lógico.

La palabra "computadora" puede aplicarse a una máquina o a una persona que reciba información y haga cálculos y emita resultados y dé respuestas. Las operaciones matemáticas comprenden suma, resta, multiplicación, división, radicación, potenciación, diferenciación, integración, etc. Las operaciones lógicas incluyen comparación, selección, clasificación, intercalación, etc. Una operación lógica puede ser la siguiente: la computadora deberá elegir cuál de dos operaciones programadas deberá realizarse a continuación de otra que se está procesando. La computadora tomará oportunamente esta decisión mediante la aplicación de una regla preestablecida al resultado de un cálculo también obtenido por la computadora.

"Ahora el hombre construye máquinas que piensan por él" —escribió Vannebar Busch en la revista norteamericana *Fortune* de mayo de 1965. Estas máquinas hacen en un minuto cálculos que a un hombre le llevarían un año, llevan las cuentas de las grandes empresas, buscan al instante datos en su *memoria*, traducen (mal), y hacen poesía (mala). "Pero —agregaba Busch—, todavía no hay una máquina como el cerebro humano, que en vez de reducirlo todo a índices y a cálculos, vaya tras las pistas asociativas, volando casi instantáneamente de una cosa a la otra, sacando a luz únicamente lo significativo".

Existen computadoras digitales y computadoras analógicas. Las digitales operan con dígitos y son esencialmente sumadoras. Las analógicas tienen circuitos eléctricos contruidos de modo que al hacer una operación matemática la *ilustran*. Estas máquinas pueden *ilustrar* igualmente una ley física, un régimen económico, una hipótesis estadística. El circuito eléctrico equivale al programa de investigación y actúa de un modo semejante al rollo de una pianola. El ingeniero Zaid (que es también un admirable escritor) pone este ejemplo: "Si consideramos que nuestra *pregunta* (el *caso* en que ponemos a la máquina) es la materia prima de un torno automático, y la *respuesta* el producto terminado, podemos asimilar este tipo de máquina a las de producción automática. Esto quiere decir, naturalmente, que se trata de respuestas en serie, preformadas por el diseño del modelo en cuestión. Si el programa consiste en multiplicar por 2 y le *preguntamos* a la máquina ¿4? contestará 8; ¿7?, 14, etc. Se puede tener una razonable seguridad que en ningún momento la máquina res-

ponderará: ¡Qué pregunta! A menos que así queramos interpretar el silencio de una máquina *cruzada de brazos* porque no *alimentamos bien la pregunta*".

Recuerda después el ingeniero Zaid que en el cuerpo humano abundan los mecanismos de regulación. "Una máquina analógica —agrega— cuyo programa consista precisamente en modificar el programa de otra máquina analógica (se refiere a los proyectiles antiproyectiles que siguen un blanco móvil hasta dar con él), es lo que pudiera llamarse un *cerebro* electrónico capaz de *aprender por experiencia*."

Humanismo y maquinismo

LEWIS Mumford es un maestro de la antropología moderna. Sostiene que la cultura humanista es el puntal básico de todo el progreso humano. Dice (en síntesis) que el hombre no ha progresado porque supo construir herramientas, como sostienen los partidarios del maquinismo, sino que construyó herramientas porque aprendió antes a pensar. "Para comprender plenamente los primeros desarrollos técnicos del hombre, debemos reconocerlos como fluyendo de los más profundos manantiales de todo el organismo humano, construyéndolos sobre las capacidades de sus antepasados primates y agregando muchos rubros que estaban faltando. La destreza manual ejerció función importantísima en dicho desarrollo, pero mucho mayor fue la ejercida por la destreza mental, la capacidad de recordar, de aprender y de prever. Y esta parte de los logros humanos que cristalizó en símbolos cuenta mucho más que la mera hechura de herramientas". Dice más adelante que la primera máquina que construyó el hombre fue el arco y la flecha, "maravilla inventada y perfeccionada por los hombres paleolíticos hace unos cuarenta mil años". Mientras no se llegó a esa *máquina*. "las herramientas y las armas habían sido meras extensiones del brazo humano, como lo era la lanza arrojada, o simple imitación del órgano especializado de algún animal, como es el caso del bumerang". (*El mito de la máquina*, Emecé, Buenos Aires, 1969.)

El pensamiento de Mumford, luminoso y profundo, resume admirablemente el punto de partida de todas las culturas humanas. Además de su inteligencia en pleno desarrollo, el hombre paleolítico contó con una serie de factores anatómicos y biológicos que lo distinguían del resto de los seres de la creación y que le permitieron llevar a la práctica las creaciones de su mente. La creación de la primera máquina (el arco y la flecha, para seguir la idea de Mum-

ford) es un producto absolutamente singular de la mente humana, sin nada parecido en la Naturaleza. Es un arma abstracta, hecha de tres elementos, y no se parece al hombre ni a ningún animal. A partir de entonces las herramientas creadas por el hombre evolucionaron de tal modo que cada una de ellas fue la consecuencia de otras anteriores. La computadora, la más perfecta de todas ellas, no es una excepción, como lo demuestra su breve historia en la que se puede encontrar una serie de hallazgos escalonados en el tiempo.

Cómo nació la computadora

COMPUTADORA es algo que sirve para computar, o sea contar y calcular. La computadora recibe una serie de instrucciones llamadas programas y debe memorizarlas y eventualmente modificarlas, de acuerdo con los datos que se le suministren. La palabra computadora es un anglicismo, debido al liderazgo que en esta materia ejercen los Estados Unidos. En algunos países se llama ordenador, calculador, elaborador de datos, etc. Los mismos dedos de la mano y los ábacos son antecesores de la computadora.

Un joven francés de 19 años inventó la máquina de sumar (1642). Su nombre era Blas Pascal, quien después se hizo célebre como matemático y filósofo y polemista. Leibniz inventó la máquina de multiplicar y Barbage (1834) la primera máquina capaz de leer. Este invento, que quedó inconcluso, lo llamó su creador "máquina diferencial". El primer equipo electromecánico de tabulación (equipos que leían tarjetas perforadas) lo creó Herman Hollerith. Estas máquinas se usaron por primera vez para diversos censos en los Estados Unidos. En esos momentos la electricidad ya permitía alimentar a estos equipos. James Powers perfeccionó la máquina de Hollerith. De los principios de Hollerith surgió la IBM y de los de Powers la Remington Rand. La historia posterior del desarrollo se reanudó en 1920, ocasión en que algunos ingenieros presentaron proyectos diversos tendientes a crear una máquina capaz de solucionar problemas complejos y extensos (que llevaban mucho tiempo resolver) a los equipos normales de entonces. La máquina inventada debía contemplar el cálculo automático de las cuatro operaciones aritméticas, el control secuencial preestablecido, el almacenamiento de datos e instrucciones, la *memoria* y el registro impreso de operaciones. Después habría de suministrar los resultados. En 1930 se inició un fuerte desarrollo de equipos para procesamiento de datos con el uso de relés. En este proceso se destacaron nítidamente el Dr. Howard Aiken, de la Harvard University, y su colaborador, el Dr. John

Mauchly, profesor de la Pennsylvania University. Estos dos hombres desarrollaron una máquina de calcular con circuitos electrónicos.

En 1943 el Dr. Mauchly envió un memorándum al Ejército en el que ofrecía una calculadora de uso general con circuitos electrónicos. Así nació la ENIAC en 1945. Un año antes, el Dr. Aiken, trabajando para la IBM y la Marina, concluyó en Harvard la Mark I que podía hacer tres sumas en un segundo. Después de ésta nacieron sucesivamente la Mark II, Mark III y Mark IV, todas construidas con la supervisión del Dr. Aiken. Quiere decirse que la Mark I puede considerarse la *bisabuela* de las actuales computadoras.

Un proceso generacional

HAY quien se ofende —se ofende seriamente— porque los técnicos y quienes las usan utilizan un lenguaje generacional para referirse a las computadoras. "No deben ser comparadas con la especie humana". No se trata de comparar a una máquina con la especie humana, que se rige por la biología, y las máquinas son de origen industrial. Pero nadie podrá negar que *primera generación, segunda generación y tercera generación* reflejan simplemente un hallazgo feliz de expresión para identificar tres fases sucesivas de la evolución técnica en torno de la computadora electrónica. Este es un lenguaje metafórico, y sólo en este sentido debe ser tomado.

Las primeras computadoras electrónicas funcionaban con circuitos con válvulas de vacío y sus tiempos de operación se medían en milisegundos (milésimas de segundo). Al aparecer los transistores, el diseño de los circuitos mejoró notablemente y la duración de las operaciones pudo medirse en microsegundos (millonésimas de segundo). Finalmente, la invención del "chip" (un nuevo tipo de transistores) produjo una verdadera revolución en los circuitos electrónicos. El "chip" es tan diminuto que en un dedal de costura caben 50,000. Estos pequeños componentes permiten instalar más circuitos en menos espacio y acelerar la operación en el interior de la unidad de procesamiento de la computadora. Los tiempos de operación, gracias al "chip", se miden ahora en nonasegundos (milmillonésimas de segundo). Así nació la *tercera generación* de computadoras de elevadísimas velocidades.

A mediados de 1969 la IBM anunció la computadora más poderosa producida hasta el presente. Su nombre es el siguiente: *Sistema IBM/360 Modelo 195*. Fue proyectada para solucionar problemas de cómputos muy difíciles en una amplia gama de aplicaciones. Es tan rápida que puede procesar una instrucción en sólo 54 nonasegun-

dos. En este lapso la luz, que viaja a 300,000 kilómetros por segundo, sólo recorrería 16 metros.

¿Cuántas computadoras hay en el mundo? Nadie podría responder a esta pregunta con exactitud. Se ignora el número de computadoras que poseen la Unión Soviética y China comunista. De lo que no hay duda es que tanto los rusos como los chinos utilizan computadoras para sus experimentos en el campo nuclear y en la exploración espacial. En agosto de 1969 se reunió en Manchester, Inglaterra, la Conferencia Daftair 69, primera reunión europea sobre computadoras. Allí se dieron a conocer las siguientes cifras: Estados Unidos tiene actualmente en funcionamiento unas 50,000 computadoras, Gran Bretaña 3,000 y el resto de Europa occidental 7,000. Los técnicos allí reunidos esperan que Europa alcance pronto el nivel numérico de los Estados Unidos.

Guerra entre las computadoras

Las computadoras dominan ya prácticamente la vida del hombre moderno, especialmente en los centros urbanos y en las grandes empresas. ¿Son una liberación o una nueva forma de esclavitud? La respuesta a esta pregunta no aclararía de ningún modo el problema. Porque el problema va mucho más allá de esa realidad dramática que nos plantea la pregunta: el problema consiste en que la computadora avanza sobre el mundo sin que el mundo pueda defenderse de ella. O sea que la computadora es una *necesidad* en la vida moderna, como la aspirina, los sedantes, los anticonceptivos, los antibióticos. Ya forma parte de la vida de los grandes conglomerados humanos, ya sea en ciudades o en fábricas.

El profesor Donald McKay cree que existe un verdadero peligro en el uso de las computadoras. "Puede llevarnos (su uso) a abdicar en las computadoras una responsabilidad moral y una complicación psicológica con nuestros propios destinos". Quiere decirse que el hombre, impotente frente a estas fantásticas máquinas, es posible que se habitúe a no hacer esfuerzos intelectuales —todo se lo da hecho la computadora— y se deje arrastrar a trivialidades y a una vida de molición.

Por su parte el profesor G. Rattray Taylor, en un brillante ensayo titulado *La era de los androides*, ve muy negro el futuro para quienes se dedican a la política. "Los políticos tendrán cada vez menos capacidad para discutir las cuestiones públicas; se limitarán a anotar los resultados proporcionados por la computadora del partido, en contraste con los obtenidos por la computadora del partido

rival. Las conversaciones políticas quedarán reducidas a discusiones entre los programadores, así como sobre la validez de los programas de la computadora rival. Los mismos políticos dependerán cada vez más, por consiguiente, de su poder en resaltar sus personalidades, mientras sus radios de acción serán ejecutivos: así se producirá el autoritarismo".

Los futuros estudiantes apenas tendrán que molestarse en elegir su carrera. A escala nacional existirá un centro automático, controlado por computadoras y unido por circuitos electrónicos a los principales centros universitarios. Se introducirán en las computadoras los datos codificados relativos a cada estudiante, sus gustos, sus actividades extraculturales, su posición económica, sus defectos de carácter, etc. Automáticamente se pondrá a disposición del estudiante una lista de establecimientos a los que podrá concurrir. Esta lista estará ordenada en forma decreciente en relación con las características personales de cada aspirante, y electrónicamente se le fijará el monto de la beca de acuerdo con sus recursos personales. No podrá quejarse a nadie, ni recriminar a ningún ser humano si sale favorecido o perjudicado: es la máquina que ha dado un veredicto técnicamente perfecto. El estudiante podrá desobedecer a la máquina, pero esta actitud no es aconsejable. Después de algún tiempo de estudio, el diploma lo obtendrá por los mismos procedimientos electrónicos. Para todo este proceso la computadora actuará de acuerdo con la alimentación que reciba de los ordenadores especiales con las notas obtenidas por los estudiantes durante los años de Universidad. También establecerá la computadora una valoración intelectual del estudiante, según los datos anexos y otros factores determinantes. Esto ocurrirá en los Estados Unidos dentro de unos doce o trece años.

El profesor Taylor anota un hecho alarmante en su mencionado trabajo: "La posibilidad de dirigir las operaciones bélicas con computadoras es activamente estudiada por los militares de los Estados Unidos (y la Unión Soviética, sin duda alguna), y algunos temen que es más probable que una computadora pulse el botón simbólico que nos precipite en una guerra atómica que si se deja esa decisión en manos de un general del Pentágono, conclusión injusta, quizá, para las computadoras. En este aspecto puede darse por supuesto que se programarán las computadoras para continuar dirigiendo operaciones ofensivas cuando hayan muerto sus cuidadores. Se da así la absurda posibilidad de que las computadoras de dos países continúen la guerra del uno contra el otro mucho tiempo después de haber muerto los guerreros humanos de ambas partes".

La robotización del hombre

ESTÁ bien bautizada por el hombre común, el hombre eternamente indefenso, esta máquina horrible, esta herramienta maravillosa: la computadora es un monstruo creado por una civilización sedienta de victorias sobre el hombre. La estrella de las máquinas está contribuyendo a anular la original naturaleza autónoma del hombre dentro de la sociedad para crear un mundo de inteligencia organizada, una mente abstracta que predomine por encima de la mente individual. O sea la total robotización del hombre.

Si leemos hoy las explicaciones de Platón sobre la Atlántida o las de Séneca acerca de los límites de la Tierra (Ultima Tule) descubrimos que ambos escriben dominados por la ingenuidad de unos datos rudimentarios y elementales y a la vez movidos por su poderosa intuición intelectual. Esto quizá nos haga sonreír. Pero cuando ambos autores hablan del hombre nos hacen pensar. Si Platón y Séneca volvieran al mundo se admirarían del progreso técnico, sin duda alguna, pero no se admirarían menos de que el hombre siga siendo el mismo que ellos conocieron. Esto parece indicar que lo importante no es el progreso material sino la actitud mental de la especie frente a los peligros que gravitan sobre su destino inmediato. Porque es una perogrullada el decir que el hombre está hoy más amenazado que en los días de Platón y de Séneca.

Hay que elegir entre la tecnología, envuelta en un poder deslumbrador, y las humanidades, ciencias cercanas a la humildad y al desamparo del hombre y a sus contradictorios sentimientos. En las humanidades encontramos un principio de integración del mundo actual con el mundo del pasado a través de la cultura. La técnica, por el contrario, nos propone la ruptura violenta con el pasado humano del hombre. La técnica nos llena de admiración todos los días, pero no sabe responder a las preguntas fundamentales para perfeccionar al hombre. La técnica actúa con el hombre como si éste fuera ciego: lo toma para hacer un matrimonio armonioso entre el especialista y la máquina y de esta pareja nacen hijos perfectos (técnicamente), pero quien cede en el dominio del hogar común no es la mujer sino el hombre. El hombre se adapta a la máquina y no la máquina al hombre. La máquina no tiene sensibilidad, ni nervios, ni sentimientos, y para que la pareja prevalezca, va convirtiendo al hombre en un androide mientras ella (la máquina) avanza sobre la especie con brutalidad de invasora. Según se desprende del poder avasallante tecnológico de nuestro tiempo, en la batalla entre el hombre y la máquina la victoria corresponderá siempre a la computadora.

La técnica es igual a ciencia aplicada, y su fin está en sí misma.

La técnica no crea cultura: la difunde, en todo caso. ¿Qué significa cultura en relación con el fenómeno tecnológico? La imaginación en libertad vigorizada por la herencia que le permite crear relaciones nuevas entre hechos históricos, sentimientos humanos, sensaciones personales e ideas para aplicar al mundo. La técnica y la especialización que de ella se deriva crean relaciones inhumanas: el especialista sólo sabe de lo suyo y no le importan los demás conocimientos que no tengan que ver con su especialización. Sólo la cultura humanística puede dar al especialista, al científico, al investigador y al tecnócrata un sentido moral integrador que les permita comprender al hombre y trabajar por su perfeccionamiento.

Debieran las universidades enseñar a los jóvenes a saber distinguir entre lo esencial y lo superfluo. Lo esencial quiere decir, en este caso al menos, lo siguiente: ¿Por qué correr tanto por la tierra y el cielo? La gente corre sin motivo, ama sin pasión ("Remener l'acte sexuel à une décharge brute laisse l'individu profondément insatisfait". *Le refus des jeunes*, de Janine Béraud y Louis Millet), bebe sin sed, discute sin fe y va a la guerra sin convicción. El novelista y el poeta dudan. Tienen noción —o por lo menos una firme intuición— del mundo en que viven. Los tecnócratas, por el contrario, afirman. Ellos tienen ideas robustas y terminantes. Y en medio de tantas afirmaciones victoriosas presididas por la computadora, en el mundo actual hay más dudas y miedos que en el mundo anterior al progreso tecnológico.

Hemos creado una humanidad en constante movimiento y dispuesta a grandes y trascendentales conquistas, pero el hombre que predomina en los centros más civilizados de hoy se está convirtiendo en un salvaje primitivo y bárbaro, rodeado de cosas maravillosas inventadas por la técnica. El hombre ya no puede ser definido como *Homo sapiens* u *Homo ludens*, sino como *Homo faber* (hacedor de cosas). Las cosas reemplazan a los valores humanos esenciales y convierten al hombre moderno, al hombre civilizado, en un mentecato dominado por la pasión de coleccionar cosas. La computadora es un robot al servicio de la minoría dominante y un verdadero desafío para el destino del hombre como tal.

CADA PUEBLO TIENE SU ESTRELLA

Por Francisco JULIAO

1. Acerca de la unidad y la soberanía

LA circunstancia de haber adoptado una línea política independiente nos coloca en la posición de iniciar un diálogo franco y abierto con las fuerzas políticas progresistas, populares y patrióticas de nuestro continente.

Creemos honradamente que sin ese diálogo no alcanzaremos la UNIDAD indispensable para la supervivencia, el fortalecimiento y la victoria de esas fuerzas. En sus "*Memorias de la esperanza*", De Gaulle decía que CONSTRUIR QUIERE DECIR UNIR, NO PARTIENDO DE SUEÑOS SINO DE REALIDADES. La unidad fue su meta primordial para restaurar la Europa destrozada por la guerra.

Esa UNIDAD constituye, a nuestro modo de ver, el principal instrumento que necesitamos para derrotar a los regímenes que utilizan la violencia como método de dominación política.

La eliminación de los movimientos populares, la vigilancia sistemática contra las organizaciones obreras, campesinas, estudiantiles, científicas y artísticas, la abolición de los partidos políticos, el control rígido de los medios de comunicación, las restricciones impuestas a los órganos encargados de elaborar las leyes y de aplicarlas, la persecución creciente contra las diversas confesiones religiosas, sobre todo contra la iglesia católica, todas esas medidas odiosas solamente contribuyen a distanciar cada vez más al pueblo de las "democracias" y de las dictaduras militares pre-fascistas. Con la excepción de los sectores externos e internos directamente beneficiados por esos regímenes, o sea las minorías formadas por los grandes banqueros, latifundistas, y los testaferros de los intereses extranacionales, llegamos a la conclusión de que la SOBERANÍA se encuentra mutilada en América Latina.

Como sabemos, la SOBERANÍA no puede ser edificada ni desde arriba ni desde afuera. Emanada de la voluntad de todo el pueblo y nunca de una parcela mínima de privilegiados. Para que se manifieste con todo su vigor debe de tener por base el consenso po-

pular, sobre todo en estos tiempos en que la agresividad de las fuerzas reaccionarias se hace extrema. Esa agresividad reclama una firmeza inquebrantable en defensa de los intereses y de los valores nacionales.

Es cierto que los usurpadores del poder también hablan de SOBERANÍA. ¿Pero qué significa para ellos la SOBERANÍA? Significa tan sólo un compromiso con aquellas fuerzas que tratan de mantener a cualquier precio el dominio sobre las fuentes de riqueza de toda una nación. No podemos esperar de un banquero, de un gran terrateniente, de un empresario asociado al capital extranjero, y mucho menos de este capital, más que sus preocupaciones por transformar las fuerzas armadas en guardia pretoriana de sus intereses.

¿Cuáles son los argumentos que emplean los expertos, los tecnócratas, los estrategas y los abogados de esa modalidad de soberanía, para justificar ese compromiso totalmente lesivo para el pueblo y la nación? La respuesta es conocida. Todos ellos se basan en la necesidad imperiosa de defender la seguridad nacional y continental frente al enemigo externo. Ese argumento es muy viejo y no tiene nada de original, por lo menos en relación a América Latina. Hace siglo y medio que un señor llamado James Monroe, un norteamericano, concibió una doctrina mediante la cual prohibía a los países europeos exportar sus sistemas políticos a este continente. En pocas palabras, allá por el año de 1823, en calidad de presidente de los Estados Unidos, Monroe sostenía con arrogancia que los países americanos no serían objeto de colonización por parte de ninguna potencia extranjera y que toda y cualquier intervención destinada a dominarlos sería considerada como una actitud inamistosa hacia Norteamérica. Desde entonces se hizo patente que la preocupación de los estadistas norteamericanos era establecer las bases de su dominación en nuestro continente. Allí está el origen de todo lo demás. A partir de Monroe las otras doctrinas emanadas de Washington con designaciones sugestivas, siempre consagraron aquel mismo principio que puede ser resumido en una frase: "La América Latina, para la América del Norte".

Al mismo tiempo que ocurría esto, conviene dejar bien claro que a lo largo de toda su historia, Estados Unidos jamás ayudó a los pueblos latinoamericanos en sus luchas por la independencia. Por el contrario, su papel consistió siempre en caer sobre los despojos. Aprovechaba los momentos cruciales, las divisiones internas, las guerras fratricidas, las propias luchas por la independencia de las que nuestros pueblos salían debilitados. El robo de la mitad de México y la enmienda Platt aplicada contra Cuba, son ejemplos fla-

grantes de ello. Hay cien más, desde Monroe hasta Nixon. Negar tal cosa sería negar la historia de Estados Unidos desde que ese país se independizó de Inglaterra. Simón Bolívar ya lo había percibido. Y lo dijo "Estados Unidos parecen destinados por la Providencia a devastar a América en nombre de la libertad".

Pero no debemos lanzar contra los norteamericanos la responsabilidad exclusiva por esta situación. Ellos siempre manifestaron de manera bien clara sus propósitos de permanecer como nuestros soberanos de facto. Sus estadistas más eminentes trataron de llevar a la práctica esos propósitos. Uno de ellos los llamó: destino manifiesto. Sería incorrecto negar que de no ser por la vergonzosa connivencia de las oligarquías nacionales corruptas por la ambición de riqueza y poder, y por el atraso crónico y la falta de unidad de los pueblos latinoamericanos, la metrópoli no podría mantener su dominio sobre éstos. Y mucho menos saquearlos. Hasta hace poco tiempo, los pueblos latinoamericanos se daban la espalda entre sí, a pesar de estar unidos por la misma geografía, el mismo tronco étnico, la misma lengua ("El portugués es un español sin hueso" —decía Cervantes): la misma historia: la de los colonizados y neocolonizados. Peor aún. Nuestros pueblos fueron lanzados unos contra otros y todavía lo son —el caso reciente de las Repúblicas de Honduras y El Salvador es tristísimo— mediante falsos pretextos patrióticos, cuando en el fondo de cada pugna siempre estuvieron los intereses de las potencias mercantilistas, capitalistas e imperialistas, con su insaciable sed de expansión económica y lucro fácil. Las guerras espantosas en que cayeron de un lado y de otro decenas de millares de compatriotas latinoamericanos, como la de la Triple Alianza o la del Chaco Boreal y tantas otras, sólo beneficiaron a las potencias extranjeras aliadas con las antiguas oligarquías.

Esa dolorosa verdad nos lleva a una reflexión. Sintiendo que la tendencia del pueblo latinoamericano es la de afirmar su nacionalismo y su dignidad a través de medidas soberanas, el imperialismo trata de elegir a una o dos de las naciones más importantes del continente, por su extensión territorial, población y riquezas, para que sean sus satélites privilegiados. En América del Sur la balanza se inclina cada vez más hacia Brasil. Que Perú, que Chile, que Bolivia, que Uruguay, que las otras naciones del continente se rebelen contra el señor todopoderoso. Si le sobra un vasallo, ha de ser el más fuerte, el que se deje amaestrar y conducir para la tarea infame de apuñalar por la espalda a los que eligieron la liberación como meta final. Sabemos que poderosas influencias trabajan en ese sentido, pero no ignoramos que si el régimen que domina a Brasil trata de separar-

nos de los demás pueblos de América Latina para servir a los objetivos imperialistas de Estados Unidos, ahí sí, las fuerzas armadas del país se dividirán y las masas se unirán en avalancha al grueso de las tropas fieles a sus raíces históricas, a sus aspiraciones nacionalistas y sentimientos patrióticos para combatir y derrotar a aquellos objetivos. Porque esas raíces, aspiraciones y sentimientos pertenecen a América Latina y no a América del Norte.

Puesto que hoy vemos las cosas con más claridad ya podemos hablar de una América Latina sacudida por el mismo propósito, ambicioso y noble: el de no ser más esclava de nadie sino señora de su propio destino.

De donde concluimos que en la medida en que nuestros pueblos despiertan y toman conciencia de su realidad acaban descubriendo que **EL ARMA MAS PODEROSA PARA CONSEGUIR LA SOBERANIA ES FORJAR LA UNIDAD.**

II. América Latina y los caminos de la liberación

DESPUÉS de la victoria de la Revolución Cubana comenzó a prevalecer la idea de que la única salida para la liberación de América es la Lucha Armada. Estuvimos durante cierto tiempo dominados por esa convicción. Fue la que sustentamos, con todas las letras, algunos días después de acontecido el golpe militar del 64 que derrocó al gobierno constitucionalista de Goulart. Vivíamos por entonces el impacto duro y reciente de aquel suceso, y la emoción perturbaba a la reflexión.

Desde que Vargas, presionado por sus enemigos más implacables, los monopolios extranjeros, se metió una bala en el pecho y dejó aquella carta histórica, nuestro pueblo descubrió realmente la existencia del imperialismo norteamericano. Con el golpe militar victorioso, que había contado con el apoyo extensivo de Estados Unidos, la única posición correcta y digna para todo patriota era la de organizar la resistencia en las prisiones, en las fábricas, en el campo, en las universidades, en los cuarteles, en el exilio, en todas partes.

En ese entonces, el tiempo de las elecciones había quedado atrás para nosotros. En lugar de una credencial de elector, un fusil. En lugar de una urna, una trinchera.

Un año después de lanzar ese grito de rebeldía elaboramos un segundo documento en el cual adoptamos una posición más realista y prudente. La historia, sustentábamos, enseña que los golpes de

Estado siempre salieron de los cuarteles y las revoluciones sociales del seno del pueblo. Cada vez que las fuerzas armadas apuntan contra éste la boca de los cañones rompen con la nación y pierden el respeto de sí mismas.

Y concluíamos: debemos resistir al desorden fascista y defender a todo costo el orden democrático.

Desde entonces seguimos de cerca los sucesos políticos ocurridos no sólo dentro de Brasil sino en todo el continente. Esos hechos vinieron a confirmar las palabras que escuchamos de los labios del comandante Ernesto Che Guevara durante el primero y único encuentro que sostuvimos con ese hombre extraordinario: "En América Latina", nos dijo en tono categórico, "las oligarquías están tan podridas que no resisten al más leve enfrentamiento con el pueblo. El problema crucial es el imperialismo que las sustenta. Por eso el fuego tiene que ser concentrado contra ese enemigo cruel. El precio que los latinoamericanos deberán pagar para vencerlo será carísimo. Correrá muchísima sangre."

El propio Che fue uno de los héroes que pagaron ese precio. Su gesto cobró tal elocuencia que sacudió la apatía de millones de seres humanos en todo el mundo, al mismo tiempo que condujo a una reflexión más profunda acerca de los cambios de la revolución latinoamericana.

Negar la grandeza de su sacrificio y desconocer lo que ese sacrificio representa para los desposeídos y faltos de justicia, es servir a los propósitos del imperialismo que él odió como nadie.

Estamos presenciando, desde la inmolación del Che, o para ser más exactos, desde Sierra Maestra, la continuación, en escala continental, de la gloriosa gesta allí iniciada, para señalar un marco de referencia, de esos que la historia arraiga en la conciencia de los pueblos. Sí. Porque antes ya había existido César Sandino y otros que contribuyeron para hacer de Sierra Maestra mucho más que una advertencia. Fue la primera batalla victoriosa contra Montoe y sus sucesores. Las derrotas que siguieron a esa batalla, derrotas tan bien orquestadas por los enemigos de la revolución cubana y de todas las revoluciones que implican cambios radicales, no podrán sofocar las esperanzas de los pueblos ni detener sus pasos. Al contrario. Esos pueblos cuya imaginación no puede ser puesta en duda están encontrando otros cambios tan sorprendentes como aquel que llevó a Fidel Castro de la Sierra Maestra hasta La Habana. Tal es el caso de Perú. Tal es el de Bolivia. Tal es el de Chile. Mañana será el de Uruguay. Después Colombia. Argentina. Venezuela. Brasil. Sí. Porque de la misma manera que Cuba tiene su estrella, Chile también tiene la suya. Y cada una de las demás naciones latinoamericanas.

Como nadie ignora, la década del sesenta representó para América Latina los golpes militares y la inmolación de las libertades democráticas. Esos golpes y esa inmolación contribuyeron decisivamente para que la humanidad, desde el fin de la segunda guerra mundial, se dejara seducir por el canto de amor y paz que ofreciera la carta de las Naciones Unidas. Canto de amor y paz que la guerra fría enmudeció.

La década del setenta no permite a ningún pueblo, por lo menos en nuestro continente, aguardar que la restauración o la conquista de sus libertades rescite de las cenizas de ese canto. La palabra no cuenta si no va seguida de la acción. Escrita, hablada, cantada, el pueblo no la siente si no contiene un objetivo bien definido y bien concreto capaz de conmover y también de mover.

La historia no la hacen, como bien sabemos, los que están arriba conduciendo momentáneamente las riendas del poder. Existen corrientes profundas, ríos subterráneos que de un momento a otro desatan una fuerza incontenible que sorprende y asombra a los menos atentos, pero no a quienes analizan con objetividad el sentir de cada pueblo.

El problema no es llegar aprisa, sino llegar. Eso quiere decir, que la caminata puede exigir muchas vueltas y hasta retrocesos, pero nunca interrupciones. Aquí es donde está el nudo de la cuestión. Quienes eligen una única vía para alcanzar la meta deseada, casi siempre se quedan a mitad del camino si es que no desisten por cansancio. Los que escogen dos o tres vías tienen más probabilidades de llegar a su destino. Como preferimos figurar entre estos últimos, acabamos comprendiendo que los frentes amplios no son solamente necesarios sino también positivos —esta última expresión fue recientemente aceptada hasta por los Tupamaros—, así como lo son otras vías que día a día toman impulso. en Perú, en Bolivia, en Chile. Tomemos el ejemplo de Colombia. ¿Quién hubiera podido concebir hace dos o tres años, que estaría destinado al viejo ex dictador Rojas Pinilla la misión de aglutinar a las fuerzas progresistas y populares de su país en un amplio movimiento, que ha sido capaz de destrozar el pacto acordado en 1957 entre conservadores y liberales? Teniendo en cuenta los rumbos que toman aquellas fuerzas de la gloriosa patria de Eliécer Gaitán, es seguro que en el próximo pleito presidencial, si es que algo no se desata antes, la senadora María Eugenia Rojas Pinilla será el centro de un movimiento popular avasallante y capaz de arrebatar de las manos de la oligarquía nacional conservadora y liberal la conducción política del país. Ese es el camino de Chile. Si los jóvenes militares de Colombia quisieran buscar otra salida ciertamente no tomarían ni el modelo adoptado por

Brasil, ni el de la Argentina, sino el de Perú. En Uruguay puede suceder algo tan insólito en las elecciones de noviembre del 71 que el propio Raúl Sendic salga de la cárcel al ministerio de agricultura. Perón por ejemplo nunca tuvo tantas posibilidades de regresar a la Argentina como en estos dos años. En lugar de distanciarlo de su pueblo, de los trabajadores y de las grandes masas, su largo receso político en España ha tenido el efecto contrario. El milagro de su vitalidad política se explica por el acierto de las medidas económicas y sociales tomadas con tanto arrojo que dejaron profundas raíces en la conciencia nacional. Si a ello sumamos los desastres sucesivos de los gobiernos que después de Perón acabaron siempre definiéndose por la capitulación o la entrega de la gran patria de San Martín a la voracidad de los monopolios, resulta fácil comprender el afán que los argentinos demuestran con palabras, hechos y sacrificios humanos por el retorno de su máximo líder. ¿Qué camino elegiría Ferón o el peronismo para reconquistar el poder? ¿El golpe militar, la guerra civil o el sufragio universal? Creemos que preferiría la última vía a pesar de poder seguir cualquiera de las otras dos si se acelera el proceso de descomposición político institucional que afecta a Argentina. Perón es suficientemente lúcido para elegir en el momento oportuno la vía más correcta y menos dolorosa a fin de salvar a su pueblo de la dominación imperialista y oligárquica.

¿Y Brasil?

III. *Brasil el Frente amplísimo y los cinco puntos*

Es incuestionable que a lo largo de la cordillera de los Andes —espinas dorsal de América del Sur— se viene gestando la segunda independencia. Brasil, que forma con la cuenca amazónica, el altiplano central, y la pampa gaucha, el inmenso pecho de ese gigante proyectado hacia el Atlántico, no tardará mucho tiempo en emprender con los demás pueblos hermanos del continente la larga y gloriosa marcha para su total liberación. El imperialismo yanqui lo sabe. Las oligarquías nacionales también. Pero permanecen como aquellos que ven "La paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio".

Brasil no es un todo homogéneo, es un mosaico de países. Tiene distintas realidades. Jacques Lambert habla de la existencia de dos Brasiles. Aumentemos un tercero, la Amazonia, que tanto deslumbró a Euclides de Cunha, la misma Amazonia que es hoy la presa más codiciada del imperialismo norteamericano.

Unificar todas las fuerzas democráticas, populares y patrióticas

de ese inmenso país, encontrar el denominador común para transformarlas en un movimiento vigoroso capaz de resistir y destrozarse a los enemigos externos e internos de la nación brasileña: he ahí una operación compleja.

Sería una incongruencia nuestra negar la lucha armada para lograr ese objetivo común. Pero no es la única vía, tal como obstinadamente sostienen muchos compañeros que se encuentran diseminados en un sinnúmero de organizaciones.

Organizaciones que se atomizan, como resultado de la necesidad de autodefenderse de los servicios de inteligencia y de represión tecnificados por la CIA, o por el FBI. Esto sucede sobre todo en los grandes centros urbanos, y es algo que reconocen los propios teóricos de esas organizaciones y que la práctica ha demostrado muy bien. Sin el apoyo decisivo de las masas, sin una conexión directa, efectiva y permanente con ellas, ese método de lucha nunca llevará a la derrota de ningún sistema. Es más fácil que éste caiga enredado en sus propias contradicciones. Saber profundizar esas contradicciones, tal es una de las lecciones magistrales que nos dejara Lenin. Si nos apartamos de ella, corremos siempre el riesgo de caer en el aventurerismo y en el romanticismo, en los cuales el sacrificio de valiosos cuadros acarrea, por un lado, el desaliento de las masas, y ofrece, por otro, un pretexto para enfurecer a la reacción y "justificar" la violencia.

Todos los compañeros que defienden la lucha armada como única solución y con quien hemos podido dialogar, han respondido negativamente cada vez que les preguntamos si el pueblo brasileño ha desterrado ya de su conciencia la vía electoral como salida política. Si eso ocurre después de siete años de dictadura, si esa es la realidad, ¿por qué tratamos de ignorarla? Allí tenemos el punto de partida para formular una estrategia general que tiene por objetivo redemocratizar el país. Redemocratizar no significa retroceder. El retroceso está a la vista: La dictadura militar prefascista. En el mundo actual cualquier país que se redemocratice marcha hacia adelante y no hacia atrás, puesto que acaba forzosamente por incorporar nuevas conquistas sociales y económicas a la carta política que resulte de una asamblea nacional constituyente.

Insistimos una vez más: partimos de una realidad concreta a la cual debemos atenernos sin ilusiones ni frustraciones.

Lo que nos lleva a apoyar el sufragio universal, directo y secreto, no es, ya lo dijimos con todas las letras, ni una opción superficial, ni una simple justificación de tipo político y mucho menos la necesidad de participar de la controversia existente entre esta salida y la que más está contribuyendo a dividir y a atomizar a las

fuerzas progresistas, populares y patrióticas del país. Si quisiéramos estar en evidencia, sería mucho más cómodo optar por la lucha armada sobre todo viviendo en el exilio. Elegimos el sufragio universal directo y secreto, el cual reclama en la situación actual de Brasil una paciente elaboración, un trabajo tenaz de proselitismo y de identificación con las masas cuyos objetivos son siempre muy concretos.

¿Qué objetivos pueden en este momento identificarnos con el pueblo brasileño, con sus trabajadores, con sus fuerzas democráticas, populares y patrióticas? Consideramos que son cinco:

I—AMNISTÍA GENERAL; II—LIBERTADES DEMOCRÁTICAS; III—SUFRAGIO UNIVERSAL DIRECTO Y SECRETO; IV—ASAMBLEA NACIONAL CONSTITUYENTE y V—POLÍTICA EXTERNA INDEPENDIENTE.

Cualquiera de los millares de los brasileños de las más diversas tendencias políticas e ideológicas que desde 1964 viven en la clandestinidad, en la cárcel, en el exilio o con su libertad vigilada, no vacilará en recibir el derecho de una amnistía general que lo conduzca nuevamente a la patria y a la legalidad plena sin sacrificar los principios que los llevaron a oponerse al estado militar. Esa amnistía no se reclama como un favor, puesto que constituye una conquista histórica cuyas raíces se remontan a más de siglo y medio atrás.

Hablar de libertades democráticas en un país donde la prensa se vale de las estratagemas más ingeniosas para escapar de la vigilancia de los censores; donde la cátedra universitaria es un instrumento de suplicio; donde la credencial ideológica es una condición *sine qua non* para postularse a cualquier cargo electivo; sin que nada se mueve sin que también lo haga un agente del SNI, violando las comunicaciones telefónicas, la intimidad de la correspondencia, el derecho de crítica y el propio hogar de cada ciudadano; hablar hoy en Brasil, de libertades democráticas significa en resumen penetrar en la conciencia de millones de hombres y mujeres y sentir que esas libertades tienen para cada uno de nuestros compatriotas el mismo valor que el pan para el estómago y el sueño para el reposo.

En lo que respecta al sufragio universal, directo y secreto, nuestro desafío a la dictadura militar no se limita a su aceptación por los civiles, sino también por millares de oficiales, sargentos, y soldados de nuestras fuerzas armadas, con excepción, es claro, de los torturadores y asesinos de presos políticos.

Una asamblea constituyente quiere decir la restauración de la ley suprema, a través de un debate amplio y profundo, de ma-

nera que incorpore a la constitución resultante los principios políticos, económicos, sociales y culturales ya conquistados legítimamente por la humanidad.

Finalmente, echar los cimientos de una política externa independiente, defenderla sin tergiversaciones, de manera que el país abra las puertas a todos los pueblos del mundo y mantenga con ellos una convivencia cordial, dinámica y permanente, con la reciprocidad por norma de conducta, representa la culminación de la verdadera SOBERANÍA.

Solamente así podrá Brasil abandonar el callejón sin salida en el cual se encuentra desde 1964, con el pretexto de salvar el "orden", la "familia", la patria y el propio Dios, sacrificando la libertad, el derecho y la justicia que son como el oxígeno y la sangre de que se nutren los pueblos.

El pueblo brasileño no sólo abandonará su silencio sino que ofrecerá su participación contra todos los opresores, si vamos a su encuentro, a trabajar su conciencia, con objetividad y realismo, a fin de alcanzar los cinco puntos que acabamos de defender. Tal es nuestra estrella.

CONCEPTO Y LIMITES DE LA CREACION LITERARIA AMERICANA

Por *Alejandro LORA RISCO*

TRADICIONALMENTE, el trabajo del creador literario latinoamericano ha sido inspirado por el más concreto y alto de los propósitos: alcanzar ciertos ápices, tocar la más difícil cima literaria, ciñéndose a determinados requisitos formales —universales— de expresión. Puede comprobarse nuestro aserto revisando cualquier particular historia literaria del continente.

Siempre deseosos de mostrar un horizonte peculiarísimo y de revelar el contenido esencial del panorama —rupestre, vernáculo y sociológico— latinoamericano, nuestros escritores han tenido en primer término que empeñarse en mostrar su fibra, sus cualidades de auténticos y eficaces trabajadores manuales de la pluma, tanto más esforzados y tanto más meritorios cuanto más agudo y espinoso viene a ser el paradigma que el auge literario europeo de la hora suele poner, inexorablemente, ante sus ojos. Esta es la más sencilla evidencia axiomática que cabe formular *a priori* y en vista de una ordenada hipótesis de trabajo. Los creadores latinoamericanos, igual que ocurre en la encrucijada de toda empresa cultural americana, comienza siempre en un "después", es decir, frente a un ejemplo, a un caso ejemplar, que de suyo y sin miramiento alguno se nos impone como modelo inicial, completo, de arranque, esto es, como modelo o arquetipo instrumental sacrosanto. A esta ley, tan palmaria que no necesita por ello mismo demostración alguna, no escapa nada ni nadie. Para nosotros y relativamente a nuestras actividades culturales en general, comenzar por donde se debe, por el principio, significa partir (hacia abajo o en cualquier dirección) agarrado ya de lo más alto, del ejemplo precisamente paradigmático, de la moda archimoda, de lo más encumbrado que existe, impuesto por una cultura que se despliega en forma siempre inflexible, rigurosamente, de un extremo a otro del mundo. Por ello hemos querido asentar, a modo de proposición generalizadora y para poder acogernos a un principio teórico claro y distinto, que nuestros grandes escritores literarios, en el momento mismo de comenzar a hacer su camino pluma en ris-

tre, ya se están proponiendo lo obvio: ajustar su trabajo literario de modo tal que se marche de acuerdo y sin apartarse ni un ápice de las más altas y concretas normas de creatividad literaria actualmente imperantes en un mundo cultural que nos excede, que viene ya hacia nosotros, disparado hacia nuestro encuentro de modo fatal y desde una región galáctico-cultural inaccesible.

En buena cuenta, la posibilidad de alcanzar una auténtica cima de creación está férreamente amarrada, entre nosotros, a otra posibilidad paralela (y tales paralelas nunca se cruzan): *la de ser capaz el escritor de realizar un aprendizaje literario cien por ciento perfecto*. Subrayemos bien aquello de aprendizaje literario cien por ciento perfecto.

Cualquier profesor de literatura ha podido darse cuenta, sin más confusiones, que nuestra historia literaria es la historia de unos modelos literarios no-americanos generados a través de un largo proceso-de-creación artística *inconfundiblemente otro*. Tenemos, pues, como sistema de referencia absoluto, la realidad de una cultura y, por supuesto, de una experiencia cultural —artística, literaria, etc., etc.— *precedente*. Nosotros venimos siempre detrás, en un oportuno y siempre socorrido "después".

Quizás un eclecticismo supereconómico como el de Ricardo Palma pueda parecernos una excepción, la excepción que pudiera dar lugar a una nueva regla, pero no lo es de hecho. Todos saben de quiénes proviene Lizardi, cuáles son los recursos de un Gerardo de Balbuena, de un Peralta y Barnuevo, de un Rubén Darío, de un Rómulo Gallegos, de un Jorge Luis Borges, para no citar más que unos cuantos nombres famosos. Muchas veces, por falta de precisión en los enfoques, o por el afán de disimularlo a toda costa, el marco de un género dado diluya sus contornos originales, pero la médula que lo rellena, o sea, la materia idiomática desarrollada coherentemente a través del *aprendizaje forzoso*, acaba por reconstruir el esquema del molde estilístico en que tuvo su origen al cristalizar como arquetipo literario inmutable. Es decir, el esquema reconstruido no es más que un espejo, escasamente iluminado —o agudamente iluminado sólo por algún rincón— del caso ejemplar europeo que se coloca frente a él.

Y todo hubiera podido seguir siendo igual hasta aquí, si no fuese precisamente porque, de pronto, en el horizonte cultural o sistema de referencia que tenemos permanentemente a la vista, se ha consumado una imprevisible y tremenda catástrofe, algo más que un trueno inaudito. En efecto, todos los ejemplos paradigmáticos que se alinearon al frente y contexturaron el horizonte modélico de la creación literaria europea, topos inflexibles y connotados puntos de

partida para nuestro decisivo aprendizaje literario perfecto, desaparecen bruscamente de la escena. Sólo restan hoy ejemplos caducos de lo que en otros tiempos fueron o hubieran querido ser tales modelos. Ya sabemos cómo el estilo impúdico y escatológico de un Joyce definió tal coyuntura. De entre las grietas y hendeduras del mundo burgués resquebrajado, sólo podían llegar a "salvarse" los signos mismos del caos borrando el mundo, los restos de una existencia toda ella calcinada o inficionada hasta la misma médula. Sólo podían salvarse, en síntesis, *Ulises* y familia. No es que en nuestro sistema de referencia absoluto se hubieran trocado unos modelos por otros; el sistema mismo se ha aflojado hasta desaparecer como tal en el horizonte. Por tanto, ya no es posible comenzar partiendo desde lo más alto, o dicho de otro modo más característico aún, ya no es posible tener como tarea literaria inmediata el aprendizaje literario forzoso en que aquélla se agota precisamente como tarea o intento de creación "original" absoluta.

Resulta, por todo ello, tan insólito cuanto conmovedor escuchar de boca de muy competentes artistas razones de esta suerte y jaez: como todas las cosas, la literatura americana también tiene su "evolución": antes no se sabía que no se sabía escribir bien; antes no se dominaba ni se señoreaba una técnica; sólo hoy día, en cambio, las nuevas generaciones saben lo que hacen, dominan una técnica y doblegan artísticamente los materiales en que hace presa la función técnico-artístico-instrumental de la literatura.

La última generación siempre ha creído ser la única que debuta en sociedad, que ella es la única que se halla en el umbral de la verdadera madurez, que lo sabe todo y es capaz de aplicar eficazmente, por fin, una técnica literaria que apenas si ha tenido que ser sometida a la dura prueba de tener que tascar el duro freno del largo y forzoso aprendizaje perfecto. Se olvida que las cualidades que determinan las distintas estructuras y diversas modalidades de las épocas culturales varían de acuerdo con las transformaciones operadas en el medio social que les dan cabida amplia, en las formas de la sociedad impelente, y, como es lógico y de sobra perogrullesco, cada transformación social impone sus propios registros modulares y hace gala y alarde de imponer el estilo de su propio funcionalismo estético-expresivo. Sin duda, visto con el deformante cristal de la ortodoxia marxista, sólo hay cambio real en las sociedades cuando este cambio tiene el significado de una perturbación profunda en la estructura que condiciona el médium burgués tradicional. Lo cual es bien falso. Y aun cuando fuese relativamente verosímil esta impar "evidencia" marxista, siempre podrá hablarse de cambios radicales de expresión y de significación psicosocial dentro del marco de una

sociedad que aparentemente no cambia bajo alguno de sus aspectos porque no se han socializado aún sus medios de producción por la vía necesaria de la "dictadura del proletariado".

Son bien nítidos los cortes *revolucionarios* que pueden marcarse en la estructura de transformación literario-ideológico-artística de una sociedad que, como la Occidental, permanece vectorialmente inalterable en sí misma desde hace miles de años. El clasicismo, el romanticismo, el simbolismo, el surrealismo, el abstraccionismo, etc., etc., tienen el significado y el valor de verdaderas revoluciones íntimas en la estructura de una sociedad aparentemente inalterada. Aunque no cambiara la sociedad como un todo, si ese es el caso, resulta irrefutable que sus medios de expresión han cambiado revolucionariamente una y otra vez, y cambian porque la realidad artística conlleva un contenido de estructura irrepetible, inimitable y ella misma se somete, por sus propios medios y energía, a ese doloroso proceso de auto-aniquilación recuperadora gracias al cual permanece y perdura como constante de creación total, absoluta. Esto es, como creación absoluta en el horizonte del ser y de la historicidad.

En el ámbito de las transformaciones seculares americanas hemos aprendido, pues, a hablar y a expresarnos de diversos modos pasajeros, según la fuerza o clase del modelo encargado de dominarnos y de avasallarnos, esto es, ya como clásicos, románticos, expresionistas, surrealistas, etc., etc. Lo propio e inconfundible que añadimos a todo ello es el granito de arena, que nos suele parecer a nosotros una montaña y hasta una cordillera completa, de nuestro hiperclásico y forzoso aprendizaje perfecto. Pedro Henríquez Ureña, que se hallaba conectado con lo mejor de la élite americana de su tiempo, decía, con acendramiento y rigor, interpretando del todo a los suyos: "Mi hilo conductor ha sido el pensar que no hay secreto de expresión sino uno: trabajarla honradamente, esforzarse en hacerla pura, bajando hasta la raíz de las cosas que queremos decir; afinar, definir, *con ansia de perfección. El ansia de perfección es la única norma.*" (Obra crítica, pág. 251, F.C.E.) Y cada vez hemos tenido que aprender a dominar a la perfección, ejercitándonos en el modo de alcanzar el dominio del aprendizaje perfecto, las técnicas de expresividad correspondientes a los distintos modos estilísticos de creación artística forjados en otros mundos, en una dimensión europeo-occidental que no nos es precisamente consustancial, y que antes bien, es inconmensurable con nuestra propia realidad de verdad, de por sí tan vacilante, desconyuntada de toda armazón articuladora, amorfa, indefinida e irremediabilmente disuelta en su propia semilla por adelantado.

Claro está que cada nuevo paso en el tiempo tiene aparente-

mente la facultad de borrar y extinguir el significado del paso anterior y de todos los demás pasos o acciones precedentes. Sin embargo, el profesor vive empeñado en restaurar el precio y valor intrínseco de los diversos segmentos culturales-históricos que forman la cadena viviente de la tradición, a fin de contrarrestar las insinuaciones de menosprecio en que siempre caen los más jóvenes, petulantés o no, sin pensar ni darse cuenta de que, con toda su prepotencia o pujanza juvenil, se han encaramado a través de algo y que han de ser más tarde objeto de otro parecido o tal vez más fuerte terremoto de menosprecio. Conciencia de su generación, decía también Henríquez Ureña: "Se requeriría, ay, que los prosadores clásicos de nuestra lengua fuesen leídos con mayor frecuencia y que con mayor frecuencia nos dijese los escritores contemporáneos el valor que les atribuyen. Cada generación (¿verdad, Enrique Díez-Canedo?) debe justificarse críticamente rehaciendo las antologías, escribiendo de nuevo la historia literaria y traduciendo nuevamente a Homero. El análisis de la lengua es el comienzo inevitable, aunque a muchos parezca enojoso." (Mi España, pág. 100, 1922.)

Al contrario de lo que suelen hacer, con razón o sin ella, nuestros jóvenes literatos en este minuto presente, nuestras viejas generaciones de escritores han practicado *motu proprio* las técnicas de aprendizaje propuestas a *posteriori* por Henríquez Ureña. Todas y cada una de nuestras generaciones literarias han tenido sus legítimos exponentes de "perfección", y sus limitaciones intrínsecas radicaron menos en las fallas del genio de cada cual que en las condiciones generales objetivas que armaron la época y la cultura en que les tocó vivir y expresarse.

Cierta conciencia de fuerte superioridad con respecto a las épocas pasadas es propia, sin duda, de un tiempo, de una cultura como la actual, tan pagada de sí y de su espíritu tecnológico-utilitarista-revolucionario. En efecto, si algo debe cambiar tan radicalmente como dicen los nihilistas o nulificadores, ya sean de cafetería o de rancia academia, la sensación de superioridad técnica, de suma eficacia artística, de influencia operativa, es en la conciencia de los artistas de hoy más viva de lo que fue en la sensibilidad de los de ayer, menos sensibles a unos cambios sociales entonces todavía sin definirse, sin fundamento necesario para la provocación. Pero saquemos bien las cuentas, sin dar la espalda a la realidad ni echarnos tierra a los ojos con nuestras propias manos.

Los artistas de otras generaciones trataban revolucionariamente también de modificar sus armas de expresión literaria, pero lo hicieron sin salirse del plano estético en que yacían, por imperativo cultural, constreñidos, y hasta escaparon, airosos, de la prueba con

"perfección" increíble. Hoy día, en cambio, el meridiano artístico, al sacrificar adrede la llamada "voluntad de arte" (Worringer) y trasladar su norte del campo de la invención artística autónoma a otro muy distinto, se ha trozado y tornado inservible. Todo lo que se quiere hacer es incursionar allí donde el hombre en estado masivo sigue buscando una *forma* que no puede alcanzar, el rastro de una subjetividad que ya no puede bien vivirse, pero que el artista "comprometido" se empeña en vislumbrar y en rescatar como un espectro de humanidad semi disuelta en un médium de horror.

De suerte que los confeccionadores literarios de nuevo estilo pueden imaginarse con entera comodidad que ellos son los creadores obligados de un nuevo lenguaje, en absoluto original, simplemente porque viven arriba, en la encrespada onda de la pasión política que da, insustituible y general, su tónica a nuestra época. Hablan con el nervio o la cuerda que les presta su tiempo, y como trae éste una fachada tan distinta de todo lo que se conocía hasta aquí, se sienten poseídos por el demonio de la originalidad. No hay, sin embargo, razón alguna para no reconocer en el arte literario de las generaciones más viejas el carácter que le es más propio y que le viene, justo, de una elevada conciencia estética de lo que debe ser la creación literaria.

Ya hemos visto que la cesura que separa al presente del pasado se siente hoy con más intensidad y fuerza que nunca, porque, por primera vez en toda la historia, las zonas provincianas o dependientes de la civilización parece avanzar desde los rincones que ocupaban tradicionalmente hasta el primer plano de una sociedad homogénea y acerbamente mundializada. Es decir, ya no importa lo que cada sociedad y cultura sean intrínsecamente, en virtud de sus condicionamientos históricos respectivos; todas ahora se reflejan en todas y sólo parecen ser algo a la vista en los visos y reflejos que intercambian entre sí cuando son acuciadas por presiones de ciertos flagelos, por determinados problemas sociales y económicos que no perdonan vida ni dan tregua jamás. ¿Por qué seguir haciendo de todo ello un misterio? El mundo tiene una sola faz: la intercambiable y que aparece simultáneamente en todas partes con los mismos rasgos y con las mismas peculiaridades fisonómicas que ya no caracterizan particularmente a ninguna.

Si miramos bien las cosas por dentro, América ha sufrido la acción de aquel salto, sin haberlo dado ella misma, por sí misma, contorsionándose de dolor y extravirtiéndose de dentro hacia fuera. Se halla, de pronto, jugando equívocamente en una coyuntura que en ningún instante ha contribuido a crear ni a determinar sociológicamente desde lo más hondo de su propio foco vital.

Si, pues, literariamente hablando, no ha variado en el fondo ni podía variar, sin duda, su tradicional y fundamental situación histórica, si se comporta siempre, de rebote, frente a un mundo que la precede y condiciona, que la regula, que la diversifica, que le ofrece el ceñido conjunto de signos mundificados frente al cual tiene que ejercer, interminablemente, su fatigada facultad perceptiva, eligiendo, seleccionando precavidamente, vigilando lo que más le conviene o se adapta a su infinita versatilidad de movimientos —consecuencia de su misma e ingénita incapacidad de modelamiento definitivo—, entonces su sentido o conciencia de la originalidad tiene que seguir siendo también un reflejo más de ese otro universo condicionante, de una sociedad que desplaza, inerte, por toda la tierra conocida, su estructura demoledora.

Volvamos a decirlo: se siente hoy con más fuerza que ayer la cesura que separa al pasado del presente y por ello el quehacer literario es más sensible también al fenómeno de disociación aludido, pero no es caso fortuito ni ocurre por primera vez en el ámbito de la realidad cultural americana. Sucedió así siempre, con otros matices, con diversos grados de intensidad, y hasta con una sutileza, acaso, que hoy ya no es posible poner en la creación de un modo general y parejo.

Con sentido axiomático, puede decirse que siempre hubo alguna clase de "perfección instrumental" aplicada a las realizaciones literarias del continente, aunque relativizadas por el carácter mismo del medio social en que se produjeron, o sea, en tanto que expresiones características de una época cultural y de una sociedad internamente determinada como *ámbito de desarrollo presidido y condicionado por una relación universal mediatizadora*. Lo que hay que tratar de definir, por ello, con toda precisión, es la naturaleza y estructura de un juego literario americano concebido justamente como expresión de una época de desarrollo y de una cultura en transformación concretamente determinadas dentro de los límites insobrepasables de su propio contexto mediatizado.

Vengamos a una reflexión correlativa. La conciencia de lo que es el arte (concepto) precedió siempre y fue la condición necesaria, absoluta, a que tuvo que someterse la praxis literaria latinoamericana. Según su dimensión occidental nativa, en cambio, el arte es el producto involuntario de una experiencia social que se propone expresar toda su miseria, balbuciendo, si ello es posible, un arte de narrar lo inenarrable. A ello quizás está aludiendo Henríquez Ureña cuando nos recomienda comenzar "con Homero". El arte llega a ser lo que es... de manera impensada e involuntariamente. No dice de antemano, con expresa y arrebatada seguridad, lo que va a ser, ni

cómo conseguirá que sea. Al arte se le sorprende siendo, y aún no se nota siquiera que es. Cuando se toma conciencia de su ser, en horas tardías ineluctables, comienza también, si cabe decirlo así, a deseerse.

Como re-iniciadores del formato de una vieja cultura en un marco o ámbito social diferenciado, aunque no suficientemente autodiferenciado, vamos derecho a la "invención" de una hazaña históricamente irreproducible. Es decir, en América todo ocurre al revés. Aspiramos al arte porque ya estamos imbuidos del papel y del concepto de lo que es arte, vale decir, de lo que es idioma, específicamente: idioma o lengua literaria. Por tanto y como hemos dicho ya, está muy claro por qué partimos apuntando hacia el territorio inaccesible de los arquetipos, despeñándonos desde ellos, a la busca de la experiencia secreta correspondiente, dispuestos más bien a reconstruir o reconstituir un *ser* ajeno que a vivir —riesgo supremo, si los hay—, la desalentadora y devoradora aventura con que se trata de dar la cara a lo desconocido primordial. Ante todo, definimos lo que es literatura. No se trata de adoptar cualquier definición a la mano. Se investiga la mejor de todas. Unos la encuentran pronto, otros se pasan la vida tanteándola. "La literatura es un juego de convenciones tácitas; infringirlas parcial o absolutamente es una de las muchas felicidades (de los muchos deberes) de ese juego de límites ignorados". Es todo lo que puede decir la mayor conciencia literaria del continente, Jorge Luis Borges. Las reglas están dadas por doquier y el juego se juega. ¿Su razón de ser? La *felicidad* que procura la conciencia de esos *límites ignorados*. Bajo el amparo de una definición inexorable, claro está, el juego se exonera del peligro vital que entraña y significa no obedecer a ninguna regla conocida, abandonándose a la intemperie de una madrugada sin auroras.

Llegamos así a la línea de una nueva proposición axiomática: la creación artística latinoamericana tiene como condición radical la de ajustarse a un límite ciertamente insobrepasable, por el hecho de que la perfección de la tarea aprendida no traduce el logro mismo de la experiencia estética trocada en obra de creación absoluta, sino únicamente el logro de la muy avanzada o relativa perfección del aprendizaje como tal —puente sutilísimo, más bien irreal e inverosímil, que procura conectarse sin más con una experiencia artística inalcanzable (totalidad del ser estético).

En resumen de cuentas, no somos libres de partir de lo desconocido hacia lo desconocido. Estamos condicionados por una aprehensión previa del valor, por una forma de este valor que domina y fulgura en el horizonte de una sociedad (europeo-occidental) incommensurable con la nuestra y de la que justamente emergiera como una manifestación esencial de su ser.

El arte occidental se realiza y consume avanzando libremente hacia la esfera de la irrealidad del valor estético. Nuestro arte americano, en cambio, arranca de la intuición y concepto formal de este valor irreal y luego lo utiliza como instrumento de análisis aplicable a un conjunto cualquiera de rasgos sociales americanos —individuales o colectivos—. La circunstancia histórica de que los artistas europeos oscilen a menudo entre dos posiciones extremas, el formalismo y el realismo, en nada altera la posición de las piezas tal como están ordenadas en nuestra sempiterna jugada inicial. El objetivo, siempre e invariablemente, es el mismo: aplicar una técnica, que ha probado ser buena, y aun magnífica, al análisis de los datos sociales, que se refuerzan y vigorizan así como datos reales por excelencia. Tal es la gran paradoja de la literatura latinoamericana: ¿cómo transfigurar y diluir imaginativamente la realidad-de-verdad cuando de lo que justamente se trata, como medio y modo de objetivar un mundo ni de lejos suficientemente resuelto en sus propios rasgos o contornos ni conforme con ellos, es de utilizar toda la realidad? ¿Cómo dar más realidad a un mundo —del que por otra parte no tenemos más que una representación vacilante— quitándosela a través de la imaginación artística, desrealizadora en esencia? (Inducirla, por ejemplo, por medio de la máquina fotográfica, es lastimosamente catastrófico). ¿Cómo volverse de inmediato hacia el ser real, y en profundidad inexcusable, desde el límite estético de lo más irreal?

América plantea a sus creadores literarios la alternativa en términos irreconciliables: o la realidad cruda y viva se ha de mezclar con el arte, para que a través de éste parezca *realizable* y como digna de presentarse como real, o el arte, cristalinamente puro y depurado de toda mezcla ostensible de realidad se eleva por sobre el mundo como un ser que simplemente lo presupone y lo liquida. La entremezcla de estos factores supone siempre, junto con un desnivel en los términos, el sacrificio de uno de ellos por el otro. No hay verdadera subsunción o anulación fraterna y mágica de una posición en la otra, lo que daría lugar a la aparición de un tercer término transfigurado. Siempre aparece la sensación de un término dañado al servir de pie a los malabarismos del otro. El arte se apoya en la vida, cojeando de vida, y más aún, cojeando de arte, en el sentido inverso. No se soportan entre sí, aun cuando lo disimulen con la más alta dosis de talento en la cuenta. O se diluye, pensemos en el caso de Borges, el contenido real de la realidad, o se escamotea, con Fulano y Zutano, todo el sabor fantástico de la creación incondicionada. Son posturas extremas, como hemos dicho. En la situación de Borges, todo el contenido de realidad expuesta desde sí es imaginario, es decir, ficticio,

irreal, inconsistente, ilusorio. La *sensación* que nos deja, precisamente, es la de un sabor de Nada, rasgo que la trasciende y que constituye su positividad literaria misma. Borges se vio instado a inclinar el platillo de la balanza con decisión iconoclasta, ya que tenía en sus manos la forma de cargar sobre él, frente a una obcecada actitud realista ahita de naturalismo, que había anulado o menguado los papeles de la imaginación y de la libre creación en la factura de cada obra literaria americana. Ahora bien, jamás se nos habría presentado ni existiría el problema de la esterilidad literaria americana si el condicionamiento o sujeción social de nuestra realidad no nos enfrentase primaria y estructuralmente a un mundo demasiado escondido tras su propia corteza y que por ello reclama con insistencia ser expuesto, mostrarse, con el más entero vigor de realidad, ante la conciencia del universo. Tenemos que mostrar hasta qué punto hemos llegado a ser efectivamente reales, queremos incluso desvelarlo desesperadamente. No sólo creer que somos, sino parecerlo. Ya dio acabado ejemplo de ello un Cortázar. Y tal es el fin con que solemos usar tradicionalmente la fuerza de la literatura, la energía literaria condensada en fábricas y acumuladores originales que nosotros no hemos creado. La falla fundamental de la literatura americana radica, pues, en el hecho de que nosotros no podemos comenzar por el principio, esto es, volviendo a inventar *ab ovo* lo que ya está inventado por otros. Esta mediatización es fatal, necesaria y no fortuita. En cuanto nos proponemos concebirla, no tenemos más remedio que encontrárnosla ya hecha del todo, frente a frente, como un cuerpo real que distribuye generosamente y a granel sus ricos miembros corporales, lleno cada uno de ellos de su propia acción y sabiduría, y de ellos nos disponemos a servirnos, tanto como seamos capaces de aprender su manejo, sin necesidad de haber tenido que fabricarnos nosotros mismos ningún cuerpo. En estas inconfundibles circunstancias históricas, el híbrido compromiso entre realidad y creación tiene menos validez que nunca, es improductivo.

El arte no conoce ninguna forma de evolución orgánica. Es o no es. En nuestra coyuntura americana —estructuralmente, una incógnita cultural—, el acceso al ser del arte yace obstruido por una barrera infranqueable, y, para acabar de rematarnos, congénita. Esa barrera o componente estructural la forman los restos, petrificados, de nuestra historicidad. En efecto, ¿no hemos buscado siempre la manera de ser que se hace efectividad real al trascender a un mundo universal? Todo viene ontológicamente condicionado desde la raíz. Fuimos *descubiertos por otros* y es en el marco del mundo de esos otros donde debemos re-aparecer primero, descubriéndonos, después, a nosotros mismos como conciencia de que, al fin y al cabo,

somos algo siéndolo en el lugar en que nos reflejamos descubiertos. Nuestra forma original de aparecer ha sido y será siempre un reaparecer en el marco de la conciencia cultural que condiciona existencialmente la realidad de verdad de nuestro mundo.

No nos es posible, en buena cuenta, trascender ni directa ni espontáneamente a una esfera ecuménica: por nuestro modo de advenimiento histórico, en razón de nuestro haber sido antes descubiertos, estamos escindidos de lo universal por una cesura insuperable; y, como otra-cosa simplemente anexa, primordialmente dependemos ya del modo como nos veamos reflejados y nos reflejemos de veras en los otros al ser o aparecer en la esfera de ellos. Nuestro confinamiento no se reduce a lo que podríamos considerar un mero estado de provincianismo pasajero: es insuperable y aun esencial a nuestro único y real modo posible de ser y de existir.

De momento, en los actuales cruciales momentos por que atravesamos, parece, nos parece que ya hubiésemos superado todas las barreras y roto con las del provincianismo medular. Hemos logrado llamar la atención del mundo entero, nos sentimos henchidos de ser y de experiencia, juzgando que hemos pasado a ocupar un lugar sobresaliente en el espacio universal conjunto de una cultura tanto tiempo negada a nuestro sino. Puro espejismo. La sociedad "mundializada" nos coloca en el "centro" de su mismo centro, que está en cualquier parte, como resultado de su propia acción dinámica arrolladora, o también podría decirse, enrolladora. Y sólo para enfocar aquella parte de nuestro ser que más le interesa aprehender. Nuestra última literatura tiene también el papel de una ventana enorme abierta al laberinto de nuestras interioridades y redaños: por eso recae duplicada sobre ella la atención de quienes, con razones confesas o inconfesas, nos observan. Pero no nos aficionemos al espejismo, por sedientos que estemos de visiones. Es un engaño, que el análisis estructural de nuestra historicidad puede desvelar y denunciar en cualquier momento.

UN LIBRO MUY GEOGRAFICO Y POCO ECONOMICO*

CUANDO se intenta escribir una nota sobre la nueva edición de un libro ampliamente conocido en el país, el crítico bibliográfico debe enfrentarse a serios, peligros, a malas interpretaciones y a tergiversaciones deliberadas. En ese caso concreto nos encontramos al redactar el presente comentario de la segunda edición en español, corregida y aumentada, de la obra de los geógrafos norteamericanos Clarence Fielden Jones y Gordon Gerald Darkenwald. Precisamente por esa razón debemos presentar antes de dar comienzo a nuestras observaciones, una serie de puntos de vista que ayuden a clarificar las ideas sustentadas y a evitar dolosas tergiversaciones.

Ante todo, dejemos claramente establecido que consideramos útil e incluso ventajoso para el país la publicación de todo libro que colabore en la tarea de dilucidar los aspectos medulares de cualquier disciplina científica y sobre todo si se trata de la Geografía económica, todavía tan incomprendida en nuestros medios intelectuales y de educación superior. Aún hoy contamos con pocos manuales de texto de esa materia, tanto extranjeros como escritos por mexicanos. Los primeros, traducidos al castellano, además de escasos resultan sumamente caros (tanto que en ocasiones no pueden recomendarse para ser adquiridos por los estudiantes, ni siquiera por los pertenecientes a las clases altas y medias, predominantes en las facultades de la Universidad Nacional Autónoma de México) y a veces francamente deficientes en su redacción, atrasados por sus cifras estadísticas o que responden a simples ambiciones comerciales de grandes empresas editoras. Entre los de autor extranjero y conocidos en México, no sólo casi todos pecan de los anteriores defectos, sino que además tienen otro más grave: la abierta tendencia política que en ellos se manifiesta, a través de un anticomunismo, antisovietismo, "antichinismo", y otros "antismos" producto de la guerra fría (como lo reconoce Jones en el prólogo de la edición que comentamos) y al mismo tiempo con un soberano desprecio por el "Tercer mundo". Todo esto nada tiene en común con el deber de informar sobre la *verdad* en las actividades productivas de hoy. Porque la Geografía económica es una disciplina que trata principalmente con *hechos concretos y objetivos*, y éstos no pueden ignorarse por los autores, aunque no simpaticen con determinadas ideas o con la organización social

* *Geografía económica*. C. F. Jones y G. G. Darkenwald. México, Fondo de Cultura Económica, 1971. Segunda edición, 1018 pp., numerosos mapas, gráficas e ilustraciones.

en el fomento del comercio del petróleo, mineral de hierro y otros minerales, azúcar, caucho, plátanos y otros productos". Les atribuyen el papel de "salvadoras" de nuestras pobres naciones, ya que: "El capital extranjero estableció las plantaciones de azúcar en la mayor parte de las islas tropicales, así como las plantaciones comerciales de plátano, tanto en las islas como en las llanuras costeras de tierra firme. Igualmente, la mayor parte del mineral de hierro, estaño, cobre, plomo, zinc, vanadio y otras minas de Sudamérica, África y algunas de las del sudeste de Asia fueron desarrolladas con capital extranjero". ¡Ni una sola crítica a la operación de las compañías extranjeras en África, América Latina y Asia se hace en esas páginas!

Independientemente de estas y otras muchas ideas de este tipo, el libro de Jones-Darkenwald estudia las actividades económicas por ramas, por países y por productos, no por *grupos* de países con similar nivel de desarrollo, como lo hace George en forma mucho más comprensible y adecuada. Es más, en todos los capítulos se hace hincapié especialmente en la producción y regiones de Estados Unidos, después en las de Europa Occidental, Canadá o Australia, citando a continuación —si se requiere— las de la Unión Soviética, en menor escala a Japón y China y casi sepultando en el olvido a la India, Brasil y a las otras partes del "Tercer mundo". Los mapas son primordialmente de los propios Estados Unidos, de Europa o mundiales, casi nunca en especial de nuestras naciones; ni siquiera en el caso del petróleo o en plantaciones agrícolas comerciales del trópico!

Ahora bien, como la obra está redactada por autores que han vivido en el país de más alto desarrollo económico, el libro de Jones-Darkenwald aporta indudables enseñanzas que debieran ser aprovechadas por los estudiantes mexicanos en carreras de carácter social. Siempre hemos afirmado que la educación superior en ramas como la economía, las ciencias sociales y políticas, el comercio, etc., adolece entre nosotros de graves defectos y uno de los principales consiste en el desconocimiento casi absoluto que los alumnos tienen por lo que toca a métodos, instrumentos y operaciones de producción de los bienes materiales, de tal manera que estudian numerosos aspectos teóricos (indudablemente importantes y dignos de profundizarse a cualquier nivel) pero ignoran —así sea en forma rudimentaria— las técnicas y aparatos específicos utilizados para hacer producir los cereales en los suelos de las praderas o de nuestros altos valles; para extraer del subsuelo millones de toneladas de carbón y de petróleo o para transformar cualesquiera materias primas en productos manufacturados, usando incluso los complicados motores de una locomotora o de un reactor atómico. La falta de contacto con la vida real de nuestros obreros y campesinos, *abí donde éstos residen*, es decir en los talleres y en las distintas regiones rurales de un país tan variado y complicado como lo es la República Mexicana, resulta un grave defecto de la enseñanza. Mientras nuestros estudiantes barajen primordialmente nociones abstractas y mientras la educación

nacional no sea llevada a los planos prácticos, en todos los niveles y para todas las especialidades, pero con mayor razón en carreras ligadas a las ciencias económicas y geográficas; mientras no se vincule directa y constantemente con la realidad de la naturaleza y con las formas de producir los bienes materiales, su preparación no les permitirá enfrentarse con eficacia a los graves problemas técnicos y socioeconómicos de nuestro pueblo trabajador. Tal vez podría decirse en forma categórica que un economista o un geógrafo dedicado a las ramas sociales que no conozcan cuando menos los rudimentos de la agricultura, de las actividades industriales y del funcionamiento de los medios de transporte; que no puedan entender los distintos tipos de agricultura en los países de economía avanzada y en los subdesarrollados; que en fin, desconozcan la evidente unión entre la técnica y la producción material, es un especialista logrado a medias, manco y que además se encuentra imposibilitado para enfrentarse a las dificultades que afrontan diariamente las masas populares.

No estamos insinuando, desde luego, que el economista o el geógrafo social se conviertan en técnicos completos, que dominen en toda su profundidad los procesos, químicos, mecánicos o de la física nuclear, pero si algún aspecto positivo puede encontrarse en el libro de Jones-Darkenwald, ese sería precisamente el de las numerosas páginas que dichos autores dedican a explicar, en forma sencilla, los procesos que conducen a la obtención de los productos textiles, a la fundición del acero y la manufactura del papel o del coque. Por eso esta voluminosa edición, ricamente ilustrada, podría servir al menos para elevar el nivel de conocimientos sobre esos diversos métodos y formas concretas de producir los bienes materiales y también de relacionar los factores de la naturaleza con aquellos que son producto de la vida social. El costo por ejemplar resulta tan elevado que los especialistas que lo adquieran están por lo menos ante la obligación de leer detenidamente estas provechosas páginas, haciendo a un lado las muchas otras que sólo sirven para desorientar a nuestros estudiantes, pues no reflejan la realidad de los tres mundos. Y por otro lado, *nadie espera que la situación actual se prolongue indefinidamente.*

*Homenaje
a Benito Juárez*

HOMENAJE A BENITO JUAREZ

EL 18 de julio próximo pasado se cumplieron 99 años de la muerte de Benito Juárez, el hombre más grande de la historia de México en todo el siglo XIX y lo que va corrido del XX. Con una serie de actos organizados por el Gobierno de México se inició el año de Juárez que culminará al cumplirse el centenario del fallecimiento del prócer.

Juárez defendió con fe inquebrantable la Constitución de 1857, las Leyes de Reforma que proclamara desde el Puerto de Veracruz en julio de 1859 y luchó sin un momento de vacilación en contra de la invasión extranjera y el imperio de Maximiliano impuesto por Napoleón III hasta obtener la victoria y restaurar la República.

"Cuadernos Americanos" rinde cumplido homenaje a quien fuera declarado Benemérito de América por el Congreso Nacional Dominicano el 11 de mayo de 1867 y a quien honrara el Congreso de Colombia en forma excepcional dos años antes. En esta sección especial reproducimos varios documentos del indio de pura sangre al que llamara Héctor Pérez Martínez "El Impasible": Apuntes para mis hijos, Justificación de las Leyes de Reforma, Discurso de diciembre 15 de 1861, Frente a la Intervención Francesa, Hay que seguir la lucha con lo que podamos hasta donde podamos, La Francia Demócrata, y el célebre Manifiesto de 16 de julio de 1867.

APUNTES PARA MIS HIJOS*

EN 21 de marzo de 1806 nací en el pueblo de San Pablo Guelatao de la jurisdicción de Santo Tomás Ixtlán en el Estado de Oaxaca. Tuve la desgracia de no haber conocido a mis padres Marcelino Juárez y Brígida García, indios de la raza primitiva del país, porque apenas tenía yo tres años cuando murieron, habiendo quedado con mis hermanas María Josefa y Rosa al cuidado de nuestros abuelos Pedro Juárez y Justa López, indios también de la nación Zapoteca. Mi hermana María Longinos, niña recién nacida pues mi madre murió al darla a luz, quedó a cargo de mi tía materna Cecilia García. A los pocos años murieron mis abuelos, mi hermana María Josefa casó con Tiburcio López del pueblo de Santa María Iahuiche; mi hermana Rosa casó con José Jiménez del pueblo de Ixtlán y yo quedé bajo la tutela de mi tío Bernardino Juárez, porque de mis demás tíos: Bonifacio Juárez había ya muerto, Mariano Juárez vivía por separado con su familia y Pablo Juárez era aún menor de edad.

Como mis padres no me dejaron ningún patrimonio y mi tío vivía de su trabajo personal, luego que tuve uso de razón me dediqué hasta donde mi tierna edad me lo permitía, a las labores del campo. En algunos ratos desocupados mi tío me enseñaba a leer, me manifestaba lo útil y conveniente que era saber el idioma castellano y como entonces era sumamente difícil para la gente pobre, y muy especialmente para la clase indígena adoptar otra carrera científica que no fuese la eclesiástica, me indicaba sus deseos de que yo estudiase para ordenarme. Estas indicaciones y los ejemplos que se me presentaban en algunos de mis paisanos que sabían leer, escribir y hablar la lengua castellana y de otros que ejercían el ministerio sacerdotal, despertaron en mí un deseo vehementemente de aprender, en términos de que cuando mi tío me llamaba para tomarme mi lección, yo mismo le llevaba la disciplina para que me castigase si no la sabía; pero las ocupaciones de mi tío y mi dedicación al trabajo diario del campo contrariaban mis deseos y muy poco o nada adelantaba en mis lecciones. Además, en un pueblo corto, como el mío que apenas contaba con veinte familias y en una época en que tan poco o nada se cuidaba de la educación de la juventud, no había escuela; ni siquiera

* Fragmentos.

se hablaba la lengua española, por lo que los padres de familia que podían costear la educación de sus hijos los llevaban a la ciudad de Oaxaca con este objeto, y los que no tenían la posibilidad de pagar la pensión correspondiente los llevaban a servir en casas particulares a condición de que los enseñasen a leer y a escribir. Este era el único medio de educación que se adoptaba generalmente no sólo en mi pueblo, sino en todo el Distrito de Ixtlán, de manera que era una cosa notable en aquella época, que la mayor parte de los sirvientes de las casas de la ciudad era de jóvenes de ambos sexos de aquel Distrito. Entonces más bien por estos hechos que yo palpaba que por una reflexión madura de que aún no era capaz, me formé la creencia de que sólo yendo a la ciudad podría aprender, y al efecto insté muchas veces a mi tío para que me llevara a la capital; pero sea por el cariño que me tenía, o por cualquier otro motivo, no se resolvía y sólo me daba esperanzas de que alguna vez me llevaría.

Por otra parte yo también sentía repugnancia de separarme de su lado, dejar la casa que había amparado mi niñez y mi orfandad, y abandonar a mis tiernos compañeros de infancia con quienes siempre se contrae relaciones y simpatías profundas que la ausencia lastima marchitando el corazón. Era cruel la lucha que existía entre estos sentimientos y mis deseos de ir a otra sociedad, nueva y desconocida para mí, para procurarme mi educación. Sin embargo el deseo fue superior al sentimiento y el día 17 de diciembre de 1818 y a los doce de mi edad me fugué de mi casa y marché a pie a la ciudad de Oaxaca a donde llegué en la noche del mismo día, alojándome en la casa de don Antonio Maza en que mi hermana María Josefa servía de cocinera. En los primeros días me dediqué a trabajar en el cuidado de la granja ganando dos reales diarios para mi subsistencia, mientras encontraba una casa en qué servir. Vivía entonces en la ciudad un hombre piadoso y muy honrado que ejercía el oficio de encuadernador y empastador de libros. Vestía el hábito de la Orden tercera de San Francisco y aunque muy dedicado a la devoción y a las prácticas religiosas era bastante despreocupado y amigo de la educación de la juventud. Las obras de Feijoo y las epístolas de San Pablo eran los libros favoritos de su lectura. Ese hombre se llamaba don Antonio Salanueva quien me recibió en su casa ofreciendo mandarme a la escuela para que aprendiese a leer y a escribir. De este modo quedé establecido en Oaxaca en 7 de enero de 1819.

En las escuelas de primeras letras de aquella época no se enseñaba la gramática castellana. Leer, escribir y aprender de memoria el Catecismo del Padre Ripalda era lo que entonces formaba el ramo de instrucción primaria. Era cosa inevitable que mi educación fuese lenta y del todo imperfecta. Hablaba yo el idioma español sin

reglas y con todos los vicios con que lo hablaba el vulgo. Tanto por mis ocupaciones, como por el mal método de la enseñanza, apenas escribía, después de algún tiempo, en la 4a. escala en que estaba dividida la enseñanza de escritura en la escuela a que yo concurría. Ansioso de concluir pronto mi rama de escritura, pedí pasar a otro establecimiento creyendo que de este modo aprendería con más perfección y con menos lentitud. Me presenté a don José Domingo González, así se llamaba mi nuevo preceptor, quien desde luego me preguntó ¿en qué regla o escala estaba yo escribiendo? le contesté que en la 4a. Bien, me dijo, haz tu plana que me presentarás a la hora que los demás presenten las suyas. Llegada la hora de costumbre presenté la plana que había yo formado conforme a la muestra que se me dio, pero no salió perfecta porque estaba yo aprendiendo y no era un profesor. El maestro se molestó y en vez de manifestarme los defectos que mi plana tenía y enseñarme el modo de enmendarlos sólo me dijo que no servía y me mandó castigar. Esta injusticia me ofendió profundamente no menos que la desigualdad con que se daba la enseñanza en aquel establecimiento que se llamaba la Escuela Real; pues mientras el maestro en un departamento separado enseñaba con esmero a un número determinado de niños, que se llamaban decentes, yo y los demás jóvenes pobres como yo, estábamos relegados a otro departamento, bajo la dirección de un hombre que se titulaba *ayudante* y que era tan poco a propósito para enseñar y de un carácter tan duro como el maestro.

Disgustado de este pésimo método de enseñanza y no habiendo en la ciudad otro establecimiento a que ocurrir, me resolví a separarme definitivamente de la escuela y a practicar por mí mismo lo poco que había aprendido para poder expresar mis ideas por medio de la escritura aunque fuese de mala forma, como lo es la que uso hasta hoy.

Entretanto, veía yo entrar y salir diariamente en el Colegio Seminario que había en la ciudad, a muchos jóvenes que iban a estudiar para abrazar la carrera eclesiástica, lo que me hizo recordar los consejos de mi tío que deseaba que yo fuese eclesiástico de profesión. Además era una opinión generalmente recibida entonces, no sólo en el vulgo sino en las clases altas de la sociedad, de que los clérigos, y aun los que sólo eran estudiantes sin ser eclesiásticos sabían mucho y de hecho observaba yo que eran respetados y considerados por el saber que se les atribuía. Esta circunstancia más que el propósito de ser clérigo para lo que sentía una instintiva repugnancia me decidió a suplicarle a mi padrino, así llamaré en adelante a don Antonio Salanueva porque me llevó a confirmar a los pocos días de haberme recibido en su casa, para que me permitiera ir a estudiar al Seminario

ofreciéndole que haría todo esfuerzo para hacer compatible el cumplimiento de mis obligaciones en su servicio con mi dedicación al estudio a que me iba a consagrar.

Como aquel buen hombre era, según dije antes, amigo de la educación de la juventud no sólo recibió con agrado mi pensamiento sino que me estimuló a llevarlo a efecto diciéndome que teniendo yo la ventaja de poseer el idioma zapoteco, mi lengua natal, podía, conforme a las leyes eclesiásticas de América, ordenarme a título de él, sin necesidad de tener algún patrimonio que se exigía a otros para subsistir mientras obtenían algún beneficio. Allanado de ese modo mi camino entré a estudiar gramática latina al Seminario en calidad de *capense* el día 18 de octubre de 1821, por supuesto, sin saber gramática castellana, ni las demás materias de la educación primaria. [Desgraciadamente no sólo en mí se notaba ese defecto, sino en los demás estudiantes generalmente por el atraso en que se hallaba la instrucción pública en aquellos tiempos.]

[Comencé, pues, mis estudios bajo la dirección de profesores, que siendo todos eclesiásticos la educación literaria que me daban debía ser puramente eclesiástica.] En agosto de 1823 concluí mi estudio de gramática latina, habiendo sufrido los dos exámenes de estatuto con las calificaciones de *excelente*. [En ese año no se abrió curso de artes y tuve que esperar hasta el año siguiente para comenzar a estudiar filosofía por la obra del Padre Jaquier; pero antes tuve que vencer una dificultad grave que se me presentó y fue la siguiente: luego que concluí mi estudio de Gramática latina mi padrino manifestó grande interés porque pasase yo a estudiar Teología moral para que el año siguiente comenzara a recibir las órdenes sagradas. Esta indicación me fue muy penosa, tanto por la repugnancia que tenía a la carrera eclesiástica, como por la mala idea que se tenía de los sacerdotes que sólo estudiaban Gramática latina y Teología moral y a quienes por este motivo se ridiculizaba llamándolos *Padres de misa y olla* o *Larragos*. Se les daba el primer apodo porque por su ignorancia sólo decían misa para ganar la subsistencia y no les era permitido predicar ni ejercer otras funciones, que requerían instrucción y capacidad; y se les llamaba Larragos, porque sólo estudiaban Teología moral por el padre Larraga. Del modo que pude, manifesté a mi padrino con franqueza este inconveniente, agregándole que no teniendo yo todavía la edad suficiente para recibir el Presbiterado nada perdía con estudiar el curso de artes. Tuve la fortuna de que le convencieran mis razones y me dejó seguir mi carrera, como yo lo deseaba.]

En el año de 1827 concluí el curso de artes habiendo sostenido en público dos actos que se me señalaron y sufrido los exámenes de

reglamento con las calificaciones de *excelente nemine discrepante* y con algunas notas honrosas que me hicieron mis sinodales.

En este mismo año se abrió el curso de Teología y pasé a estudiar este ramo, como parte esencial de la carrera o profesión a que mi padrino quería destinarme [y acaso fue esta la razón que tuvo para no instarme ya a que me ordenara prontamente].

En esta época se habían ya realizado grandes acontecimientos en la Nación. La guerra de independencia iniciada en el pueblo de Dolores en la noche del 15 de septiembre de 1810 por el venerable cura don Miguel Hidalgo y Costilla con unos cuantos indígenas, armados de escopetas, lanzas y palos y conservada en las montañas del Sur por el ilustre ciudadano Vicente Guerrero llegó a terminarse con el triunfo definitivo del ejército independiente, que acaudillado por los generales Iturbide, Guerrero, Bravo, Bustamante y otros jefes ocupó la Capital del antiguo Virreinato el día 27 de septiembre de 1821. Iturbide, abusando de la confianza que sólo por amor a la Patria le habían dispensado los jefes del ejército, cediéndole el mando y creyendo que a él sólo se debía el triunfo de la causa nacional se declaró Emperador de México contra la opinión del partido Republicano y con disgusto del Partido Monarquista que deseaba sentar en el trono de Moctezuma a un príncipe de la Casa de Borbón, conforme a los tratados de Córdoba, que el mismo Iturbide había aprobado y que después fueron nulificados por la Nación.

De pronto el silencio de estos partidos, mientras organizaban sus trabajos y combinaban sus elementos y el entusiasmo del vulgo, que raras veces examina a fondo los acontecimientos y sus causas y siempre admira y alaba todo lo que para él es nuevo y extraordinario, dieron una apariencia de aceptación general al nuevo Imperio que en verdad sólo Iturbide sostenía. Así se explica la casi instantánea sublevación que a los pocos meses se verificó contra él, proclamándose la República y que lo obligó a abdicar, saliendo en seguida fuera del país. Se convocó desde luego a los pueblos para que eligieran a sus diputados con poderes amplios para que constituyeran a la Nación sobre las bases de Independencia, Libertad y República, que se acababan de proclamar; hechas las elecciones se reunieron los representantes del pueblo de la Capital de la República, y se abrió el debate sobre la forma de gobierno que debía adoptarse. Entretanto, el desgraciado Iturbide desembarca en Soto la Marina y es aprehendido y decapitado como perturbador del orden público. El Congreso sigue sus deliberaciones. El partido monárquico-conservador que cooperó a la caída de Iturbide más por odio a este jefe que por simpatías al Partido Republicano, estaba ya organizado bajo la denominación del Partido Escocés y trabajaba en el Congreso

por la centralización del poder y por la subsistencia de las clases privilegiadas con todos los abusos y preocupaciones que habían sido el apoyo y la vida del sistema virreinal. Por el contrario, el Partido Republicano, quería la forma federal y que en la nueva Constitución se consignasen los principios de libertad y de progreso que hacían próspera y feliz a la vecina República de los Estados Unidos del Norte. El debate fue sostenido con calor y obstinación, no sólo en el Congreso, sino en público y en la prensa naciente de las provincias y al fin quedaron victoriosos los republicanos federalistas en cuanto a la forma de gobierno, pues se desechó la central y se adoptó la de la República representativa, popular, federal; pero en el fondo de la cuestión ganaron los centralistas, porque en la nueva Carta se incrustaron la intolerancia religiosa, los fueros de las clases privilegiadas, la institución de Comandancias Generales y otros contraprinicipios que nulificaban la libertad y la federación que se quería establecer. Fue la Constitución de 1824 una transacción entre el progreso y el retroceso, que lejos de ser la base de una paz estable y de una verdadera libertad para la Nación, fue el semillero fecundo y constante de las convulsiones incesantes que ha sufrido la República y que sufrirá todavía mientras que la sociedad no recobre su nivel, haciéndose efectiva la igualdad de derechos y obligaciones entre todos los ciudadanos y entre todos los hombres que pisen el territorio nacional, sin privilegios, sin fueros, sin monopolios y sin odiosas distinciones; mientras que no desaparezcan los tratados que existen entre México y las potencias extranjeras, tratados que son inútiles, una vez que la suprema ley de la República sea el respeto inviolable y sagrado de los derechos de los hombres y de los pueblos, sean quienes fueren, con tal de que respeten los derechos de México, a sus autoridades y a sus leyes; [mientras finalmente que en la República no haya más que una sola y única autoridad: la autoridad civil del modo que lo determine la voluntad nacional sin religión de Estado y desapareciendo los poderes militares y eclesiásticos, como entidades políticas que la fuerza, la ambición y el abuso han puesto enfrente del poder supremo de la sociedad, usurpándole sus fueros y prerrogativas y subalterándolo a sus caprichos].

[El Partido Republicano adoptó después la denominación del Partido Yorkino y desde entonces comenzó una lucha encarnizada y constante entre el Partido Escocés que defendía el pasado con todos sus abusos, y el Partido Yorkino que quería la libertad y el progreso; pero desgraciadamente el segundo luchaba casi siempre con desventaja porque no habiéndose generalizado la ilustración en aquellos días, sus corifeos con muy pocas y honrosas excepciones, carecían de fe en el triunfo de los principios que proclamaban, porque compren-

dían mal la libertad y el progreso y abandonaban con facilidad sus yntes pasándose al bando contrario, con lo que desconcertaban los trabajos de sus antiguos correligionarios, les causaban su derrota y retardaban el triunfo de la libertad y del progreso.] Esto pasaba en lo general a la República en el año de 1827.

En lo particular del Estado de Oaxaca donde yo vivía se verificaban también, aunque en pequeña escala, algunos sucesos análogos a los generales de la Nación. Se reunió un Congreso Constituyente que dio la Constitución del Estado. Los partidos Liberal y Retrógrado tomaron sus denominaciones particulares llamándose *Vinagre* el primero y *Aceite* el segundo. Ambos trabajaron activamente en las elecciones que se hicieron de diputados y senadores para el primer Congreso Constitucional. El Partido Liberal triunfó sacando una mayoría de Diputados y Senadores liberales, a lo que se debió que el Congreso diera algunas leyes que favorecían la libertad y el progreso de aquella sociedad, que estaba enteramente dominada por la ignorancia, el fanatismo religioso y las preocupaciones. La medida más importante por sus trascendencias saludables y que hará siempre honor a los miembros de aquel Congreso fue el establecimiento de un Colegio Civil que se denominó *Instituto de Ciencias y Artes*; independiente de la tutela del clero, y destinado para la enseñanza de la juventud en varios ramos del saber humano, que era muy difícil aprender en aquel Estado donde no había más establecimiento literario que el Colegio Seminario Conciliar; en que se enseñaba únicamente Gramática latina, Filosofía, Física Elemental y Teología; de manera que para seguir otra carrera que no fuese la eclesiástica o para perfeccionarse en algún arte u oficio era preciso poseer un caudal suficiente para ir a la Capital de la Nación o a algún país extranjero para instruirse o perfeccionarse en la ciencia, o arte a que uno quisiera dedicarse. Para los pobres como yo, era perdida toda esperanza.

Al abrirse el Instituto en el citado año de 1827 el doctor don José Juan Canseco, uno de los autores de la ley que creó el establecimiento, pronunció el discurso de apertura, demostrando las ventajas de la instrucción de la juventud y la facilidad con que ésta podría desde entonces abrazar la profesión literaria que quisiera elegir. Desde aquel día muchos estudiantes del Seminario se pasaron al Instituto. Sea por este ejemplo, sea por curiosidad, sea por la impresión que hizo en mí el discurso del doctor Canseco, sea por el fastidio que me causaba el estudio de la Teología por lo incomprendible de sus principios, o sea por mi natural deseo de seguir otra carrera distinta de la eclesiástica, lo cierto es que yo no cursaba a gusto la cátedra de Teología, a que había pasado después de haber

concluido el curso de Filosofía. Luego que sufrí el examen de Estatuto me despedí de mi maestro, [que lo era el Canónigo don Luis Morales] y me pasé al Instituto a estudiar jurisprudencia en agosto de 1828.

El Director y catedráticos de este nuevo establecimiento eran todos del Partido Liberal y tomaban parte, como era natural, en todas las cuestiones políticas que se suscitaban en el Estado. Por esto, y por lo que es más cierto, porque el clero conoció que aquel nuevo plantel de educación, donde no se ponían trabas a la inteligencia para descubrir la verdad, sería en lo sucesivo, como lo ha sido en efecto la ruina de su poder basado sobre el error y las preocupaciones, le declaró una guerra sistemática y cruel, valiéndose de la influencia muy poderosa que entonces ejercía sobre la autoridad civil, sobre las familias y sobre toda la sociedad. Llamaban al Instituto *casa de prostitución* y a los catedráticos y discípulos, *herejes y libertinos*.

Los padres de familia rehusaban mandar a sus hijos a aquel establecimiento y los pocos alumnos que concurríamos a las cátedras éramos mal vistos y excomulgados por la inmensa mayoría ignorante y fanática de aquella desgraciada sociedad. Muchos de mis compañeros desertaron, espantados del poderoso enemigo que nos perseguía. Unos cuantos nomás quedamos sosteniendo aquella casa con nuestra diaria concurrencia a las cátedras.

En 1829 se anunció una próxima invasión de españoles por el Istmo de Tehuantepec, y todos los estudiantes del Instituto concurrimos a alistarnos en la milicia cívica, habiéndose me nombrado teniente de una de las compañías que se organizaron para defender la independencia nacional. En 1830 me encargué en clase de sustituto de la cátedra de Física con una dotación de 30 pesos con los que tuve para auxiliarme en mis gastos. En 1831 concluí mi curso de jurisprudencia y pasé a la práctica al bufete del licenciado don Tiburcio Cañas. En el mismo año fui nombrado Regidor del Ayuntamiento de la Capital, [por elección popular, y presidí el acto de física que mi discípulo don Francisco Rincón dedicó al Cuerpo Académico del Colegio Seminario].

En el año de 1832 se inició una revolución contra la administración del Presidente de la República don Anastasio Bustamante que cayó a fines del mismo año con el Partido Escocés que lo sostenía. En principios de 1833 fui electo Diputado al Congreso del Estado. Con motivo de la Ley de Expulsión de Españoles dada por el Congreso General, el Obispo de Oaxaca, don Manuel Isidoro Pérez, no obstante de que estaba exceptuado de esta pena, rehusó continuar en su Diócesis y se fue para España. Como no quedaba ya ningún obispo en la República, porque los pocos que había se habían mar-

chado también al extranjero, no era fácil recibir las órdenes sagradas y sólo podían conseguirse yendo a La Habana o a Nueva Orleans, para lo que era indispensable contar con los recursos suficientes, de que yo carecía. Esta circunstancia fue para mí sumamente favorable, porque mi padrino conociendo mi imposibilidad para ordenarme sacerdote, me permitió que siguiera la carrera del foro. [Desde entonces seguí ya subsistiendo con mis propios recursos.]

En el mismo año fui nombrado Ayudante del Comandante general don Isidro Reyes, que defendió la plaza contra las fuerzas del general Canalizo, pronunciado por el plan de Religión y Fueros iniciado por el Coronel don Ignacio Escalada en Morelia. Desde esa época el partido clérico militar se lanzó descaradamente a sostener a mano armada y por medio de los motines, sus fueros, sus abusos y todas sus pretensiones antisociales. Lo que dio pretexto a este motín de las clases privilegiadas fue el primer paso que el partido liberal dio entonces en el camino de la reforma, derogando las leyes injustas que imponían coacción civil para el cumplimiento de los votos monásticos y para el pago de los diezmos.

En enero de 1834 me presenté a examen de Jurisprudencia práctica ante la Corte de Justicia del Estado y fui aprobado expidiéndoseme el título de Abogado. A los pocos días la Legislatura me nombró Magistrado interino de la misma Corte de Justicia cuyo encargo desempeñé poco tiempo. Aunque el pronunciamiento de Escalada secundado por Arista, Durán y Canalizo fue sofocado en el año anterior, sus promovedores siguieron trabajando y al fin lograron en este año destruir la administración de don Valentín Gómez Farías, [a lo que contribuyeron muchos de los mismos partidos de aquella administración, porque comprendiendo mal los principios de libertad, como dije antes, marchaban sin brújula y eran conducidos fácilmente al rumbo que los empujaba sus ambiciones, sus intereses o sus rencores]. Cayó por consiguiente la administración pública de Oaxaca en que yo servía y fui confinado a la ciudad de Tehuacán sin otro motivo que el de haber servido con honradez y lealtad en los puestos que se me encomendaron.

Revocada la orden de mi confinamiento volví a Oaxaca y me dediqué al ejercicio de mi profesión. Se hallaba todavía el clero en pleno goce de sus fueros y prerrogativas y su alianza estrecha con el poder civil, le daba una influencia casi omnipotente. El fuero que lo sustraía de la jurisdicción de los tribunales comunes le servía de escudo contra la ley y de salvoconducto para entregarse impunemente a todos los excesos y a todas las injusticias. Los aranceles de los derechos parroquiales eran letra muerta. El pago de las obvenciones se regulaba según la voluntad codiciosa de los curas. Había sin em-

bargo algunos eclesiásticos probos y honrados que se limitaban a cobrar lo justo y sin sacrificar a los fieles; pero eran muy raros estos hombres verdaderamente evangélicos, cuyo ejemplo lejos de retraer de sus abusos a los malos, era motivo para que los censurasen diciéndoles *que mal enseñaban a los pueblos y echaban a perder los curatos*. Entretanto, los ciudadanos gemían en la opresión y en la miseria, porque el fruto de su trabajo, su tiempo y su servicio personal todo estaba consagrado a satisfacer la insaciable codicia de sus llamados pastores. Si ocurrían a pedir justicia muy raras veces se le oía y comúnmente recibían por única contestación el desprecio, o la prisión. Yo he sido testigo y víctima de una de estas injusticias. Los vecinos del pueblo de Loricha ocurrieron a mí para que elevase sus quejas e hiciese valer sus derechos ante el tribunal eclesiástico contra su cura que les exigía las obviaciones y servicios personales, sin sujetarse a los aranceles. Convencido de la justicia de sus quejas por la relación que de ellas me hicieron y por los documentos que me mostraron, me presenté al Tribunal o Provisorato, como se le llamaba. Sin duda por mi carácter de Diputado y porque entonces regía en el Estado una administración liberal, pues esto pasaba a principios del año de 1834, fue atendida mi solicitud y se dio orden al cura para que se presentara a contestar los cargos que se le hacían, previniéndosele que no volviera a la parroquia hasta que no terminase el juicio que contra él se promovía; pero desgraciadamente a los pocos meses cayó aquella administración, como he dicho antes, y el clero, que había trabajado por el cambio, volvió con más audacia y sin menos miramientos a la sociedad y a su propio decoro, a ejercer su funesta influencia en favor de sus intereses bastardos.

El juez eclesiástico, sin que terminara el juicio que yo había promovido contra el cura de Loricha, sin respetar sus propias decisiones y sin audiencia de los quejosos, dispuso de plano que el acusado volviera a su curato. Luego que aquél llegó al pueblo de Loricha mandó prender a todos los que habían representado contra él y de acuerdo con el prefecto y con el juez del Partido, los puso en la cárcel con prohibición de que hablaran con nadie. Obtuvo órdenes de las autoridades de la Capital para que fuesen aprehendidos y reducidos a prisión los vecinos del citado pueblo que fueron a la ciudad a verme, o a buscar otro abogado que los patrocinara. Me hallaba yo entonces, a fines de 1834, sustituyendo la cátedra de Derecho Canónico en el Instituto y no pudiendo ver con indiferencia la injusticia que se cometía contra mis infelices clientes, pedí permiso al Director para ausentarme unos días y marché para el pueblo de Miahuatlán, donde se hallaban los presos, con el objeto de obtener su libertad. Luego que llegué a dicho pueblo me presenté al juez don Manuel M.

Feraud quien me recibió bien y me permitió hablar con los presos. En seguida le supliqué me informase el estado que tenía la causa de los supuestos reos y del motivo de su prisión; me contestó que nada podía decirme porque la causa era reservada; e insté que me leyese el auto de bien presos, que no era reservado y que debía haberse proveído ya, por haber transcurrido el término que la ley exigía para dictarse. Tampoco accedió a mi pedido, lo que me obligó ya a indicarle que presentaría un recurso al día siguiente para que se sirviese darme su respuesta por escrito a fin de promover después lo que a la defensa de mis patrocinados conviniera en justicia. El día siguiente presenté mi recurso, como lo había ofrecido; pero ya el juez estaba enteramente cambiado, me recibió con suma seriedad y me exigió el poder con que yo gestionaba por los reos; y habiéndole contestado que siendo abogado conocido y hablando en defensa de reos pobres no necesitaba yo de poder en forma, me previno que me abstuviese de hablar y que volviese a la tarde para rendir mi declaración preparatoria en la causa que me iba a abrir para juzgarme como vago. Como el cura estaba ya en el pueblo y el Prefecto obraba por su influencia, temí mayores tropelías y regresé a la ciudad con la resolución de acusar al juez ante la Corte de Justicia, como lo hice; pero no se me atendió porque en aquel tribunal estaba también representado el clero. Quedaban pues cerradas las puertas de la justicia para aquellos infelices que gemían en la prisión, sin haber cometido ningún delito, y sólo por haberse quejado de las vejaciones de un cura. Implacable éste en sus venganzas, como lo son generalmente los sectarios de alguna religión, no se conformó con los triunfos que obtuvo en los tribunales sino que quiso perseguirme y humillarme de un modo directo, y para conseguirlo hizo firmar al juez Feraud un exhorto, que remitió al juez de la Capital, para que procediese a mi aprehensión y me remitiese con segura custodia al pueblo de Miahuatlán, expresando por única causa de este procedimiento, que estaba yo en el pueblo de Loricha sublevando a los vecinos contra las autoridades ¡y estaba yo en la ciudad distante cincuenta leguas del pueblo de Loricha donde jamás había ido!

[El juez de la Capital que obraba también de acuerdo con el cura, no obstante de que el exhorto no estaba requisitado conforme a las leyes, pasó a mi casa a la medianoche y me condujo a la cárcel sin darme más razón que la de que tenía orden de mandarme preso a Miahuatlán. También fue conducido a la prisión el licenciado don José Inés Sandoval a quien los presos habían solicitado para que los defendiese.

Era tan notoria la falsedad del delito que se me imputaba y tan clara la injusticia que se ejercía contra mí, que creí como cosa se-

gura que el Tribunal Superior, a quien ocurrí quejándome de tan infame tropelía, me mandaría inmediatamente poner en libertad; pero me equivoqué, pues al cabo de nueve días se me excarceló bajo de fianza, y jamás se dio curso a mis quejas y acusaciones contra los jueces que me habían atropellado.]

Estos golpes que sufrí y que veía sufrir casi diariamente a todos los desvalidos que se quejaban contra las arbitrariedades de las clases privilegiadas en consorcio con la autoridad civil, me demostraron de bulto que la sociedad jamás sería feliz con la existencia de aquéllas y de su alianza con los poderes públicos y me afirmaron en mi propósito de trabajar constantemente para destruir el poder funesto de las clases privilegiadas. Así lo hice en la parte que pude y así lo haría el partido liberal; pero por desgracia de la humanidad el remedio que entonces se procuraba aplicar no curaba el mal de raíz, pues aunque repetidas veces se lograba derrocar la administración retrógrada reemplazándola con otra liberal, el cambio era sólo de personas y quedaban subsistentes en las leyes y en las constituciones los fueros eclesiástico y militar, la intolerancia religiosa, la religión de Estado y la posesión en que estaba el clero de cuantiosos bienes de que abusaba fomentando los motivos para cimentar su funesto poderío. [Así fue que apenas se establecía una administración liberal, cuando a los pocos meses era derrocada y perseguidos sus partidarios.]

[Desde el año de 1839 hasta el de 40 estuve dedicado exclusivamente al ejercicio de mi profesión. En el año de 1841 la Corte de Justicia me nombró Juez de Primera Instancia del ramo Civil y de Hacienda de la Capital del Estado.]

El 31 de julio de 1843 me casé con doña Margarita Maza, hija de don Antonio Maza y de doña Petra Parada.

[En 1844, el gobernador del Estado, general don Antonio León me nombró secretario del despacho del Gobierno y a la vez fui electo vocal suplente de la Asamblea Departamental. A los pocos meses se procedía a la renovación de los Magistrados del Tribunal Superior del Estado, llamado entonces Departamento porque regía la forma central en la nación y fui nombrado fiscal segundo del mismo.]

Benito Juárez, Documentos, Discursos y Correspondencia. Selección y notas de JORGE L. TAMAYO. Secretaría del Patrimonio Nacional. Vol. I. México, 1964, 1a. edición, pp. 24-141.

JUSTIFICACION DE LAS LEYES DE REFORMA

El Gobierno Constitucional a la Nación

EN la difícil y comprometida situación en que hace 18 meses se ha encontrado la República, a consecuencia del escandaloso motín que estalló en Tacubaya a fines de 1857, y en medio de la confusión y del desconcierto introducidos por aquel atentado, tan injustificable en sus fines como en sus medios, el poder público, que en virtud del Código político del mismo año, tiene el imprescindible deber de conservar el orden legal en casos como el presente, había juzgado oportuno guardar silencio acerca de los pensamientos que abriga para curar radicalmente los males que afligen a la sociedad, porque una vez entablada la lucha armada entre una inmensa mayoría de la Nación y los que pretenden oprimirla, creía llenar su misión apoyando los derechos de los pueblos por los medios que estaban a su alcance, confiado en que la bondad misma de una causa que tiene a su favor la razón y la justicia y los repetidos desengaños que de su impotencia para sobreponerse a ella debían recibir a cada paso sus adversarios, harían desistir a éstos de su criminal intento, o sucumbir prontamente en tal contienda.

Mas cuando, por desgracia, no ha sido esto así; cuando a pesar de la prolongada resistencia que la sociedad está oponiendo al triunfo de aquel motín, los autores de éste continúan empeñados en sostenerlo, apoyados únicamente en la decidida protección del alto clero y en la fuerza de las bayonetas que tienen a sus órdenes; cuando, por resultado de esa torpe y criminal obstinación, la República parece condenada a seguir sufriendo aún por algún tiempo los desastres y las calamidades que forman la horrible historia de tan escandalosa rebelión, creería el Gobierno faltar a uno de los primeros deberes que la misma situación le impone, si suspendiera por más tiempo la pública manifestación de sus ideas, no ya sólo acerca de las graves cuestiones que hoy se ventilan en el terreno de los hechos de armas, sino también sobre la marcha que se propone seguir en los diversos ramos de la administración pública.

La Nación se encuentra hoy en un momento solemne, porque del resultado de la encarnizada lucha, que los partidarios del obscurantismo y de los abusos han provocado esta vez contra los más claros principios de la libertad y del progreso social, depende todo su

porvenir. En momento tan supremo, el Gobierno tiene el sagrado deber de dirigirse a la Nación y hacer escuchar en la voz de sus más caros derechos e intereses, no sólo porque así se uniformará más y más la opinión pública en el sentido conveniente, sino porque así también apreciarán mejor los pueblos la causa de los grandes sacrificios que están haciendo al combatir con sus opresores, y porque así, en fin, se logrará que en todas las naciones civilizadas del mundo se vea claramente cuál es el verdadero objeto de esta lucha que tan hondamente conmueve a la República.

Al cumplir hoy este deber, nada tiene que decir el Gobierno respecto de sus pensamientos sobre la organización política del país, porque siendo él mismo una emanación de la Constitución de 1857, y considerándose, además, como el representante legítimo de los principios liberales consignados en ella, debe comprenderse naturalmente que sus aspiraciones se dirigen a que los ciudadanos todos, sin distinción de clases ni condiciones, disfruten de cuantos derechos y garantías sean compatibles con el buen orden de la sociedad; a que unas y otras se hagan siempre efectivas por la buena administración de justicia; a que las autoridades cumplan fielmente sus deberes y atribuciones, sin excederse nunca del círculo marcado por las leyes y, finalmente, a que los Estados de la Federación usen de las facultades que les corresponden para administrar libremente sus intereses, así como para promover todo lo conducente a su prosperidad, en cuanto no se oponga a los derechos e intereses generales de la República.

Mas como quiera que esos principios, a pesar de haber sido consignados ya, con más o menos extensión, en los diversos códigos políticos que ha tenido el país desde su independencia, y, últimamente, en la Constitución de 1857, no han podido ni podrán arraigarse en la Nación, mientras que en su modo de ser social y administrativo se conserven los diversos elementos de despotismo, de hipocresía, de inmoralidad y de desorden que los contrarían, el Gobierno cree que sin apartarse esencialmente de los principios constitutivos, está en el deber de ocuparse muy seriamente en hacer desaparecer esos elementos, bien convencido ya por la dilatada experiencia de todo lo ocurrido hasta aquí, de que entretanto que ellos subsistan, no hay orden ni libertad posibles.

Para hacer, pues, efectivos el uno y la otra dando unidad al pensamiento de la reforma social por medio de disposiciones que produzcan el triunfo sólido y completo de los buenos principios, he aquí las medidas que el Gobierno se propone realizar:

En primer lugar, para poner un término definitivo a esa guerra sangrienta y fratricida, que una parte del clero está fomentando hace

tanto tiempo en la Nación, por sólo conservar los intereses y prerrogativas que heredó del sistema colonial, abusando escandalosamente de la influencia que le dan las riquezas que ha tenido en sus manos y del ejercicio de su sagrado ministerio, y despojar de una vez a esta clase de elementos que sirven de apoyo a su funesto dominio, cree indispensable:

1o. Adoptar, como regla general invariable, la más perfecta independencia entre los negocios del Estado y los puramente eclesiásticos.

2o. Suprimir todas las corporaciones de regulares del sexo masculino, sin excepción alguna, secularizándose los sacerdotes que actualmente hay en ellas.

3o. Extinguir igualmente las cofradías, archicofradías, hermandades y, en general, todas las corporaciones y congregaciones que existen de esta naturaleza.

4o. Cerrar los noviciados en los conventos de monjas, conservándose las que actualmente existen en ellos, con los capitales o dotes que cada una haya introducido y con la asignación de lo necesario para el servicio del culto en sus respectivos templos.

5o. Declarar que han sido y son propiedad de la Nación todos los bienes que hoy administra el clero secular y regular con diversos títulos, así como el excedente que tengan los conventos de monjas, deduciendo el monto de sus dotes y enajenar dichos bienes, admitiendo en pago de una parte de su valor títulos de la deuda pública y de capitalización de empleos.

6o. Declarar, por último, que la remuneración que dan los fieles a los sacerdotes, así por la administración de los sacramentos como por todos los demás servicios eclesiásticos, y cuyo producto anual bien distribuido, basta para atender ampliamente el sostenimiento del culto y de sus ministros, es objeto de convenios libres entre unos y otros, sin que para nada intervenga en ellos la autoridad civil.

Además de estas medidas, que, en concepto del Gobierno son las únicas que pueden dar por resultado la sumisión del clero a la potestad civil en sus negocios temporales, dejándolo, sin embargo, con todos los medios necesarios para que pueda consagrarse exclusivamente, como es debido, al ejercicio de su sagrado ministerio, cree también indispensable proteger en la República, con toda autoridad, la libertad religiosa, por ser esto necesario para su prosperidad y engrandecimiento, a la vez que una exigencia de la civilización actual.

Benito Juárez, Documentos, Discursos y Correspondencia. Selección y notas de JORGE L. TAMAYO. Secretaría del Patrimonio Nacional. Vol. II. México, 1964, 1a. edición, pp. 485-487.

Educación

EN materia de instrucción pública, el Gobierno procurará, con el mayor empeño, que se aumenten los establecimientos de enseñanza primaria gratuita, y que todos ellos sean dirigidos por personas que reúnan la instrucción y moralidad que se requieren para desempeñar con acierto el cargo de preceptores de la juventud, porque tiene el convencimiento de que la instrucción es la primera base de la prosperidad de un pueblo, a la vez que el medio más seguro de hacer imposibles los abusos del poder.

Con ese mismo objeto, el Gobierno general por sí y excitando a los particulares de los Estados, promoverá y fomentará la publicación y circulación de manuales sencillos y claros sobre los derechos y obligaciones del hombre en sociedad, así como sobre aquellas ciencias que más directamente contribuyen a su bienestar y a ilustrar su entendimiento, haciendo que esos manuales se estudien aun por los niños que concurren a los establecimientos de educación primaria, a fin de que desde su más tierna edad vayan adquiriendo nociones útiles y formando sus ideas en el sentido que es conveniente para bien general de la sociedad. Respecto de la instrucción secundaria y superior, el Gobierno se propone formar un nuevo plan de estudios, mejorando la situación de los preceptores que se emplean en esta parte de la enseñanza pública, así como el sistema que para ella se sigue actualmente en los colegios, y, ajustándose al principio que sobre esto contiene la Constitución, se adoptará el sistema de la más amplia libertad respecto de toda clase de estudios, así como del ejercicio de las carreras o profesiones que con ellos se forman, a fin de que todo individuo, nacional o extranjero, una vez que demuestre en el examen respectivo la aptitud y los conocimientos necesarios, sin indagar el tiempo y lugar en que los haya adquirido, pueda dedicarse a la profesión científica o literaria para que sea apto.

Benito Juárez, Documentos, Discursos y Correspondencia. Selección y notas de JORGE L. TAMAYO. Secretaría del Patrimonio Nacional. Vol. II. México, 1964, 1a. edición, pp. 488-489.

La política liberal

LA emisión de las ideas por la prensa debe ser tan libre, como es libre en el hombre la facultad de pensar, y el Gobierno no cree que deben imponérsele otras trabas que aquellas que tiendan a impedir únicamente la publicación de escritos inmorales, sediciosos o subversivos, y de los que contengan calumnias o ataques a la vida privada.

El registro civil es, sin duda, una de las medidas que con urgencia reclama nuestra sociedad, para quitar al clero esa forzosa y exclusiva intervención que hasta ahora ejerce en los principales actos de la vida de los ciudadanos y, por lo mismo, el Gobierno tiene la resolución de que se adopte esa reforma, conquistando definitivamente el gran principio que tal medida debe llevar por objeto, esto es, estableciendo que una vez celebrados esos actos ante la autoridad civil, surtan ya todos sus efectos legales.

Respecto de las relaciones de la República con las naciones amigas, el Gobierno se propone cultivarlas siempre con el mayor esmero, evitando, por su parte, todo motivo de desavenencia: para esto, cree bastante observar fielmente los tratados celebrados con ellas y los principios generales del derecho de gentes e internacional y abandonar, sobre todo, para siempre, como lo ha hecho hasta aquí ese sistema de evasivas y moratorias que, con grave daño de la Nación, se ha seguido frecuentemente en el despacho de los negocios de este ramo; atendiendo, por el contrario, con el mayor empeño, toda reclamación en el acto que se presente, y resolviéndola sin demora, en vista de las circunstancias del caso, según los principios de recta justicia y de mutua conveniencia que forman la base sólida de las relaciones de amistad entre los pueblos civilizados del mundo.

También cree el Gobierno que será muy conveniente fijar con claridad por una disposición general y, conforme con las reglas y prácticas establecidas en otros países, la intervención que hayan de tener los cónsules y vicecónsules extranjeros en la República, tanto en los negocios de sus respectivos nacionales, como en sus relaciones con las autoridades, a fin de evitar así la repetición de las cuestiones que más de una vez se han suscitado ya sobre este punto.

[En cuanto al nombramiento de legaciones en los países extranjeros con quienes nos ligan relaciones de amistad, cree el Gobierno que el estado actual de éstas con dichos países está muy lejos de exigir un Ministro residente en cada uno de ellos y su opinión es que por ahora deben limitarse a dos: una en los Estados Unidos de América y otra en Europa, fijando esta última su residencia en París o en Londres, de donde podrá trasladarse, en caso necesario, al punto que se le designe. En las demás capitales de Europa y América, mientras que no ocurra algún negocio que por su misma gravedad demande la presencia de un Ministro plenipotenciario, bastará que haya cónsules generales con el carácter de encargados de negocios. Estos agentes, según la nueva ley que al efecto debe expedirse, serán precisamente nacidos en la República.]

Acerca de la Hacienda nacional, la opinión del Gobierno es que deben hacerse reformas muy radicales, no sólo para establecer un

sistema de impuestos que no contraría el desarrollo de la riqueza y que destruya los graves errores que nos dejó el régimen colonial, sino para poner un término definitivo a la bancarrota que en ella han introducido los desaciertos cometidos después en todos los ramos de la administración pública y, sobre todo, para crear grandes intereses que se identifiquen con la reforma social, coadyuvando eficazmente a la marcha liberal y progresista de la Nación.

Benito Juárez, Documentos, Discursos y Correspondencia. Selección y notas de JORGE L. TAMAYO. Secretaría del Patrimonio Nacional. Vol. II. México, 1964. 1a. edición, pp. 490-491.

La tierra

OTRA de las grandes necesidades de la República es la subdivisión de la propiedad territorial; y aunque esta operación no puede llegar a hacerse en la extensión que es de desear, sino por los estímulos naturales que produzca la mejora progresiva que irá experimentando nuestra sociedad, a consecuencia de las reformas que en ella tienen que ejecutarse, así como de las mejoras de sus actuales vías de comunicación, y del aumento de su población y consumos, el Gobierno procurará allanar desde luego el grande obstáculo que para tal subdivisión presentan las leyes que rigen sobre hipotecas de fincas rústicas, expidiendo una nueva ley por la cual se faculte a los propietarios de éstas para subdividir las en las fracciones que les convengan, a fin de facilitar su venta. distribuyéndose proporcionalmente, en estos casos, el valor de la hipoteca que tenga cada finca entre las partes en que se subdivida. Además de esta medida, que ha de contribuir eficazmente a fraccionar la propiedad territorial, con provecho de toda la Nación, el Gobierno promoverá también con los actuales dueños de grandes terrenos el que por medio de ventas o arrendamientos, recíprocamente ventajosos, se mejore la situación de los pueblos labradores.

Benito Juárez, Documentos, Discursos y Correspondencia. Selección y notas de JORGE L. TAMAYO. Secretaría del Patrimonio Nacional. Vol. II. México, 1964. 1a. edición, p. 498.

La revolución y la reacción

TALES son en resumen, las ideas de la actual administración sobre la marcha que conviene seguir, para afirmar el orden y la paz en la República, encaminándola por la senda segura de la libertad y del

progreso, a su engrandecimiento y prosperidad; y al formular todos sus pensamientos del modo que aquí los presenta, no cree hacer más que interpretar fielmente los sentimientos, los deseos y las necesidades de la Nación.

[En otro tiempo, podría acaso haberse estimado imprudente la franqueza con que el Gobierno actual manifiesta sus ideas para resolver algunas de las graves cuestiones que ha tanto tiempo agitan a nuestra desgraciada sociedad; pero hoy que el bando rebelde ha desafiado descaradamente a la Nación, negándole hasta el derecho de mejorar su situación; hoy que ese mismo bando, dejándose guiar únicamente por sus instintos salvajes para conservar los errores y abusos en que tiene fincado su patrimonio, ha atropellado los más sagrados derechos de los ciudadanos, sofocando toda discusión sobre los intereses públicos, y calumniando vilmente las intenciones de todos los hombres que no se prestan a acatar su brutal dominación; hoy que ese funesto bando ha llevado ya sus excesos a un extremo de que no se encuentra ejemplo en los anales del más desenfrenado despotismo, y que con insolente menosprecio de los graves males que su obstinación está causando a la sociedad, parece resuelto a continuar su carrera de crímenes y maldades, el Gobierno legal de la República, lo mismo que la numerosa mayoría de los ciudadanos cuyas ideas representa, no pueden sino ganar en exponer claramente a la faz del mundo entero cuáles son sus miras y tendencias.

Así logrará desvanecer victoriosamente las torpes imputaciones con que a cada paso procuran desconceptuarlo sus contrarios, atribuyéndole ideas disolventes de todo orden social. Así dejará ver a todo el mundo que sus pensamientos sobre todos los negocios relativos a la política y a la administración pública, no se encaminan sino a destruir los errores y abusos que se oponen al bienestar de la Nación, y así se demostrará, en fin, que el programa de lo que se intitula el partido liberal de la República, cuyas ideas tiene hoy el Gobierno la honra de representar, no es la bandera de una de esas facciones que en medio de las revueltas intestinas aparecen en la arena política para trabajar exclusivamente en provecho de los individuos que las forman, sino el símbolo de la razón, del orden, de la justicia y de la civilización, a la vez que la expresión franca y genuina de las necesidades de la sociedad.

Con la conciencia del que marcha por un buen camino, el Gobierno actual se propone ir dictando, en el sentido que ahora manifiesta, todas aquellas medidas que sean más oportunas para terminar la sangrienta lucha que hoy aflige a la República, y para asegurar en seguida, el sólido triunfo de los buenos principios. Al obrar así, lo hará con la ciega confianza que inspira una causa tan santa

como la que está encargado de sostener; y si por desgracia de los hombres que hoy tienen la honra de personificar como Gobierno el pensamiento de esa misma causa, no lograsen conseguir que sus esfuerzos den resultado, el triunfo que ella ha de alcanzar un día infaliblemente, podrán consolarse siempre con la convicción de haber hecho lo que estaba de su parte para lograrlo; y cualquiera que sea el éxito de sus afanes, cualesquiera que sean las vicisitudes que tengan que sufrir en la prosecución de su patriótico y humanitario empeño, creen al menos tener derecho para que sean de algún modo estimadas sus buenas intenciones y para que todos los hombres honrados y sinceros que, por fortuna, abundan todavía en nuestra desgraciada sociedad, digan siquiera al recordarlos: esos hombres deseaban el bien de su Patria y hacían cuanto les era posible para obtenerlo.]

Heroica Veracruz, julio 7 de 1859

BENITO JUAREZ
MANUEL RUIZ

MELCHOR OCAMPO
MIGUEL LERDO DE TEJADA

Benito Juárez, Documentos, Discursos y Correspondencia. Selección y notas de JORGE L. TAMAYO. Secretaría del Patrimonio Nacional. Vol. II. México, 1964. 1a. edición, pp. 499-500.

DISCURSO

Ciudadanos Diputados:

VAIS a suspender vuestras funciones legislativas en medio de las circunstancias más difíciles que han rodeado a México desde su independencia. Vuestras últimas resoluciones ocurren, sin embargo, a la grande necesidad del momento, puesto que al retiraros habéis concedido al Ejecutivo todas las facultades que necesita para hacer frente al peligro que nos amenaza.

El Gobierno, que ve en esas facultades un aumento de inmensa responsabilidad y que las va a ejercer sólo en nombre de la representación nacional, sin más título que la emergencia apremiante de las circunstancias, ni más objeto que la salvación de la República, siente tanto temor, al aceptarlas, como el deseo de devolverlas al poder soberano de quien derivan.

El carácter supremo de estos momentos no hace flaquear, con todo, la esperanza que el Gobierno ha manifestado en otra ocasión como ahora, de conjurar los peligros que amenazan a nuestra nacionalidad y de restablecer la paz, a la sombra de la ley y de la libertad. En empresa tan ardua, el Gobierno tiene como garantías de buen éxito, el patriotismo de los mexicanos y el espíritu de razón y de equidad de las otras Naciones.

El Gobierno mexicano permanece fiel a sus sentimientos de paz y de simpatía para con los otros pueblos y de lealtad y moderación para con sus representantes y espera conseguir que los Gobiernos europeos, cuyo juicio han procurado extraviar los enemigos de nuestra libertad, con respecto a la situación de la República, lleguen a ver en lo que alegan como agravios, una consecuencia inevitable de una revolución altamente humanitaria que el país inició hace ocho años y que comienza a realizar sus promesas, no sólo para los mexicanos, sino para los mismos extranjeros.

Fácil es que éstos comprendan que la revolución reformadora, que ha herido pasajera y ocasionalmente algunos intereses, va a colocar sobre una base sólida cuanto hay de más precioso en el orden moral y material para todos los habitantes de una Nación y que está ya sustituyendo la libertad religiosa, las franquicias del comercio y la fraternidad para con los emigrados de otros países, al sistema de suspicacia y de exclusivismo que dominó hasta hace

poco en la política interior y exterior de la República. Los otros pueblos no pueden olvidar sino momentáneamente el interés que tienen en ayudarnos con su simpatía a consolidar una revolución, cuyos frutos recogerán como nosotros mismos.

Por esto es que el Gobierno espera que en la guerra con que está amagada la República, se dejarán escuchar la razón, la justicia y la equidad y que antes que con el poder de las armas, el peligro se conjure con un arreglo justo y equitativo, compatible con el honor y dignidad de la Nación. Pero si así no fuere, si resultase frustrada nuestra esperanza, el Gobierno empleará toda la energía que inspira el amor de la Patria y la conciencia del deber, para impulsar al país a defender su revolución y su independencia, teniendo como seguridades de buen suceso, la justicia de nuestra causa y el patriotismo que en todos los pueblos de la República se ha avivado al solo anuncio de que puede peligrar la independencia de la Patria.

El Gobierno hará su deber y si, como no lo duda, México, por un supremo esfuerzo de sus hijos, se salva de la guerra extranjera, si logra ver restablecida la paz, el Congreso, en su próximo periodo, vendrá a utilizar esa conquista, dictando leyes sabias que consoliden la independencia, la libertad y la Reforma.

15-XII-1861

Benito Juárez. Documentos, Discursos y Correspondencia. Selección y notas de JORGE L. TAMAYO. Secretaría del Patrimonio Nacional. Vol. V. México, 1965. 1a. edición, pp. 402-403.

FRENTE A LA INTERVENCION FRANCESA

Conciudadanos:

EN los momentos en que el Gobierno de la República, fiel a las obligaciones que había contraído, preparaba la salida de sus comisarios a la ciudad de Orizaba, para abrir con los representantes de las potencias aliadas las negociaciones convenidas en los Preliminares de la Soledad, un incidente, tan imprevisto como inusitado, ha venido a alejar la probabilidad del arreglo satisfactorio de las cuestiones pendientes que con afán procuraba el Gobierno, esperando que triunfaran la razón, la verdad y la justicia, dispuesto a acceder a toda demanda fundada en derecho.

Por los documentos que he mandado publicar, veréis que los Plenipotenciarios de la Gran Bretaña, de la Francia y de la España, han declarado que no habiendo podido ponerse de acuerdo sobre la interpretación que habían de dar a la Convención de Londres, de 31 de octubre, la dan por rota, para obrar separada e independientemente.

Veréis también que los Plenipotenciarios del Emperador de los franceses, faltando de una manera inaudita al pacto solemne en que reconocieron la legitimidad del Gobierno Constitucional y se obligaron a tratar sólo con él, pretenden que se dé oído a un hijo espurio de México, sujeto al juicio de los tribunales por sus delitos contra la Patria, ponen en duda los hechos que pocos días ha reconocieron solemnemente y rompen no sólo la Convención de Londres, sino también los Preliminares de la Soledad, faltando a sus compromisos con México y también a los que los ligaban con la Inglaterra y con la España.

El gobierno de México, que tiene la conciencia de su legitimidad, que se deriva de la libre y espontánea elección del pueblo; que sostiene las instituciones que la República se dio y defendió con constancia; que se encuentra investido de omnímodas facultades por la representación nacional y que reputa como el primero de sus deberes el mantenimiento de la independencia y de la soberanía de la Nación, sentiría ajada la dignidad de la República si se rebajara hasta el grado de descender a discutir puntos que entrañan la misma soberanía y la misma independencia a costa de tan heroicos esfuerzos conquistadas.

El Gobierno de la República, dispuesto siempre y dispuesto todavía, solemnemente lo declaro, a agotar todos los medios conciliatorios y honrosos de un avenimiento, en vista de la declaración de los Plenipotenciarios franceses, no puede ni debe hacer otra cosa que rechazar la fuerza con la fuerza y defender a la Nación de la agresión injusta con que se le amenaza. La responsabilidad de todos los desastres que sobrevengan, recaerá sólo sobre los que, sin motivo ni pretexto, han violado la fe de las convenciones internacionales.

El Gobierno de la República recordando cuál es el siglo en que vivimos, cuáles los principios sostenidos por los pueblos civilizados, cuál el respeto que se profesa a las nacionalidades, se complace en esperar que si queda un sentimiento de justicia en los consejos del Emperador de los franceses, este Soberano, que ha procedido mal informado sobre la situación de México, reprobará que se abandone la vía de las negociaciones en que habían entrado sus Plenipotenciarios y la agresión que ellos intentan contra un pueblo tan libre, tan soberano, tan independiente, como los más poderosos de la tierra. Una vez rotas las hostilidades, todos los extranjeros pacíficos residentes en el país, quedarán bajo el amparo y protección de las leyes y el Gobierno excita a los mexicanos a que dispensen a todos ellos y aun a los mismos franceses, la hospitalidad y consideraciones que siempre encontrarán en México, seguros de que la autoridad obrará con energía contra los que a esas consideraciones correspondan con deslealtad, ayudando al invasor. En la guerra se observarán las reglas del derecho de gentes por el ejército y por las autoridades de la República.

En cuanto a la Gran Bretaña y a la España, colocadas hoy en una situación que sus Gobiernos no pudieron prever, México está dispuesto a cumplir sus compromisos tan luego como las circunstancias lo permitan; es decir, a arreglar, por medio de negociaciones, las reclamaciones pendientes, a satisfacer las fundadas en justicia y a dar garantías suficientes para el porvenir.

Pero, entretanto, el Gobierno de la República cumplirá el deber de defender la independencia, de rechazar la agresión extranjera y aceptar la lucha a que es provocado, contando con el esfuerzo unánime de los mexicanos y con que tarde o temprano triunfará la causa del buen derecho y de la justicia.

Mexicanos: El Supremo Magistrado de la Nación, libremente elegido por vuestros sufragios, os invita a secundar sus esfuerzos en la defensa de la independencia; cuenta para ello con todos vuestros recursos, con toda vuestra sangre y está seguro de que, siguiendo los consejos del patriotismo, podremos consolidar la obra de nuestros padres.

Espero que preferiréis todo género de infortunios y desastres al vilipendio y al oprobio de perder la independenciã o de consentir que extraños vengan a arrebatar vuestras instituciones y a intervenir en vuestro régimen interior.

Tengamos fe en la justicia de nuestra causa; tengamos fe en nuestros propios esfuerzos y unidos salvaremos la independencia de México, haciendo triunfar no sólo a nuestra Patria, sino los principios de respeto y de inviolabilidad de la soberanía de las Naciones.

México, abril 12 de 1862

BENITO JUAREZ

Benito Juárez, Documentos, Discursos y Correspondencia. Selección y notas de JORGE L. TAMAYO. Secretaría del Patrimonio Nacional. Vol. VI. México, 1965, pp. 245-247.

HAY QUE SEGUIR LA LUCHA CON LO QUE PODAMOS
HASTA DONDE PODAMOS

Chihuahua, abril 6 de 1865

Sr. don Pedro Santacilia
Nueva York

MI muy querido Santa: Ayer tuve el gusto de recibir la carta de Ud. de 13 de febrero, en la que adjuntó la de Margarita. Ha sido para mí un respiro la carta de Ud. después de tantos días de inquietud y de dudas sobre la situación de ustedes; pero ya veo que siguen sin novedad y que nuestros chiquitos se desarrollan perfectamente y a toda prisa. Mucho celebro que mi Nela y sus hermanos estén adelantando en el inglés y que Nela después de tan corto tiempo ya vaya al mercado y a las tiendas a hacer sus compras sin necesidad de intérprete. Esto es mucho adelanto, por el que la felicito.

Ya calculaba yo, y no recuerdo si a Ud. o a Romero le dije en una de mis cartas, que era muy difícil que la guerra del Sur terminara por un arreglo pacífico, porque las pasiones en ambos partidos están muy enconadas y porque entre la libertad que sostiene el Norte y la esclavitud que defiende el Sur no puede haber transacción posible. Yo celebro y aplaudo la inflexibilidad de Mr. Lincoln, pues más provechoso nos será su triunfo, aunque sea tarde, que una paz pronta con el sacrificio de la humanidad, al cabo que, como decía *mi inolvidable Pepe*, *nosotros con nuestra tenaz resistencia y con el tiempo aburriremos a los franceses y los obligaremos a abandonar su inicua empresa de subyugarlos, sin necesidad de auxilio extraño, y ésta es la mayor gloria que deseo para mi patria.* Con que el Norte destruya la esclavitud y no reconozca el imperio de Maximiliano nos basta. Tal vez a esta hora en vista de los últimos triunfos de Lincoln y de la explícita declaración que se ha hecho de no reconocer a Maximiliano, Napoleón esté meditando dar otro sesgo a su política interventora en México; pero aun cuando no piense en esto, la actitud que ha tomado el Norte con aquella declaración y con sus triunfos va a difundir, si no es que ha difundido ya, grande desaliento entre los invasores y traidores de México, porque naturalmente deben considerar que aun cuando logran someter a toda la República, lo que es muy difícil, si no imposible, poco o nada habrían aventajado, teniendo al frente un coloso que por sus grandes elementos y por los principios de libertad que sostiene, no le faltará

motivo para tomar parte en la defensa de los oprimidos, haciendo desaparecer de un soplo a invasores y a traidores. Esto lo conoce bien el enemigo y la generalidad de la República y esto le mata el entusiasmo con que obraba en los primeros años de su intervención, por lo que juzgo que ya toca el término de su decadencia y comienza la época de la reacción de los pueblos contra sus opresores.

Sin embargo, si esa República llega a terminar pronto su guerra civil y ese gobierno como amigo y no como amo, quisiera prestar-nos un auxilio de fuerza, o de dinero, sin exigirnos condiciones humillantes, sin sacrificio de una pulgada de nuestro territorio. sin mengua de la dignidad nacional, nosotros lo aceptaríamos y en ese sentido se le han dado instrucciones reservadas a nuestro Ministro. En cuanto a otro auxilio que no sea del gobierno lo juzgo sumamente difícil por nuestra falta de recursos, porque tengo la convicción, nacida de la experiencia, de que una fuerza colectiva y extraña, no acostumbrada a la miseria a que están sujetos nuestros soldados, necesita estar bien pagada y atendida para que pueda ser útil; de lo contrario se convertiría en una plaga por su insubordinación y por sus errores, en cuyo caso sería peor el remedio que la enfermedad. Por eso a las personas que han solicitado autorización para traer voluntarios de esa República para la defensa nacional se les ha puesto la condición de que consigan recursos para el mantenimiento de aquéllos; pero, como he dicho antes, es sumamente difícil conseguir esos recursos y la gente. No hay más arbitrio, por lo visto, que seguir la lucha con lo que tenemos, con lo que podamos y hasta donde podamos. Este es nuestro deber: el tiempo y la constancia nos ayudarán. Adelante y no hay que desmayar.

Hasta el día 30 de marzo último Negrete estaba con su división en la hacienda de Santa Rosa a la orilla izquierda del Río Nazas, enfrente de la hacienda de la Loma, que está a la orilla derecha en el Distrito de Mapimí del Estado de Durango. El jefe francés Aimar que estaba en Nazas, o Cinco Señores, se retiró a la hacienda del Sobaco y el general Brincourt, que vino en su auxilio con quinientos franceses, estaba en la Noria, que dista cosa de nueve o diez leguas del Sobaco. Aimar tiene setecientos franceses. Si tiene Ud. el mapa de Durango que está en la colección de [García] Cubas, véalo Ud. y se formará una idea más clara de la situación de las fuerzas. Carbajal está en el Distrito del Oro, Meza está en el Distrito de Tamazula. Las fuerzas de la Laguna y de Parras marcharon a ocupar el Saltillo. A últimas fechas estaban en la hacienda de Patos y a esta hora deben ya haber ocupado el Saltillo, donde había poca fuerza. Como dije a Ud. en mi última, Escobedo con Naranjo, Gorostieta y Navarro expedicionan por Monclova y Piedras Negras;

de manera que los traidores de Monterrey están en conflictos y en peor situación que nosotros estábamos en agosto del año anterior.

Memorias a todos, muchos cariños a nuestros chiquitos y Ud. reciba el afecto sincero de su padre y amigo. *Benito Juárez.*

Epistolario de Benito Juárez. Col. Vida y Pensamiento de México. Colección, prólogo y notas de JORGE L. TAMAYO. Fondo de Cultura Económica. México, 1957, p. 308-10.

LA FRANCIA DEMOCRATICA

Cuernavaca, diciembre 18 de 1870

QUERIDO Joaquín: Su silencio sobre mi carta fechada en México el 8 de diciembre, me hace temer que no la haya recibido, a pesar de que le fue enviada por conducto diplomático.

Además, probablemente no ha recibido Ud. el Mensaje del Comité Republicano de los Dos Mundos, que Antonio Ortiz, y Carvajal le envió por el mismo correo, con la petición de darle la mayor publicidad posible.

Pero el *Faro del Loire* y después de él, otras hojas provinciales importantes, deben haberlo publicado sin duda.

El Mensaje, dictado por la más cordial simpatía, y que yo tuve el honor de ser uno de los primeros en firmar, está destinado por sus autores no sólo a transmitir al infortunado pueblo francés la expresión de nuestra admiración y buenos deseos, sino también, y sobre todo, a eliminar de su mente cualquier duda acerca de los sentimientos fraternales que animan a todos los verdaderos mexicanos hacia la noble nación a la que tanto debe la sagrada causa de la libertad, y a la que nunca hemos confundido con el infame gobierno de Bonaparte.

Es por eso —si es verdad, como estamos convencidos de que lo es tanto aquí como en Washington que existe un tratado secreto entre Bismarck y Napoleón encaminado a la restauración del Imperio— es por eso (por lo) que el Mensaje en cuestión no habrá encontrado seguramente el favor de la policía postal alemana.

Sin embargo, querido amigo, para revelarle sólo mis sentimientos personales, que, lo sé, son compartidos por nuestro mundo político, así como la derrota del bandido que durante cinco años sembró la muerte y el pillaje a través de nuestro hermoso país, me ha inspirado una alegría indescriptible; así como su caída, que fue digna de su elevación a la vez trágica y grotesca me ha llenado de gozo como republicano y como mexicano; así también, en la misma medida, me ha entristecido profundamente la continuación de la guerra por el Rey Prusiano y los horrores que de ello resultan.

No obstante, si aparta uno la vista de las escenas de matanza y devastación, si logra uno alejar las angustias del presente para mirar y contemplar el futuro infinito, dirá que el espantoso cataclismo que amenaza hundir a Francia, es por el contrario, la señal

de su ascenso. Pues está volviendo a su gran vida política, sin la cual una nación, por mucho que valga en la literatura, la ciencia y el arte, es sólo un rebaño humano encerrado en el cuartel o en la sacristía, las dos guardias seculares del despotismo que mis amigos y yo hemos estado tratando de destruir en México.

¿Pero quién puede dudar del triunfo final de Francia, si quiere o más bien dicho, si sabe cómo querer el triunfo?

Digo si *sabe cómo querer*: pues, aunque las noticias de las provincias no invadidas revelan una energía y un patriotismo admirables, a la altura de las circunstancias, no puedo dejar de sentir una seria preocupación cuando reflexiono en las cualidades y los defectos esenciales del soldado francés, enamorado del choque en orden de batalla, donde su fiero valor pueda ser fácilmente desplegado ante testigos, pero poco preparado para la lucha guerrillera, que es la única guerra de defensa real, la única efectiva contra un invasor victorioso.

Ciertamente, gracias a la maravillosa actividad de ese pueblo y a su espíritu marcial, inflamado por la vergüenza de la ocupación extranjera, los grandes ejércitos de 150 000 a 200 000 hombres organizados de prisa por el ilustre Gambetta, pueden, si se les dirige con habilidad, desbaratar la invasión alemana en dos o tres batallas.

Pero esa es sólo una posibilidad; está lejos de ser una certidumbre. Ahora, en la actual situación, extremadamente crítica, de Francia, la salud pública exige desechar todos los métodos que pueden conducir a la derrota; porque las consecuencias de ésta serán incalculables.

Si yo tuviera ahora el honor de dirigir los destinos de Francia, no haría nada diferente de lo que hice en nuestro amado país de 1862 a 1867, a fin de triunfar sobre el enemigo.

No grandes cuerpos de tropas que se mueven con lentitud, que es difícil alimentar en un país devastado y que se desmoralizan fácilmente después de un descalabro; sino cuerpos de 15, 20 o 30 mil hombres a lo más, ligados por columnas volantes a fin de que puedan prestarse ayuda con rapidez, si fuere necesario hostigar al enemigo de día y de noche, exterminando a sus hombres, aislando y destruyendo sus convoyes, no dándole ni reposo, ni sueño, ni provisiones, ni municiones; desgastándolo poco a poco en todo el país ocupado; y finalmente, obligándolo a capitular, prisionero de sus conquistados, o a salvar los destrozados restos de sus fuerzas mediante una retirada rápida.

Esa es, como Ud. sabe, toda la historia de la liberación de México. Y si el despreciable Bazaine, digno sirviente de un Emperador despreciable, quiere emplear el ocio que su odiosa traición le ha

procurado, él es el más indicado para ilustrar a sus compatriotas sobre la invencibilidad de las guerrillas que luchan por la independencia de un país.

Pero surge otra cuestión que para un país centralizado como Francia parece terrible: ¿Puede sostenerse París hasta que un ejército de socorro levante el bloqueo? ¿Y qué sucederá si París cae por hambre o es tomado por la fuerza?

Los periódicos y la correspondencia política insisten sin cesar sobre este punto, que parece ser el nudo gordiano de la cuestión franco-alemana. "¿Se sostendrá París?"

¡Muy bien! Admitamos por un momento que París sufre la suerte de Sedán y Metz. ¿Qué vendrá después? ¿Acaso París es Francia? Políticamente, sí durante los últimos ochenta años. Pero hoy, cuando las consideraciones militares deben tener preferencia sobre las demás; ¿por qué la caída de París ha de llevar consigo necesariamente la caída de Francia? E inclusive si el Rey de Prusia instala su corte en el Palacio de las Tullerías, que está saturado aún de la infecciosa enfermedad del bonapartismo, ¿por qué ha de desmoralizar esta fantasmagoría a dos o tres millones de ciudadanos armados para la defensa de su suelo. ð un extremo a otro del país?

Maximiliano estuvo en el trono de México durante cuatro años; pero esto no lo salvó de purgar su crimen en el Campo de Marte de Querétaro, en tanto que la soberanía nacional regresaba triunfante a la ciudad de Moctezuma.

Durante esos cuatro años, cuando el único poder legítimo andaba errante como fugitivo del Río Grande al Sacramento, muchos patriotas probados, muchos que se habían templado en la lucha contra la adversidad, empezaron a abrigar dudas sobre la eficacia de nuestros esfuerzos y a negar nuestra futura liberación.

En cuanto a mí —y éste es mi único mérito—, ayudado por algunos patriotas indomables como Díaz, Escobedo, Ortega, mi fe no vaciló nunca.

A veces, cuando me rodeaba la defección como resultado de aplastantes reveses, mi espíritu se sentía profundamente deprimido. Pero inmediatamente reaccionaba. Recordando aquel verso inmortal del más grande de los poetas: "Ninguno ha caído, si uno solo permanece en pie", entonces más que nunca me resolvía yo a llevar hasta el fin la lucha despiadada, inmisericorde para la expulsión del intruso.

Dios ha coronado mis esfuerzos y los de tantos valientes, muchos de los cuales, ay, han pagado con su vida nuestra fe común en nuestro país y en la república.

Tengo la esperanza de que lo mismo pasará con Francia. Su causa, desde la caída de Bonaparte, ha sido la de todos los pueblos libres. Esta verdad ha sido tan bien entendida por los demócratas mexicanos que seiscientos veteranos de la lucha por la independencia, los mismos que durante cinco años sostuvieron la guerra justa contra las tropas de Bazaine y Dupin, consideran su deber embarcarse en Veracruz para Nueva York. Armados y equipados a su propia costa, intentan partir de allá para incorporarse a las fuerzas del Glorioso Garibaldi. Y estoy orgulloso de proclamarlo: la Legión Mexicana es digna de combatir y morir al lado del ejército francés regenerado, por la sagrada causa de la república universal.

Con todo mi corazón, *Benito Juárez*.

BENITO JUAREZ, Presidente Constitucional de la República Mexicana.

Epistolario de Benito Juárez. Col. Vida y Pensamiento de México. Selección, prólogo y notas de Jorge L. Tamayo. Fondo de Cultura Económica. México, 1957, p. 492-5.

procurado, él es el más indicado para ilustrar a sus compatriotas sobre la invencibilidad de las guerrillas que luchan por la independencia de un país.

Pero surge otra cuestión que para un país centralizado como Francia parece terrible: ¿Puede sostenerse París hasta que un ejército de socorro levante el bloqueo? ¿Y qué sucederá si París cae por hambre o es tomado por la fuerza?

Los periódicos y la correspondencia política insisten sin cesar sobre este punto, que parece ser el nudo gordiano de la cuestión franco-alemana. "¿Se sostendrá París?"

¡Muy bien! Admitamos por un momento que París sufre la suerte de Sedán y Metz. ¿Qué vendrá después? ¿Acaso París es Francia? Políticamente, sí durante los últimos ochenta años. Pero hoy, cuando las consideraciones militares deben tener preferencia sobre las demás; ¿por qué la caída de París ha de llevar consigo necesariamente la caída de Francia? E inclusive si el Rey de Prusia instala su corte en el Palacio de las Tullerías, que está saturado aún de la infecciosa enfermedad del bonapartismo, ¿por qué ha de desmoralizar esta fantasmagoría a dos o tres millones de ciudadanos armados para la defensa de su suelo. ð un extremo a otro del país?

Maximiliano estuvo en el trono de México durante cuatro años; pero esto no lo salvó de purgar su crimen en el Campo de Marte de Querétaro, en tanto que la soberanía nacional regresaba triunfante a la ciudad de Moctezuma.

Durante esos cuatro años, cuando el único poder legítimo andaba errante como fugitivo del Río Grande al Sacramento, muchos patriotas probados, muchos que se habían templado en la lucha contra la adversidad, empezaron a abrigar dudas sobre la eficacia de nuestros esfuerzos y a negar nuestra futura liberación.

En cuanto a mí —y éste es mi único mérito—, ayudado por algunos patriotas indomables como Díaz, Escobedo, Ortega, mi fe no vaciló nunca.

A veces, cuando me rodeaba la defección como resultado de aplastantes reveses, mi espíritu se sentía profundamente deprimido. Pero inmediatamente reaccionaba. Recordando aquel verso inmortal del más grande de los poetas: "Ninguno ha caído, si uno solo permanece en pie", entonces más que nunca me resolvía yo a llevar hasta el fin la lucha despiadada, inmisericorde para la expulsión del intruso.

Dios ha coronado mis esfuerzos y los de tantos valientes, muchos de los cuales, ay, han pagado con su vida nuestra fe común en nuestro país y en la república.

Tengo la esperanza de que lo mismo pasará con Francia. Su causa, desde la caída de Bonaparte, ha sido la de todos los pueblos libres. Esta verdad ha sido tan bien entendida por los demócratas mexicanos que seiscientos veteranos de la lucha por la independencia, los mismos que durante cinco años sostuvieron la guerra justa contra las tropas de Bazaine y Dupin, consideran su deber embarcarse en Veracruz para Nueva York. Armados y equipados a su propia costa, intentan partir de allá para incorporarse a las fuerzas del Glorioso Garibaldi. Y estoy orgulloso de proclamarlo: la Legión Mexicana es digna de combatir y morir al lado del ejército francés regenerado, por la sagrada causa de la república universal.

Con todo mi corazón, *Benito Juárez*.

BENITO JUAREZ, Presidente Constitucional de la República Mexicana.

Epistolario de Benito Juárez. Col. Vida y Pensamiento de México. Selección, prólogo y notas de Jorge L. Tamayo. Fondo de Cultura Económica. México, 1957, p. 492-5.

MANIFIESTO

Mexicanos:

EL Gobierno nacional vuelve hoy a establecer su residencia en la ciudad de México, de la que salió hace cuatro años. Llevó entonces la resolución de no abandonar el cumplimiento de sus deberes, tanto más sagrados, cuanto mayor era el conflicto de la Nación. Fue con la segura confianza de que el pueblo mexicano lucharía sin cesar contra la inicua invasión extranjera, en defensa de sus derechos y de su libertad. Salió el Gobierno para seguir sosteniendo la bandera de la Patria por todo el tiempo que fuera necesario, hasta obtener el triunfo de la causa santa de la independencia y de las instituciones de la República.

Lo han alcanzado los buenos hijos de México, combatiendo solos, sin auxilio de nadie, sin recursos, sin los elementos necesarios para la guerra. Han derramado su sangre con sublime patriotismo arrojando todos los sacrificios, antes que consentir en la pérdida de la República y de la libertad.

En nombre de la Patria agradecida, tributo el más alto reconocimiento a los buenos mexicanos que la han defendido y a sus dignos caudillos. El triunfo de la Patria, que ha sido el objeto de sus nobles aspiraciones, será siempre su mayor título de gloria y el mejor premio de sus heroicos esfuerzos.

Lleno de confianza en ellos, procuró el Gobierno cumplir sus deberes, sin concebir jamás un solo pensamiento de que le fuera lícito menoscabar ninguno de los derechos de la Nación. Ha cumplido el Gobierno el primero de sus deberes, no contrayendo ningún compromiso en el exterior ni en el interior que pudiera perjudicar en nada la independencia y soberanía de la República, la integridad de su territorio o el respeto debido a la Constitución y a las leyes. Sus enemigos pretendieron establecer otro Gobierno y otras leyes, sin haber podido consumar su intento criminal. Después de cuatro años vuelve el Gobierno a la ciudad de México, con la bandera de la Constitución y con las mismas leyes, sin haber dejado de existir un solo instante dentro del territorio nacional.

No ha querido, ni ha debido antes el Gobierno y, menos debiera en la hora del triunfo completo de la República, dejarse inspirar por ningún sentimiento de pasión contra los que lo han combatido. Su deber ha sido y es pesar las exigencias de la justicia con todas

las consideraciones de la benignidad. La templanza de su conducta en todos los lugares donde ha residido, ha demostrado su deseo de moderar, en lo posible, el rigor de la justicia, conciliando la indulgencia con el estrecho deber de que se apliquen las leyes, en lo que sea indispensable para afianzar la paz y el porvenir de la nación.

Mexicanos: Encaminemos ahora todos nuestros esfuerzos a obtener y a consolidar los beneficios de la paz. Bajo sus auspicios, será eficaz la protección de las leyes y de las autoridades para los derechos de todos los habitantes de la República.

Que el pueblo y el Gobierno respeten los derechos de todos. Entre los individuos, como entre las Naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz.

Confiemos en que todos los mexicanos, aleccionados por la prolongada y dolorosa experiencia de las calamidades de la guerra, cooperaremos en lo de adelante al bienestar y a la prosperidad de la Nación, que sólo pueden conseguirse con un inviolable respeto a las leyes y con la obediencia a las autoridades elegidas por el pueblo.

En nuestras instituciones, el pueblo mexicano es el árbitro de su suerte. Con el único fin de sostener la causa del pueblo durante la guerra, mientras no podía elegir sus mandatarios, he debido, conforme al espíritu de la Constitución, conservar el poder que me había conferido. Terminada ya la lucha, mi deber era convocar desde luego al pueblo, para que sin ninguna presión de la fuerza y sin ninguna influencia ilegítima, elija con absoluta libertad a quien quiera confiar sus destinos.

Mexicanos: Hemos alcanzado el mayor bien que podíamos desear, viendo consumada por segunda vez la independencia de nuestra Patria. Cooperemos todos para poder legarla a nuestros hijos en camino de prosperidad, amando y sosteniendo siempre nuestra independencia y nuestra libertad.

México, julio 16 de 1867

BENITO JUAREZ

México a través de los siglos. Tomo Quinto. La Reforma, por José M. VIGIL, pp. 869 y 870.

Presencia del Pasado

LA SUSTANCIA TEATRAL EN LAS NOVELAS DE CERVANTES*

Por Leopoldo PENICHE VALLADO

NO fue Cervantes un hombre de teatro, pese a que se reconoce que éste fue su "pasión primera".¹ Su actividad literaria se canalizó preferentemente a la novela, por una inclinación vocacional que en las más significadas etapas de su vida productiva, se vio interferida dolorosamente por la necesidad inevitable de desempeñar ocupaciones diversas y muy alejadas de sus inclinaciones naturales. El mismo dijo alguna vez: "...en el poeta pobre la mitad de sus divinos partos y pensamientos se los llevan los cuidados de buscar el ordinario sustento".²

La de las letras fue, pues, en él una vocación lateral durante muchos años, no obstante lo absorbente y decisivo de ella, como lo ha demostrado la calidad suprema de su producción literaria inmortalizada a través de los siglos. De qué grandeza, de qué genio, de qué fuerza, de qué capacidad monstruosa estaba dotado que, pese a las condiciones desfavorables de su trabajo, pudo crear una obra de magnitud tan extraordinaria por sus proyecciones y por su volumen.

No se conserva una buena parte de las creaciones cervantinas, pero las que han subsistido bastan para acreditar el derecho de su autor a la inmortalidad en el juicio unánime de las posteridades. Hijo de una época y de un país en los que, como en casi todas las épocas y en casi todos los países, el oficio literario no tuvo traducción económica, y en los que, por lo mismo, su ejercicio estaba condicionado a un total desinterés de parte de quienes se sentían un-

* *Nota Introductoria* para la obra "Cuatro Entremeses que no Escribió Cervantes" próxima a publicarse en la ciudad de Mérida, Yucatán.

¹ FEDERICO C. SÁINZ DE ROBLES. *Biografía de Miguel de Cervantes*. En "El Teatro Español, Historia y Antología". Tomo I. Pág. 831. M. Aguilar Editor, Madrid 1942.

² MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. "Adjunta al Parnaso". En "Biblioteca de Autores Españoles ordenada e ilustrada por D. Buenaventura Carlos Arribau. Obras de Miguel etc." Madrid. Pág. 700. Imprenta de la Publicidad a cargo de M. Rivadeneyra. 1849.

gidos por los dioses, pero al propio tiempo hombre en toda la extensión del concepto, Cervantes se entrega a las letras con idéntica fruición que a las armas, y al morir deja un saldo insuperable en ambos oficios. El haber debido la manquedad a su participación "en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperaban ver los venideros", lo consagra como soldado. Y ¿qué obra lo consagra como escritor? ¿La historia del "Ingenioso Hidalgo"? ¿Las "Novelas Ejemplares"? ¿La "Numancia"? ¿Los ocho entremeses? No es posible determinarlo, porque todas ellas, con sus excelencias y sus desequilibrios, están tocadas por la llama inconfundible del genio.

De haber sido exclusivamente soldado, Lepanto no habría resultado suficientemente significativo para su grandeza a través de los siglos. Como creador literario, le bastó ser el padre del "Don Quijote" para convertirse en la figura universal e invulnerable que es en el panorama de las letras.

Hombre de tan humanas prendas, escritor de tan poderoso genio, no pudo sustraerse al aliciente de la literatura teatral. No era su cuerda y él mismo lo sabía. Pero de entre las producciones literarias, el teatro, en su tiempo, era la única actividad económicamente redituable. Muchos autores lograban de él muy buenas ganancias; la demanda era suficiente y crecía por meses, por días y hasta por horas. Cervantes intentó probar fortuna en este terreno; era cosa de dar un pequeño sesgo a su vocación principal, y se abrió una puerta prometedora de beneficios materiales de los que estaba tan necesitado. Y se lanzó a la aventura. Compuso "veinte o treinta comedias" dice displicentemente, como si con estas palabras quisiera insinuar el poco aprecio que el género le merecía. Acababa de contraer matrimonio (1584) con doña Catalina de Palacios Salazar, y esta nueva situación le había creado deberes específicos que ameritaba cumplir en la mejor forma posible.

Es de suponer que el sesgo teatral dado, en condiciones tan perentorias, a su vocación literaria, no llenara tal vez sus funciones económicas con más holgura que la actividad novelística, ya que de entonces hasta 1603 en que, preso en la cárcel de Argamasilla, fue engendrando su "Don Quijote" publicado en 1605, Cervantes abandonó todo contacto con las letras, y se dedicó a ocupaciones de muy distinto género como fueron las de "temporal comisario" o "factor de provisiones para la armada", y a cumplir diversas comisiones en el ramo de cobranzas de impuestos y alcabalas del reino.

Sin embargo, hay testimonios de que la irreprimible vocación de las letras palpité siempre en aquel gran espíritu burocratizado por las circunstancias; uno de ellos es el premio que obtuvo en Za-

ragoza por el año de 1596, su glosa en alabanza de San Jacinto, enviada al certamen celebrado en ocasión de la canonización de éste. Acerca de su reincidencia en la actividad dramática, la atestigua el hecho de que treinta años después de haber presentado sus primeros intentos en este campo dio a conocer, con mil dificultades, su nueva producción en la que figuraban ocho comedias y ocho entremeses, compuestos seguramente en el transcurso de los años anteriores, y de cuyo pobre éxito deja constancia él mismo en su Adjunta en Prosa al Parnaso. En efecto: dialoga don Miguel con el imaginario poeta Pancracio de Roncesvalles; éste pregunta: "Y vuestra merced, señor Cervantes, ¿ha sido aficionado a la carátula? ¿ha compuesto alguna comedia? Sí, dije yo: muchas; y a no ser mías, me parecieran dignas de alabanza, como lo fueron Los Tratos de Argel, la Numancia, La gran Turquesca, La Batalla Naval, La Jerusalén, La Amaranta o La del Mayo, El Bosque Amoroso, La Unica y la Bizarra Arsinda, y otras muchas de que no me acuerdo; mas la que yo más estimo, y de la que más me precio, fue y es, de una llamada La Confusa, la cual, con paz sea dicho de cuantas comedias de capa y espada hasta hoy se han representado, bien puede tener lugar señalado por buena entre las mejores. *Pancracio*: ¿Y agora tiene vuestra merced algunas? *Mig.*: Seis tengo con otros seis entremeses. *Panc.*: ¿Pues por qué no se representan? *Mig.*: Porque ni los autores me buscan, ni yo les voy a buscar a ellos. *Panc.*: No deben de saber que vuestra merced las tiene. *Mig.*: Sí saben, pero como tienen sus poetas paniaguados, y les va bien con ellos, no buscan pan de trigo; pero yo pienso darlas a la estampa, para que se vea de espacio lo que pasa a priesa, y se disimula o no se entiende cuando las representan; y las comedias tienen sus sazones y tiempos como los cantares... etc."³

Pero pese a lo desafortunado de su suerte como autor dramático en su tiempo, Cervantes fue poseedor de un sentido cómico muy escénico, manifiesto en la composición de sus diálogos fluidos y realistas siempre, y en el enlace de sus situaciones episódicas. Este arte del que hay repetidas muestras no tan sólo en su producción teatral, sino en sus novelas mismas, lo debe el gran manco a su admiración por Lope de Rueda: "Yo... me acordaba haber visto representar al gran Lope de Rueda, varón insigne en la representación y en el entendimiento", escribió alguna vez; "...y aunque por ser yo muchacho entonces no podía hacer juicio firme de la bondad de sus versos, por algunos que me quedaron en la memoria, visto ahora en la edad madura que tengo, hallo ser verdad lo que he dicho..."⁴

³ Misma Obra. pág. 701.

⁴ F.C.S. de R. Obra citada. Págs. 655 y 656.

Para Menéndez y Pelayo, admirador sólo a medias del batihoja sevillano, Cervantes no sólo admiró sino que imitó a Lope de Rueda, sin desconocer, naturalmente, que su imitación se ciñó a lo dignamente imitable que había en éste.

Podría argüirse, contra el aliento teatral que inunda la literatura cervantina, que las adaptaciones de "Don Quijote" a la escena han pasado sin pena ni gloria aún habiendo sido firmadas por Lope de Vega, Calderón de la Barca y Guillén de Castro. Mas ello no es suficiente frente a los resultados de los estudios y análisis de la obra del alcaíno que se han venido haciendo a través de los siglos, y que revelan que en la medida en que ella es observada con mayor atención por la crítica, se advierte en su autor una capacidad singular para resolver los problemas de la creación escénica, capacidad que quizá pasó inadvertida para sus contemporáneos, por razones ajenas a los méritos o deméritos intrínsecos de su producción teatral.

Dos etapas tuvo la producción teatral de Cervantes. En ninguna logró encender el fuego del entusiasmo en la crítica y en los espectadores, pese a que a veces el gran hombre se ufana de lo contrario. La primera etapa, —los ochentas del siglo XVI— está representada por las obras que él mismo relaciona en la Adjunta que acabamos de citar, de las cuales sólo se conservaron los textos de Los Tratos de Argel y La Numancia, pues los de las demás están definitivamente perdidos. Estas obras "fueron bien recibidas por representantes y espectadores, y sin ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza, corrieron su carrera libre de silbos, gritos y baráundas..."⁵ Pero nada más. Sin embargo, la crítica contemporánea reputa a Cervantes como el autor "más sobresaliente en el teatro anterior a Lope de Vega".⁶ Esto, independientemente de reconocer la artificiosidad, la manera escueta, la inhabilidad, en fin, que se traduce en descuidos de contrastes y de efectos, y otros defectos del teatro cervantino notorios en parangón literario con las comedias de Juan de la Cueva, Argensola y demás pioneros.

A la segunda etapa (1615) pertenece lo más cuajado de su producción: los entremeses, género en el que Cervantes no tuvo par. "Superior a Lope de Rueda —en cuyo realismo se hizo— y no igualado ni por Quiñones de Benavente ni por don Ramón de la Cruz".⁷ Sin embargo, de las obras de esta etapa se dice que "ni los cómicos las querían representar, ni los libreros comprárselas para imprimir: en vano alegaba la buena acogida que habían tenido las primeras

⁵ Ob. cit. en la N. (2) Pág. XXI.

⁶ F. C. S. de R. Ob. cit. Pág. 831.

⁷ F. C. S. de R. Ob. cit. Pág. 833.

que compuso, y aseguraba que no eran tan malas las nuevas que con aquéllas no pudiesen competir ventajosamente. . . .”⁸

Llegamos, pues, a la conclusión, de que la mala fortuna de Cervantes como dramaturgo se debió a que la interferencia fortuita en su carrera de los dos grandes Lopes del teatro español, restó interés a su obra de parte de sus contemporáneos. En la primera etapa, fue la de Lope de Rueda ejerciendo un dominio magnético sobre la escena de su época “que estaba entonces aún en mantillas”;⁹ y en la segunda, la de Lope de Vega absorbente, luminoso, absolutista, incontestable en su reinado teatral. Razones estas, como se ve, ajenas a los brillos consubstanciales que se advierten en las comedias cervantinas, aunque naufragando en mares de artificio de composición y de versificación, confundidos con hallazgos de prosa robusta y expresiva. Es decir, una obra de genio genuina con todas sus desigualdades.

CON base en los antecedentes expuestos, no es de extrañar, pues, que las Novelas Ejemplares —de las que se ha dicho que bien pudiesen ser el más sólido pedestal de la gloria de Cervantes, de no haber escrito *Don Quijote de la Mancha*— se perciben saturadas de sustancia teatral de primera calidad que está esperando una mano diestra —no la mía, rotundamente— que la aisle bajo convenientes estructuraciones, de la materia novelística propiamente dicha, y enriquezca con ella el acervo del teatro clásico en lengua castellana.

Sólo pretendo demostrar, con mis escasas fuerzas, que en ciertos aspectos las novelas ejemplares fueron concebidas, deliberadamente o no, con un evidente sentido compositivo claramente escénico, pudiendo ser representados muchos de sus episodios dotados de inconfundible teatralidad. La descripción de las situaciones y la fluidez de los diálogos pertenecen más al escenario que al gabinete de lectura, y es obvio que todos los pasajes dramatizables se ubican generalmente en el entremés, forma que dominó Cervantes y en la que superó a los más grandes escritores españoles de todos los tiempos.

No insinúo que de cada novela ejemplar íntegra pueda sacarse un entremés, porque insinuaría un absurdo. Pero sí que desconectando de ellas aquellos pasajes que más se acomoden al teatro que a la novela, puede darse vida independiente a no pocos entremeses de ambiente y corte clásicos bien definidos, con un pequeño esfuerzo

⁸ Ob. cit. en la N. (2) Pág. XXIX.

⁹ Ob. cit. en la N. (2) Pág. XX.

desplegado para practicar los ensambles y los acondicionamientos indispensables a la transformación intentada.

Elegí, claro está, los episodios más característicos del genio cervantino; los picarescos y festivos. "Dejadle trazar —dice un biógrafo del alcaalá— caracteres ridículos, describir costumbres extravagantes, contar travesuras, dialogar chistes y socarronerías, y veréis como todo se anima, todo adquiere movimiento y viveza; en vano querréis contener la risa, él la hará estallar. Este era su elemento, esta el arma privativa de su poder intelectual".¹⁰

Esto es lo que he aprovechado. Utilizo los diálogos en toda su integridad con las modificaciones y supresiones o alteraciones inherentes al paso de la forma novelada a la forma dramática. Las situaciones tan sólo han sufrido los cambios requeridos para dar autonomía a la nueva obra dentro de su género, independizándola de la obra de origen a la que está umbilicalmente atada, como es inexorable.

No me ufano de haber descubierto el procedimiento.¹¹ Las letras castellanas ofrecen innumerables muestras de refundiciones, adaptaciones, traslaciones, recapitulaciones, etc., hechas sobre producciones de los clásicos. El gran dramaturgo español Alejandro Casona nos legó su "Retablo Jovial"¹² en el que figuran "Sancho Panza en la Insula Barataria", una recapitulación escénica de páginas del Quijote"; el "Entremés del Mancebo que Casó con Mujer Brava" según el Ejemplo XXXV de "El Conde Lucanor"; la "Farsa del Cornudo Apaleado" según la historia LXXVII del "Decamerón"; la "Fablilla del Secreto Bien Guardado" y la "Farsa y Justicia del Corregidor", tradiciones populares españolas. Todas fueron representadas en los memorables años treinta —es decir, cuando se veía muy lejana la pesadilla que vive la España de hoy— en plazas y aldeas, por elementos del Teatro del Pueblo de Misiones Pedagógicas.

Al dar fin a esta Nota Introdutoria, quiero dejar constancia de una última observación, concerniente al título que agrupa a estas cuatro piezas. No pretende ser, en forma alguna, limitativo, sino sencillamente demostrativo. No fueron tan sólo cuatro entremeses

¹⁰ Ob. cit. en la N. (2) Pág. XXVII.

¹¹ El autor de este trabajo tiene, inédita, una versión escénica actualizada de la novela de Cervantes "El Curioso Impertinente" incluida en los Capítulos XXXIII, XXXIV y XXXV del Tomo Primero de "Don Quijote de la Mancha".

¹² ALEJANDRO CASONA. "El Caballero de las Espuelas de Oro", Retablo Jovial", Colección Austral, No. 1358. Espasa Calpe, S. A. Madrid, 1965.

los que dejó de escribir Cervantes con material que está recogido y disperso en sus Novelas Ejemplares y en muchas de sus demás obras.¹⁸ Pueden aislarse muchos más —ello contribuiría a la nunca excesiva difusión del genio cervantino, función más al alcance del teatro que de la novela— y la tarea debe quedar en manos de ingenios y capacidades más altos que los míos. Yo he querido dar una simple muestra, y si mi trabajo se recibe como tal, quedará plenamente correspondido.

¹⁸ Precisamente uno de los entremeses incluidos en este volumen fue ajustado de un episodio de "Los Trabajos de Persiles y Sigismunda".

EL TEATRO Y LA MORAL EN EL PENSAMIENTO DE LARRA

Por Robert M. SCARI

Los artículos de crítica teatral que dio a la imprenta Mariano José de Larra entre los años 1833 y 1835, son de especial interés para la comprensión, no sólo de las cambiantes formas del arte dramático, popular por excelencia en aquellos años, sino también del pensamiento ético del autor. El criterio predominante en casi todas las piezas que a estos temas dedicó Larra consiste en interpretar, desde múltiples perspectivas, la lección moral que de la obra dramática reseñada se desprende. El propósito idealista y muy romántico de todo ello es instruir al público, hacer del teatro lo que no era en su época, según el ensayista: un manantial de valores morales convertidos en verdades accesibles, concretas y convincentes, mediante el arte del dramaturgo y la inagotable fuerza persuasiva de la representación.

Las reseñas teatrales son, por efecto de la sordina que Larra le ajusta a su extraordinario talento humorístico, serios hasta el punto de la austeridad. La prosa es, como todo lector de Larra espera, elegante y espléndida en su riqueza formal, tanto léxica como sintáctica, pero se ausenta por completo la punzante ironía que distingue los artículos de carácter político y costumbrista. La severidad retórica viene a sustituir la tirada satírica para la expresión del principio decisivo, ubicuo y persistente en toda la crítica teatral de Larra, que la representación dramática debe instruir conmoviendo.

Las alusiones, no infrecuentes, a aspectos técnicos de la obra y a la representación misma, sobre todo a la calidad de los actores, aparecen en función de dicho propósito básico y ocupan, por consiguiente, un lugar secundario en las reseñas, tratándose de asuntos que, evidentemente, le parecían de menor peso al autor y relegadas a párrafos concluyentes como los que se reproducen textualmente a continuación: "Seríamos injustos si antes de dar fin a este artículo no dijéramos que la representación de *La tour de Nesle*, que tales reflexiones nos ha sugerido, ha sido de las mejores que en Madrid

hemos visto" ("Margarita de Borgoña," p. 694)*; "El estilo es la parte mejor del drama, y su versificación fácil y armoniosa anuncia un poeta, al cual no arredrará nunca la dificultad de expresar, y expresar bien, sus sentimientos" ("Felipe II", p. 702).

La preponderante finalidad didáctico-moral que para Larra tiene la obra de teatro, se manifiesta con toda claridad, en el empleo insistente de ciertos conceptos determinantes cuyo entrelazamiento constituye la esencia del pensamiento ético que informa la crítica teatral del autor. A cada paso de sus reseñas acude Larra a estas ideas fundamentales: la dimensión "universal" de los temas, la "verosimilitud" de los acontecimientos argumentales del drama y de las "pasiones" representadas en él. Estos elementos, verosimilitud, universalismo y pasión, hábilmente manejados por el dramaturgo, constituyen, a su vez, la "verdad" de la obra, por medio de la cual el arte cumple su objeto principal que es "retratar a la naturaleza". Es tal la trascendencia que Larra les atribuye a estos factores que se vuelve trivial la supuesta antítesis entre las concepciones clásica y romántica del teatro. Creemos conveniente reproducir, como paradigma de estas consideraciones, el pasaje que sigue. En el contexto del mismo, nótese, la "comedia lánguida, a causa de los escrúpulos de una escuela" alude al teatro neoclásico del siglo anterior, mientras que la tragedia romántica del siglo XIX es, o puede ser, "un tejido de horrores, no menos inverosímil"; todo depende, tanto en la comedia neoclásica como en la romántica, de la verdad artística de la obra. Larra nos da a entender, por inferencia inequívoca, que las diferencias de escuela resultan insignificantes cuando la naturaleza es retratada de un modo artísticamente verosímil: "Tan mal nos parece a nosotros una comedia lánguida, a causa de los escrúpulos de una escuela, como un tejido de horrores, no menos inverosímil, hijo de una completa despreocupación. Porque, al fin, ¿cuál es el objeto del arte? ¡Retratar a la naturaleza! Pues bien, ni la naturaleza es tan comedida y corta de genio y de recursos, tan moderada y encajonada en reglas como la vistieron los clásicos, ni es tan desordenada y violenta como los románticos la disfrazan. Pero si la avaricia, considerada bajo su aspecto más sutil y de menos trascendencia puede hacer reír, y si la pintura de un avaro puesto en ridículo por sus mezquindades puede ser la verdad y corregir avergonzando, hágase en buen hora de ese asunto una comedia. Verdad será, y será la naturaleza, y cumplirá con un objeto: el de retratar a los hombres. Mas si al propio tiempo esa misma avaricia desarrollada y

* Las citas textuales que se introducen en el presente ensayo llevan, entre paréntesis, los números de página correspondientes a la siguiente edición: Mariano José de Larra, *Artículos completos* (Madrid: Aguilar, 1961).

puesta en situaciones particulares deja de ser ridícula, y mirada bajo otro aspecto pasa a ser violenta, y arma la mano del hombre con un puñal, y pintada así puede conmover, y presenta al hombre los riesgos de sucumbir a semejante pasión, y puede ser también la verdad y corregir horrorizando, hágase en buen hora un drama fúnebre y lacrimoso. Verdad será, y será la naturaleza, y cumplirá con el propio objeto de retratar a los hombres" ("Margarita de Borgoña", p. 691).

La reseña de *Los amantes de Teruel*, como la dedicada a *Margarita de Borgoña*, más que una rápida mirada a una representación, es algo así como una pequeña, pero concisa, preceptiva dramática. En ella aparecen los principios aludidos anteriormente, destacándose, además, otra idea obsesiva que conviene examinar. Es frecuente que el autor se disculpe de analizar minuciosamente los argumentos de las obras que reseña. La omisión es más seria de lo que en el tono casi jocoso de la referencia se da a entender. Es que la grandeza del drama no depende de la historia ni de que ésta le sea o no familiar al auditorio; antes al contrario, el ensayista reitera el precepto clásico de "eternizar" verdades sabidas por medio del ingenio y dramatismo de la presentación: "Sólo hemos querido probar que la trivialidad del asunto no es obstáculo, sino que al paso que es aumento de dificultad, es el primer síntoma de verdadero talento. *Los amantes de Teruel* están escritos en general con pasión, con fuego, con verdad" ("Los amantes de Teruel", p. 589).

Larra apunta persistentemente la absoluta necesidad que el pueblo tiene del teatro, como elemento de formación, principalmente, y, desde luego, de entretenimiento: "Con esta fecha he llegado bueno a Madrid, donde ha sido mi primer cuidado asistir al teatro; no lo extrañarás si recuerdas las comedias caseras que nos dan ahí en casa del intendente, y el hambre que de un teatro regular tiene uno de esos pueblos de provincia" ("A beneficio del Señor López", p. 669). El "hambre de teatro" de que habla Larra, ese hambre de un teatro regular que ya entonces tenían "esos pueblos de provincia", sigue haciéndose notar en España. En el siglo XIX el teatro se centraba exclusivamente en la Corte, donde se iniciaba tímidamente una Escuela Nacional de Arte Dramático, mal atendida y peor estimada, donde las Compañías que se quedaban con la contrata de temporada desplazaban inexorable y despiadadamente a las otras, que, a su vez, recorrerían los centros de actividad teatral, repitiendo aburridas los parlamentos que habían suscitado los aplausos entusiásticos en la Capital del Reino. Esta es, evidentemente, una curiosa manifestación de la clarividencia del autor, de su capacidad para vislumbrar,

y aun pronosticar, circunstancias venideras, característica que tanto admiraron en él más adelante, los escritores de la generación del 98.

En la actualidad, y a pesar de las críticas de Larra y de las peticiones hechas por el pueblo o en su nombre, el teatro continúa afincado en Madrid; y, tal vez más por rivalidad de ciudad que por verdadera necesidad cultural —salvo el teatro en catalán— también en Barcelona. Las compañías montan su temporada con base única y exclusiva de su actuación en Madrid; solamente si una obra, o una figura de la escena —lo sea realmente o lo estime así el público— tienen un éxito continuado en la capital, se amplía la temporada para hacer posible la continuación del éxito económico por el resto de las provincias. Las únicas compañías de teatro que emprenden recorridos por provincias de cierta entidad cultural son, casi siempre, de segunda categoría. Además, al hacerlo, se exponen a la inevitable crisis económica en que se diluyen.

Como en los tiempos de Larra, el Estado pretende, sin verdadera convicción, que el teatro llegue a todas las ciudades. Con esta finalidad organiza campañas subvencionadas, generalmente sobre obras enteramente inocuas o montadas sin inquietud intelectual alguna, interpretadas por actores carentes, en la mayoría de los casos, de verdadero talento dramático. Por otra parte, aunque lo tuvieran, sienten la desconcertante seguridad de que el día siguiente se presentarán ante el público de otra ciudad, sin haber leído siquiera la crítica de su actuación en ésta. Repetimos, era extraordinaria la capacidad de Larra para entrever el porvenir del teatro en España.

Fiel al espíritu de su época, Larra preconiza insistentemente, el establecimiento de un teatro formativo, moralizador, edificante. Se advierten, sin embargo, en la manera de articular estas convicciones, ciertos matices característicos de nuestro autor. Su sentido crítico acerado, pero certero, le lleva, por ejemplo, a señalar la distinción, para él básica, de una moral enunciada a través de un personaje frecuentemente típico, vestido con los hábitos eclesiásticos, con la venerabilidad de la edad o con la dignidad del cargo, de aquella otra moral que debe desprenderse del planteamiento dramático, sin necesidad alguna de que se remache con la clásica moraleja de las fábulas. En la reseña que le dedica a la obra de Dumas, *Catalina Howard*, refiriéndose a las consecuencias éticas del desenlace, Larra sostiene que de dicha obra se desprende una moral "por cierto a'go más poderosa que una máxima final o una árida sentencia. En las comedias de costumbres del género clásico oye el espectador la moral dicha. En *Catalina Howard* ve la moral en acción. Tendencia irresistible del siglo, en que no hay más verdades que los hechos, en que la moral se presenta al hombre no como dogma, sino como interés"

(pp. 673-674). La insistencia de Larra en que el espectador vea la moral en las acciones de los personajes del drama en vez de oírlos en áridas sentencias, desligadas del contexto artístico, responde a su concepción del teatro como el género didáctico por excelencia, que convence moralmente en virtud de su capacidad para despertar el "interés" del espectador. En el análisis de *Margarita de Borgoña* se revela cómo Larra relaciona estas consideraciones con las ideas básicas a que aludimos anteriormente, que el objeto del arte es la naturaleza y que los medios de expresarla dependen, en todo caso, de una condición imprescindible, la verosimilitud: "El deber, pues del poeta no es el de separar estos o aquellos asuntos, sino escoger el que mejor le parezca, y ese presentarlo con verdad. Los medios, los verosímiles, y nosotros sólo recusamos la inverosimilitud: en la inverosimilitud entra la eterna conversación, el sonsonete de máximas y sentencias de la antigua comedia clásica, en la cual nadie se propasa, en la que nadie siente fuertemente y con vehemencia, porque eso es mentira; y entra también la acumulación de crímenes, la dureza y la calma de un criminal, porque eso también es mentira, y no hay ser, por feroz que sea, que no tenga un rincón en su existencia reservado para un sentimiento dulce" (p. 692).

Resumiendo, hasta el siglo de Larra el teatro tenía como portavoces de la moral los pesados parlamentos de los sacerdotes, de los ancianos, de los reyes; Larra ve con alborozo iniciarse en el teatro europeo de su tiempo la tendencia a presentar la moral "en acción", dejando a los personajes que intercambien sus opiniones, lo menos dogmáticas posibles, y sus vidas, sin que se lleve a la acción teatral esa práctica maniqueísta de juzgar y, sobre todo, condenar la conducta de los personajes. En el tratamiento de estos temas, Larra juega frecuentemente con las acepciones del término "interés", que era fundamental en su siglo; a veces lo toma por sinónimo de incentivo o provecho —cuestión importante siempre— y otras como simple intriga o atractivo. Esta intriga a desentrañar por el espectador trasladando a su mente la problemática del drama, replanteando las cuestiones morales —veía, o decía, sólo Larra— es la que elogia en la obra de Dumas, inmediatamente después de afirmar categóricamente que no hay más verdades que los hechos, ni más moral que la que se siente.

Aunque es significativa la forma en que Larra intuye la eficacia del teatro como medio de formación y de denuncia, conviene tener en cuenta que esta intuición se tiñe, en ciertas ocasiones, del característico pesimismo romántico: "Los celos, que en el Oteló del mundo no son sino reprobables, están por lo menos disculpados en el del teatro con el exceso de la pasión. El teatro, pues, rara vez co-

rige, así como rara vez pervierte. Ni es tan bueno como sus amigos lo han pintado, ni tan perjudicial como sus enemigos lo han supuesto. Por lo menos, es, desde luego, una diversión pública, y en esta sola calidad encierra ya una no mediana recomendación; es, además, de todas las diversiones públicas, la más culta, y si no corrige las costumbres, puede al menos suavizarlas; puede ser una escuela de buenos modales, y debe serlo constantemente de buen lenguaje y de estilo" ("Teatros", p. 612). Acaso suavizado por las teorías de su siglo, o mejor aún, por el público al que iban destinados sus artículos, o incluso por miedo a la censura en los periódicos, Larra insiste, como vemos, en que "por lo menos" es una diversión pública, y, por añadidura, la más culta. Reconoce al teatro como el arte popular por excelencia, único medio viable, la mayoría de las veces, para dar a conocer al pueblo verdades puestas de pie sobre la escena, verdades necesarias para su educación en el más amplio sentido, y que, en la España de aquellos tiempos, permanecían ocultas o disimuladas.

En la reseña de *Margarita de Borgoña* hallamos otra alusión, de mayor pesimismo, a este obsesivo tema. El crítico se ve obligado a admitir en un tono de obvio desengaño, la escasa influencia del teatro en la moral pública: "el hombre no es animal de escarmiento, y, por tanto, que el teatro tiene poquísima influencia en la moral pública; no sólo no la forma, sino que sigue él paso a paso su impulso. Lo que llaman moral pública tiene más hondas causas: decir que el teatro forma la moral pública, y no ésta el teatro, es invertir las cosas, es entenderlas al revés. es lo mismo que decir que un hombre cavila mucho porque es calvo, en vez de decir que es calvo porque cavila mucho. Cuando nos enseñen una persona que se haya vuelto santa de resultas de una comedia de Moratín, nosotros enseñaremos un hombre que haya dejado de ser asesino por haber asistido a un drama romántico" (p. 693).

No podemos exigir a Larra más de lo que podía dar su tiempo, ni suponer más de lo que escribió. El teatro, como arte popular, tenía que ser algo más que una escuela de buenos modales y del bien decir. En esto, posiblemente, su condición de poeta le gastó una mala pasada a su intención de crítico, haciéndole confundir ostensiblemente el poema dramático con el drama; pero, como se ha dicho infinitas veces, el dramaturgo se vale no sólo de las palabras, sino de otros muchos factores artísticos para la creación de una obra cuyo valor formativo debía surgir con total independencia de la belleza formal del texto.

EL CAPITALISMO EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX

Por *Jesús SILVA HERZOG*

ANTES de nuestro breve examen sobre el desarrollo de la sociedad capitalista durante la segunda mitad del siglo XIX, es conveniente insistir con la mayor claridad posible en sus características. A mediados del siglo XIX el capitalismo se encuentra en pleno desarrollo, ha llegado al principio de su apogeo, de su culminación. La burguesía ha vencido ya, definitivamente, a la nobleza en decadencia, la ha hecho desaparecer como adversaria en los países más avanzados de Europa. Al mismo tiempo ha sabido acallar con energía las protestas de la clase obrera. La burguesía allá por los años de 1850 se hace dueña del campo de batalla y su triunfo es indiscutible, adquiere conciencia de sus intereses, conciencia de clase y así afirma la unión entre sus componentes.

Recorrer las páginas de la historia de Francia de 1848 hasta el golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte en que la burguesía lucha en contra de la nobleza, de los republicanos y de los trabajadores, de los grupos obreros que apenas comienzan a organizarse y que pelean heroicamente en las barricadas de París, es tener una idea aproximada de las condiciones políticas existentes en la Europa de entonces.

La burguesía no solamente domina ya en el orden económico, su dominio se extiende al orden político. La burguesía se adueña de toda especie de propaganda, controla los principales periódicos de Europa, controla las escuelas y las Universidades e imprime a éstas una dirección acorde con sus intereses. En los periódicos, en las publicaciones de todas clases, en las escuelas, en las Universidades, en todos los órganos de difusión de ideas, se da la impresión de que la humanidad ha alcanzado un progreso maravilloso, que ha encontrado el camino que afanosa e inútilmente habían buscado las generaciones pretéritas, que la vida es buena porque todos los hombres gozan del don de la libertad. Se afirma también que existe igualdad de oportunidad para todos los hombres.

La verdad es que el progreso alcanzado es para beneficio de la clase dominante; la verdad es, que el disfrute de la libertad es pri-

vativo de la clase dominante; y la verdad es, también, que la igualdad de oportunidades existe solamente para los componentes de la clase dominante. Igualdad de oportunidades educativas, igualdad de oportunidades para prosperar y llegar a los sitios de mayor prestigio y responsabilidad. ¡Mentira! No podía tener, no es lógico que pudiera tener igualdad de oportunidades el hijo del industrial, del comerciante o del banquero que el hijo del obrero que para ganarse el pan trabajaba quince o dieciséis horas al día. Mientras los hijos de los primeros podían disponer de todos los medios necesarios para una educación adecuada, mientras tenían maestros y escuelas para cultivarse y, así, ocupar una luneta de primera fila en la fiesta del mundo, los segundos no tenían posibilidad alguna de educarse; no tenían posibilidad alguna porque su problema fundamental era un problema estrictamente biológico, el problema de no morir de hambre.

El derecho a la vida es el derecho a respirar el aire, a calentarse bajo los rayos del sol; el derecho a la vida es el derecho a comer, el derecho al trabajo, el derecho a la vida humana superior, es el derecho a educarse a fin de llegar a tener una cultura bastante para aspirar a conocer los fenómenos de la vida y de la vida social. Y todos estos derechos innegables, indiscutibles y sagrados los gozaban ampliamente los hijos de la burguesía, el hijo del trabajador, no, ni siquiera tenía al ser adulto —ni todavía siempre tiene— el derecho a trabajar para alimentarse y alimentar a su mujer y a sus hijos.

La ciencia realizaba progresos sin precedentes. Los progresos de la ciencia que Francisco Bacon había creído que iban a servir para hacer la felicidad de los hombres, los progresos de la ciencia fueron inútiles para hacer la felicidad o para contribuir a la felicidad. El arte que a mediados del siglo XIX se difunde con mayor amplitud que en épocas anteriores: la novela, la poesía, la pintura, la música, la escultura, son para solaz de la burguesía. Se habla de la ciencia por la ciencia y el arte por el arte; y la ciencia por la ciencia y el arte por el arte no eran en el fondo sino fórmulas políticas de la sociedad capitalista; ni el arte al servicio de la colectividad ni la ciencia al servicio de la colectividad, sino la ciencia y el arte al servicio y para provecho de la minoría privilegiada.

El derecho de propiedad a mediados del siglo XIX es ya un derecho sagrado, indiscutible, base de la estructura social. El Código Civil Francés había sido adaptado a los códigos civiles de la mayor parte de los países de cultura occidental. La propiedad es el derecho a disfrutar de una cosa con exclusión de cualquier otra persona.

En épocas primitivas, la producción es comunal y por eso la pro-

piedad es comunal. Cuando la producción comienza a hacerse individual la propiedad comienza a hacerse individual también. De manera que tenemos en las edades primitivas que a una producción comunal corresponde una propiedad comunal; tenemos posteriormente en un grado más avanzado de la civilización, que a una producción individual corresponde una propiedad individual. El artesano, en la época de los oficios, realiza una producción individual y por eso, lógicamente, es propietario de los bienes que produce. Los años trascurren, llegando a la industria a domicilio, más tarde a las manufacturas y por último a la fábrica moderna; y cada vez se ve con más claridad que el equilibrio se rompe hasta llegar a la sociedad capitalista en que a una producción colectiva corresponde, no lo que sería lógico, una propiedad colectiva, sino una propiedad individual. El equilibrio se está restableciendo indiscutiblemente en los países socialistas.

A mediados del siglo predomina en forma absoluta en las industrias la propiedad individual con producción colectiva; pero como ya lo apuntamos antes, la propiedad es la base fundamental en que descansa el régimen capitalista. Como resultado del monopolio de la propiedad de los medios de producción se acentúa la división de la sociedad en dos clases, haciéndose más ancha la zanja que separa a la burguesía del proletariado. Se aclara, se simplifica la pugna y se hace más severa e intransigente la lucha de clases. Tenemos pues, dos características esenciales de la sociedad capitalista: primera, el monopolio de los bienes de producción, la propiedad privada; segunda, la existencia de clases. El gobierno tiene que ser un Gobierno a favor de una clase y en perjuicio de la otra clase, porque siempre o casi siempre se gobierna al servicio de una clase y en este caso se gobierna al servicio de la burguesía.

La producción crece con celeridad sin precedente por el progreso de la técnica. Al llegar al capitalismo se produce para el mercado y con el objeto de obtener ganancias, las más altas ganancias posibles. Y mientras más se produce más ganancias se obtienen. Se obtienen más ganancias porque en una empresa hay gastos fijos y gastos variables. Un aumento de producción aumenta los gastos variables pero no aumenta o aumenta en un por ciento muy pequeño los gastos fijos. Y entonces, a mayor producción menores costos por unidad producida, así las ganancias crecen rápidamente; y como el ideal de la burguesía es el dinero, medio para satisfacer todas las necesidades materiales, hay que producir lo más que se pueda con el menor costo posible. Para producir más y más cada día se necesita aumentar la capacidad de compra del consumidor, de mayor número de consumidores bajando los precios de las mercancías;

se necesita también ganar constantemente nuevos mercados. Las materias primas se traen de los países lejanos y los mercados crecen intensivamente dentro de una misma zona determinada, dentro del mismo país, y extensivamente vendiendo productos en otras zonas, en otros países. Esta necesidad del capitalismo inaugura la política colonial en gran escala de las grandes potencias industriales del mundo. Esta necesidad es la génesis, el embrión del imperialismo.

Materias primas y mercados. Si no hay materias primas, si no hay mercados, la sociedad capitalista detendría su proceso de desarrollo y el organismo que no se desarrolla está en peligro de iniciar su decadencia.

Pero debemos hacer notar que la lucha en la sociedad capitalista es una lucha compleja; no solamente es una lucha de adentro hacia afuera para colonizar países atrasados, para conquistar nuevos mercados y obtener materias primas; hay también internamente, en el seno de la sociedad misma, una lucha encarnizada y brutal. Esta lucha se manifiesta por medio de la competencia. Una empresa lucha en contra de otra empresa, lucha para ganar mercados, para adquirir materias primas; y esta guerra por producir cada vez más barato, por producir cada vez en mayor cantidad, por el dominio de nuevos mercados, destruye muchas unidades capitalistas en beneficio de otras unidades. Owen escribió: "La competencia es la guerra y el beneficio es el botín".

Al mismo tiempo, al producirse para el mercado, al producirse sin saber exactamente la capacidad de absorción de los mercados, se cae en graves peligros. No olvidemos que el ideal es producir más para ganar más; y hay un momento en que las distintas empresas estimuladas por la perspectiva de precios cada vez más remunerativos, sin haberse dado cuenta resulta que han producido mucho más de lo que el mercado puede absorber.

Pongamos un ejemplo sencillo: supongamos que existen diez grandes fábricas de automóviles en el mundo, que el consumo normal al año de automóviles es de 5 millones; pero eso es algo en nuestra hipótesis que nosotros sabemos pero no lo saben las empresas. Ellas, cada una de ellas, producen más y más para producir más barato, para luchar contra sus competidoras, para obtener mayores ganancias. Supongamos que se han producido cinco millones de automóviles al año en 1927; que en 1928 se producen seis millones de automóviles —mucho más de lo que el consumo demanda—. El mercado absorbe doscientos mil más. Hay otros trescientos o cuatrocientos mil que están dispersos en las agencias y almacenes de las fábricas y se queda un pequeño remanente que resulta poco sensible para las fábricas, que creen realizarlo al año siguiente; y

sin darse cuenta, llevadas por su optimismo, producen en 1929 siete millones de automóviles. En un momento dado hay más de un millón de automóviles sin salida posible. Hay una sobreproducción. Es necesario en consecuencia producir menos; es urgente producir menos porque el fenómeno que se explica y que parece muy sencillo, es extraordinariamente complejo porque algo semejante ocurre en otros renglones de la producción y algo semejante ocurre también con los bancos. Se estimula el crédito, viene una inflación en la circulación monetaria con auge de los negocios, con el optimismo que enloquece a los capitalistas. Entonces las fábricas de automóviles reducen su producción y lo mismo las de hilados y tejidos, las industrias metalúrgicas del hierro, las fábricas de calzado, la industria de las confecciones, etc., y se inicia la crisis. Hay que despedir obreros de las fábricas. El crédito se restringe y ocurren verdaderas catástrofes financieras. Numerosos bancos quiebran perjudicando a sus clientes y agravando la situación general. Algunas industrias quiebran también y millares y millones de obreros son arrojados a la calle, sin que puedan ya tener ni siquiera el derecho a trabajar para comer.

La producción, decíamos, se restringe, el malestar es general. Poco a poco el mercado va absorbiendo los excedentes y después que los ha absorbido, empieza lentamente, con desesperante lentitud el comienzo de la recuperación. Se empiezan a ocupar mayor número de obreros, más cada mes, más cada año. Vuelve la prosperidad, vuelve el optimismo, vuelve la locura y vuelve la crisis. El ciclo se repite, se ha venido repitiendo desde principios del siglo XIX en períodos aproximadamente de siete a diez años. Unas crisis son más graves que otras. No ha habido ninguna tan grave como la que comenzó en la Bolsa de Nueva York en octubre de 1929. Las crisis son enfermedades graves del capitalismo las cuales ocasionan males y catástrofes entre los componentes de la sociedad. Y sucede que mientras millones de hombres se están muriendo de hambre, la burguesía para que no bajen los precios destruye parte de las mercancías. Una sociedad en que pasan tales absurdos, en que ocurren estas contradicciones, en que mientras muchos se están muriendo de hambre se destruyen los alimentos para que unos pocos no se perjudiquen en sus intereses, un mundo así está dislocado, es una máquina que camina imperfectamente y que es urgente componer.

Por otra parte, poco a poco los capitalistas más audaces van adquiriendo las unidades productoras de los capitalistas rutineros y poco eficientes, poco a poco los medios de producción se van concentrando en menor número de grandes compañías. Esto se inicia ya de una manera firme a partir de la década de 1850. Es en 1853

cuando se establece el primer "pool" en los Estados Unidos de América. A partir de ese año se acelera la concentración industrial. Pronto aparecerá el "trust", el "kartel", la gran unidad económica con inmenso poder financiero.

Pero no debemos dejar pasar inadvertida la influencia de la política en la vida de Europa cuando se acercaba a su término la primera mitad del siglo XIX y en los años inmediatamente posteriores. En Francia, Alemania, Italia y Austria-Hungría, estallan movimientos revolucionarios teñidos de radicalismo social, movimientos que a la postre fueron vencidos por la fuerza ya incontrastable de la gran burguesía. Los sucesos ocurridos en Francia desde la revolución de febrero de 1848 hasta el golpe de estado de Luis Napoleón de diciembre de 1851, ilustran y apoyan nuestra afirmación. La gran burguesía en una serie de pequeñas etapas fue dominando la fuerza explosiva de los elementos populares de Francia y de otros países.

En el transcurso de los últimos cincuenta años del siglo XIX, la ciencia y la técnica realizan progresos maravillosos, en especial pueden mencionarse los adelantos de la biología, de la física y de la química. Estas conquistas científicas se aplican a la técnica de la producción. Nunca como después de realizados avances tan considerables en la ciencia, el hombre se sintió rey de la creación. El Prometeo encadenado de la leyenda griega se transforma en Prometeo vencedor.

Todas las industrias se desenvuelven prodigiosamente. En 1855 Bessemer inventa un procedimiento que perfecciona y abarata la producción de acero. La producción de acero en Francia fue en 1851 apenas de 14,000 toneladas y en 1908 de 2'400,000. Alemania que en 1880 había producido 1'548,000 toneladas, en 1900 produce 7'372,000. La industria del acero impulsa muchas otras industrias.

La metalúrgica del hierro es una de las industrias de mayor desenvolvimiento y como resultado del progreso técnico de esta industria crece más y más la producción. En 1878 el inglés Thomas inventa un procedimiento para utilizar el hierro con elevado contenido fosfórico. La producción de hierro fundido en Inglaterra que en 1870 fue de 6'000,000 de toneladas, en 1900 se eleva a 9'000,000. En los Estados Unidos en 1870 se produjeron 1'600,000 toneladas, que como se ve, en aquel año fue una producción muy inferior a la de Inglaterra; pues bien, en 1900 la producción norteamericana llegó a 13'800,000 toneladas superando así a la industria inglesa. En Alemania en 1870 la producción fue de 1'400,000 toneladas y en 1900 de 7'500,000. Por último en Francia que en 1870 tuvo una producción de 1'200,000 toneladas, no obstante sus condiciones naturales poco propicias para el desarrollo de la metalúrgica del hie-

rro, en 1900 realizó un progreso apreciable consistente en una producción de 2'700,000 toneladas. Es, puede decirse, las décadas que van del 870 al 900, el período del triunfo del hierro y del acero. La producción de carbón, indispensable para el mundo industrial, también se desarrolla considerablemente. Se pueden citar como ejemplos los de Inglaterra y Francia. En Inglaterra en la década de 861 a 870 se calcula la producción media anual en 97'000,000 de toneladas de carbón, y en la década de 891 a 900 en 195'000,000 de toneladas. Por lo tanto, un aumento de más de cien por ciento. En Francia ocurre en pocos años un aumento de algo más de un cien por ciento: en 1872 se producen 16'000,000 de toneladas y en 1900 33'000,000.

Los adelantos de la química revolucionan las industrias de pieles y las industrias textiles. Los adelantos en la química hacen que la técnica marche a grandes pasos, y los adelantos de la biología se aplican a la agricultura y a la industria ganadera y se consiguen prodigiosos resultados. Los inventos, las experiencias audaces, las innovaciones técnicas se suceden con una celeridad sin precedente.

En el año de 1861, según Adolfo Weber, el alemán Felipe Reis inventa el teléfono. Según otras fuentes el inventor del teléfono fue el norteamericano Bell que Edison perfeccionó en 1877. En 1867 Siemens inventa el principio dínamo-eléctrico. Hasta entonces la energía se producía por métodos químicos. En 1877 se experimenta con éxito completo el primer ferrocarril eléctrico en la exposición industrial de Berlín. En 1880 se descubre por Edison la luz eléctrica. En 1887 Hertz comprueba la existencia de ondas eléctricas en el espacio. En 1890 se construye el primer automóvil. En 1900 apenas se habían construido en los Estados Unidos 3,700 automóviles. El automóvil realiza una verdadera revolución en la industria del transporte. En 1891 se efectúa la primera transmisión de energía eléctrica en la exposición de Francfort. En 1896 Lilienthal, precursor de la aviación, perece en uno de sus ensayos; y el siglo XIX se cierra con el invento de Marconi que utiliza las ondas eléctricas del espacio para fines telegráficos, haciendo la primera aplicación técnica en 1900. En 1859 Edwin L. Drake perfora el primer pozo de petróleo en Pensilvania, EE.UU., obteniendo una producción de 25 barriles diarios por medio de bombeo. En 1873 se produjeron en todo el globo 71 millones de barriles, en 1895, 102 millones.

Pero debemos preguntarnos, debemos insistentemente preguntarnos si estas maravillas de la ciencia, si estas maravillas de la técnica, realizadas desde fines del siglo XVIII y acrecentadas enormemente durante la última mitad del siglo XIX, debemos preguntarnos, repetimos, si todas estas maravillas contribuyeron para hacer más

dichosos o menos desventurados a los hombres; porque el progreso debe tener por finalidad extender, generalizar la felicidad que es dable conseguir en la tierra entre el mayor número posible de habitantes. El progreso consiste en gran medida en la utilización de las fuerzas naturales en provecho del hombre, no en provecho de unos cuantos hombres sino en provecho de todos los seres humanos. La civilización consiste en la armonía entre el hombre y la naturaleza; pero no solamente en esto, sino también en la armonía de los hombres entre sí y desgraciadamente no se alcanzó esta meta con el progreso científico y tecnológico.

El régimen capitalista en ascenso, de vez en cuando, o mejor dicho muy frecuentemente como antes lo apuntamos, sufre serios tropiezos y tiene períodos de declinación.

Por otra parte, el proletariado lentamente se va organizando. La lucha se acentúa y luchando es como el proletariado va arrancando una a una, penosamente, unas cuantas conquistas a la clase dominante. El proletariado que combate por mejorar un poco sus condiciones de vida, por el derecho a organizarse, por el derecho de huelga, por una jornada de trabajo menos larga perturba también la paz de la burguesía. A veces invocando la paz y el orden, la paz y el orden de la burguesía, no el orden y la paz de todos los habitantes de un país, no el orden y la paz de los pobres porque no tiene paz ni orden quien carece de lo estricto. La burguesía, por medio de los órganos gubernamentales acalla con la fuerza de los ejércitos las justas protestas y aspiraciones de la clase explotada.

El aprovechamiento de la fuerza eléctrica es uno de los acontecimientos más trascendentales en la segunda mitad del siglo XIX. Rápidamente se electrifican los países industriales más avanzados.

La máquina sigue ganando terreno en todas las industrias, lo mismo en la industria pesada que en la industria ligera. lo mismo en la industria que produce máquinas, bienes de producción, que en la industria que produce artículos de consumo. A manera de ejemplo se puede citar el caso de la industria de hilados y tejidos. En el año de 1873 había en Francia 6,000 telares mecánicos y 110,000 manuales; en 1903 había 38,000 telares mecánicos y 50,000 manuales. El caso de Alemania es todavía más claro. En el año de 1890 había 5,400 telares mecánicos y 22,500 manuales. Once años después había 9,900 telares mecánicos y solamente 2,700 telares manuales. Alemania inicia un poco tarde su proceso de industrialización. Sin embargo, en cincuenta años, un país que iba a la retaguardia, muy a la retaguardia de Inglaterra y de Francia se convierte en una nación peligrosamente competidora.

A medida que el siglo avanza, avanza la concentración industrial, la competencia destruye a los industriales rutineros y menos activos. Y cada vez quedan las principales industrias en menor número de propietarios. Aparece en el siglo XIX y se afirma durante el último tercio la gran unidad económica, la gran unidad económica que produce en gran escala, que al producir en gran escala aprovecha numerosos subproductos, evita el desperdicio de materiales y perfecciona en forma no soñada por tres generaciones atrás la división del trabajo; y de esta manera aumenta enormemente la productividad, aumenta en consecuencia la ganancia del accionista. El propietario que maneja su empresa directamente y que está en contacto directo con sus trabajadores va también desapareciendo rápidamente; el capital es absorbido por accionistas y la empresa es manejada por representantes de esos accionistas, por un administrador o gerente; desaparece el contacto directo entre el trabajador y el capitalista y así resulta que los trabajadores ignoran quiénes son —lo ignoran muchas veces— los propietarios de la empresa en que están produciendo plusvalía y más plusvalía con el aumento de la producción y de la productividad.

El progreso de la técnica, el progreso en la organización de las empresas, la producción en gran escala, el ahorro en los materiales que antes se desperdiciaba para producir productos nuevos, el aumento de la productividad, la creación de plusvalía, todo ello no beneficia al trabajador, beneficia al empresario. El trabajador tiene un salario, un salario que nominalmente en la última mitad del siglo XIX se eleva en algunas industrias y baja en otras. El salario real se eleva en Europa y Estados Unidos —no en todas partes— tratándose solamente de los obreros calificados. El salario real del obrero no calificado sigue basándose en el mínimo de subsistencias necesarias para el trabajador, para su mujer y sus hijos. Esto en el mejor de los casos pues frecuentemente, para no morir de hambre, se ven obligados a ir a la fábrica la mujer y los hijos del trabajador. Continúa funcionando la Ley de Bronce de Fernando Lassalle.

Las grandes empresas, como ya se ha repetido varias veces en este ensayo, necesitan mercados para vender sus productos y países subdesarrollados donde obtener materias primas; y para conseguir estos objetivos se inicia la penetración de las grandes naciones como Francia, Inglaterra y Estados Unidos, en los territorios de América Latina, Asia y África. Cada una de estas grandes naciones no se detiene ante ningún obstáculo para aumentar la esfera de influencia en aquellos territorios. Hay una competencia entre las grandes naciones capitalistas para allegarse colonias productivas fácilmente explotables.

La población sigue creciendo en la mayoría de los grandes países pero particularmente en los Estados Unidos, porque hay una corriente constante de migración de Europa hacia América. Los Estados Unidos en 1850 tenían 23 millones de habitantes, en 1880, 50 millones y 76 millones en 1900. Los Estados Unidos en cincuenta años logran más que triplicar su población. En Alemania en 1871 su población era de 41 millones y en 1890 de 49 millones. En Francia, donde la población siempre ha crecido con lentitud, en 1876 era de 36'900.000 y 20 años después de 38'500,000.

El comercio, lógicamente, se desenvuelve con rapidez. En 1869 se abre al tráfico internacional el canal de Suez. El ministro Disraeli adquiere las acciones, en manos de Francia en buena parte, por un puñado de libras esterlinas. Inglaterra se hace dueña de esa vía que reduce en una tercera parte el tiempo del viaje entre Europa y la India, asegurando así Inglaterra su influencia y acrecentándola a partir de entonces en el Asia y en África oriental.

Se ha dicho que los grandes países industriales se preocuparon por importar materias primas de los países subdesarrollados. Este hecho se comprueba con los datos siguientes: la importación de materias primas en millones de libras a la Gran Bretaña fue en 1892 de 127 y en 1902 de 158. En Francia de 92 millones de libras en 1892 y de 112 en 1902, y en Alemania de 83 millones en 1892 a 123 millones en 1902. También se ha dicho que las grandes potencias al mismo tiempo que importan materias primas de lugares lejanos exportan artículos manufacturados. Como ejemplo puede citarse el de Inglaterra: en 1851 la exportación inglesa era de 74 millones de libras esterlinas, en 1870 de 200 millones, en 1887 de 222 millones y en 1900 de 291 millones. En cincuenta años cuadruplica Inglaterra sus ventas de mercancías acabadas al exterior, cosa extraordinaria si se recuerda la evolución del comercio exterior inglés en el siglo XVII o durante la primera mitad del siglo XVIII.

Alemania evoluciona cada vez más rápidamente en el campo de la economía. Hace esfuerzos extraordinarios para convertirse en gran potencia y lo logra con asombrosa rapidez. Su marina mercante que en el año de 1870 apenas tenía un tonelaje de 100,000 en el año de 1900, apenas treinta años más tarde, se había elevado a un millón trescientos cuarenta y ocho mil toneladas. Se están sembrando en la lucha por el dominio del mundo los gérmenes de la guerra entre las grandes potencias.

Los ferrocarriles contribuyen a fomentar la economía. En Francia que en 1860 había 10,000 kilómetros de vías férreas en 1890 llegaban a 40,000. Francia acelera su construcción de ferrocarriles a partir de 1870, porque en parte atribuye la derrota que entonces le

infringió Alemania a que ésta tuvo más bien organizados sus ferrocarriles y pudo movilizar mejor sus ejércitos. En los Estados Unidos que en 1864 no había construidas sino únicamente 29,000 millas, en 1890 contaba con una red de 360,000 millas ocupando desde entonces el primer lugar, con diferencia enorme a su favor entre todos los países de la tierra. En 1910 Inglaterra tenía 38,000 kilómetros y Alemania 61,000. Alemania es el único país del mundo en que poco antes de la guerra había adquirido su Gobierno en propiedad los ferrocarriles. En las demás naciones continuaron siendo propiedad privada.

El Banco de Francia tenía en circulación en 1857, 476 millones de francos; en 1890 tres mil millones. El Banco de Inglaterra tenía en 1850 una cartera de 275 millones de francos, en 1900 su cartera se había elevado a 737 millones. La circulación del mismo banco era en 1850 de 485 millones de francos y en 1900 de 730 millones, y sus cuentas corrientes en 1850 de 440 millones y en 1900 de 1,247.

Con respecto a lo que se dijo hace breves momentos en cuanto a que el propietario directo va desapareciendo y lo substituyen las sociedades por acciones, es conveniente presentar los datos que siguen: en 1887 había en Alemania 2,100 compañías por acciones con un capital de 244 millones de libras esterlinas, en 1912 5,400 con un capital de 857 millones. El fenómeno no fue privativo de Alemania, fue un fenómeno general. En el Reino Unido en 1850 no existían sociedades por acciones. En 1870 habían 595, en 1898, 4,650.

Y se presenta un fenómeno enteramente nuevo en la última década del siglo pasado en la economía de los grandes países. Hasta entonces no habían sido las grandes potencias sino exportadoras de mercancías; mas al aumentarse la capitalización interna de esas grandes potencias, cuando resulta ya poco remunerador hacer nuevas inversiones dentro de los propios países, porque hay una especie de saturación, entonces se inicia el fenómeno nuevo a que se alude: se exportan no sólo mercancías sino capitales. Aparece el imperialismo financiero. Los capitales se exportan para invertirse en los países coloniales o semicoloniales a fin de obtener mayores rendimientos.

DE DIEGO Y ALBIZU CAMPOS*

Por *Manuel MALDONADO DENIS*

Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos y sienten con entrañas de Nación y de humanidad.

MARTÍ

Señoras y Señores:

Nos reunimos aquí una vez más con el propósito de honrar la memoria del patriota puertorriqueño José de Diego y en una ocasión tan memorable para todos los que defendemos la causa del patriotismo puertorriqueño como lo es el natalicio del ilustre agudillano no podemos menos que recordar el hecho de que estas efemérides que cada día adquieren más relieve e importancia ante los ojos de nuestro pueblo han sido en gran medida el resultado de la gestión que en tal sentido realizara en vida otro de los ilustres patriotas puertorriqueños de este siglo cuya muerte lamentaremos cuando se cumpla el 21 de abril próximo el quinto aniversario de su muerte: Pedro Albizu Campos. Tal vez no haya habido en la historia del Puerto Rico de este siglo un patriota con tan agudo sentido histórico como Pedro Albizu Campos. De ahí que el honrar al prócer agudillano en su natalicio fuese establecido como una práctica del Partido Nacionalista, pues el Maestro Nacionalista sabía que los pueblos se forjan en el engarce vital con su pasado y mediante la identificación con aquellos símbolos que plantean, mediante su vigencia, la esencial continuidad de los anhelos libertarios de la Patria. De ahí que él promoviese la peregrinación anual hasta la tumba de De Diego, y que contribuyese mediante su ejemplo viviente a la continuidad del esfuerzo libertador del gran agudillano. De estas pere-

* Conferencia pronunciada el 16 de abril de 1970 en el Ateneo Puertorriqueño, con motivo del 1,030 aniversario del natalicio del prócer puertorriqueño José de Diego y Martínez.

grinaciones merecen tal vez destacarse dos: una porque ilustra el compromiso radical de Albizu Campos con la independencia de Puerto Rico, y otra porque muestra cómo el régimen colonial, al sentirse amenazado, no vacila en suprimir hasta las efemérides nacionales si así lo requieren las necesidades del colonialismo.

La primera instancia nos la narra Don Ramón Medina Ramírez. Es el 16 de abril de 1925 y se efectúa en la Plaza Baldorioty de San Juan un acto en conmemoración del Natalicio de De Diego. Era costumbre hasta aquel entonces adornar la tribuna del Partido Nacionalista con unas cuantas banderitas norteamericanas alrededor de la baranda. El orador anterior a Albizu Campos había saludado la bandera estadounidense "por tratarse de la bandera de un pueblo libre". Cuando Albizu Campos sube a la tribuna arranca las banderitas norteamericanas una por una y luego dice: "¡Bandera de los Estados Unidos, yo no te saludo! Porque aunque sea cierto que tú eres el símbolo de una patria libre y soberana en Puerto Rico representas la piratería y el pillaje". Y así en aquella memorable ocasión hace hoy exactamente 45 años la bandera norteamericana fue erradicada de todo acto nacionalista, tradición que hoy han hecho suya todos los grupos patrióticos de Puerto Rico. La otra ocasión que merece recordarse en este día es aquella en que se conmemoraba el Natalicio de De Diego en 1937. Hagamos un poco de memoria. El Domingo de Ramos de 1937 la policía colonial había masacrado una manifestación pacífica de los Nacionalistas en apoyo de los presos políticos. Ante la indignación que la enormidad del hecho genera en vastos sectores de nuestra población el Gobernador Winship—autor intelectual y moral de la Masacre—prohíbe la celebración del día de De Diego. Un enorme despliegue de fuerza impide a los patriotas puertorriqueños el acceso a la tumba del prócer. ¡Poderoso muerto aquel que con su recuerdo viviente llenaba de iracundia a quienes no podían matar la causa por él representada!

Para Albizu Campos, De Diego era el símbolo de la defensa de la nacionalidad asediada, el luchador antimperialista, el fervoroso prócer Antillano. Su lucha entroncaba con la de Ruiz Belvis, Betances y Hostos. Se sentía por lo tanto como el continuador esencial de la obra inconclusa iniciada por De Diego. Y es así como debe verse la relación entre estos dos hombres de profunda firmeza patriótica que lograron—en los respectivos momentos históricos que les tocó vivir—impartir nuevos bríos a la causa de la independencia patria a través del rescate de nuestros valores materiales y espirituales enajenados al poder colonial. Si bien es cierto que el uno fue reformista y el otro revolucionario, no debemos olvidar, ni que les tocó vivir dos momentos distintos en el desarrollo de la lucha inde-

pendentista, ni que ambos, al percatarse de la verdadera naturaleza de la opresión colonial que nos sometía, se movieron desde posiciones moderadas hasta aquellas de un mayor radicalismo.

Es imperioso enfocar a los personajes históricos dentro del contexto de la época que les tocó vivir. Sólo así podremos emitir un juicio histórico con algunos visos de validez. Hagamos lo propio con De Diego y Albizu Campos.

Recordemos primero que nada al De Diego autonomista de la época decimonónica y —¿por qué no?— al De Diego anexionista de los primeros años de dominación norteamericana. Pasemos revista someramente a esos primeros años de este siglo que recorren el lapso desde la ocupación militar estadounidense de 1898 hasta que se funda el Partido Unión de Puerto Rico en 1904. Betances ha muerto. Hostos, decepcionado ante el panorama puertorriqueño de aquel momento, decide exilarse voluntariamente en la República Dominicana, donde aún descansan sus restos desde 1903. La Sección Puerto Rico del Partido Revolucionario Cubano se había disuelto para todo propósito práctico luego de que, una vez muerto Martí, dicha Sección había caído en manos de los anexionistas boricuas. El panorama no podía ser más sombrío. El anexionismo colaboracionista, representado por Barbosa se sentaba a disfrutar de los despojos del poder colonial mientras que Muñoz Rivera adoptaba su familiar figura camaleónica. Al filo del 1904 el Partido Unión de Puerto Rico es la agrupación política alrededor de la cual se aglutinarán las fuerzas puertorriqueñas. Pero se pretende descartar a la independencia de la Base Quinta de la Unión. De Diego comparece ante la famosa Asamblea del Olimpo y hace valer nuestro derecho inalienable a ser libres. Desde aquel momento en adelante representa —frente al oportunismo Muñocista— la voluntad de independencia del pueblo puertorriqueño. Los acontecimientos posteriores en la colonia servirán para confirmar a De Diego a su postura anti-colonialista, aun cuando su propia condición de político que debe funcionar dentro del marco colonial habría de extraerle algunas pasajeras concesiones.

Las relaciones entre el gobernador colonial y la Cámara de Delegados —presidida por De Diego— hace crisis en 1909 cuando la Cámara recesa sin haber aprobado el presupuesto por el año fiscal vigente. Era una forma de resistencia frente a la opresión, manifestada en este caso a través de la facultad que legalmente se hallaba en manos de la Cámara de Delegados en cuanto a la aprobación del presupuesto. Los anexionistas, como era natural, armaron gran revuelo. A sugerencia del Presidente Taft el Congreso estadounidense aprueba la Ley Olmstead. Esta proveía para que cuando la Cá-

mara no aprobase el presupuesto del año vigente quedaría en vigor el aprobado el año anterior. Era ésta una muestra palpable de la condición colonial que padecía nuestra Patria, puesto que su único cuerpo representativo resultaba burlado mediante un decreto emanado desde Washington. Pero la cosa fue aún más lejos. Al insulto de la aprobación del proyecto Olmstead añade el Presidente Taft una injuria adicional para los puertorriqueños al afirmar:

Al afrontar nosotros, con el consentimiento del pueblo de Puerto Rico, la tutela y el encauzamiento de sus destinos, debemos de tener en cuenta que no era de esperarse que un pueblo al cual se le habían facilitado tan pocas oportunidades para educarse, pudiera, con seguridad, ejercer el pleno dominio del gobierno propio, y la presente contingencia es sólo indicación de que hemos procedido con demasiada rapidez en la concesión a los puertorriqueños, para su propia conveniencia, del gobierno propio.

En este momento de humillación colectiva se hacían sentir las voces de protesta de Rosendo Matienzo Cintrón y de José de Diego. Es un indicio de que ambos próceres estaban captando con claridad los verdaderos designios de la nación que nos regentaba. Continúa la lucha por lograr que se modifique la ley injusta bajo la cual se mantenía subyugado a nuestro pueblo. Matienzo Cintrón, desilusionado con la politiquería colonial, abandona el Partido Unión y funda el Partido de la Independencia en 1912. De Diego continuará la lucha dentro del Partido Unionista.

Su postura clara e inambigua puede notarse en una de esas tantas conferencias y comisiones que han discutido interminablemente el destino de nuestra Patria a través de su historia colonial y que las generaciones posteriores acertamos a ver lo que son: una grotesca burla similar a aquella que nos hace el pobre actor símbolo de la vida en el Macbeth de Shakespeare y que a la larga resulta ser nada menos que:

like a tale told by an idiot,
full of sound and fury
signifying nothing.

Así resultó la Conferencia de Lake Mohonk, Michigan, celebrada en 1910: otro cuento más contado por un idiota que nada significa no empecé el estrépito y la furia. No obstante, resulta significativo porque es una de las primeras —si no la primera— celebrada con el propósito de "estudiar" la situación puertorriqueña y

"escuchar" a sus líderes más prominentes. Comparecen allí, entre otros, De Diego y Muñoz Rivera. Ningún momento mejor que aquel para captar el zigzaguo Muñocista frente a la posición clara y precisa del prócer aguadillano. Para Muñoz Rivera:

Nuestro problema tiene tres soluciones: la proclamación de Estado, que confundirá a nosotros con ustedes en la vida nacional; la concesión de gobierno propio (home rule), que unirá a nosotros con ustedes con un lazo sentimental de gratitud, y que sería el verdadero nexo para el intercambio de productos comerciales; y la concesión de la independencia, por ley del Congreso, que nos haría únicos dueños de nuestro destino. De estas tres soluciones, nosotros preferiríamos la primera; proponemos la segunda, y nos reservamos la tercera como el último refugio de nuestro derecho y nuestro honor.

Mientras que para De Diego:

Pensar en una fórmula ambigua, intermedia, de un gobierno propio para Puerto Rico bajo la soberanía de los Estados Unidos, sin finalidad de Estado, organizando un régimen como el de Canadá o Australia, sería pretender introducir en la Constitución americana un elemento exótico, contrario a su espíritu. Así, pues, quedan dos soluciones: Puerto Rico, Estado de la Unión; Puerto Rico, Estado independiente. El ingreso de nuestra isla en vuestra hermandad de estados, hablemos franca y lealmente, es imposible; ni vosotros ni nosotros lo deseamos, ni lo creemos. Cerrado el camino hacia vuestra Federación, queda única y exclusivamente, como decisión del problema, el reconocimiento explícito de la República de Puerto Rico, bajo el protectorado de los Estados Unidos.

Dentro del Partido Unión, Muñoz Rivera, que exteriormente se declara partidario de la independencia, pretende sin embargo ahogar la voz de ésta cuando la ocasión política es propicia para un cambio de táctica. Al igual que en el siglo XIX, cuando maniobra hábilmente para hacer el Pacto con Sagasta, Muñoz habrá de buscar el acomodo, el "modus vivendi" que le permita aferrarse al poder mientras coquetea de una parte con los independentistas, de otra con los autonomistas y siempre con los imperialistas.

Todas estas gestiones de carácter reformista conducen hacia el Proyecto Jones, presentado en el Congreso estadounidense en 1912 y aprobado finalmente por dicho cuerpo en 1917. En vista de que se hablaba de imponer la ciudadanía norteamericana a los puertorriqueños bajo la disposición de dicho proyecto, De Diego logra que

la Asamblea General de la Unión, reunida el 22 de noviembre de 1913, apruebe sin enmienda la siguiente resolución:

I. El Pueblo de Puerto Rico se encuentra sometido a un régimen de gobierno decretado por el Congreso de los Estados Unidos, a consecuencia de un tratado internacional y por la fuerza de una ley, donde el Pueblo de Puerto Rico fue injustamente privado de toda intervención, en cuestiones que atañen a su vida, a su dignidad y a su libertad. Tal régimen, que impone al Pueblo de Puerto Rico legisladores nombrados por el Presidente de los Estados Unidos, y en manos de personas extrañas al país todos los Departamentos ejecutivos, que excluye a los insulares del manejo de los fondos públicos y que atribuye a los dominadores un poder omnímodo en todas las ramas de la administración, es indigno de las instituciones del pueblo americano y de la capacidad y el honor del pueblo puertorriqueño. La Unión de Puerto Rico consigna su más alta y vigorosa protesta contra el sistema imperante y enérgicamente demanda remedio y justicia al pueblo de los Estados Unidos, para emanciparnos de una oligarquía que en su nombre se ejerce y que su espíritu rechaza.

II. Declaramos que el ideal supremo de la Unión, como el de todas las colectividades fuertes y como el de todos los hombres libres, a través del mundo, es la fundación de una patria libre, dueña en absoluto de su propia soberanía, para el presente y para el futuro. Dentro de esta finalidad, la Unión de Puerto Rico proclama la constitución de Puerto Rico como una República por completo independiente, o con el protectorado y la amistad de la República angloamericana.

III. Reafirmando ese ideal con profunda energía, consideramos que, en tanto las circunstancias permitan al país alcanzar el desiderátum de su propia y completa soberanía, la Unión faltaría a sus más altos deberes patrióticos, si consagrándose exclusivamente a la defensa de aquélla, descuidara o abandonara la lucha por otras soluciones transitorias que reconozcan a la Isla un sistema de gobierno autonómico con plena potestad para regir sus relaciones jurídicas de orden interior, mediante una concurrente intervención del Gobierno de los Estados Unidos.

Creo que debemos pausar aquí para indicar algo que sin duda estará bullendo en la mente del que lo escuche. Efectivamente De Diego está dispuesto a aceptar una forma de protectorado para Puerto Rico. Ello es concorde con su visión respecto a los Estados Unidos como el país portaestandarte de la democracia en el mundo. No olvidemos que a partir del 1912 tendremos al "New Freedom" Wilsoniano como la retórica predominante. Son los Demócratas, no

los Republicanos, quienes ocupan en ese momento el poder en Washington. La retórica ha cambiado. Wilson anda proclamando que es necesario "to make the world safe for democracy", razón por la cual enviaría durante su incumbencia una expedición Yanki a invadir a México. ¡Era necesario que los mexicanos aprendieran las lecciones de la democracia! Si a Albizu Campos le toca vivir el "New Deal" y el "Good neighbor Policy", a De Diego le toca la época del "Dollar Diplomacy" del "Big Stick" y de "The New Freedom". Nos resulta difícil pensar que un hombre de su inteligencia fuese ingenuo. De hecho sus últimos escritos ilustran su postura de alerta frente a los designios expansionistas de los Estados Unidos. Es, quizá, su posición como hombre público lo que en ocasiones le lleva a hacer las siguientes aseveraciones, frutos, a mi juicio, de la lógica misma de la situación cuando hay que luchar "contra el régimen dentro del régimen" desde un punto clave en la legislatura colonial. Creo que esta misma situación puede dar margen a dos reacciones tan disímiles respecto a la cuestión de la ciudadanía norteamericana como las siguientes: la una conciliadora, la otra rebelde. He aquí la conciliadora:

Si el decreto de la ciudadanía no había sido compulsorio, ni los renunciantes despojados de sus derechos políticos, incapacitados para ser electores y elegibles en el país de su nacimiento, yo me hubiera refugiado al calor maternal de mi propia ciudadanía; mas, siendo así, yo no podía abandonar estos grandes instrumentos de trabajo, estas virtuosas armas de lucha, que se derivan del voto popular, para el desarrollo de la actividad en la vida pública, y necesitaba la ciudadanía de los Estados Unidos para clamar y combatir por el restablecimiento de la ciudadanía de Puerto Rico, por la creación de nuestra República, para decir, como digo ahora en esta Cámara, que no me injuria y me enorgullece la ciudadanía de los Estados Unidos, que me glorio de pertenecer a una de las Naciones más libres y poderosas del Planeta, pero que no hay para mí otro amor que el de mi nativa Patria, que ser ciudadano de Puerto Rico es alcanzar la cúspide de la entelequia puertorriqueña y, por último y en resumen, que yo, ciudadano de los Estados Unidos con perfecta fidelidad a los Estados Unidos y por su constitución que me ampara, estoy en el seno de otra Nación para volver al seno de la mía, para llevar al pueblo americano y por los ámbitos del mundo las clamantes demandas emancipadoras del pueblo puertorriqueño.

Pero volviendo por sus fueros de rebeldía puertorriqueña, clamará el prócer:

Si hemos de proclamar en nuestro programa político la solución reudentora, y conducir a nuestro pueblo en la santa empresa, es mejor y más oportuno hacerlo antes de las reformas ofrecidas, para que nadie se llame a engaño, para evitar que en el nuevo Bill de reformas, como en todos los anteriores, la declaración de la ciudadanía americana destruya el primordial elemento de nuestra aspiración a la Independencia, que es nuestra propia ciudadanía.

Si aguardamos el intento, y si el intento se cumpliera, sin haberlo nosotros impedido con la valiente proclamación de nuestro ideal; si fuéramos declarados ciudadanos de los Estados Unidos podríamos siempre reclamar nuestra Independencia, como lo hicieron los Estados Unidos del Sur, pero no con memoriales y peticiones sino con fusiles y espadas.

Como se notará, De Diego acepta la ciudadanía norteamericana porque considera que no existe otra alternativa a su aceptación excepto la revolución. De hecho antes de que se apruebe dicha ley le escuchamos en un sonoro "canto de rebeldía" donde declara:

No es verdad, como dijeron nuestros adversarios, y por sus falsas referencias nuestros aliados, que hayamos requerido inmediatas violencias, en armadas rebeldías. Expresamos clara y serenamente que reclamaríamos nuestra libertad, en el ejercicio pacífico de un derecho inalienable, en la reposada lucha de las ideas, y expresamos también nuestra fe en la democracia, nuestro confinamiento en la tradición, en la historia, en la misión y tendencia de la gran República madre y fundadora de la libertad en América.

Dijimos, cierto, que si por una fatalidad de la suerte, por una maldición del Imperialismo, caíamos de la gloria de la esperanza al abismo de la desesperación, si nos viéramos desdeñados y oprimidos dura y largamente, sin que ningún otro remedio que el de la muerte se ofreciera a nuestra liberación, moriríamos trágicamente, dulcemente, vertiendo en la amada tierra la sangre de nuestro corazón, como hemos vertido tantas veces el llanto de nuestros ojos.

No se puede conmover, sin estar conmovido y la pasión es la más potente propulsora de las doctrinas. Levantar el sentimiento nacional en un pueblo sin nacionalidad, promover la lucha por la emancipación en un pueblo siempre sometido, no es posible con la fría exposición de los principios, como en una cátedra sociológica o jurídica.

Y luego refiriéndose al "Bill Jones" como un "nuevo proyecto imperialista" escribirá:

El título de este proyecto es: "Para proveer un gobierno civil a Puerto Rico y para otros fines", y, en realidad, debiera titularse "Para remachar un gobierno despótico a Puerto Rico y para ningún otro fin". Ahora sólo quiero añadir que la dignidad y la libertad de los puertorriqueños son incompatibles con la aceptación de esa ciudadanía (la americana), que no es aquella fulgente de las chispas del pensamiento y de la espada de Jorge Washington, sino la ultrajante ironía que intenta reducir, con el palo y con el pan, como a los perros, la libre determinación y la libre protesta de un pueblo sin caudillos, sin armas, sin aliados, en la soledad de los mares.

No aceptamos la ciudadanía americana. No aceptamos el Bill Jones, hay que lanzarlo a grito herido, sin tolerancia de concepto ni de expresión. Si vienen la ciudadanía y el Bill Jones, que sea por la fuerza y cada cual hará lo que le dicte su patriotismo y su decoro.

Estoy violentando mi estilo para decir las cosas en crudo, rudamente, como se rechaza una agresión brutal. . .

Pero, en cuanto al Bill Jones, ni imágenes, ni figuras, ni retóricas, ni preciosismos, sino que lo parta un rayo.

No obstante las protestas de De Diego la ciudadanía norteamericana le es impuesta a los puertorriqueños. En esa determinación tuvo mucho que ver Muñoz Rivera que, con su capacidad proverbial para el equívoco, decía ahora una cosa y más tarde lo opuesto, siempre que ello redundara en su beneficio político. De hecho Muñoz Rivera había impuesto al Partido Unión en 1914, la conocida "regla del candado", prohibiendo a sus miembros pronunciarse públicamente en favor de la independencia. Buscaba de esta manera apaciguar la opinión del Congreso norteamericano y preparar el camino para que se nos hiciese ciudadanos de los Estados Unidos. De nada valieron los esfuerzos de De Diego en sentido contrario. No debe extrañarnos, por lo tanto, que el manto de Muñoz recayera sobre alguien más afín a su pensamiento como Barceló que a un hombre de la postura claramente independentista representado por el prócer de Aguadilla.

De Diego morirá poco tiempo después que Muñoz Rivera. Simbilinamente había previsto aquél las fatales consecuencias que la imposición de la ciudadanía norteamericana podría tener para los puertorriqueños. Consciente se hallaba de lo que podría significar para este pueblo toda fórmula transitoria y mediatizadora que, como la autonomía, dejase el destino puertorriqueño en la incertidumbre de su propia condición colonial. Rechazaba por consiguiente tanto la autonomía como la anexión. Sólo la independencia, a juicio

suyo, podía salvar al pueblo puertorriqueño de su desaparición como nacionalidad. No puede haber libertad sin independencia porque:

La Independencia, la soberanía, es la libertad matriz y primaria de los pueblos: la soberanía es la fuente de todos los derechos; la independencia colectiva puede generar en verdad, todos los despotismos; pero también todas las libertades, en tanto que todas las libertades secundarias no pueden generar la superior unidad de la soberanía nacional, que es la creadora, y todas las otras libertades son como criaturas de ella emanadas e incapaces de suprema creación.

Su ideal era el de la federación antillana, la misma que había concebido Martí al pedir que nuestras Antillas hicieran a sangre y a cariño lo que lograba bajo los mares la cordillera de fuego andino. De ahí que conciba el destino de Puerto Rico como algo inextricablemente vinculado al de los demás países hispanoamericanos. En vena auténticamente hispanoamericanista nos dice De Diego:

Paladín de una raza, y de una raza como la nuestra, sin serlo al par de la independiente soberanía de los pueblos que la constituyen, defender el idioma, las tradiciones, la fe, los elementos étnicos y sociales, cuanto concurre a la integración de la existencia y al desenvolvimiento del ideal de un grupo histórico de pueblos de un mismo origen, sin sostener al propio tiempo la independencia nacional y la confederación política o la hermandad espiritual de todos y cada uno de los pueblos sociales, sería un absurdo tan grande como luchar por el género sin la especie o sin la libertad por el decoro de la vida.

Pero tal vez ninguna otra frase sea capaz de tener para la juventud contemporánea puertorriqueña un sentido más tonante que aquella pronunciada por el prócer al clausurar el curso de 1914-15 en el Instituto Universitario José de Diego al afirmar: "Libertaos los unos a los otros".

"Libertaos los unos a los otros". Cuando muerto De Diego la Unión inicia una nueva era en el ejercicio del poder colonial —la que se inicia bajo la nueva Ley Jones— la frase De Dieguista cae en oídos sordos. Ya no está allí su imponente figura, su voz tonante, su pluma privilegiada. La independencia ha perdido su más vigoroso paladín. Al rescatarla en 1904 del olvido permanente en que querían sumirla algunos sectores del Unionismo proclive a los Estados Unidos, De Diego habrá realizado la enorme proeza histórica de mantener al ideal vivo y vigoroso dentro de la más importante y poderosa colectividad política de Puerto Rico. No estamos exa-

gerando al afirmar que el prócer aguadillano lo eleva, lo mantiene pujante ante nuestro pueblo y ante el mundo.

Pero en la nueva era que comienza al filo de la década del veinte importantes transformaciones ocurrirán tendentes a relegar su obra magna al más ignominioso de los olvidos. Será ahora objeto de museo su obra, motivo de homenaje formal su figura, pero el ideal al cual había dedicado su vida sería eliminado de la Base Quinta del Partido Unión en 1921. En su lugar se pondrá una nueva creación llamada "Pueblo Asociado de Puerto Rico". Quedaba así deshecho su esfuerzo monumental de la Asamblea de Miramar. Habían triunfado en su muerte las fuerzas que él había derrotado decisivamente durante su vida. Ya se acercaba, además, el golpe mediante el cual Barceló y Tous Soto crearían la Alianza Puertorriqueña. Corre el decenio del veinte. Un grupo de disidentes de la política acomodaticia de Barceló funda el Partido Nacionalista de Puerto Rico el 17 de septiembre de 1922. El joven abogado ponceño Pedro Albizu Campos, recién graduado de la Universidad de Harvard, decide ingresar al Partido Nacionalista cuando se desilusiona con la posición mediatizadora del Partido Unión frente a los manejos turbios del Gobernador colonial Mont Reilly.

Es imperioso notar en este momento que hasta la fundación del Partido Nacionalista y con la excepción del Partido de la Independencia fundado por Matienzo Cintrón en 1912, la independencia de Puerto Rico había sido siempre una fórmula política más entre las diversas que tradicionalmente se concebían como solución al status político de la isla. El Partido Nacionalista marca un jalón definitivo en sentido contrario, vale decir, es un partido fundado con la independencia como la única solución digna para la liquidación del colonialismo en Puerto Rico. En aquel momento de desmayo de las fuerzas patrióticas en que el más poderoso partido político durante los primeros cinco lustros de nuestra historia abandona el ideario cuyo derrotero fijó De Diego no puede minusvalorarse el significado que para la lucha posterior en pro de nuestra independencia tuvo la fundación del Partido Nacionalista. Al rehusar acatar el autonomismo repetidamente rechazado por De Diego, los fundadores del Partido Nacionalista estaban realmente rescatando del olvido en que pretendían sumir los oportunistas a la figura prócer del maestro aguadillano. Con el ingreso de Albizu Campos el Nacionalismo puertorriqueño tomará un nuevo sesgo radical. Ya hemos visto cómo Albizu Campos —para aquel entonces Vice-Presidente del Partido Nacionalista— toma como ocasión la celebración del natalicio de De Diego en 1925 para insuflarle una tónica más radical al Nacio-

nalismo, tónica que dicho Partido no habría de abandonar de ahí en adelante.

El verdadero rescate de la figura prócer de De Diego y el fortalecimiento de la continuidad histórica de la lucha patriótica será, en aquel momento histórico, la gestión innegable de Pedro Albizu Campos. Siguiendo además los pasos del Aguadillano y emulando las peregrinaciones antillanas de Hostos y Betances, Albizu Campos emprende durante el último lustro de la década del veinte un periplo antillano y latinoamericano que le ubicará —como hubiese podido decir con Hostos— “en mi teatro, en esa América a cuyo porvenir he dedicado el mío”. Este periplo contribuirá a fortalecer en el prócer poncheño su convencimiento —ya expresado desde su famosa entrevista concedida a la revista *Los Quijotes* en 1926— de que el destino de Puerto Rico estaba inextricablemente ligado al de los demás pueblos de nuestra América.

En estas declaraciones puede notarse que Albizu Campos es ya para esa fecha tan temprana uno de los precursores del pensamiento anti-imperialista latinoamericano. Pero tampoco debemos pasar por alto el hecho de que De Diego también lo fue —aunque tal vez no con la contundencia del poncheño. Es natural que así sea. Viven épocas distintas, son productos de una formación intelectual distinta. Como Martí, Albizu Campos conocía desde dentro las entrañas del monstruo. No así De Diego. Y todo ello agravado por el hecho de que siendo mulato y puertorriqueño el prócer nacionalista pudo experimentar en su propia carne el carácter racista de la sociedad norteamericana. Las intervenciones norteamericanas en México, Nicaragua, Haití, Santo Domingo y Cuba se perpetran durante el decenio del veinte, que es además el decenio en que los “gay twenties” llevan al poder a los Republicanos Coolidge y Hoover. Efectivamente, Albizu Campos en el momento de su partida ya ha perdido todas las ilusiones respecto a la disponibilidad del imperio en materia de conceder voluntariamente la independencia a Puerto Rico. Su viaje por las Antillas contribuirá a fortalecer ese convencimiento. Cuando regresa a Puerto Rico al filo de la década del treinta ya es un hombre decidido a jugarse el todo por el todo. Si alguien se llamó a engaño al respecto bastaría con que leyese el juramento solemne pronunciado por los delegados a la Asamblea General del Partido Nacionalista, celebrada en el Ateneo Puertorriqueño el 11 de mayo de 1930: “Juramos aquí solemnemente que defenderemos el ideal nacionalista y que sacrificaremos nuestras haciendas y nuestras vidas si fuere preciso por la independencia de nuestra patria”.

Aquí es forzoso una vez más referirnos al contexto histórico. Como colonia norteamericana Puerto Rico sufriría con singular im-

pacto la crisis del sistema capitalista mundial que anunció la gran depresión de 1929. Poco tiempo más tarde llegará al poder en la metrópoli el Partido Demócrata con Franklin Delano Roosevelt como Presidente. El Nuevo Trato y la Política del Buen Vecino serán los "slogans" de entonces. En Europa el Fascismo y el Nazismo muestran ya su horrible faz. Al proclamarse la República Española la inminencia de la guerra civil se convierte en algo más que una posibilidad. Pronto arropará a toda la península. En Puerto Rico será la disolución de la Alianza Puertorriqueña, el surgimiento del Partido Liberal, el triunfo de la coalición entre anexionistas y socialistas de 1932 a 1940. Es momento de crisis mundial y de crisis nacional. Se estremecen los cimientos del sistema capitalista y sus reverberaciones hacen a muchos mirar hacia el primer país socialista del mundo como la alternativa frente a la catástrofe.

Sólo seis años estará Albizu Campos en las calles de Puerto Rico durante esa década crucial. En esos seis años contribuye como nadie a la creación de la conciencia nacional puertorriqueña y a la gestación de un movimiento revolucionario capaz de poner en jaque al sistema colonial. La respuesta del régimen es la represión escalonada. Cuando es encarcelado en 1937 conjuntamente con todo el alto liderazgo Nacionalista el camino queda expedito para el oportunismo colonial de Muñoz Marín y su subsiguiente traición del ideal independentista. Curiosa coincidencia histórica. De Diego había tenido que luchar contra el oportunismo de Muñoz Rivera y contra los repetidos intentos de éste por mediatizar y diluir la lucha independentista. Albizu Campos se confronta con un problema similar, aunque esta vez se trata del hijo de Muñoz Rivera. Es la eterna lucha entre los patriotas auténticos y los oportunistas de toda laya que presenciamos a lo largo de nuestra historia. Se trata de otro tipo de continuidad histórica; la antagónica a los principios encarnados en las figuras históricas de De Diego y Albizu Campos: la continuidad del colonialismo de la colonización intelectual y moral, de la abyección y el servilismo. Nuestra historia de pueblo es el testimonio de la lucha entre estas dos tendencias y entre los hombres que las han representado: es Baldorioty contra Betances, De Diego contra Muñoz Rivera, Muñoz Marín contra Albizu Campos.

Es un axioma de la ciencia política que cuando un régimen se halla amenazado intensifica su represión contra quienes le amenazan. De Diego desconoce la represión imperialista porque en su momento el régimen se halla firmemente instalado en el poder y no teme a la posibilidad de que pueda realmente lograrse la independencia en Puerto Rico. Albizu Campos sí experimenta la represión en toda su brutal crudeza porque ataca al régimen cuando éste se halla

en un momento de mayor vulnerabilidad y porque, sobre todo, es intransigente e incondicional en sus demandas. Pero debemos preguntarnos: ¿Qué habría sucedido si De Diego en vez de aceptar la decisión sobre la ciudadanía norteamericana se hubiese dedicado a organizar un movimiento rebelde que rechazase de plano la ciudadanía estadounidense y se manifestase por la única ciudadanía digna de nuestro pueblo que era la puertorriqueña? ¿No habría él, acaso, corrido la misma suerte que Albizu Campos? No me cabe la menor duda. Y es que como diría Albizu Campos con motivo de la toma de posesión del Gobernador Gore, "el despotismo no tiene sanción, y se ridiculiza cuando la invoca. El despotismo sólo es respetable cuando habla por boca de sus cañones". Por eso no había otra manera de combatirlo que a través del heroísmo, ya que "la escuela del heroísmo conminará eternamente a la escuela de la fuerza y la aplastará". Se trata desde luego del heroico pitirre en lucha desigual con el guaraguao —símbolo recurrente de la poesía De Dieguista, cobrando concreción en la praxis Albizuista a través de Beauchamp y de Rosado, de Griselio Torresola y de Blanca Canales.

De este siglo tan aciago De Diego apenas vive cuatro lustros. En ese sentido la mayor parte de su vida adulta se desenvuelve en el contexto decimonónico. Su propia formación intelectual así lo demuestra. Es el poeta, el escritor, el orador brillante. Su retórica es la del hombre culto de su época. Es maestro de la lengua española. Albizu Campos es el tribuno, el orador por excelencia. Su estilo es opuesto al de De Diego. Es acerado, breve, macizo, contundente y cortante a la vez. Es además hombre que conoce la sociología, la economía, la historia. Es de una formación distinta —aunque no totalmente disímil— a la de De Diego. Detesta el Maestro Nacionalista la retórica hueca, la frase rimbombante. Va directo al problema. Lo analiza, lo desmenuza. Y luego lanza el reto. Sin ambages. Sin medias tintas. Son dos estilos diferentes movidos por una causa común.

Como observador y partícipe del gran drama de la humanidad en el siglo que vivimos le tocó a Albizu Campos la experiencia extraordinaria de presenciar el comienzo de la liquidación definitiva del sistema colonialista. Pasó casi la mitad de su vida preso por defender la independencia de Puerto Rico. Presenció cual justiciera razón histórica el tránsito de Roosevelt, a Truman, a Eisenhower a Kennedy —sin que nada cambiase realmente en las relaciones entre Puerto Rico y los Estados Unidos. Vivió y sufrió la era del MacCarthysmo, padeció la ley de la Mordaza aprobada por el partido de Muñoz Marín, y murió con un sonoro aldabonazo que daba tes-

timonio al pueblo puertorriqueño de la enorme vigencia de su ideario.

Como De Diego, concebía a la independencia como la libertad matriz de todas las libertades. Entendía también, como el aguadillano, que la ciudadanía norteamericana era una afrenta a la nacionalidad puertorriqueña porque "la extensión de la ciudadanía por un imperio a los naturales de una nación invadida por él es con el propósito deliberado de atomizar su resistencia colectiva. Así se disuelve formalmente la nacionalidad". Coincidió también con De Diego en cuanto al carácter esencial de la nacionalidad puertorriqueña y su vinculación a los pueblos de nuestra América. "La nacionalidad", nos dirá, "no sólo es la unidad étnica, cultural y religiosa de la sociedad humana, sino también la comunidad de sus intereses materiales sobre un territorio determinado, en el cual sus propios hijos sean dueños y señores".

Si De Diego es aún víctima de las nociones prevalecientes en su época respecto a la geopolítica y su condena inapelable para todos los pueblos pequeños, Albizu Campos es el adalid de la descolonización intelectual y moral de todos los pueblos que padecen el colonialismo. Rechaza de plano toda forma de "protectorado" porque ve en el protector al agresor. Escribe: "Nación protegida, Nación agredida por el supuesto protector. Tal es el aforismo de la vida internacional".

Es cierto que, de los dos, Albizu Campos es el revolucionario. Pero todo revolucionario se asienta sobre una tradición. Si De Diego no hubiese mantenido vivo el ideario independentista desde principios de siglo es muy probable que hubiésemos sido tragados bajo la avalancha oportunista del autonomismo y del anexionismo. La tradición libertaria en nuestra Patria se enciende nuevamente luego de un momento efímero de agotamiento y es el prócer de Aguadilla quien la mantiene ardiente. Albizu Campos así lo reconocía. Y de ahí que siempre incluyera a De Diego en el panteón de los grandes patriotas de nuestra historia.

Albizu Campos a su vez levanta la bandera de la libertad patria en la muerte de De Diego y la lleva hasta su más alta cúspide a través de su heroicidad y martirologio. Si la independencia de Puerto Rico se halla hoy más viva y vigorosa que nunca en el pensamiento y en la acción de nuestras juventudes, ello se debe en grado singular al pensamiento y a la acción preclara de estos dos grandes puertorriqueños cuya memoria honramos en el día de hoy. La juventud puertorriqueña entiende con perfecta claridad la sentencia del patricio aguadillano: "Libertaos los unos a los otros". Así como también la máxima del Maestro Nacionalista: "La Patria es valor y sacrificio".

Dimensión Imaginaria

ODA A FUENSANTA Y ELEGIA A LOPEZ VELARDE

Por Raúl LEIVA

Prefacio

ESTOS dos poemas (*Oda a Fuensanta* y *Elegía a López Velarde*) integran un canto en donde un poeta y crítico latinoamericano, Raúl Leiva (nacido en la ciudad de Guatemala), contribuye a la glorificación de las figuras del autor de *Zozobra* y de su amada inmortal, a la vez que exalta la grandeza de esta tierra de México que, al ofrecerle generoso asilo, le ha permitido continuar su obra literaria.

A cincuenta años de su muerte, ocurrida el 19 de junio de 1921, Ramón López Velarde continúa vigente, es decir, es nuestro contemporáneo esencial, y su vida y su obra suscitan estudios y homenajes de parte de escritores nacionales y extranjeros. Eso se debe a que el tiempo, único juez implacable y justiciero, ubica a cada quien en el lugar que le corresponde. Al mexicano universal e insigne, que contribuyó de manera decisiva a la renovación del lenguaje lírico (renovación en profundidad, que no en la superficie), la crítica más enterada le sitúa en un lugar de honor, junto a las voces poéticas más importantes del siglo xx (Vicente Huidobro, Antonio Machado, César Vallejo, Enrique González Martínez, Pablo Neruda, Federico García Lorca, Carlos Pellicer y otros).

El homenaje que otorga la poesía nos parece el más alto y desinteresado de cuantos existen. El poeta, conciencia de su tiempo, cuando lo es de verdad, habla por todos y para todos. López Velarde lo fue de manera singular. Sea, pues, la palabra en llamas de otro poeta quien eche a volar las imágenes en donde Fuensanta y Ramón celebran sus nupcias con la inmortalidad.

ODA A FUENSANTA

I. SOBRE LAS OLAS DE UNOS OJOS VERDES

SOBRE las olas de unos ojos verdes
Regresas a la vida,
Oh respirante, poseído donaire.

Soplo de las brasas fecundas,
Emanación del júbilo,
Medida de la gracia: Fuensanta.

De eternidades monumento,
Corona de los éxtasis,
Música del Tiempo.

Toda de niebla y luz, zócalo de la gloria,
Sobre el silencio acrisolado fulges
Con tu sonrisa devorante.

Los ríos de la música en tu voz,
Ascuá respiradora, paraíso,
Sus melodías lánguidas construyen.

Erecta como un himno,
Cataclismo melódico,
Constelación estremeciente: Fuensanta.

Oh aromática rosa, hermética hermosura,
Que la eficacia de tus esplendores
Su transparencia intacta condecoran
En las sílabas fértiles del canto.

Fuego del holocausto, mensajera
De la sangre hecha ritmo, Poesía.
Desposada del vértigo
Sobre la maravilla de las horas.

Desnuda llama, frenesí radiante,
El poema te fija y acoraza.
Canto que se hace alondra de la Noche,
Palabra que es el júbilo del Día.

Eres la patria del poeta,
Su latido más íntimo.

II. EN EL TIEMPO ANEGADA, FUENSANTA

EN el Tiempo anegada, Fuensanta,
Eres fuga de alas, emanación solar.

Pájaro de lo real, lánguida hermosura,
Alma de los asombros, grano sustentador.

Sibila imponderable,
Abate sobre nuestros labios tu desnudez.

Con reflejos incólumes
Tu cuajado esplendor gobierna nuestros pasos.

Tus latidos sonámbulos
Se escuchan sobre los siglos y los hombres.

Raíz, sangre de México,
En tu moreno rostro de mestiza
Palpitan los ídolos terribles.

Como flor de presagios,
Sobre tormentas y hecatombes moras.

Bajo la sombra de tus pestañas, Fuensanta,
Anida el esplendor.

III. OH MANANTIAL, RIO DE IMAGENES

OH manantial, río de imágenes
Sobre la sorda planta de la Muerte.

Pasmo que refulge,
Sol sobre los acantilados de la soledad.

Por tu senda de olvidos y fragancias
Marchas hacia la luz.

Rosa de la agonía, postrer onda de música,
Delicia sobre los malecones de la Vida.

Petrificado incendio
Sobre la encrucijada del pavor.

El otoño deshoja tu cabeza de lirio, Fuensanta,
Y naranjos nupciales derraman tu perfume.

Vértigo de armonía, Fuensanta,
Unánime embriaguez, de poesía flor.

Hímnico murmullo, de eternidades el quejido,
De sueños el temblante vaso.

En tu vertiginosa cabellera
Crucificamos ansias y nostalgias.

Tus pechos, "retroceden y avanzan,
Avanzan y retroceden
Como las olas inexorables
De una playa metódica".

Invulnerable al deshonor floreces
En los rostros de México, en la sangre.

Como una piel de tigre,
A tus plantas se ha abatido la Muerte.

IV. DONDE UN LUJO DE TIGRES HA ABATIDO

A vosotros (tú y él), separados en vida,
La Poesía (vencedora de la Muerte,
Dominadora de imposibles)
Os reúne y acoge.

Desconocidos hálitos os funden,
Emanaciones de absoluto,
Cristalizadas por el esplendor,
Suman, en pacto devorante,
Vuestras palpitaciones y sollozos.

El hormigueo cósmico alimenta,
Sobre las vastedades estelares,
La sinfónica sed de vuestras ansias.

Y los cuerpos radiantes,
En fuego acorazados,

Su danza ecuatorial han emprendido
Sobre los hemisferios voluptuosos.

Soys estrellas unánimes,
En el Tiempo anegadas,
Respirando, desnudas,
Sobre los himalayas de lo eterno.

Crucificados en la *equis*
Con que México aflora sobre el mundo,
Soys un duelo de amor y fiesta de la sangre
Donde un lujo de tigres ha abatido
El prestigio violento de la Muerte.

ELEGIA A LOPEZ VELARDE

I. TU LENGUAJE ES UN ASCUA SOBRE MEXICO

TU lenguaje es un ascua sobre México,
Una danza que embriaga corazones.

Tu prehispánica mirada
Esplendores cultiva sobre el aire,
Y las cinco letras de tu nombre
Suman las lágrimas del mar.

Tus nostalgias y arraigos
Flores de sangre son sobre este Valle.

El campo de victorias de tu frente
Sus diamantes esparce sobre Anáhuac.

Tejedor de silencios,
Padre de la patria naciente,
Hacedor, poeta, taumaturgo.

"Una tortura de hielo y una combustión de pira"
Y "un vértigo de abismo" tus señales.

Contigo, la Muerte
Desmadejar sus olas ya no puede,
Ni el Tiempo morder tu mineral arquitectura.

Femeninos veneros construyeron
Tu sed inabarcable,
Tu figura de ídolo creciente.

Los otoños te arrullan,
Témpante los veranos,
Primaveras erectas
Derrotan los inviernos del estrago.

Incorruptible marchas en la luz,
Tu palabra es fiesta de los hombres.

Vuelan los versos en tu voz profética
Sobre un futuro de herméticas deidades.

La cromática vecindad de tus águilas
Ensancha, en sus latidos, a la tierra.

Cercano a la eficacia de tu frente,
Amor ha levantado sus fulgores.

La íntima tierra mexicana
A tu sufrido rostro condecora.

Sollozar de tambores es la música
Que envuelve tu presencia de obsidiana.

Tus ígneas combustiones, oh mestizo,
Derrotan las unánimes frialdades.

Por tu rima recóndita
Un gozo de palomas se derrama.

Por tus sílabas móviles
Un México de ráfagas asciende.

Todo tú te rehaces de la muerte:
Tu nuevo rostro sobre el Tiempo instala
Translúcidos meteoros,
Quimérico señor de tempestades.

Tu fragancia de amapolada estirpe
Las alas de Coatlicue ha detenido.

II. POR ENCIMA DE MEXICO, PAJARO AGORERO

FRAGANCIA casta y ácida, pésame sin sollozos,
Irradia, nuevamente, tu incólume palabra.

Por encima de México, pájaro agorero,
Vuela tu plenitud, la paz con que presides.

Vaso de música, tempestad de rubíes,
Sordo río sobrepasando las edades.

Del roto corazón con que cantabas
Fúlgidas melodías se derraman.

Sobre misantropías de violeta
 Tu idioma no claudica:
 Limpia la realidad,
 Fortalece la sangre.

Respiras un ambiente frutal
 Y de tierra es el sueño que estructuras.

Del agua las concéntricas estrofas
 Bañan tu primavera y tus veranos.

Ningún invierno hiela
 La pira de tu amor inabarcable.

La embriaguez es tu signo, tu medida,
 Acorazada de relámpagos.

En el empeño de tu abierto enigma
 Lo terreno y celeste se anudaron.

La vena del río en que sollozas, canta:
 Herida fuente de nostalgia.

Despertador de la Armonía,
 Los monstruos de lo impuro destronabas,
 La incesante Hermosura sorprendías.

Tu confesión melódica
 Sacude los baluartes temporales,
 Estalla, flor de México, en las frentes.

Un galope del corazón sin brida fue tu amor,
 Sobre el desfiladero de la sombra.

III. POR EL AZUL ABSORTO Y MEXICANO

POR el azul absorto y mexicano
 La paloma de tu alma alzó su vuelo.

Tu llameante mirada humilló los vientos de ce-
 [niza:
 Las potestades ciegas sucumbieron.

Oda a Fuensanta y Elegía a López Velarde

Oh creatura solar y sin eclipse,
Como mar de constantes profecías
Tu Poesía se dilata.

Ropaje fue de tu deslumbramiento
"El relámpago verde de los loros".

Tu rostro de sonámbula ebriedad
Narcotizó el instante en que tu sueño
En llamas palpitaba.

Fantasías y hogueras
Tu afán magnánimo despilfarraba.
En oro se fundió, con fuego lento,
Todo lo que soñabas.

Lúgubre opacidad la de tus luces
Ameritadas en la sombra
De todos los sollozos.

Fuensanta y sus sinfónicos incendios
Fueron el vino de tu sed,
La medida de tu temperatura de rubíes.

Las construcciones del Deseo
De féminas y bosques te aromaron.

Tatuada por Luzbeles eróticos
Y santidades íntimas,
Osciló tu voz incorruptible.

Tu destino, fatigado de leones,
Fue "el viudo oscilar del trapecio".

Y tus pujantes soledades
"Enardecer desearon, con la brasa oportuna,
A las doncellas frías".

Un júbilo de hormigas se despierta
En el dolor de tu holocausto.
Un diálogo de nardos y amapolas
Inicia su romance sobre las alas mexicanas.

IV. EL GRAN SUEÑO DE MEXICO

EN esa encrucijada
De los barómetros sin prisa
Te dejó desollado
"El iris fiel de tu pasión exacta".

Luzbel y lo sagrado, la mujer y la estrella,
Apotheosis de sangre te exigían.

En tu martirologio de palomas
Tu desdoblada sed hízote víctima,
Denodado verdugo de ti mismo.

A golpes de inocencia
Fuiste el Adán de todas las centurias.

El peso de un demonio, sobre tus alas de hombre.
Desataba pasiones y delirios.

Las lenguas de la luz y de la sombra
Fueron los dos imanes
En que tu alma inmolada respiraba.

En tus guarismos tornasoles
La palabra y la música cabalgan
Por un increado ritmo de centellas.

Escapado del mundo, con tus talones tráfugas,
Alcanzabas las cimas de lo eterno.

Y la Doncella Verde, la esperanza,
Acompañó tu tempestad
Como oficiante fiel de profecías.

El Amor y la Muerte,
Tic tac de un corazón estelar,
Sangraban en tu sed.

Tu alma de ceniza y calofrío,
En la carnal hoguera,
Izó los tamaños del Deseo.

Erótico denuedo, llama réproba,
Iluminó tu noche de jaguares.

En tu palabra de alas y raíces
El gran sueño de México asciende sobre el orbe.

V. SOBRE LAS EQUIS UNICAS

COMO ovejas de sueño,
Lo subjetivo y lo objetivo,
Sístole y diástole de tu sin par lirismo,
El corazón de México enarbolan.

En "el cogollo de cada minuto"
Oficiaba tu entrega a lo inefable.

A lo indecible, a la Belleza y al Horror,
Osaba tu mirada ver de frente.

La terrena elegida de tu sangre, Fuensanta,
Alimentó, armoniosa, tu lirismo.

Sobre constantes mares de tormenta
Danzaron con la luz.

Desde tus manos de mestizo
Los símbolos en vuelo
Su melodía alzaron.

Tu "cara de ángel en destierro"
Armónicas nostalgias acuñaaba,
Gravemente desnudas, respirantes.

"Tus hermanos de todas las centurias
Reconocen en ti su pausa igual,
Tus mismas quejas y sus propias furias."

El misterio encarnado de tu canto
Sobre un México estrófico levanta
Sus soles combustibles, duraderos.

Sobre las *equis* únicas
Las serpientes combaten, como espadas.

O se muerden la cola
En su rotunda O de amor transfigurado.

VI. SOBRE ZOCALOS DE AGUILAS

PASTORA de la llama tu palabra,
A una hoguera embriagante conducida.

Donde llovisnan gotas de silencio,
Ahí se alza tu reino mexicano.

Tu corazón henchido de raíces
Sobre las superficies del maíz navega
Con su mestiza voz apenumbada.

Las vastedades de una tierra indómita,
"El sollozar de las mitologías",
A las mujeres "por el sol vestidas",
Todo lo recreabas.

"Inaccesible al deshonor floreces
Desde las aves de tu intacto idioma."

En tu respiración azul México late
"Sin que mueran su ánima y su estilo."

Desde el clamor gozoso de la sangre
El pueblo se incorpora
Sacudiendo la tierra de tu nombre.

Desde sus vetas hondas como el mito,
Oh nieto de Cuauhtémoc,
Las indígenas flechas, redivivas,
Ascienden a su núcleo de universales soles.

Sobre bosques de Anáhuac,
Tatuador de autóctonos vocablos,
Forjaste la cima de ti mismo.

Cazador de deidades imposibles, sagitario,
Tu pedestal fue un río de palabras.

Errante de ti mismo,
Los surcos de tu amor escriben *México*
En la marea de la soledad.

Sobre zócalos de águilas,
El corazón de México despiertas.
Nunca más mutilado territorio:
¡Plenitud respirante, fidelidad erguida!

VII. ECHA A ANDAR A LOS HIMNOS DEL ANAHUAC

EN tu garganta el trueno se subleva,
Pacífica la brisa sus legiones,
Orfeo incandescente, resonador de tempestades.

Danos un gajo voluptuoso
De tu increíble México,
El oloroso pan de tu vendimia.

Y que tu henchida cólera de río
Devaste, huracanada, los sonsonetes zafios.

Arterial es tu alquimia y tu lenguaje:
Hecho de sangre y tierra, de tigres y epopeyas.

Sobre los hombros del futuro,
Tu palabra (que es México)
Se cuaja en arcoiris.

En las semillas del presente estallan
Tus fognazos de varón profundo,
Tus íntimos trenos ululantes.

Firmamentos de insólita hermosura
En tu ternura niña fosforecen.

Tu reino de armonía es nuestra herencia,
Oh alma desnuda, condenador de lo deforme.

Las puertas del asombro se abren a tu paso;
Tu lenguaje sin mancha
Echa a andar a los himnos del Anáhuac.

El Tiempo, al rojo vivo en tu hoguera sincrónica,
Levanta un gran amor de raíces amargas.

Sobre derroteros patéticos,
Tu espiral de quimeras
Es la voz de la esquila y la campana,
El acento de un México que surge.

Tu universal apetito, cristalizado, incorruptible,
La armonía amasa entre sus hornos.

Tu intensidad incisiva te hizo vivir
El sueño de tu estirpe.
Sin eclipses patéticos, tu condición humana
Solar ha sido, esplendorosamente.

VIII. IZADOR DE ESTANDARTES DE MEXICANO FUEGO

DESDE las frondas de tu íntima sustancia
En el Tiempo respiras,
Novomundano espíritu igniscente.

Más allá del estrago,
Cuando el silencio espesa sus ramajes,
Tu voz de alas de sangre se incorpora.

Integras melodías equilibran
La "música-cintura" de tu canto.

Entre respiraciones y latidos
Dialogan tu cometa y tu luciérnaga.

Sobre las muertes y resurrecciones,
Tu voz de alumbramientos clarinea.

Izador de estandartes de mexicano fuego,
Sobre la libertad y la justicia moras.

Tu pitagórica palabra temple las bayonetas del
[Deseo,
Tu grave frenesí existencial.

Ante tu paso los prodigios vuelan,
Se codifica el esplendor,
Canta la maravilla del Anáhuac.

Tu amor hincó su signo en esta tierra
(De Cuauhtémoc, de Juárez, de Zapata),
Devoraste la manzana del Tiempo.

"Nuestro amor, creciente cada año,
Se desboca hacia ti, padre de la poesía."

Sólo un nombre mereces:
Hacedor, domador de vocablos, poeta verdadero.

Como una piel de tigre,
A tus plantas se ha abatido la Muerte.

MEXICO, 1971

VISION DEL HOMBRE Y DE LA SOCIEDAD EN TRES DRAMATURGOS ARGENTINOS CONTEMPORANEOS

Por Luis GONZALEZ-DEL-VALLE, U. F.

y

Antolín GONZALEZ-DEL-VALLE

Es el propósito de este estudio presentar la visión del hombre y de la sociedad que tienen cinco piezas de tres dramaturgos argentinos de nuestros días. En este trabajo consideraremos a los siguientes autores: Alberto Wainer (*El hombre y el bosque*-1957), Néstor Kraly (*Junio 16*-1956 y *La noche que no hubo sexta*-1959), y a Roberto Cossa (*Nuestro fin de semana*-1961).¹ Nuestra presentación se dividirá en dos partes: la primera, nos dará las ideas de estos escritores sobre el hombre y la sociedad; y la segunda estudiará los medios artísticos usados por ellos.

La sociedad y el hombre

Las cinco piezas que estudiamos critican, ya sea en forma explícita o implícita, ciertos aspectos que caracterizan a la sociedad. A veces, más que la sociedad misma en sus acciones, lo que aparece criticado aquí es el efecto que estas acciones tienen sobre el hombre. Otro aspecto de este efecto que será explorado es el del individuo ante su existencia, o en otras palabras, el del hombre que se pregunta ¿qué es vivir? Todas estas indagaciones, como se verá más adelante, están muy entremezcladas.²

¹ Nótese que FRANK H. DAUSTER, *Historia del teatro hispanoamericano: siglos XIX y XX* (México: Andrea, 1966), pág. 78, clasifica a Wainer, Kraly y Cossa entre los más destacados miembros de una nueva promoción de dramaturgos argentinos.

² Nótese que las ideas que vamos a presentar están esparcidas en las piezas que estudiamos. No todas estas ideas figuran en una obra.

La crítica social

BAJO esta sección presentaremos cómo nos es dada la sociedad actual en cuatro de las piezas que estudiamos.³ El elemento común en estas obras es el de la opresión o explotación del hombre por el hombre. Pasemos a ver ahora cómo se verifica esta opresión.

En *El hombre y el bosque* Alberto Wainer nos presenta a un grupo de seres humanos que se ven desplazados por un bosque. Este bosque, que simbólicamente bien puede encarnar las fuerzas de la naturaleza en una época primitiva de la humanidad,⁴ le roba a estos seres el terreno necesario para poder desenvolver sus vidas en una forma normal. En esta lucha contra el bosque sólo se creen con derecho a sobrevivir los fuertes y aun éstos se dan cuenta que van a perecer si no hacen algo que detenga al bosque (págs. 11 y 12). La columna humana es el medio a través del cual estos hombres ven su salvación. Cuando, al fin, unos pocos hombres alcanzan las copas de los árboles, ellos se tornan egoístas, negándose a ayudar a subir a aquellos otros hombres que sirvieron de base a su columna (pág. 15). Las implicaciones sociales de este olvido de los antiguos camaradas quedan patentes en las siguientes afirmaciones:

HOMBRE 2 —Pero la raíz la alimenta, el tronco la sostiene. Ellos nos elevaron.

HOMBRE 1 —Eran gorriones; no podían probar a volar como las águilas. Cada uno en su elemento; nosotros en las nubes, ellos en el barro. Ese es el equilibrio, eso es lo equitativo. Más aún: esa es la base de la convivencia social; a ti te corresponde esto, a aquél mucho menos. . . (pág. 16)

Los últimos es una presentación de las más bajas clases sociales que constituyen, según esta obra, la "cola" de la sociedad. A través de esta pieza tenemos breves menciones a circunstancias que carac-

³ Estas cuatro piezas son *El hombre y el bosque*, *Los últimos*, *Junio 16* y *La noche que no tuvo sexta. Nuestro fin de semana*, como veremos más tarde, tiene que ver más con los problemas del individuo que con ciertos aspectos específicos de la sociedad. Por ello no consideramos esta obra de Cossa en esta sección.

⁴ Este simbolismo que le atribuimos al bosque es relativo. Si decimos que el bosque encarna a la naturaleza se debe a las siguientes palabras en la pieza:

HOMBRE 5 —Es la naturaleza que saca ventaja al hombre. (pág. 12) Ahora bien, el bosque puede ser todo aquello que en cualquier época amenaza la seguridad de los seres humanos, de la humanidad.

Citas al texto de *El hombre y el bosque* de: Buenos Aires: Ediciones Teatrales Gleizer, 1959.

terizan a estas masas oprimidas. La escasez económica es algo prevalente a través de aquellos personajes que se ven en la "cola" (págs. 27 y 29).⁵ Esta escasez económica lleva al individuo a expresar su protesta:

ACTOR 5 —Es así, ¡no hay vuelta que darle! las empresas tienen un cien por ciento de ganancia, ¡y a nosotros nos matan de hambre!... (pág. 29)

En *Junio 16*, como veremos, Kraly se concentra en presentarnos la falsedad humana, esta falsedad no siendo sólo ejemplo de casos aislados. Más bien es algo general que experimenta la sociedad en su totalidad. El Sacerdote culpa, por ejemplo, la prostitución a la sociedad, a todos los individuos, y no sólo a un segmento de ella (pág. 35).⁶

Finalmente, *La noche que no hubo sexta* es una obra esencialmente social. Castillo, el personaje central, es el prototipo del líder laboral. El se sacrifica por sus compañeros y por sus convicciones. El sabe que la fuerza de los trabajadores reside en su unidad, en su posible uso de la huelga a través de esta unidad (pág. 50).⁷ El conflicto de la pieza surge cuando un trabajo tipográfico del partido político en control sufre un error (pág. 27). En la imprenta carecen del tiempo necesario para corregir dicha falta. A través de la obra, Parra, el dueño de la imprenta, ha demostrado su miedo ante la gente del partido (págs. 40-41). Este miedo de Parra le lleva a pedir que uno de sus operarios se confiese culpable del error, que diga lo hizo con vistas a un sabotaje (págs. 35 y 39). Lo que Parra necesita es una oveja para que sea sacrificada en aras de sus intereses personales. A esta petición de Parra se opone Castillo:

CASTILLO —Defínase. Sin retorcimientos. Cuando usted entró por esa puerta quería un presunto agitador, para que ese cliente... y lo que hay detrás de él... se quedaran tranquilos y no pro'estasen. Que con ustedes no se metieran, que se las agarrasen con el saboteador. ¿A quién lo quiere engrupir? Si usted sería el más feliz de los hombres en el caso de que esos tipos se fueran con su paquín a otra parte. ¿Es así o no es así? Después salió con que que-

⁵ Citas al texto de *Los últimos* de: Buenos Aires: Ediciones Teatrales Gleizer, 1959.

⁶ Citas al texto de *Junio 16* de: Buenos Aires: Ediciones Buena Visión, 1961.

⁷ Citas al texto de *La noche que no hubo sexta* de: Buenos Aires: Editorial Talfa, 1962.

ría ese voluntario para no desacreditarse en la plaza... para que esos "dos clientes muy fuertes" no se le volaran... cuando todo el mundo sabe muy bien que este taller trabaja tanto, que en un mes entero no podría sacar ni una sola estampilla al margen de la producción actual. ¿Qué pasa con ese Etchebhere y su mafia? ¿Qué asuntos tiene usted con ellos? ¿Qué se trae bajo el poncho? Usted precisa un hombre; es justo que ese hombre sepa toda la verdad. (pág. 40)

Como respuesta a Castillo, Parra sigue insistiendo en su necesidad de un mártir. Debe notarse que en la pieza se llega a saber quién cometió el error con el pasquín: Vilar confesó su falta y se ofreció (pág. 49) a Parra para resolver el problema. Parra se niega a aceptar el ofrecimiento de Vilar ya que lo que él necesita no es un culpable sin premeditación, sino un saboteador que logre satisfacer los instintos del partido.⁸

Debemos ahora añadir que la presentación de la explotación del hombre por el hombre posee en varias de estas piezas dimensiones que todavía no hemos considerado.

En dos de las piezas que estudiamos se establece una relación entre el sistema de opresión que caracteriza a la sociedad y la forma en que se desenvuelven varias religiones. En *El hombre y el bosque*, por ejemplo, Wainer no se limita a presentarnos la explotación de unos pocos para con las masas. Su ataque se expande al darle toques religiosos a este sistema de abusos:

HOMBRE 1 — Administraré tu fortuna, organizaré tus placeres. Estamos arriba, somos los elegidos. (pág. 16)

HOMBRE 1 — Les largaremos una cuerda; la tendrán siempre a la vista, como una promesa de ascensión. Trabajarán para agradarnos; pretenderán que alguna vez los elevemos.

HOMBRE 4 — Eres in'cligente.

HOMBRE 2 — ¿Y nosotros? ¿Qué haremos nosotros?...

HOMBRE 1 — Vegetar. Gozar. Explotarlos. ¿Te parece poco? (pág. 16)

Esta cuerda que no es más que la esperanza de salvación, de ascensión a una vida mejor como producto de sacrificios, es algo por lo que advocan muchas religiones. Este ataque a las religiones por parte

⁸ Otros aspectos de la sociedad descritos aquí lo son el de la necesidad económica de los personajes, los abusos del dueño de un negocio para con sus obreros, y las malas condiciones de trabajo que desgastan a los trabajadores (págs. 43, 12 y 18).

de Wainer se hace más patente a finales de la pieza, cuando uno de los que tendrán que subsistir en la tierra nos dice que los explotadores excusarán su olvido de aquellos que los ayudaron a ascender a través de teorías religiosas o metafísicas, y falsas promesas (pág. 21).

La religión es también traída a colación en *Los últimos* bajo un cariz crítico:

ACTOR 1 —;Los últimos serán los primeros!

ACTOR 3 —;¿Quién lo dijo?

ACTOR 2 —;¿De dónde lo ha sacado?

ACTOR 1 —;Biblias!... ;Conozca la palabra de Dios! (Se escucha la música de la Banda del Ejército de Salvación.)

ACTRIZ 1 —;Bienaventurados los mansos, porque de ellos será el reino de los cielos!

ACTRIZ 2 —;Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos!

ACTRIZ 1 —;Bienaventurados los pobres! (pág. 29)

La teoría de que los pobres serán los que se salvarán con más facilidad en una vida futura, después de la muerte, ignora las necesidades de la vida material. Esto Wainer nos lo hace notar cuando pone esta escena que trata de la religión entre escenas que dejan ver la miseria humana.

En estas dos mismas piezas, *El hombre y el bosque* y *Los últimos*, A. Wainer no sólo se limita a visualizar la actuación de la clase en control, de los explotadores. Este dramaturgo también especula sobre la posición que deben de tomar las masas subyugadas ante sus opresores. El hace notar en *El hombre y el bosque* que el ascenso de estos hombres que alcanzan las copas de los árboles, como el ascenso de cualquier dictadura, se debe en parte a la ayuda que le ofrecen las clases sociales que en el futuro se verán explotadas (pág. 18). Mientras tanto, en *Los últimos* nos presenta entre los aspectos de la "cola" de la sociedad la idea de muchos pobres de que si un individuo acepta ser parte de esta "cola", al menos allí nadie se meterá con él (pág. 30). A esta posición se opone Wainer. Para él todo aquel que acepta ser parte de la "cola" sufre tanto como los que se niegan a ello y son castigados por la sociedad. La conclusión de este dramaturgo, en esta pieza, resulta algo Marxista cuando se expresa, a través de sus personajes, en favor de la revolución:

ACTOR 2 —¡Nada perdemos!

ACTOR 4 —¡Vámonos, entonces!

ACTOR 2 —¿Cómo no lo pensamos antes? ¡Si nada ganamos quedándonos, nada perdemos yéndonos!

ACTOR 1 —Leeme algo más. . .

ACTOR 5 —¿Te animás a escuchar?

ACTOR 1 —Sí.

ACTOR 5 —¡Si nada tenéis, nada podéis perder. . . , tan sólo las cadenas! (pág. 35)

En esta posibilidad revolucionaria que Wainer expone se ve una cierta ruptura con otra pieza suya, *El hombre y el bosque*. Aquí Wainer especula sobre las distintas posibilidades que confrontan a los hombres de una sociedad para librarse de su yugo. Sus conclusiones, con relación a una solución inmediata, resultan pesimistas. En la obra el Hombre 3 quiere, lleno de odio, que se quemé el bosque. A él se le opondrá el Hombre 5, quien cree que la destrucción del bosque, lo establecido, sólo traerá males mayores. Este Hombre 5 advoca por un nuevo intento de ascensión por sus compañeros, descubriendo que nadie confía en nadie, que la primera traición ha debilitado la confianza de los unos para con los otros (pág. 20). La única solución que al parecer nuestro dramaturgo ve es de tipo evolutivo y lento. Oigamos al Hombre 5 expresarse al respecto:

—Pero se corromperán, mientras nosotros permaneceremos puros; no tenemos tiempo de corrompernos: a la inacción, al ostracismo, al vicio, responderemos con la acción, la acción infatigada, la acción sin tregua. E iremos subiendo, siempre subiendo, y ellos irán bajando, bajando irremediamente. Llegará el día de la igualdad, estaremos frente a frente; nosotros, los sanos, los limpios; ellos, los podridos. Entonces ya nada podrán hacer; estarán perdidos. Y el bosque será nuestro. (pág. 21)

Resultan conflictivas las ideas de Wainer en las dos piezas suyas que estudiamos con relación a las diferentes maneras en que presenta en ellas cómo deben desenvolverse los oprimidos para cambiar su suerte: revolución y evolución. Por otro lado, en ambas piezas, como en las dos de Kraly que consideramos en este trabajo, se percibe un tipo de fatalismo. Veamos brevemente cómo se manifiesta este fatalismo en las dos obras de Kraly.

En *Junio 16*, los personajes perecerán como resultado de la explosión de una bomba que ha sido lanzada por una sociedad falsa, por una sociedad que da valor a lo exterior, por una sociedad llena

de actores.⁹ Por otro lado, al finalizar *La noche que no hubo sexta*, Parra, al parecer, decide ser sincero con los del partido; tal parece que les va a confesar el error cometido (pág. 55). El resultado de esta supuesta sinceridad nos lo da un vendedor de periódicos; al escucharle no tenemos duda de que este resultado nos deja ver el pesimismo de Kraly ante una sociedad como la descrita por él:

Sexta... sexta... Sabotaje en una imprenta... Sexta... diarios... sexta... Entérese del complot descubierto... Sexta... sexta... Hay ocho agitadores gráficos detenidos... Sexta... diarios... sexta... (pág. 56)

El individuo

EN esta sección consideraremos los efectos que la sociedad ejerce sobre el ser humano en *Junio 16* y en *Nuestro fin de semana*.¹⁰ Estos efectos se manifiestan, como veremos más adelante, en formas distintas en estas dos piezas. Por ello resulta práctico considerarlas independientemente en nuestro análisis.

En *Junio 16*, tenemos a un grupo de personajes que tienen que convivir en un espacio limitado, el carro de un tren, por un número de horas indeterminado. Esta convivencia es forzada a ellos debido a que un bombardeo los ha sepultado en un túnel.¹¹

Los espectadores descubrimos profundidades en la personalidad de los personajes según pasa el tiempo, según aumentan las tensiones entre ellos en este cautiverio. La primera impresión que se obtiene de los personajes es falsa ya que todos ellos, en su exterior, se desenvuelven cual actores que desempeñan un papel determinado.

Entre los cautivos figura un actor. En él, en la falsedad que caracteriza su profesión, se concentran las hostilidades de varios personajes. Un ejemplo de esta actitud lo tenemos en la ironía del Vendedor para con el Actor:

⁹ La falsedad como tema de esta pieza será considerada en la próxima sección de nuestro estudio.

¹⁰ También en *El hombre y el bosque*, *Los últimos* y *La noche que no hubo sexta* se observan ciertos efectos de la sociedad sobre el individuo. En la primera obra, los personajes después del engaño sufrido no pueden confiar en más nadie; mientras que en la segunda y tercera los pobres son seres temerosos debido a los abusos sufridos y sus escaseces. En estas tres piezas, el efecto de la sociedad sobre el hombre, como individuo, no es enfocado con suficientes detalles para que pueda ser estudiado a plenitud en este trabajo.

¹¹ Nótese que ellos hasta muy avanzada la pieza no saben el porqué se ha destruido el túnel.

Ultimamente, ¿qué te preocupás tanto vos? ¿No dijiste que se estaría movilizandote toda la ciudad para encontrarte? Esperá, entonces... A lo mejor viene Elsa Daniel a darte el beso de agradecimiento argentino por haber tomado tus providencias para salvarte... Esperá... (pág. 27)

Otro ejemplo nos es dado cuando después del Actor haber pedido calma al Presidiario diciéndole que pronto saldrían del carro, el Presidiario le dice que esta calma o resignación por la que el Actor advoca no es auténtica (pág. 52). Finalmente, el Actor mismo confiesa lo falso de su ser, de sus actitudes:

O ir a acostarme con alguna extra ambiciosa. Pero no. No señor. Vine aquí. Y aquí estoy. En un subterráneo. En un agujero. Fue mi vanidad quien me trajo aquí. Fue ella quien me dijo esta mañana en el espejo, al afeitarme: "Ve. Anda. Mézclate con la gente. Huye por un día de lo artificial. Verás que lindo es ser uno más en el montón. Anda. Ve..." Y fui. Yo fui. Tal vez con la secreta esperanza de que sería reconocido y asediado por admiradores y requerido de autógrafos y admirado en mi papel de inconcebible modestia. "Viajar en un subte." Porque es eso: papel. Un papel más. Un nuevo papel. Como lo ha sido toda mi vida: una sucesión abrumadora de papeles que hizo olvidar que detrás, debajo del actor, estaba el hombre. (pág. 87)

Como ya hemos dicho, no es sólo el Actor quien desempeña papeles. En una conversación entre la Pianista y el Boxeador ellos se comparan al Actor:

PIANISTA (reflexionando): Siempre imaginé que de encontrar a un artista tan famoso, se me helaría la sangre de emoción. Y, sin embargo, ahí lo tiene...

BOXEADOR: Como nosotros...

PIANISTA: Sí, como nosotros...

BOXEADOR: No; digo digo que nosotros también somos artistas..., a nuestra manera. Aunque en caminos cruzados. (Ante la mirada de ella.) A los dos nos van a pagar por presentarnos en público... (pág. 40).

Ambos ven una semejanza entre el Actor y ellos, y no sólo es esto debido a, como dicen a finales de la cita, que a ellos también les paga el público por verlos. Hay una ironía en estas palabras de la Pianista y el Boxeador que sólo puede ser percibida cuando se analiza la pieza en su totalidad. Otro ejemplo de esta ironía (si se quiere dudosa) lo tenemos cuando el Vendedor hace un comenta-

rio después de ver al actor dormido: "No... Si aquí es como yo decía... Lo que sobra son artistas..." (pág. 48)

Pasemos a ver ahora las falsedades en los distintos personajes. La Pianista ha hecho creer a todos es adinerada, para después confesar su pobreza al Boxeador (pág. 45). El Boxeador, por su parte, sólo cree se puede ascender en la vida cuando se sufren necesidades (pág. 43). Este personaje confiesa que su madre lo empujaba a seguir sacrificándose para que lograra ser un campeón. A su madre le prometió él dedicarle su título (pág. 44). Sin embargo, su madre, ahora que va a luchar por el título de campeón, ya no está junto a él; ella murió el año anterior:

PIANISTA: ¡Y lo logró! Y ahora va a pelear por el título. Y le va a dedicar el triunfo a su madre. ¿No es cierto?

BOXEADOR: La Mamá murió el año pasado.

PIANISTA: Lo siento. ¡Oh, lo siento tanto!

BOXEADOR: Pero algo me dice que ella va a estar presente. Algo me dice que me va a estar mirando. Y entonces va a comprender que no es por "sensacionalismo", como dicen los cronistas, que lleve ese gran medallón grabado en el pecho desde entonces... (pág. 44)

El Boxeador se aferra aquí a la idea de que lucha por su madre y no por el sensacionalismo como los cronistas creen. El se está aferrando a algo que ya no existe para darle mayor sentido a su vida. Bien podemos decir que él también tiene algo de actor.

Otros ejemplos de doble personalidad, o sea, de una identidad falsa a principios de la pieza y del desdoblamiento de la verdadera más adelante, los tenemos en los casos de la Adolescente, el Joven, el Existencialista, el Sacerdote, y el Vendedor. La Adolescente la cree el Joven una prostituta (pág. 34), para más tarde descubrir, al escuchar su historia, que no es más que una muchacha víctima de sus circunstancias (págs. 57-60).

El Joven a comienzos de la obra se hizo pasar como el esposo de la Cantante sin serlo en verdad. El Existencialista, por su parte, es un joven desorientado, en busca de sí mismo; desarrollándose su vida en varias etapas, la última de las cuales, la existencialista, es en la que se encuentra ahora. no siendo esta etapa una expresión auténtica de su "yo" (pág. 69). El Sacerdote también tiene de actor en sus acciones. El reconoce que hay una contradicción entre lo que la religión exige a un cura predique y la vida fácil y despreocupada en que este mismo cura vive (pág. 36). Esta culpa que siente el Sacerdote por no vivir una vida comprometida, verdade-

ramente cristiana, es lo que lo lleva a declararse incapacitado para confesar al Presidiario; esta culpa es la que le impulsa a querer desarmar la bomba, ya que al hacer esto implicaría que él era partícipe de las vicisitudes de sus ovejas, que él se sacrificaba por ellas (págs. 78 y 95).

El Vendedor es otro que también es un actor en esta pieza. Su actitud inicial bien puede tomarse como jovial. Ello se debe a que él temía que los demás supieran de su pobreza como individuo. Sin embargo, cuando él confiesa sus temores iniciales, él afirma a la vez que ha descubierto es más rico que las demás personas que lo rodean. Su riqueza es espiritual (pág. 93).¹² Lo que Kraly ha hecho en *Junio 16* es darnos una serie de ejemplos, concentrados en un lugar, donde quedan manifestadas las deficiencias de una sociedad a través de la forma de actuar de un grupo de individuos. La personalidad ficticia, negativa, de los personajes ha sido reemplazada a finales de la obra, en gran parte, por una más positiva: "VENDEDOR (con una sonrisa amarga): Bueno... Parece que ahora lo que falta son artistas y lo que sobra son hombres..." (pág. 96)

Por su parte, *Nuestro fin de semana* es un drama de evasión. Al decir "evasión" nos referimos al hecho de que todos los personajes desarrollados aquí tratan de evadir consciente o inconscientemente la realidad. La realidad que estos personajes tratan de evadir no es otra que la existente entre ellos y su medio. O sea, los personajes tratan de evitar un estudio de sí mismos, un examen de conciencia, un análisis de lo que son y hacen con sus vidas. El crítico Donald A. Yates ha estudiado con detalle lo que *Nuestro fin de semana* presenta:

Nuestro fin de semana attempts to evoke a mood of common, everyday existence. The characters, as well as the events that engage them in the space of the two days that the play covers, are drawn true to scale. Everything is carefully presented and preserved by the author at life size.¹³

Cossa's basic observation is that the Argentine of the social level he depicts reacts by dulling his perceptions in any of a number of possible ways. In the play Cossa suggest some of the drugs that are employed

¹² No hemos mencionado al Presidiario y a la Cantante. Ella es un ser que vive lleno de miedo, creyéndose incapacitada a volver a cantar. Sin embargo, en el carro lo vuelve a hacer. El Presidiario de un ser temeroso, histérico, se convierte en el nuevo líder del grupo. El organiza el plan para desarmar la bomba.

¹³ DONALD A. YATES, Introducción a *Nuestro fin de semana* (New York: The Mac Millan Company, 1966), pág. 3.

toward this end: indulgence in time-killing, superficial conversation; resignation and self-effacement; refuge in memories of the past: fanatic interest in sports, addiction to television; attending endless, incomprehensible "cultural events"; excessive eating and drinking; dedication to a false, hollow idealism.¹⁴

In the course of the weekend party at Raúl's home, each individual clearly reveals his manner of evading a confrontation with the problems of his own existence and, in a broader sense, those of his country. One critic has suggested that the people of *Nuestro fin de semana* make use of these spiritual drugs in an attempt to give some sense to their lives. A careful reading to the play will more likely convince the reader that these people are trying to avoid discovering the sense in their lives.¹⁵

A las palabras del profesor Yates sólo podemos añadir que si bien estos personajes están evitando descubrir el sentido de sus vidas, ello no implica que de hacer lo contrario ellos se iban a encontrar a sí mismos. Por tanto, bien podemos asumir que lo que tratan de evitar estos personajes es el descubrir el vacío de sus existencias.¹⁶ También ellos usan estos recursos no tanto para dar sentido a sus vidas, como para que cuantos les rodean crean que ellos saben lo que sus vidas representan.

Ahora, pasemos a ver cómo lo dicho con anterioridad se refleja en los personajes. Vale aclarar que sólo en dos de ellos, Alicia y Carlos, tenemos la lucha existencial expuesta en una forma más clara. De los demás sólo tenemos breves datos.

Raúl, como bien lo ha dicho el profesor Yates, es "the spirit of enterprise who has come to conceal his personal failure by exaggerating the salesman's standard qualities of friendliness and conviviality."¹⁷ Raúl, no nos cabe duda, sabe siempre cuán dura es la vida (págs. 61-62).¹⁸ A pesar de saber la dureza de la vida, él se aferra a un sueño que su socio Fernando le predica:

¹⁴ YATES, pág. 4.

¹⁵ YATES, pág. 4.

¹⁶ Este vacío creemos es producto del medio, hasta cierto punto hostil, en que los personajes se desenvuelven. Sin embargo, no nos parece que esta obra se concentre en la presentación de este medio o sociedad. Más bien se concentra en lo que experimenta un grupo de seres humanos. Nos parece que en el caso de Raúl es donde se percibe una relación más clara, más cercana, entre el ambiente que lo rodea y su problema personal.

¹⁷ YATES, pág. 4.

¹⁸ Citas al texto de *Nuestro fin de semana* de New York: The MacMillan Company, 1966.

Hace siglos que no voy a comer a la Boca. (Breve pausa.) Ah, pero ya vas a conocer a Fernando. Es un tipo extraordinario, un vendedor nato. Y sabes cómo está entusiasmado por el negocio... Según él, en cinco años, podremos tener un cuerpo de vendedores que trabaje para nosotros. El dice así: el primer año, dejamos la compañía, el segundo nos compramos un coche, el tercero ponemos un local de ventas y el quinto no trabajamos más. (Ríe) Y te aseguro que es un tipo que sabe lo que dice. (pág. 60)

Cuando Fernando lo abandona, Raúl vuelve a la realidad para acto seguido aferrarse a otra nueva esperanza: la posible asociación con Daniel (págs. 78-79). Después de haber recobrado sus esperanzas, Raúl mira a su esposa, dándose cuenta entonces que de nuevo sueña:

Raúl se vuelve y mira a su mujer. Esta sostiene la vista un instante y luego sin decir nada sale al interior. Raúl la mira salir y comprende. Su rostro se ensombrece. Las luces se apagan rápidamente. (pág. 79)

Otro personaje que deja ver un deambular entre la realidad y el sueño lo es Elvira. Para el profesor Yates ella "cannot accept the new reality of Argentina in the 1960's, so far removed in spirit from the happy years of her protected youth."¹⁹ También añade este crítico que la frase de Elvira "¿Te acordás Beatriz?" simboliza su soledad.²⁰ No creemos que sea el cambio de atmósfera en la Argentina moderna lo que en sí preocupa a Elvira. Más bien diríamos que ella se sabe sola y entrando en años y que por ello desea refugiarse en un pasado donde se veía acompañada y joven. El presente y el futuro no le interesan porque en ellos sólo puede hallar Elvira más soledad. Cada día que pasa es uno más en su existencia. Son varios los ejemplos que dejan ver el temor de Elvira para con el pasar del tiempo y la vejez que esto implica:

ELVIRA: (Para sí con un suspiro) Ya estamos a fin de noviembre. Pronto llegarán las fiestas y se acabará otro año. ¡Dios mío, que rápido ha pasado! (A Beatriz). ¿No te resultó corto el año?...

Dentro de un mes volverá a ser Navidad... ¡Oh, es horrible que se vaya así la vida! (págs. 9-10)

Beatriz hace un gesto. Elvira, que aparece por la puerta de la sala interrumpe la escena. Lleva el cabello suelto y se ha cubierto la cara con un sobrio pero evidente maquillaje. Todo eso ha producido un cambio en ella que se acentúa por la manera de caminar,

¹⁹ YATES, pág. 4.

²⁰ YATES, pág. 4.

de hablar y por ciertos gestos que por otra parte, no resultan ridículos en ningún momento. El espectador debe ver algo de la Elvira de hace quince o veinte años. La aparición crea un asombro general y se hace un silencio. Elvira lo nota y se queda parada un instante en el dintel de la puerta que da al patio. Desde allí habla.

ELVIRA: Buenos días... ¿No me convidan con un vermut?

RAUL: Caramba, Elvira. ¡Qué buena moza! (Elvira se acerca).

BEATRIZ: ¡Elvira! ¿Qué te hiciste?

ELVIRA: ¿Qué? ¿Estoy muy mal? (pág. 56)

La última escena aquí presentada nos permite percibir cómo Elvira trata de reafirmarse ante el tiempo. Ella, cual Raúl, fracasa en su sueño (véase su ataque de tos en la pág. 58).

Cuatro personajes menores en esta pieza lo son Jorge, a quien le gusta jugar a las bochas, un juego tonto (págs. 26 y 37), y quien al hacer esto evade la realidad en una forma inconsciente; Sara, la cual escapa sus frustraciones malgastando el tiempo ante un televisor; Daniel, quien en sus excesos alcohólicos encuentra un mundo atractivo;²¹ y Beatriz, un ser que ha sido castigado por la vida al no tener los hijos que desea y el único personaje en la pieza que según creemos no se refugia en sueños inalcanzables y que acepta la realidad.

Alicia es un personaje que nos deja ver que se sabe descontenta espiritualmente, sin encontrar una forma de resolver su problema.²² En una conversación con Carlos ella le narra cómo, cuando más joven, ella usaba el alcohol como medio de escape cuando sufría de melancolía (pág. 44). Si bien Alicia sabe que no es feliz, el hecho de no ver salida a su problema la hace negarse admitírselo a sí misma.

Carlos es otro ejemplo de alguien descontento consigo mismo, de alguien que ve un vacío en su existencia, que se ve desorientado. A todos él trata de dar la impresión de que sabe lo que desea: su libertad.²³ El aparenta jovialidad ante sus indecisiones (págs. 45 y 25). El se sabe indeciso y como no desea cometer un error, según dice, opta por esperar, dejando así toda posibilidad de acción abierta en cualquier momento (pág. 47). El grave error de esta posición de Carlos es que si bien el esperar por un lado lo mantiene libre,

²¹ Concordamos en esencia con Donald A. Yates, págs. 4-5, en relación con los papeles de Jorge, Sara y Daniel.

²² YATES, pág. 5.

²³ YATES, pág. 5. También añade este mismo crítico: "He is perhaps the most lost of them all." (pág. 5)

por otro le consume la vida quitándole futuras posibilidades de acción.

El gran valor temático de *Nuestro fin de semana* se debe, en gran parte, a que Cossa no intenta dar soluciones a los problemas de sus personajes. El autor, como cualquier otro individuo, no sabe qué solución tienen estas dudas del hombre. He aquí la universalidad de esta obra: en ella el dramaturgo nos deja ver al ser humano ante sus problemas más básicos. Si algo positivo se puede sacar de esta pieza, sería que cada individuo en vez de huir de sí mismo, debería de tratar de encontrarse lo más posible. Cómo hacer esto último, Cossa no nos lo dice.²⁴

Las técnicas artísticas

HASTA aquí hemos presentado las distintas ideas dadas por Wainer, Kraly y Cossa en cinco de sus piezas. Ahora, corresponde discutir brevemente las técnicas o los métodos artísticos usados por estos escritores.

De realistas creemos pueden ser calificadas estas obras. Realistas en el sentido de que estos dramaturgos están tratando de captar aspectos de la realidad de la sociedad y el hombre. Esta realidad bien puede ser clasificada en dos categorías. En la primera cabrían *El hombre y el bosque* y *Los últimos*. Estas dos piezas resultan más bien abstracciones de la realidad; no nos ponen en un contexto limitado. La segunda categoría la forman *Junio 16*, *La noche que no hubo sexta* y *Nuestro fin de semana*. Estas obras nos dejan ver ambientes más tangibles. Cada una de ellas es cual un microcosmos. Consideremos ahora las técnicas usadas en cada grupo de piezas.

Abstracción de la realidad

EL *hombre y el bosque* es una breve pieza que se caracteriza por un diálogo claro aunque algo intelectual. O sea, hay ideas profundas con respecto a la sociedad expresadas en un lenguaje natural. Resulta algo fantástico la circunstancia que provoca la acción de la obra: no es nada verosímil el presentarnos a un bosque que avanza

²⁴ Yates, pág. 5, nos dice lo que Cossa nos da aquí: a picture that is outwardly insignificant but which, for the knowing observer, is a deeply meaningful portrait of one segment of Argentine life." Creemos que esta pintura es sólo un fondo para que el problema existencial cobre vigencia ante el espectador. Su valor es bastante relativo en esa pieza ya que no se ve demasiado elaborado.

y desplaza al individuo. Al usar este bosque Wainer lo hace en forma simbólica. Los personajes de esta obra son ocho hombres y una mujer. Estos personajes resultan esencialmente genéricos; no hay individualidad en ellos. *El hombre y el bosque* tal parece tiene algo de parábola, o en otras palabras, es una narración dramática de la que se deduce una enseñanza moral o una verdad importante. Al ser los personajes de esta pieza genéricos, el mensaje de la obra también adquiere proporciones genéricas, o más universales.

En *Los últimos* los personajes se parecen bastante a los de *El hombre y el bosque*. Estos personajes son 4 actores, 2 actrices y 1 pibe. Su función es representar pequeños cuadros, de sólo unas varias líneas, de las necesidades de las masas bajas, de ese segmento de la sociedad llamado en esta obra "la cola". Los personajes de esta pieza son gente sin nombre; ellos son cual ejemplos o muestras, de lo que caracteriza a las clases bajas. Al ser *Los últimos* un fluir de casos de escaseces, carece la obra de una unidad total, de una cohesividad, en las circunstancias que presenta. El elemento que une a *Los últimos* es la injusticia para con los pobres; por lo demás, es una pequeña pieza de un acto esencialmente fragmentario.

En estas dos piezas se ha observado lo genérico de los personajes, y cómo ellos no son más que ejemplos de una serie de circunstancias. Ratifica nuestras creencias el hecho de que el único elemento que une a la segunda obra estudiada, *Los últimos*, es la injusticia para con los pobres: no es la creación de un mundo limitado lo que se ve aquí, sino la de características que dan vida a un concepto como el del abuso o injusticia.

La realidad concreta

EN *Junio 16*, Néstor Kraly actúa cual un cirujano al darnos el desdoblamiento de las personalidades de sus personajes. El primer título que esta pieza tuvo, *Marfiles desnudos*,²⁵ ilustra la idea que acabamos de expresar. Para el crítico Juan Carlos Ghiano lo esencial de esta pieza es el hecho de que sus personajes logran humanizarse a través de la acción.²⁶ Resulta importantísima esta humanización de los personajes a través de la pieza, ya que a sus comienzos ellos resultan deshumanizados. Cuando empieza *Junio 16*, sus personajes son simplemente, si usamos la lista de personajes en la página 14, un Actor, una Adolescente, un Boxeador, una Cantante, un Existen-

²⁵ JUAN CARLOS GHIANO, Introducción a *Junio 16* (Buenos Aires: Ediciones Buena Visión, 1961), pág. 10.

²⁶ GHIANO, pág. 11.

cialista, un Joven, una Pianista, un Presidiario, un Sacerdote y un Vendedor. A esta clasificación de tipo exterior se sobreponen los personajes, logrando así librarse de sus falsedades.

Se vale Néstor Kraly, en *Junio 16*, principalmente, de dos técnicas: el suspenso y la presentación de lo simultáneo. El suspenso que caracteriza a esta pieza se debe a que nadie dentro del carro sabe en realidad a qué se debió el accidente; y cuando descubren, a finales del acto II el Sacerdote y en el acto III los restantes personajes, que son bombas lo que los han atrapado, aún todavía ignoran la fuente, el porqué, de este ataque. La segunda técnica usada por Kraly es la de presentar las conversaciones de los personajes como algo simultáneo. Esta simultaneidad le da autenticidad al cautiverio de los personajes, los cuales se ven aglutinados en el pequeño espacio de un coche de un tren. La forma en que Kraly logra esta simultaneidad es ofreciéndonos dos conversaciones, por ejemplo, que tienen lugar al mismo tiempo. El espectador entonces procede a escuchar intercaladas, una a la vez de la otra, las palabras de los dos grupos que conversan entre sí.²⁷ La intensidad de esta simultaneidad no es uniforme a través de la pieza. En ocasiones, como en las páginas 32-34 y 47-48, el espectador puede con facilidad seguir el hilo de las dos conversaciones simultáneas. Por otra parte, hay veces que al espectador le resulta difícil poder entender a plenitud, en todos sus detalles, conversaciones simultáneas. Oigamos un ejemplo de esto último:

CANTANTE: Fue entonces cuando comprendí cuánto amaba a ese muchacho que no conocía. Tuve una sed terrible de él. Sed de todos aquellos a los que yo brindaba mi voz y mi alma. Y tuve una necesidad imperiosa de ser "su señora"... "su señora...", "su señora"...

JOVEN ¿Qué me mira?

CANTANTE: Te miro vivir. Me gustaría ser como tú. Me gustaría estar bajo la lluvia y hacer lo mismo que tú.

JOVEN: La lluvia es de todos. La lluvia es la lluvia.

ACTOR (a la Cantante): ¿Y usted fue a la lluvia?

CANTANTE: Al principio, no. Tuve miedo.

JOVEN (siempre a la Adolescente): Después se sacó los zapatos y fue. Vino donde estaba yo. Y yo me acerqué a ella. Ella lo era

²⁷ Hay mucho en esta técnica de simultaneidad que nos recuerda el "objetivismo" de la nueva novela francesa. Ejemplos de esta tendencia en España los tenemos en las novelas *El Jarama* de Sánchez Ferlosio y en *Gran Sol de Aldecoa*.

- entonces todo. La sensación, la locura, el mito. Y por más que me imitase, ella todo lo haría mejor. . .
- ADOLESCENTE: Y tú fuiste donde estaba ella. . .
- CANTANTE (como correspondiendo al Actor): Sí, él también se acercó. . .
- JOVEN: Y así estuvimos un tiempo. Una temporada bajo la lluvia.
- CANTANTE: Yo lo dejé todo por él. Me retiré cuando estaba en el apogeo. Por él. . .
- JOVEN: Me dio lo que yo no quería.
- CANTANTE: Nunca pidió nada.
- ADOLESCENTE: ¿La querías?
- JOVEN: ¿Y tú?
- CANTANTE: Sí, te quiero.
- JOVEN: ¿Por qué?
- CANTANTE: Te quiero.
- JOVEN: Algo vulgar; un estornudo en la lluvia.
- CANTANTE: ¿No me quieres más?
- JOVEN: Tú me amaste. Tú me llamaste. Yo sólo fui.
- CANTANTE: ¿Estás arrepentido?
- ACTOR: ¿Estaba arrepentido?
- ADOLESCENTE: ¿Estás arrepentido?
- JOVEN: No sé. No era lo mismo. Yo la amaba cantando. No zurciendo. O viendo televisión. . . con medias de lana hasta las rodillas. (págs. 62-63)

En esta cita, el diálogo simultáneo se complica ya que en ambos círculos de conversación se trata de temas similares. También dificulta este diálogo el hecho de que hay "flashbaks" en las narraciones de la Cantante. En estos "flashbaks" de ella, el Joven participa, lo cual confunde al espectador (no olvidemos que el Joven y la Cantante son los que están sosteniendo las conversaciones independientes y simultáneas en la escena).

La noche que no hubo sexta es una pieza esencialmente realista. Todo es directo y claro en esta obra. Luis Muñiz y Oscar Matarrese nos dan la esencia de lo que creemos caracteriza a esta obra:

Dentro de esta (nada fácil de encontrar) característica, el au'or había sabido desarrollar hechos, pintar ambientes y presentar tipos y figuras con tal fidelidad que, asombrados, asistíamos a una proyección en la que continuamente veíamos reflejados pedazos de nuestra propia vida.²⁸

²⁸ Introducción a *La noche que no hubo sexta* (Buenos Aires: Editorial Talía, 1962), pág. 1.

El diálogo en *La noche que no hubo sexta* resulta muy movido y sencillo. Hay un aire de pueblo, de jovialidad, en esta obra. El siguiente chiste nos sirve de ejemplo:

DANIEL —Viejo, yo soy soltero. . .

GONZALEZ —Y ¿qué esperas para casarte?

DANIEL —¿Sos loco vos?

OLIVIA —¿Por?

REALE —Seguro, cástate. . . Así tenemos mujer los dos. . .

DANIEL —¿Como. . . ?

REALE —Claro. Vos la tuya, y yo la mía. (pág. 15)

Nuestro fin de semana es una pieza realista. Su diálogo es movido y claro. Se ve a través de toda la obra aspectos de la sociedad argentina. Donald A. Yates nos da un resumen de lo que constituye, artísticamente, *Nuestro fin de semana*:

This is dramatic realism of a sort that has an immediate and evident affinity with the plays of the Russian writer Anton Chekhov, wherein there is characteristically little show of outward emotion and a minimum of physical movement or action on the stage, combined with an underlying mood of quiet desperation and social decay.²⁹

Como se ve en nuestra presentación de las técnicas usadas en estas tres piezas por Kraly y Cossa, ambos autores tratan de crear pequeños mundos de una realidad verosímil, plausible, al medio donde se desenvuelven los personajes. Todo en estas tres obras es parte de esta realidad, nada en ellas resulta fragmentario. Cada autor, en cada pieza, usa distintos métodos que le permiten captar y penetrar en el ambiente deseado.

Síntesis de los tres escritores

ESTE estudio, hasta aquí, ha presentado la visión que tienen Alberto Wainer, Néstor Kraly y Roberto Cossa, en cinco de sus piezas, del individuo y la sociedad. Entre las ideas observadas en estos escritores tenemos, si enfocamos primero los problemas del individuo, la evasión de la realidad, la duda existencial y la desorientación del ser humano ante su vacío interior; las falsas imágenes exteriores proyectadas por los hombres como respuesta a exigencias de la sociedad; y la carencia de soluciones positivas a los problemas confrontados por la humanidad. Desde un punto de vista social, estos escritores han pintado los abusos de las minorías por sobre las masas,

²⁹ YATES, pág. 3.

la explotación del hombre por el hombre; las escaseces; el uso dado a la religión por los que advocan por la explotación; el miedo a las clases dirigentes; el posible uso de medios evolutivos y revolucionarios para la emancipación de los pobres; la falsedad humana como resultado de las fuerzas que rigen la sociedad; el egoísmo; y el derecho de los fuertes a controlarlo todo. Hemos notado el pesimismo prevalente a finales de cada una de las piezas. Este pesimismo refleja la actitud de nuestros tres dramaturgos para con el futuro del hombre y la sociedad. También debe añadirse que existe en estas obras una gran interdependencia entre las circunstancias que se perciben en la sociedad y en el individuo.

Además, hemos considerado en este trabajo los medios artísticos, técnicos, usados por Wainer, Kraly y Cossa. Se ha visto cómo en algunas piezas existe un énfasis en la creación de un mundo tangible; mientras que en otras se observa una inclinación por lo abstracto, por la presentación de una serie de sucesos que ilustran una serie de circunstancias prevalentes en la sociedad, sin intentar reproducir estos aspectos de la sociedad en un cuadro limitado de la vida humana. Entre las técnicas usadas en estas abstracciones figuran las de crear ambientes fantásticos o fragmentarios, y la de usar personajes genéricos. La presentación de la realidad más concreta o tangible se verifica a través de la creación de pequeños microcosmos donde habitan seres humanos, de carne y hueso. Otras técnicas usadas en estas obras concretas lo son las del suspenso y la de presentar sucesos simultáneos.

Basándonos en todo lo hasta aquí dicho, podemos afirmar que las obras de Alberto Wainer, Néstor Kraly y Roberto Cossa que hemos estudiado concuerdan en esencia con las creencias de Carlos Solórzano, quien apuntó que la promoción dramática hispanoamericana desde la segunda guerra mundial ha tratado de presentar los problemas angustiosos y las aspiraciones inalcanzables del hombre moderno.³⁰ Lo que estas obras hacen, no nos cabe duda, es tratar de captar lo que para muchos latinoamericanos descontentos es la realidad actual. Finalmente, podemos concluir, que estos tres dramaturgos son exponentes de una preocupación existencial y social, y que ellos consideran al arte dramático como un medio de perpetrar ciertos conflictos de la vida moderna.

³⁰ *Teatro hispanoamericano del siglo XX* (México: Editorial Nueva Visión, 1961), págs. 73-75. Obsérvese que cuando este crítico califica en su totalidad de realista al teatro hispanoamericano de la posguerra, creemos que erra. La referencia a la página 74 la usamos, porque, si bien no es correcta con relación a todo el teatro hispanoamericano, resulta bastante acertada en lo que concierne a nuestros tres dramaturgos.

UNA CALA EN LA TÉCNICA LITERARIA DE MARIANO AZUELA

Por Orlando EDREIRA

EN noviembre de 1910, con la rebelión acaudillada por Francisco I. Madero contra el régimen dictatorial de Porfirio Díaz se inicia la Revolución mexicana. Los jefes de la rebelión eran, en su mayoría, caudillos rurales. El movimiento tenía como meta un vasto programa de reforma social y económica que incluía la eliminación del régimen feudal que de hecho existía, un plan de reforma agraria y el respeto a la dignidad y a los derechos del hombre.

El período militar de la contienda se extiende, aproximadamente, hasta el año 1924 en que se va aplacando el fervor de la lucha armada, para dar paso a la labor de reconstrucción del país y de restauración del ordenamiento jurídico.

Como consecuencia de ese movimiento armado se escribió en México una serie de novelas de temas basados en la lucha revolucionaria. Estas obras, sin lugar a dudas, han trascendido los límites locales y alcanzado universalidad.

Desde fines del siglo XIX se estaba desarrollando un tipo de novela de tema político y social cuyos autores principales fueron Emilio Rabasa, *La bola*; Arcadio Zeuletta Priego, *Perico*; José López Portillo, *La parcela*. Pero no es hasta 1915, con la publicación de *Los de abajo* y muy posiblemente desde antes, en 1911 con *Andrés Pérez, maderista*, que aparece la verdadera novela de la Revolución mexicana, la cual no ha de ganar interés en el público hasta después del año 1924 en que surgió la polémica iniciada, de una parte, por Julio Jiménez Rueda que negaba la existencia de una obra literaria que transmitiera la realidad del momento revolucionario y de la otra parte Francisco Monterde que mantenía la tesis contraria y citaba como ejemplos *Los de abajo* y otras novelas de Azuela.

La novela de la Revolución mexicana cuenta, entre sus principales autores, con Martín Luis Guzmán: *El águila y la serpiente* (1928), *La sombra del caudillo* (1929), *Las memorias de Pancho Villa* (1938); Rafael M. Muñoz: *Memorias de Pancho Villa* (1923), *Se llevaron el cañón para Bachimba* (1931); José Rubén Romero:

Apuntes de un lugareño (1932), *Mi caballo, mi perro y mi rifle* (1936); José Vasconcelos: *Ulises criollo* (1935), *La tormenta* (1936), *El desastre* (1938), *El proconsulado* (1939); Gregorio López y Fuentes: *Campamento* (1931), *Mi general* (1934); Nelly Campobello: *Cartucho* (1931), *Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa* (1940); Mauricio Magdaleno: *Las palabras perdidas* (1958); y el antes mencionado iniciador de este sub-género literario, Mariano Azuela: *Andrés Pérez, maderista* (1911), *Los de abajo* (1915), *Los caciques* (1917), *Las moscas* (1918), *Domitilo quiere ser diputado* (1918), *De cómo al fin lloró Juan Pablo* (1918), *Las tribulaciones de una familia decente* (1918), *El camarada Pantoja* (1937), *Regina Landa* (1939), *Avanzada* (1940) y *Nueva burguesía* (1941). La obra de Azuela recorre el proceso histórico revolucionario desde la época de Porfirio Díaz.

Existe en este tipo de novela una serie de rasgos comunes:

1. La presentación de un proceso histórico, biográfico o autobiográfico. Las novelas parecen más bien, en su mayoría, crónicas noveladas que reflejan el parecer de cada uno de sus autores hacia el movimiento armado.

2. La acción es presentada mediante cuadros realistas que se suceden en forma acelerada, técnica que recuerda la del cinematógrafo.

3. Caracteres épico-líricos.

4. Trazos naturalistas que se notan en el determinismo y crudeza de la acción y de los personajes.

5. El empleo del simbolismo en la acción y en los personajes.

6. Contenido social y psicológico en el que se expone el proceso penoso de un pueblo en busca de su formación nacional, de su identificación con lo suyo propio.

7. Pesimismo, censura y desengaño en ese primer momento revolucionario.

8. Carencia de intención didáctica. Hay más bien exposición. El lector hace sus propias deducciones.

9. Lenguaje llano, entrecortado, conciso, propio de sus personajes y de estilo plástico e impresionista.

Expuestas las características principales de este tipo de novela, pasamos a analizar el texto asignado, que procede de la novela de Mariano Azuela, *Los de abajo*. En ella, su autor expone una serie de cuadros realistas fruto de sus experiencias como miembro de las fuerzas revolucionarias. El personaje central es Demetrio Macías, nombre que parece representar la figura real del cabecilla Julián Medina bajo cuyo mando el autor sirvió. La visión que nos ofrece Azuela es de un idealismo desilusionado en la etapa insurreccional

del proceso revolucionario. Visión sincera expuesta en forma magistral en un estilo pictórico dotado de plasticidad.

El tema que resalta a través de las líneas de este texto podríamos enunciarlo así: "los de abajo y los motivos que ellos tuvieron para incorporarse a la lucha revolucionaria".

En el fragmento podemos observar cinco partes o momentos claramente delimitados. En el primero (líneas 1-3), el autor nos deja saber el origen de Demetrio Macías y con él, en forma simbólica, el de muchos de los que se unieron a las fuerzas revolucionarias. El segundo (líneas 3-10) es una estampa de las costumbres campesinas. En el tercero (líneas 10-19) se relata el abuso del poder como motivo de descontento y una de las causas del alzamiento armado. El cuarto (líneas 20-29) narra el motivo personal que tuvo Demetrio Macías para alzarse en armas. Finalmente, el quinto (líneas 29-31) habla de algunos motivos que tuvieron otros insurrectos para incorporarse a la lucha armada.

En el primer momento aparece Cervantes, ex federal astuto y ambicioso, a quien Demetrio ha perdonado la vida, conoce por boca de éste sus motivos para incorporarse al movimiento rebelde y el lugar de su procedencia.

—Yo soy de Limón, allí, muy cerca de Moyahua, del puro cañón de Juchipila.

Limón, Moyahua y Juchipila pertenecen al Estado de Zacatecas. He aquí que la primera nota que resalta en este párrafo es la de verismo, autenticidad en la localización de la acción. En la siguiente oración se exponen los medios de subsistencia con que contaba Demetrio Macías, de lo cual se infiere cierto bienestar económico:

...Tenía mi casa, mis vacas y un pedazo de tierra para sembrar; es decir, que nada me faltaba.

Tenía la casa que le daba albergue, vacas que le proveían de leche y de carne y un pedazo de tierra que le proporcionaba los vegetales para la alimentación y para la venta. Hasta aquí hemos visto dos oraciones, copulativa la primera y transitiva la segunda, en las cuales el autor ha expuesto la procedencia geográfica de Macías, así como su situación económica y social, de todo lo que se enorgullece. El zeugma usado en ambas oraciones asiste en la expresión breve. Las dos características principales que observamos en este primer momento son realismo y concisión.

La expresión "Pues señor", que inicia el segundo apartado, acentúa el lenguaje llano de la conversación y establece la comunicación

entre el personaje y el lector. A continuación se nos presenta un expresivo cuadro de costumbres en el que se exponen, con rasgos llenos de autenticidad, las actividades rutinarias dominicales de los rancheros. La sencillez en la narración y la simplicidad de los actos realizados nos hacen conocer con simpatía la vida de los rancheros, simbolizados en la figura de Macías.

... Pues, señor, nosotros los rancheros tenemos la costumbre de bajar al lugar cada ocho días. Oye uno su misa, oye el sermón, luego va a la plaza, compra sus cebollas, sus jitomates y todas las encomiendas.

Es de notar que Demetrio habla en plural, es decir, en su nombre y en el de los otros. Esta generalización queda acentuada por el uso de un sujeto impersonal. Ya no es el "yo" de la primera oración el actuante, sino "nosotros", "uno", "usté", etc. El elemento anafórico "oye" y el posesivo "su" indican el cumplimiento del deber religioso tradicional en tanto que la elipsis de verbo y de sujeto aligera la expresión. En el fragmento abundan los vocablos y frases propios del lenguaje popular: jitomates, encomiendas, etc., que se continúan en las proposiciones siguientes: cargar la mano, sube el trago, hacer las once, etc. A continuación se habla de la costumbre ranchera de ir a la "tienda" a "hacer las once", es decir, a tomar un aperitivo. En ocasiones hay también pequeños excesos que Demetrio disculpa:

... a veces es uno condescendiente y se deja cargar la mano, y se le sube el trago, y le da mucho gusto, y ríe uno, grita y canta, si le da su mucha gana. Todo está bueno, porque no ofende a nadie.

El autor emplea aquí una gradación. El uso repetido de la conjunción copulativa "y" —polisíndeton— destaca la idea de hinchazón en la acción que conduce al clímax —y ríe uno, grita y canta, si le da su mucha gana—. El anticlímax se produce, en el mismo apartado: "Todo está bueno, porque no ofende a nadie."

En el tercer apartado comienza una nueva gradación, con la intromisión y el abuso de la autoridad que interrumpe el sencillo esparcimiento semanal:

... Pero que comienzan a meterse con usté; que el policía pasa y pasa, arrima la oreja a la puerta; que al comisario o a los auxiliares se les ocurre quitarle a usted su gusto...

Azuela emplea la reduplicación —el policía pasa y pasa— para recalcar la insistencia del agente de autoridad en su propósito mal

intencionado. Actitud insidiosa que se acentúa en la oración "arrima la oreja a la puerta". El rancho se acalora. El estado de ánimo crece, lo cual se expresa con otra gradación en que se usan, en forma reiterada, expresiones populares:

... usted no tiene la sangre de horchata, usted lleva el alma en el cuerpo, a usted le da coraje, y se levanta y les dice su justo precio!

El uso anafórico del "usted" impersonal generaliza a la persona objeto del desmán de los agentes de la autoridad y la gradación llega a su clímax cuando el estado anímico es ya incontenible, lo cual se expresa con el uso de otra expresión popular: "y les dice su justo precio". En otras palabras, les dice lo que se merecen. Un nuevo anticlímax da momentáneo reposo a la acción:

... Si entendieron, santo y bueno; a uno lo dejan en paz, y en eso paró todo.

Pero si no, el ánimo crece de nuevo y Macías muestra su orgullo de hombre:

... Pero hay veces que quieren hablar ronco y golpeado... y uno es lebroncito de por sí... y no le cuadra que nadie le peles los ojos...

Con la frase "Y, sí señor" que continúa la narración se alude a la necesidad de la acción violenta que va a producirse de inmediato y que el rancho trata de justificar:

... Y, sí señor; sale la daga, sale la pistola...

Dos oraciones consecutivas de verbos transitivos usados en forma anafórica aceleran la expresión. Es de notar el uso de la sinécdoque que sustituye la acción de dar muerte por los objetos que la realizan, en este caso, la daga y la pistola. El efecto que se ha querido buscar en esta figura de significación es el de llamar la atención hacia el instrumento utilizado y alejarla de la acción misma y de su ejecutor. De este modo se aleja también la culpa.

Y luego vamos a correr la sierra hasta que se les olvide el difuntito!

La acción de dar muerte no ha llegado a expresarse con claridad, sólo ha quedado inferida en su consecuencia. El acto no puede haber sido tratado de manera más objetiva. El empleo del diminutivo

"difuntito", de connotación despectiva evidencia la repulsión al abuso, a la falta de respeto y a la incomprensión por parte de las autoridades y a la vez hace recaer en el "difuntito" la culpabilidad del hecho que antes ya se había alejado del ejecutor mismo. La expresión "correr la sierra" alude más bien a la consecuencia natural del hecho ocurrido y queda así desligada ya de su verdadero significado de huida. El lenguaje empleado en este último apartado que hemos analizado es breve, entrecortado y cargado de significado. El autor hace uso de recursos literarios que cargan de afectividad lo expresado y dan claridad y armonía a la expresión.

El siguiente apartado comienza con una interrogación no retórica, puesto que el autor nos da la respuesta inmediatamente. Esa contestación constituye uno de los motivos personales de Demetrio para su alzamiento en armas:

Bueno, ¿Qué pasó con don Mónico? ¡Faceto! Muchísimo menos que con los otros. Ni siquiera vio correr el gallo! Una escupida en las barbas por entrometido, y pare usted de contar. . . Pues con eso ha habido para que me eche encima a la Federación.

A don Mónico, con la palabra "faceto" lo tacha de payaso de mal gusto. Demetrio tuvo un incidente sencillo con él, una disputa insignificante en la cual nadie resultó lesionado (Ni siquiera vio correr el gallo!). Aparentemente Macías lo insultó por inmiscuirse en asuntos que no eran de su incumbencia (Una escupida en las barbas por entrometido) y eso fue suficiente para que lo denunciara a la Federación, es decir, a la autoridad representativa de la opresión. Continúa Demetrio exponiendo de qué fue acusado y en la ignorancia y falta de ideal revolucionario que se infieren de sus palabras, entrevemos el sentir decepcionado del autor:

. . . Usted ha de saber del chisme ese de México, donde mataron al señor Madero y a otro, a un tal Félix o Felipe Díaz ¡qué sé yo! . . .

El autor reproduce en forma fiel y pintoresca el habla del rancharo iletrado e ignorante. El uso de la palabra "chisme" acentúa su desconocimiento de los hechos revolucionarios y llama la atención del lector hacia el desatino que va a decir a continuación. Sabido es que con Madero fue asesinado el Vicepresidente Pino Suárez y no el general Félix Díaz, sobrino de Porfirio Díaz, quien se alzó en Veracruz, fue tomado prisionero por Madero y aparecerá más tarde con Victoriano Huerta dirigiendo el golpe castrense que puso fin al gobierno de Madero. Es decir, que lo que Azuela quiere señalar es

que Demetrio Macías, típico caudillo revolucionario, luchaba por motivos personales, con un desconocimiento impresionante, no sólo de lo que estaba ocurriendo, sino de lo que la Revolución representaba. Desde luego, sin tener conciencia clara de ello, Demetrio luchaba por algunas de las causas de la Revolución; porque la opresión y el abuso de poder habían creado un malestar social ya intolerable. Sin embargo, ni Demetrio ni los rancheros que él simboliza eran capaces de ver más allá de sus rencillas personales. Así vemos cómo queda trunco en ellos el ideal revolucionario. La frase final "¡qué sé yo!" resume todo lo dicho anteriormente.

Luego de exponer el viaje de don Mónico a Zacatecas para buscar apoyo de las autoridades, prosigue Demetrio con la explicación del delito del que fue acusado:

...Que dizque yo era maderista y me iba a levantar.

El "dizque" es otro regionalismo que acentúa la autenticidad del lenguaje. Demetrio, que hasta entonces había sido ajeno a la contienda política, se ve arrojado dentro de ella por una acusación falsa. El autor parece indicarnos el sino al que se ve sometido el ranchero. No le queda más remedio ya que luchar porque los acontecimientos lo han arrastrado al mismo cauce revolucionario.

...Pero como no faltan amigos, hubo quien me lo avisara a tiempo, y cuando los federales vinieron a Limón, yo ya me había pelado.

Con el regionalismo "me había pelado" alude a su fuga. En los diez renglones que constituyen este apartado, el autor ha expuesto, acertadamente, las razones personales que tuvo Demetrio Macías para incorporarse a las fuerzas rebeldes. Los motivos de los otros no son menos personales y quedan expuestos en el quinto y último apartado en que hemos dividido el texto:

...Después vino mi compadre Anastasio, que hizo una muerte, y luego Pancracio, la Codorniz y muchos amigos y conocidos. Después de nos han juntado más, y ya ve: hacemos la lucha como podemos.

De la lectura completa de la novela se sabe que Anastasio no es más que un campesino bueno, trabajador y honrado que está allí por razones tan fortuitas como las de Demetrio, "hizo una muerte". Con el uso de esta proposición de carácter sinecdótico el autor imprime una nota pintoresca de autenticidad en el argot usado. De haber empleado la expresión "mató a un hombre", por ejemplo, le

restaría contenido poético a la forma y sería el objeto de la acción —el hombre— lo que quedaría resaltado. Mediante la estructura utilizada se trae a un primer plano la palabra "muerte" de mayor efectividad por su poder de abstracción.

Pancracio y la Codorniz se sabe, también, que son dos asesinos cuyos motivos para incorporarse a la lucha han sido igualmente personales; como los de la mayoría de los otros facciosos.

... y ya ve: hacemos la lucha como podemos.

De esta última oración se deduce otro de los caracteres que el autor ha querido resaltar: la condición de improvisados de estos luchadores, los cuales, sin tener conocimientos militares previos, han sido colocados por el azar y las arbitrariedades de un gobierno dictatorial y opresor en la contienda revolucionaria.

El fragmento que hemos estudiado es representativo de la técnica de novelar de Azuela y trasluce su actitud escéptica en cuanto al movimiento de rebelión. En él se nota una gran capacidad para captar lo objetivo y extraordinaria facilidad para la exposición en un lenguaje sencillo, breve, claro, plástico y poético.

El fragmento nos atrae porque el autor nos manifiesta algo que ha vivido, meditado y sufrido.

BIBLIOGRAFIA

- ALEGRÍA, FERNANDO. *Breve Historia de la Novela Hispanoamericana*. México, Andrea, 1959.
- AZUELA, MARIANO. *Los de abajo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1966.
- BRUSHWOOD, JOHN y ROJAS GARCIDUEÑAS, JOSÉ. *Breve historia de la novela mexicana*. México, Andrea, 1959.
- CASTRO LEAL, ANTONIO. Introducción a *La novela de la Revolución Mexicana*. México, Aguilar, 1960.
- CORREA CALDERÓN, E. y LÁZARO, FERNANDO. *Cómo se comenta un texto en el Bachillerato*. Madrid, Anaya, 1962.
- LEAL, LUIS. *Mariano Azuela*. Buenos Aires, Enciclopedia Literaria, 1967.
- MORTON, F. RAND. *Los novelistas de la Revolución Mexicana*. México, Cultura, 1949.

CONTRA LA NADA QUE ACECHA: JULIO CORTAZAR

Por Jaime A. MONTESINOS

LEGIÓN de escritores idean para su argumento una situación o situaciones a las que sustraen temporalmente —hasta el final de su libro— las soluciones. Estas, si el autor es hábil, no serán aparentes al lector. ¿Es fulano o zutano el culpable? ¿Se arregla así o así la situación? El lector no lo sabe, permanece en un estado de penosa o agradable incertidumbre. Mas en las últimas páginas del libro, el omnisapiente autor descubre una por una las soluciones. Los misterios que ha creado como un pequeño dios quedan revelados. El culpable no fue fulano o zutano sino mengano. La situación se arregló o desarregló no así o así sino así. El rompecabezas se ha resuelto. Todas las piezas caben en su sitio. Ya no hay más preguntas. Las preguntas abundaron sólo en el curso de la lectura. La búsqueda ha llegado a su conclusión. A veces, si el autor quiere intri-garnos, contesta las preguntas del quién, del cuándo, del dónde, y del cómo mientras que reserva sin respuesta para el final la pregunta del qué sucederá.

Cortázar y la insipiencia deliberada

CON Julio Cortázar —el argentino que escribió el cuento ("Las babas del diablo") que dio lugar a la película "*Blow-up*"— estamos frente a un autor que se ha despojado, en muchos de sus cuentos, del derecho ancestral de los escritores: la omnisciencia. Sus páginas reflejan una gran interrogación. El invierte el orden ortodoxo de las cosas: el lector comienza sabiendo y a medida que continúa en la lectura sabe menos y menos. Es un fascinante proceso de resta. Soluciones parciales pueden encontrarse, mas no LA SOLUCION. (No se crea que porque he dicho LA SOLUCION con mayúsculas que Cortázar maneje temas apocalípticos —nada por el estilo.) En su novela *Los premios*, o en cuentos como "Casa tomada", "Cartas de mamá", "La puerta condenada", etc., idea situaciones comunes que desmenuza en sus pormenores cotidianos para formar un

microcosmos que, pese a su aparente simplicidad o quizá por esa misma simplicidad, encierra sugerencias que pueden ser apocalípticas. En *Los premios* un grupo de pasajeros que han obtenido por premio un viaje en barco (no saben a dónde) pueden ir a bordo a todas partes menos a la popa. La popa se convierte en la gran interrogación. ¿Qué hay, qué es la popa? Nadie lo llega a averiguar. El mismo Cortázar ha dicho que no lo sabe. Pero, ¡qué va a saberlo! La Popa no es más que un símbolo de todo aquello (lo que fuese) que le está vedado al hombre saber y que hasta ahora sólo se le ha revelado en la literatura. En "Casa tomada", una pareja de hermanos tiene que abandonar su casa porque unos ruidos les desplazan gradualmente. ¿Qué son los ruidos? ¿La muerte que desaloja al individuo de su propia casa, de su cuerpo? Cortázar no presume saberlo. Los dos hermanos, distintamente de los personajes de *Los premios*, ni intentan averiguar la causa de los ruidos. Los Ruidos, como La Popa, representan entonces (al menos para este lector) ese universo amenazador, desconocido, que rodea la pequeñísima esfera conocida y algo segura de nuestro mundo.

¿Vive Nico? ¿Murió Nico? ¿Es acaso lo débil —y, por tanto, lo inmortal— que lleva el hombre siempre dentro de sí? Las preguntas pueden multiplicarse. Basta leer "Cartas de mamá" para terminar compartiendo la locura (o cordura) de la madre y la cordura (o locura) de Luis y Laura. ¿Han "matado" Luis y Laura a Nico? ¿Lo ha resucitado la madre? ¿Es Nico la extensión de la fantasía, del recuerdo de la madre; o del miedo, de la mala conciencia de aquéllos? El cuento es una nueva prueba contundente de la capacidad del autor de fabricar con mano segura una estructura basada toda ella sobre una duda de proporciones regias. "La puerta condenada" es otra superba exploración de los caminos al misterio. Sólo que Julio Cortázar escoge el camino que conduce al misterio, al centro mismo del misterio y que, por esa razón, no puede, no debe salir de él. El misterio revelado es un misterio violado, empequeñecido. Cortázar practica el culto al misterio: lo presenta como un hecho concomitante del hombre; tan parte de su vida como la nariz o el mal aliento, y así como éstos no precisan de explicaciones (porque éstas cambiarían su ser), no explica el misterio. Cortázar lo respeta; lo deja como es. no lo macula con la palabra.

El niño que llora

COMO en *Los premios* o en "Casa tomada", el autor presenta lo desconocido pero ahora con una variante. Se sabe lo que es. En "La puerta condenada" se sabe que un niño llora. Lo que no se sabe es

el cómo. Las plausibles explicaciones (i.e., una mujer que tiene un niño clandestino en la pieza contigua; una mujer loca que finge tener un niño) son descartadas. Queda una explicación, una impactante explicación: el llanto existe independientemente. ¿Cómo? Hay dos posibles causas.

1) *La causa sobrenatural*. A lo Edgar Allan Poe (que influye en Cortázar; él ha traducido a Poe) existe el fantasma de un niño en el cuarto de un hotel. Dentro de la cuentística de Cortázar esta razón adolecería de simple y trillada. Lo fantasmagórico ha sido abusado como velo del miedo o de la ignorancia, o como la explicación de lo desconocido o de lo inentendible.

2) *La causa metafísica*. El llanto del niño es o simboliza el miedo, la ignorancia; es una revelación parcial (parcial como todas las revelaciones) del resto del cosmos, de lo que nos rodea y que nunca acabaremos de averiguar.

(Cada vez que intento explicar lo que Cortázar tan sutilmente deja de explicar, me parece que adultero un misterio, apocándolo al limitarlo dentro del terreno conocido y reducido de las palabras... Sin explicaciones el misterio es una batería inagotable de chispeantes sugerencias.)

¿Congestión de tráfico?

“**L**A autopista del sur” es uno de los cuentos de *Todos los fuegos el fuego*. El tema no podría ser más simple: un gigantesco *traffic jam*. Una congestión de tráfico en una autopista. Lo irracional, lo insólito se convierte en lo racional y sólito. Los viajeros tienen que hacer frente al embotellamiento que no dura minutos u horas, sino semanas. Pequeñas células sociales se organizan al modo que pudo haber ocurrido en comunidades primitivas. En este microcosmos (¿la creación del mundo; el viaje de la vida; o, simplemente, una congestión espectacular de coches y nada más?) el conductor de un automóvil hace de dirigente, otro será el guía. más allá brota un médico (el curandero), aparecen los enfermos, los trabajadores, los comerciantes (que venden agua y provisiones a precios exorbitantes), el rebelde, el ermitaño, etc. Toda una compleja red de interdependencias se entreteje en un mundo compuesto de asfalto y autos detenidos. La vida aparece en una cápsula casi cómica (el humor casi siempre sonríe en las obras de Cortázar), absurda por lo lógica dentro de su ilogismo: hasta hay nacimientos (en potencia) y muertes (de hecho). Nadie sabe, a ciencia cierta, a qué se debe la aglomeración de autos. Ni nadie lo sabrá, incluyendo el lector y el

autor. Tan inexplicable como su origen es la disolución del embotellamiento. De pronto el tráfico se arregla. El cómo, el porqué no se hallarán en el cuento. Rotas quedan las flamantes asociaciones circunstanciales. ¿Sabemos la causa o solución de las congestiones de tráfico, y por extensión, de las congestiones de vida o vidas? El hombre aparece rodeado de efectos sin causas. Los efectos puede a medias entender, a medias combatir, a medias aceptar, hasta gozarlos a medias, —como en "La autopista del sur". Lo que precede y sucede a los efectos, no obstante, permanece fuera de la reducida órbita de su conocimiento.

Los disfraces de la nada

UNA dialéctica del engaño (a través del engaño que desengaña o el desengaño que engaña) se ejecuta en los relatos de Cortázar. El huye del fin calculado o pronosticable como de la plaga en tiempo de epidemia y sin antibióticos. Lo que puede predecirse, lo que responde a una causalidad rutinaria —o si se quiere hasta esotérica— es anatema dentro de su estilo. Rodeado del arcano, Cortázar se convierte en un místico que señala las sombras de la cueva no haciéndolas sombras chinescas ni diciendo son esto o el otro sino subrayando su perenne y radical entidad de sombra. La función del escritor, así demostrada por Cortázar, adquiere nuevas especificaciones, a la par que abandona las que le correspondían por costumbre y privilegio. ¿A qué o a quién tiene que sacar de paseo por las calles de Buenos Aires el muchacho de "Después del almuerzo"? Por varias páginas atestiguamos una experiencia mitad ansiedad, mitad vergüenza y mitad deseo (en estos cuentos ya no se puede formar unidades con dos mitades solas) por parte de un adolescente que camina con algo o alguien que parece ser mitad persona, mitad monstruo (¿y por qué no?), mitad nada. "Claro que estarían contentos de que yo *lo* hubiera llevado a pasear al centro, los padres siempre están contentos de esas cosas" dice el chico poco antes de los renglones finales. ¿Y qué o quién es ese "lo"? Lo peligroso (y por aquí también anda un "lo" suelto y no definido) es buscarle cuatro patas a los gatos de Cortázar. Bien pudiera nuestro mixtificador estar tomándonos del pelo y sonriéndose de tanta fatua interpretación, altisonante y falta (o pobre) de sentido e inteligencia. Porque vengamos a cuentas. Es relativamente fácil hallar símbolos a las cosas inexplicadas de Cortázar. El compañero que veja a nuestro amigo puede ser el propio sentido de insuficiencia, o el complejo de inferioridad que escondemos pero que nos saca a paseo de vez en vez.

Puede ser, puede ser. . . lo que se nos antoje. ¿Y qué? Todas las respuestas serán vanas conjeturas. Cortázar no se ha molestado en describirnos lo que era porque al hacerlo, al decir qué o quién era, cómo era, etc., habría cerrado el relato. Su deseo es que el cuento permanezca siempre abierto. Siempre admitiendo toda explicación como una penúltima explicación. ¿Y dónde queda el crítico ante esto? A veces pienso que Cortázar se reirá del crítico más que de nadie. El papel de este autor es como el del hombre respecto a Dios: Dios ha creado un mundo que mixtifica al hombre y el pobre hombre ante tantos misterios trata de explicárselos lo mejor que puede, sin que "lo mejor" alcance jamás a ser enteramente convincente, --ese es su acierto.

La Edad Media vs. la Época Moderna

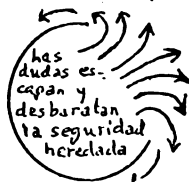
EL mundo cerrado, seguro de la Edad Media que, cuando más admite dudas sobre sí mismo (sobre este mundo, sobre lo que es y puede hacer el hombre), finca su certidumbre en lo que no conoce. Dogmatiza todo lo desconocido, lo de fuera, mientras gasta sus dudas dentro. Lo de dentro es sueño, polvo, nada (parafraseo a Góngora, me parece), pero lo de fuera tiene estructuras sólidas y exactas: el cielo, el infierno, en fin, el reino de Dios trasciende las dudas, *es*. La época moderna, en cambio (que puede iniciarse con soñadores como Don Quijote —¿dio lugar éste al axioma cartesiano de "pienso luego soy": Alonso Quijano piensa, luego es Don Quijote?— que sobrepone su punto de vista en lo creado: el gigante eclipsa el molino de viento), se caracteriza por la duda. Su mundo es lo contrario del círculo cerrado, es el círculo abierto, con múltiples (infinitos) caminos a lo infinito (lo múltiple). Las dudas tienden a escapar del interior al exterior. Estas dudas no gastadas en la tierra desbaratan el universo circundante del dogma heredado. Se puede llegar a creer en el hombre, mas no en un dios. La duda ha traspasado la realidad ambiente.

El mundo cerrado de la Edad Media



La seguridad se asienta afuera

El mundo abierto de la Época Moderna



La seguridad puede quedarse dentro

Cortázar y la síntesis de dos épocas

GRAN parte de la literatura occidental no ha rebasado la Edad Media en cuanto a creación (con respecto a géneros y estilos sí es posible hablar de diferentes períodos). El autor inventa personajes y situaciones, inserta la duda hasta en proporciones alucinantes —los personajes dudan de los otros, de la sociedad, del cosmos, de la madre, de un incidente, de las pasiones, de sí mismos, aun de su autor, o el autor de sus personajes (cf. Unamuno, Pirandello)— pero por alguna parte tarde o temprano, el autor no puede superar la central debilidad medieval: necesita creer en algo, así sea algo superfluo a la propia creación literaria —cree en su capacidad de árbitro, o en su capacidad de resolverlo todo, o en su capacidad de engañar o desengañar a los personajes, o al lector, o a sí mismo. Pero cree. La inseguridad, la incertidumbre, pueden peñar su obra, penetrar sus poros recónditos, mas la seguridad circundante —respecto la obra específica— dogmatiza el inalienable hecho que el autor sabe, cree que sabe, o lo que es lo mismo, quiere saber qué es lo que hace. Una obra de este molde, naturalmente, se limita al conocimiento —por más amplio que sea— de su autor. Su autor ha medievalizado la relación entre el saber y el creer. Ha hecho de sus propósitos globales un artículo de fe. El lector tendrá, en algún punto, que ser convertido a su sistema religioso. Si muy sofisticado y actual, nos hará creer, como si fuera dogma, en la misma duda, en la ficción que él ha fabricado y *resuelto*. Pero al contrario, una obra que se ciñe al *desconocimiento* deliberado de su autor, no se ciñe a nada; es un camino abierto, infinito.

Cortázar, en los cuentos señalados (y en otros, por ejemplo, "Circe", "Continuidad en los parques", "Final del juego", "La salud de los enfermos", "Una flor amarilla", etc.), mete la duda dentro del cuento —sus personajes-siluetas-máscaras (hay que reconocer que Cortázar no se propone dibujar caracteres sino más bien tomar al Hombre, la Mujer, la Señorita, el Niño, etc.) rara vez saben lo que ocurre o les ocurre— y sitúa esta duda construida por él dentro de otra duda, la duda circundante, exteriorizada en la Epoca Moderna. Una duda inventada, entonces, es contenida por la duda ajena al autor. El círculo cerrado medieval, con sus dudas interiores aparece metido dentro del círculo abierto contemporáneo con sus dudas que escapan. La duda ha sido elevada a potencia, con la diferencia radical —y esto sólo es una sospecha de mi parte— que Cortázar no sabe qué es lo que no saben sus personajes, y cuando éstos lo saben, tampoco sabe él —o el lector— qué es lo que saben.

No hay de su parte una actitud dogmatizante, porque no hay en

él —en estos cuentos— una creencia que le sitúe en el plano mesiánico de fundar un sistema de fe. Cuando más se aproxima a la teoría —o si se quiere, al dogma— (por ejemplo en "Una flor amarilla": la predestinación en masa —una variación de su idea, más bien recelo, de que formemos parte de super-figuras en las cuales nuestra aparente individualidad no sería más que una molécula del conjunto —de la individualidad colectiva) más se aleja de ella al situarla dentro del marco (marginal como todos los marcos) de una personalidad excéntrica que es la encarnación del buscón, del que no encuentra.

En los cuentos de Cortázar no hay repetición pese al recurrente tema de la búsqueda (o lo que da lo mismo, de la fuga —la búsqueda al revés) porque Julio Cortázar es un perseguidor más infatigable que Johnny Carter (hasta tienen las mismas iniciales)— el perseguidor por antonomasia de su obra. Cortázar busca nuevos caminos a la búsqueda, y esos sí encuentra. Afortunadamente no va más allá. No se pone de este lado de la búsqueda, de la nada que acecha. No se pone del lado de lo fácil, de LA SOLUCION.

JOAQUIN CLAUSELL, PINTOR IMPRESIONISTA MEXICANO

Por Efrén NUÑEZ MATA

EN una de las ciudades más bellas de México, el puerto de Campeche, ubicado en el litoral de la península de Yucatán, en el Atlántico, nació José Joaquín Quirico Marcelino, mejor conocido simplemente como Joaquín Clausell. Sus padres fueron don José Clausell, natural de Cataluña, España, y doña Marcelina Franconis, mexicana. El padre era hábil armador de barcos y fama tenía de hombre liberal, dedicado íntegramente a su labor.

Campeche es una ciudad singular, amante de la libertad, imbuida en el bien entendido de la justicia. De un lado el mar, del otro el campo, la selva. Ahí han nacido o han muerto no pocas revoluciones. Durante el porfiriato fue un punto perdido de la metrópoli.

Los estudios primarios y los superiores los hizo Joaquín Clausell en el célebre puerto. Era inquieto, dotado de una inteligencia lúcida. Defendió a los débiles contra los grandulones tiránicos y contra los petulantes ricos, y así se convirtió en líder, sirviéndose de los puños cuando fue necesario, pues era fuerte y retostado por ese sol de Campeche, que endurece al hombre.

Mostró una habilidad extraordinaria en pintar y también en caricaturizar. Unas veces eran los maestros y otras el director de la escuela. Llegó a más: a caricaturizar al propio gobernador, y la caricatura se puso en manos de quien todavía en aquella época era señor y dueño de vidas y haciendas.

Había visto —cuando visitaba a su padre— cómo los obreros trabajaban a sol y viento y percibían un salario que en modo alguno podía satisfacer sus primordiales necesidades y fue entonces cuando promovió una huelga, y esto fue el colmo para el señor gobernador que expulsó de Campeche a Joaquín Clausell cuando apenas contaba quince años de edad.

Fue una hazaña la de Clausell el llegar a la capital tras múltiples peripecias, pues Campeche era una ciudad olvidada de la metrópoli y los caminos de tierra adentro eran intransitables, difíciles. En México se encontró con un medio demasiado difícil para un muchacho pobre; pero como era valiente y osado, con el fin de con-

tinuar sus estudios en la Escuela de Jurisprudencia, se las arregló con un farmacéutico para "hacer, decía con cierta ironía, pildoritas". Fabricando medicinas ganó algo para pasar la vida y estudiar.

Joaquín Clausell no fue como otros que emplean sus facultades de pintor en detenerse en algo que le produjera un poco más de entradas. Fue desde niño un espíritu que poco creía en el don que le había otorgado la naturaleza para ser un gran artista. Al desgaire pintaba un trozo de mar o una arboleda, una mujer que danza o un caballo que golpea las piedras; pero no creyó que fuera, lo que realmente valía su lápiz: un gran pintor.

La rebeldía contra las injusticias le acompañó toda la vida. Su pluma diestra y viril desplegó toda su iracundia contra el régimen de Porfirio Díaz. Escribió en *El Hijo del Abuizote*, en *El Demócrata*, *El Diario del Hogar* y otros periódicos de oposición y por varias veces visitó la cárcel. Nunca se doblegó.

Escribe J. L. Rodríguez Ibarra: "En unión de uno de sus compañeros de prisión, el joven Abel González Mier, Clausell escribió un manifiesto titulado *Oda a Atenas*, en el que incitaba al pueblo a 'quitarse del lomo al gobierno porfirista'. Los esbirros porfiristas buscaban a Clausell, que se escondió, y con valentía admirable González Mier, que era de corta estatura, trepado en hombros de un fornido obrero, recitó en memoria de Sebastián Lerdo de Tejada, la oda, que no era corta:

"Madre Atenas levanta la cabeza...

El vaso se había colmado. Clausell partió al destierro y se fue a vivir a París. Tuvo días premiosos; pero aprovechó bien su permanencia en Lutecia, pues visitó frecuentemente el Louvre, y aquella vena artística de pintor se despertó en él con más fuerza. Los pintores impresionistas le produjeron una admiración profunda.

El *impresionismo*, nombre que había sido empleado por los críticos adversarios de esta modalidad artística, vino del título de un cuadro de Claudio Monet que había exhibido en el Salón de 1874, cuya técnica consistía, en términos generales, pintar al aire libre, valerse del minuto fugaz de la luz y el color, en forma distinta de los clásicos. Aunque como Renoir pintaron al modo académico antes, inventaron hasta la mezcla de colores, la superposición válida. No es lo mismo pintar un ramillete de azucenas al amanecer que en un medio día. Las tres últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, muestran la obra de los impresionistas franceses, bur-lados, criticados y negados, hasta que al fin pudieron penetrar en el Louvre.

Clausell visitó los lugares que habían sido centros de batalla, donde estuvieron los cafés *Nouvelle Athènes*, en la plaza de Pigalle, y el *Café Guerbois*, en la avenida de Clichy. Conoció a artistas que aún vivían y estudió con alegría la pintura impresionista; pero él, como la mayoría de los hombres de la paleta y el color, pensó en encontrar una forma propia, personalísima, en los ensayos que hizo en París. Cada quien, decía, tiene lo suyo y es torpe imitar lo inimitable. Nunca pensó en convertirse en artista, pues Clausell, autodidacto genial, lo que menos le preocupaba era ser pintor, ya que otros menesteres, a su vuelta a México, le ocuparían febrilmente sus horas.

En México, su decepción no fue poca, porque observaba que la gente nueva —los revolucionarios— no siempre se mantuvieron en aquel equilibrio que exige la renovación de la vida política de un pueblo que como México, tenía una larga historia de injusticia social.

Puede afirmarse rotundamente que Joaquín Clausell fue un estudiante turbulento y ciudadano inquieto, rebelde en su profesión de abogado, más si se trataba de defender a los pobres o a los inocentes. Se hizo cargo en Texcoco de la defensa de un hombre todo probidad a quien se acusaba de un robo; pero como el juez estaba empeinado en condenarlo, Clausell perdió la paciencia y llegándose al omnipotente señor, lo tomó de la solapa mugrosa, y le gritó: —“Usted sabe que este hombre a quien defiendo, no tiene culpa. O me lo saca libre, o le saco a usted el alma”.

El Dr. Atl que lo acompañaba intervino, inútilmente, porque acusado y defensor fueron a dar a la cárcel y el pintor de los volcanes —vulcanógrafo él mismo— se vino a México a implorar, dice, a los dioses del Olimpo Oficial, y en la tarde de aquel día el vehemente defensor y su cliente salían a la calle, y el juez a la calle.

En la casa que fue de los condes de Calimaya, tras un idilio romántico, Clausell casó, en 1898, con doña Angela Cervantes descendiente de los condes de Santiago. Ahí vivió el pintor mexicano. Era ya un profesionalista que ganaba bien; pero no con los pobres que le pagaban con una gallina o con nada. La mansión es hoy *El Museo de la Ciudad de México*. Ahí, durante un tercio de siglo, pintó Clausell 141 telas y varios murales.

Lo que es indudable en Clausell es que pertenece al grupo de los impresionistas. Algunos críticos lo han comparado con el célebre pintor francés Maurice Utrillo cuyo apellido español lo debe a un periodista también español. El hijo de Suzanne Valedón no olvidó nunca el apellido materno. Este pintor era a los 18 años un ebrio consuetudinario y aun fue internado en asilos y sanatorios, en tanto que Clausell a esa edad era un joven robusto, sin vicios y lleno de esperanzas y de fe en México; y si alguna vez como bohemio de la

época, bebió, lo hizo al igual que los otros jóvenes mexicanos de su tiempo. Ni ya entrado en la madurez dio el espectáculo de un ebrio habitual. Si llegaba bastante noche a su casa, es porque iba constantemente al *Demócrata* o al *Hijo del Ahuizote* para dejar sus cuartillas contra el porfiriato. Los años de juventud de Utrillo fueron borrascosos. En 1935 se casó con una viuda rica, Lucie Pauwels, quien le proporcionó la comodidad que no había conocido antes y lo vigilaba que no escapara y que libremente pintara, si no hacía cuadros de escaso valor. cuando huía del paraíso prisión. Clausell fue pobre cuando su padre lo dejó en la orfandad; pero nunca dejó de cumplir como esposo en la época de su matrimonio. Vivió en la regia mansión que ocupa hoy el *Museo de la Ciudad de México*, porque una de las condiciones que le impusieron los familiares, el licenciado Antonio Cervantes, otro descendiente de los condes de Calimaya, fue que él viviera en la suntuosa mansión ubicada en la esquina de las calles de Pino Suárez y república de El Salvador. Clausell fue siempre muy querido por los parientes de su esposa.

En cuanto a la pintura de Utrillo no es propiamente del paisaje que se ve en el artista mexicano.

Utrillo amaba la ciudad y pintó en equilibrio de colores —*Chartres, La Calle St. Roustique, La Taberna de Lapin Agile, La Iglesia de San Pedro*. Si Clausell amó la ciudad, toda la maravilla de los colores de sus pinturas —paisajes y marinas— la tomó de la naturaleza. Con su gran amigo el Dr. Atl se iba a Tlalpan, Xochimilco y a otros lugares de México como Acapulco, para crear bellas unidades de color. Hacía dibujos con la rapidez de cualquier famoso impresionista y retenía en la retina la imagen viva y luminosa. El parentesco es, pues, tan lejano con Utrillo que nada tienen en común si no es porque son pintores impresionistas.

Como en una inscripción que aparece en el Museo de la Ciudad de México lo señalan como un pintor impresionista que sigue a Claudio Monet, nuestro punto de vista en esto es que Clausell no se dedicó, como Monet, íntegramente a la pintura, pues la política y la jurisprudencia restringieron mucho de su arte. Monet había concurrido a la Academia Suiza y Clausell era autodidacto, pero en éste hervía innato el poder del arte. No estudió, como el otro, perspectiva, mas basta contemplar la pintura del antiguo Xochimilco para comprender la pérdida que tuvo la pintura mexicana por no haberse dedicado exclusivamente, como le instaba su amigo el Dr. Atl, al arte nada más.

No por simple pasión sino por convencimiento decimos que Monet y Clausell son distintos en su técnica aunque hayan pintado ambos marinas y paisajes. Fue Monet quien encontró la clave de la

luz que "disuelve la forma, pero no la aniquila". Hay pinturas así en los dos artistas. Los dos pintaban al aire libre. Como Monet, el pintor mexicano se valió de su paleta para dejar en la tela, a veces, el mismo paisaje. Se ha llamado por la crítica a Monet "el adorador del sol", porque los paisajes de París parecen iluminados por el Astro Rey; pero en esa coincidencia en ninguno hay ni siquiera semejanza. Hay más: Clausell —con esa intuición genial que le adornaba— pintó *La noche*, un cuadro de cortas dimensiones en que el espectador se dice: Yo he visto estas sombras y esa lucecilla que irrumpe en la entidad de la noche.

Monet empezó haciendo caricaturas en la tienda de comestibles de su padre en El Havre; Clausell, en Campeche, caricaturizó a sus maestros y compañeros, y no vendió, como el artista francés ninguna de sus primicias, ni sus paisajes y marinas. Dos vidas distantes: Monet intentó el suicidio, Clausell, nunca: gustó del placer de dar su existencia a los otros, a los débiles o los pobres. Los dos amaron profundamente la naturaleza y en ella encontraron la poesía del color, la gracia de la luz, la dulzura del aire. La semejanza es tangencial en estos artistas personalísimos.

Permanezco largo tiempo contemplando en el *Museo de la Ciudad de México* los murales que necesariamente responden a una labor de un tercio de siglo. Es un mundo que pasa ante las pupilas vigilantes del pintor mexicano. A veces en un corto espacio quedó expresado un episodio o un ser. Alguien ha creído ver en uno de los retratos de mujer a la Tórtola Valencia, de la que —dicen— se enamoró. No lo creo. Los jóvenes de aquella época hallaron en la bailarina española gracia y donosura, y aun aquéllos que no anduvieron en la bohemia, como Juan B. Delgado, le escribieron poemas:

*Esta Tórtola Valencia
es la más ática esencia
del ritmo y de la cadencia.*

Hay que realizar un estudio minucioso de esos murales de Clausell para entender su razón de artista al pintar un Cristo que parece entristecido por una humanidad que camina a la deriva; una marina tiene el don de mostrar cómo los elementos de la naturaleza desatan un drama en el mar; un paisaje —con sus verdes frescos y deliciosos— vale por un cuadro de grandes dimensiones... Puso el pintor su fuerza al mostrar una huelga obrera con la bandera rojinegra.

Los impresionistas franceses trataron de vender sus pinturas y de llegar al Louvre; Clausell nunca lo hizo, como dijimos. No quiso



Las Fuente: Brotantes, Oleo sobre tela

Tormenta de Nieve, Oleo





Fuentes Brotantes, Oleo sobre tela

Camino de San Angel a Tlalpan, Oleo





Tlalpan (Claro en el Bosque), Oleo sobre tela

El Pintor Joaquín Clausell





Fuentes Brotantes de Tlalipan

oír los consejos del Dr. Atl que lo instaba a dedicarse sólo a la pintura. Lo mismo en la abogacía en que tuvo a su cargo una oficialía en el Ministerio de Justicia, pues el gobierno a quien criticaba, lo quiso atraer a sus filas, no depuso su actitud; estuvo únicamente tres meses.

Las pinturas de Joaquín Clausell están dispersas en la morada de sus hijos, de sus amigos, en los museos de México. Sus marinas magníficas como *Furia del Mar*, *Puntas sobre el mar*, *Marina* (varias con este nombre) revelan al impresionista sensible. Admirable es también su pintura *Espumas*, donde la luz ennoblece el coro de las ondas. El agua de las corrientes le atrajo como se comprueba en *Rápidos entre Peñas*. El supremo paisajista —distinto del notable Velasco— pintó los volcanes del valle mexicano, *Tlalpan*, *Nubes sobre la Cosecha*, *Grupos de árboles*, con fervor, en ocasiones como el color que enreda el minuto de maravillas, la serenidad o el alboroto de la naturaleza.

Además de ser un culto abogado y orador de primera, fue un hombre excelente por sus virtudes cívicas.

La muerte de Joaquín Clausell ocurrió en una excursión que hizo con su familia y otros amigos a la laguna de Zempoala el 28 de noviembre de 1935, a los 69 años de edad. Salió del grupo con un amigo —cuyo nombre no he podido recoger— y bajaban con cuidado. El acompañante de Clausell resbaló y se cogió del pintor, y sin poder asirse a nada, cayeron al abismo sobre las rocas, ahí en el campo que tanto había amado. Esta es la verdad escueta.

ANA MARIA MATUTE (N. EN BRCELONA, 1926)

Por *Alfredo GOMEZ GIL*

ANA María Matute es un caso más de autodidactismo. No pasó por las aulas universitarias, formóse en el gran libro de la naturaleza y de la vida. Sus primeros cuentos aparecen en *Destino* y *La hora* por el año 1947. El primer premio literario, "Café Gijón" con la publicación de *Fiesta al noroeste*, y después "El Planeta" en 1954 con *Pequeño Teatro*.

Ya desde entonces apuntan los temas básicos de su narración: La soledad y falta de comunicación, la mezcla de amor y odio entre hermanos, amigos y amantes, la necesidad de escapar de la vida, la inocencia de la niñez, la inevitable desilusión del hombre, la muerte, el inexorable paso del tiempo, notas estas unidas a una crítica social, propia de conciencia comprometida. Confiesa la escritora: "Elegí la literatura como el medio para mí más idóneo y eficaz de comunicar a los hombres mi idea de ellos y de decirles mi solidaridad en su dolor de vivir. Fatalmente, pues, he escrito . . . novelas desagradables para los paladares burgueses o esteticistas. . . A la par que un documento de nuestro tiempo y que un planteamiento de los problemas del hombre actual (la novela), debe herir. . . la conciencia de la sociedad, en un deseo de mejorarla. En cuanto a mi relación con los lectores, mi propósito es. . . obligarles a pensar". Ideario que veremos repetido en el resto de su producción: *Los Abel*, *En esta tierra*, *los niños tontos*, *los hijos muertos*, *primera memoria*, *a la mitad del camino*, *el arrepentido*, *Tres y un sueño*, *historias de la Artámila*, *el río*, *los soldados lloran de noche*.

José L. Alborg, entre otros, han señalado su interesantísima desviación en la línea del realismo, su acento personal, la elaboración convencional de esa realidad, su subjetiva deformación más inventora que observadora. No busca la novelista el realismo en toda su objetividad, sino la evocación de esa misma realidad y la creación de un estado de ánimo. Una anormalidad de visión a lo Kafka. Su lenguaje es sugestivo y poético, a veces rayano en lo grotesco: hecho a base de melancolía, muerte, pesimismo y violencia. Sus protagonistas son seres solitarios, introvertidos, incomprendidos, neuróticos,

alienados, incapaces de comunicación. Y de entre ellos resaltan los niños, los adolescentes, vistos con un gran afecto humanitario.

Sus escritos hacen a menudo alusión a temas bíblicos, que sirve a la novelista para expresar su personal filosofía. El Antiguo Testamento con la historia de Caín y Abel es el prototipo para sus caracteres de amor y odio. Hay una insistencia en la defensa de una moral natural frente a la de un cristianismo degenerado. "No hay caridad sin amor. . . la caridad es, o debería ser, el principio y la base de todo cristianismo. Caridad es escuchar al prójimo con paciencia, o pronunciar una palabra de aliento, o dar una oportunidad, o tener indulgencia hacia las faltas ajenas, o no dar oídos a la maledicencia, y a veces, quizá, no creer en la maldad humana".

Nos parece percibir en Ana María Matute una visión existencialista de la literatura unida a una concepción cristiana de la vida.

—¿A qué cree usted que se debe el gran interés por su obra en los Estados Unidos?

—Es difícil responder a esta pregunta. Personalmente me inclino a sospechar que cuando algo nuestro (literariamente hablando) gusta, o no gusta; y, más concretamente, si alcanza algún "éxito", éste suele ser inesperado. Y, para su autor, este éxito suele ir acompañado de un elemento mágico. Pero, magia aparte, creo que por lo general un éxito va aparejado a menudo de cierto misterio. Y en esto, abundan editores, libreros, etc. Claro que, en parte, para mí se ha clarificado un tanto este misterio —y sin llegar a hablar de "éxito", en lo tocante a mi caso, sino de simple aceptación de un público por una obra— al tomar contacto con algunos estudiantes norteamericanos interesados en mi obra. He tenido oportunidad de apreciar que mi literatura se identifica particularmente con el elemento joven de esta generación. Es decir, que a pesar de mi edad, y de mis condicionamientos y limitaciones idiomáticas, y hasta geográficas, he hallado en los jóvenes americanos —y al decir jóvenes, englobo un poco arbitrariamente a los comprendidos entre los 16 y 25 años— una comprensión y comunicación verdaderamente asombrosa hacia la problemática y los seres que componen mi mundo literario, mucho mayor que en mi país. Esto, claro, me ha producido una doble sensación de alegría y amargura. Porque en España, y con las debidas y entrañables excepciones, no se ha producido casi nunca esa comunicación —no quiero caer en el sentimentalismo de llamarla "comunidad"— de forma tan evidente, y repetida.

—Desde el punto de vista académico, ¿dónde cree usted que se le presta mayor atención, en Estados Unidos o en España?

—En parte, creo que mi anterior respuesta también sirve a esta pregunta pero, dejando aparte lo dicho, y refiriéndome al elemento

"adulto" (—siempre dentro de esta dilatada gama de matices con que me permito seguir generalizando, ya que estoy informada de que un hombre de 25 años, también es, al menos oficialmente, "adulto"—), entre esos, "adultos" dedicados a la enseñanza del español o simplemente interesados en la literatura de mi país, he hallado también un interés, una tan sincera y noble curiosidad, que no es frecuente en mi país. ¿Se debe quizá, en lo que a los maestros se refiere, porque han captado el interés suscitado en los más jóvenes? ¿O es porque, en principio, cuando estudian algo, o en algo se interesan estos adultos americanos, proceden más concienzudamente que los de mi raza? Tampoco lo sé, ni me atrevería a dogmatizar sobre el hecho. Como hecho, simplemente, lo expongo. No es mérito mío, tampoco, por supuesto, suscitar su interés: el mismo interés lo han suscitado otros escritores. Pero, en todo caso, es muy reconfortante.

—Usted ha viajado por casi todo el mundo. Vivió en los Estados Unidos y Rusia. ¿Dónde cree usted que está el intelectual mejor atendido?

—En Estados Unidos, que yo sepa, no se deporta, ni condena, a un escritor por el solo hecho de que sus opiniones no coincidan con las opiniones del Gobierno. Ni porque critique a su país, cruel, agría, o dolidamente. Ni porque lo acuse, ni porque denuncie sus defectos y errores. En Rusia, sí. Pero esto sentado, debo añadir también que en ninguna parte del mundo por mí conocido he hallado mayor respeto, cariño y aun devoción por el escritor, (de la raza o lengua que sea) como en Rusia. Yo no sé si esta actitud tan positiva y entrañable de los rusos para con el escritor es *a causa* o *a pesar* de un sistema. Pero de lo que sí tengo certeza, es de que, al margen de ambas posibilidades, el pueblo ruso siente una especial disposición para admirar, amar incluso al escritor: especialmente al poeta. Las calles y plazas principales de todas las poblaciones, grandes o pequeñas, llevan nombre de escritores, la mayor parte de los monumentos erigidos en parques y jardines rusos, están dedicados a escritores, y, lo que es mucho más significativo, adornados con pequeños y casi silvestres manojos de flores, frescas, recién cortadas (a que tan aficionados son los hombres y mujeres de aquel país). No se trata de ramos "oficiales": son auténticos y anónimos homenajes de seres desconocidos, que, devuelven, de alguna forma, el placer, el dolor o la reflexión, en suma, que les proporcionó una lectura. Llevándolo a mi caso particular he de decir que sin que en nada influyeran ni tan sólo interesasen, mis opiniones o convicciones de cualquier género, como escritora, fui tratada en Rusia, con un afecto, consideración y delicadeza realmente inolvidables.

Y he de admitir, con pena, que comparé en más de una ocasión esta actitud con la de mis compatriotas. Puesto que, en el mejor de los casos, en España un escritor es tratado si no con sorna o prevención, al menos, con una olímpica indiferencia. Ya sé que es un problema de cultura: pero me dolería que también existiese alguna otra oscura y recóndita razón que, sinceramente, me niego a investigar. En cuanto a mi experiencia como escritora en los Estados Unidos, si bien la forma externa con que fui tratada es menos *expansiva* y *sentimental* que en Rusia —por decirlo de algún modo y sin olvidar que el tiraje de mis obras allá ha oscilado entre los 60 000 y los 120 000 ejemplares mientras que en los Estados Unidos sólo han alcanzado la vigésima parte!— he podido apreciar el mismo respeto, interés y curiosidad por el escritor, en el más alto sentido de la palabra. Sin olvidar que, y debido a la mentalidad y sistema que diferencia y caracteriza ambos países, en Estados Unidos se retribuye económicamente a un escritor como en parte alguna: porque —¡ay, y esto para un escritor español resulta amargamente sorprendente!— en Estados Unidos, escribir, es *también* trabajar, colaborar; dar, en suma, algo a sus semejantes: y como tal, es correspondido. Lo cual, repito, sigue siendo muy reconfortante.

—Parece que están de moda los temas americanos, y que hay un gran interés por trabajar permanente o temporalmente en este país, especialmente en los gremios literarios, ¿a qué cree que se debe este actual interés?

—No estoy suficientemente informada a este respecto como para poder emitir un juicio taxativo. Pero en lo que se refiere al interés por trabajar temporal o permanentemente en los Estados Unidos, creo que para el escritor español, aparte otras consideraciones de tipo espiritual antes señaladas, no es ajena la última consideración de mi anterior respuesta. El factor económico afecta grave y lógicamente, a una clase tan "económicamente débil" como suele ser el escritor español. Al margen de algo tan sustancialmente importante como es el hecho de sentirse respetado y considerado —y sin entrar en matices de calidad, sino simplemente como simple profesional que dedica su vida a una vocación— un escritor es un ser humano, y por añadidura, un ser humano no demasiado preparado para la lucha y regateo, a menudo cruel, con el mundo de la economía o de la simple supervivencia. Para entendernos, el escritor, como todo hijo de vecino, necesita vivir con dignidad. Y esto, Estados Unidos lo proporciona generosamente; quizá como ningún otro país del mundo. Por otra parte, América ofrece al escritor unas posibilidades literarias realmente fascinantes, puesto que de un continente fascinante se trata, tanto en lo bueno como en lo malo,

—¿No implica dificultades y alteraciones de la línea artística trazada por un escritor los cambios ambientales, o sea la doble residencia?

—Cuando se es *escritor, escritor, escritor*, se es tan tozudo —al margen de talento y posibilidades— que ninguna circunstancia puede afectarle lo suficiente como para impedirle seguir siendo *escritor, escritor y escritor*.

—Desde su punto de vista, ¿tiene el americano capacidad para ponerse en lugar de otras mentalidades? En cualquier caso, ¿a qué se debe?

—En términos generales creo que este es el peor defecto del lector o estudiante americano (al menos, apreciado por mí). En mi experiencia con los alumnos de Estados Unidos, el único escollo con que he tropezado, a veces, es esta especie de "incapacidad física" para interesarse por las preocupaciones o problemas que estén fuera de su mundo propio o conocido. Sin embargo, en los últimos tiempos me parece apreciar, un notable descenso en esa actitud.

—¿Se establecería usted definitivamente en los Estados Unidos?

—Debo confesar que yo no me establecería "definitivamente" en ninguna parte del mundo. La sola palabra —como la palabra *siempre* o la palabra *nunca*— me estremece. Del mismo modo que no soy un ser de "costumbres" no soy un ser de "residencia fija". Lo cual no quiere decir que no pueda pasar largas temporadas, o aun años, en un lugar determinado: pero siempre —y para entendernos— "sin darme cuenta". Por tanto, pasaría en Estados Unidos largas temporadas —como lo he hecho— como en otro lugar cualquiera, que me interese por alguna razón. Y desde luego Estados Unidos, me interesa por muchísimas razones. Mi curiosidad, lo confieso humildemente, es insaciable. Mis estancias en Estados Unidos, extraordinariamente interesantes.

Como estas preguntas me parecieron formuladas en tono *personal*, me he permitido dar respuestas "*personales*", y en modo alguno "*representativas*".

LA FUENTE DE COCOA

Por *Mireya ROBLES*

UN cafetín usado por el Tiempo. Usado por miles de bebedores de cerveza que chocaban los jarros de cristal gordo con una chispa alegre en los ojos, y que sin decir nada, querían decir: "salud" ("Por ti brindo, porque estás ahí, vivo y alegre"). Mesas pequeñas, pequeñísimas, cuadradas, con manteles a cuadros, blancos y rojos. Todas las mesas, apretadas una tan cerca de la otra que apenas puede uno pasar entre ellas. El cafetín pequeño y cuadrado como un cuarto. Las paredes todas de cristal y por ellas se ve un pueblo que no es pueblo, sino una playa; o una playa que no es playa —así, de recreo— sino como un pueblo de pescadores. El sol, la luz del sol, es gorda, amarilla, densa y entra en el cafetín, desde la playa, ignorando las pequeñas densidades de neblina y dejando en paz la constante humedad. Como si no le importara calentar ni secar, sino echar sobre el cafetín su torrente de luz pesado y brillante.

Entro sola, sin saber por qué, sin saber de dónde vengo ni cómo llegué allí. Sólo importa ese momento. Un momento en que me adentro en el mundo que habla y que se ríe. No oigo lo que dicen. Son murmullos ininteligibles seguidos de risas que parecen sinceras porque salen de dentro, como empujadas por el diafragma, localizadas un poquito más arriba del estómago. No son risas que se producen artificialmente con sonidos guturales, forzados.

No tengo dónde sentarme. No tengo lugar allí, en este apretado, sucio, brillante mundo de los que se ríen. Pero sin encontrar lugar, casi sin buscarlo, me veo así, de momento, en medio de mi pausado asombro, sentada, esperando. Digo, porque tiene que ser así, porque no puede ser de otra manera, que tengo unos veinte años. Quizá fueran diecisiete, quizá dieciséis o diecinueve. Pero una madura, antigua carga de soledad que llevo conmigo sin querer, me dice que debo tener veinte. No sé a quién espero, ni para qué espero. Sé que con esos marineros avejentados, sudorosos, de grandes grietas en la cara, de ojos gratuitamente febriles, con sus sweaters de cuello de tortuga azules, sucios, con sus gorras tejidas, con su risa espontánea que no responde a nada; de esos, nada puedo esperar. En ellos nada

busco. Me retiene tal vez el deseo de oír reír aunque la risa sea sólo un sonido gratuito.

Varias veces, delante de mi mesa, pasa Ronald. Es alto, fuerte —si se tratara de un camionero diría fornido—, el cuerpo doble y ancho; el pelo castaño cenizo, algo encrespado; quemado del sol; en los ojos una chispa fugaz que parece anunciar una sonrisa que nunca llega a dibujarse en los labios. El es, es él a quien espero. Estudió fuera de allí, medicina. No es el dueño del cafetín, ni es sirviente y sin embargo, tiene para aquel lugar, para aquella gente, para aquel momento, una importancia inexplicable. Debo decir, tengo que decir, algo me impulsa a creer, que si no fuera por Ronald, aquel momento no existiera. Y con el momento ausente, desaparecería el cafetín, la cerveza y la risa.

Ronald pasa a mi lado y siento su presencia, pero no se acerca. Ronald debe de saber que es a él a quien espero. ¿Cómo es posible que estando yo allí sola, sentada, entre tanto hombre envejecido con olor a marisco, no sepa él que lo espero? ¿Cómo es posible que yo me dé cuenta de que no hay a nadie más a quién escoger, que debo esperarlo a él y que él ignore su situación, que es la misma? O tal vez no sea la misma su situación. Cuando yo me largue del cafetín vuelvo a mis padres derrotados, a la mugre, a las diarias esperanzas que mueren sin nacer, ahogadas en la ausencia de posibilidades.

Estoy allí, incrustada a aquella silla, por un lapso inmensurable, de días o minutos, o quizá de toda una vida acumulada en un instante de espera. Parece una eternidad desde la última vez que pasó Ronald delante de mi mesa. Tengo que averiguar, tengo que saber. Cerca de mí, muy cerca de mí, hay una mujer gruesa, como de cincuenta años, de cara joven aún, toda vestida de negro, de grandes ojos azules o verdosos, brillantes. Solloza. Solloza sin consuelo, solloza con el desconsuelo del que sabe que nadie lo puede consolar. Le hablo sintiéndome cerca de ella, pero sin acercarme más. Sé, sin que me lo diga, que se trata de Ronald. Sé, sin que me lo diga, que se trata de aquel mocetón que pasaba delante de mí, y que nunca llegó a mi mesa y que tantas veces me imaginé diciéndole mi nombre y oyéndole el suyo: "Es Ronald" —me dijo. Y supe entonces que Ronald era él y que se había perdido. Una guerra, pensé —muchas veces me lo imaginé muriendo en la guerra. "Un absurdo más de la vida" —continuó. "Una bala que alguien tiró sin motivo. El se buscaba, con la mano derecha, el dolor en el hombro izquierdo; después se lo buscó en el pecho; la mano se le llenó de sangre y cayó muerto". Sabía yo que ella tenía que tener otro hijo. Sería injusto que no tuviera otro hijo, y le pregunté por él. "Ese está bien, pronto vendrá". Y me quedé entonces allí, esperando al otro, sin pre-

guntar su nombre. El de Ronald lo supe después de muerto. El nombre de éste era innecesario. La mujer vestida de negro desapareció de mi cercanía. Porque era una visión o porque no podía llorar en el cafetín de la risa, o porque dejó de ser importante en aquel instante de mi vida.

Pronto, muy pronto, comenzó a pasar el otro. Diecisiete, dieciocho, quizá. Doble y fuerte, pero nunca se me ocurriría llamarle fornido. El pelo más lacio, negro; los ojos grandes y castaños; la piel trigüeña, con un brillo sedoso. Este pareció comprender; éste comprendió en seguida y pronto nos vimos en una sala más vacía, donde la presencia de los demás poco importaba. Se reclinó en el sofá, yo a su lado, le rodeé con mis brazos la cintura y recosté la cabeza en su pecho. Esto era todo. La vida, después de todo, quizá no fuera un constante, difícil desencaje. Tal vez se pueda vivir así, recostada en el pecho que uno tiene que buscar, que uno tiene que encontrar, y esperar la muerte. Quizá la vida no sea tan difícil, quizá no sea un constante, doloroso desencaje.

Tenía los ojos cerrados como para acomodarme y descansar en mi destino, pero algo inexplicable me hizo abrirlos lentamente. Y te vi allí, en un sillón, frente a mí, mirándome con un asombro resignado y con una tristeza que sólo había sido —hasta entonces— mía. Estabas tranquila y sin palabras, y yo diría que guardabas para mí, un gesto de piedad. Tenías en la cara un cansancio que talmente parecía que me habías robado a mí. Estabas cerca, con toda la inmensidad de tu piedad, pero lejana e incommunicable. Permanecí abrazada a aquel montón de músculos fuertes y relajados y seguí diciéndome que así, con los ojos cerrados, recostada a él, sin hablar, a pesar de todo, a pesar de tu compasión, tal vez la vida no fuera un doloroso, constante desencaje. Un movimiento dulce y firme, me fue apartando los brazos y lo vi a él —a mi dulce destino sin nombre— parado frente a mí, dispuesto a irse. No le pedí explicaciones, porque no eran necesarias. Su abrazo, su acercamiento, había sido momentáneo. Nada tenían que ver con mis planes de encajar en la vida de una vez y para siempre. Nada tenía que ver con mi intención de descansar, así, abrazada a él, y esperar la muerte. Se terminaron las horas de la noche en que un hombre abraza a una mujer, y llegó el momento de irse, de perderse sin rastro, en la noche.

Me volví a lo mío, caminando descalza por las arenas húmedas, por la oscuridad ennochecida. Llegué al pequeño, destartado teatro de mi padre y allí lo vi, con toda su fortaleza desgastada, a punto siempre de derrumbarse, en el pobre escenario exageradamente alumbrado, dando latigazos en el aire como si estuviera amenazando o castigando al destino para que le concediera la función teatral

que parecía ser eternamente irrealizable. No sé si esperaba un milagro. Era dueño de aquel teatracho, del edificio, del caparazón, pero jamás tendría dinero para montar la obra. Yo había crecido oyendo sus gritos y sus latigazos en el aire. Sin actores, sin obra teatral, sin equipo. Su única empleada era una jovencita fofa que no llegaba a ser gorda, los labios eternamente ensalivados, gordos, entreabiertos que enseñaban unos dientes anchos y separados. Vestida con un traje como de payaso, de fondo blanco y enormes lunares rojos; con un sombrero de pajilla, como de colegiala, con dos cintas colgando de la parte de atrás del ala redonda. De cuando en cuando aparecía algún público. Y la idiota recogía la entrada de diez centavos por cabeza. La furia de mi padre entonces se agrandaba. Había logrado tener seis, diez, veinte personas dispuestas a recibir lo que él les presentara; había logrado reunir la miseria de unos reales; pero no tenía nada que presentar. Renuente a admitir su fracaso, daba fuertes latigazos en el aire y desde el escenario, le gritaba a la que recogía los reales con la babeante sonrisa: "¡Idiota! ¡Idiota! ¡Todo es por tu culpa! ¡Hoy será otro fracaso, todo por tu culpa!" Oí sus gritos sin hacerle caso, sabiendo que la función terminaría sin empezar, cuando el público se aburriera de los gritos y los latigazos en el aire y comenzaran a pararse y a recoger el real de manos de la idiota sonriente. Seguí de largo y me encaminé a un kiosko y pedí —con aire de triunfo— una taza de cocoa. Me sirvieron el chocolate en una especie de fuente honda, de cartón, y no protesté. Ya era tarde —las nueve de la noche— y adquirir un servicio de esta índole en un pueblo ya casi totalmente dormido, era un privilegio. Vivíamos en un segundo piso, en un palomar negruzco y sucio, oscuro, por falta de luz eléctrica o porque, simplemente, así le gustaba vivir a mi madre. Me esperó con una actitud pronta a la recriminación: "Sabes que aquí, en esta casa, se come a las siete en punto". Inexplicablemente, me sentí ajena a los yugos familiares, me sentí independiente. Me pareció que había tirado —por una ventana inexistente— un saco repleto de culpas. Sabiendo que me estaba mirando, dibujé una cínica sonrisa y le dije mientras bebía la fuente de cocoa: "Lo sé".

Se terminó de imprimir en la Editorial Libros de México, S. A., Ave. Coyoacán No. 1035, de la ciudad de México 12, D. F., el día 25 de agosto de 1971. Consta la edición de 1 500 ejemplares.

Nº 1110

Nº

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	Precios	
	por ejemplar	
	Pesos	Dls.
RENDICION DE ESPIRITU (I y II), por <i>Juan Larrea</i>	10.00	1.00
LA APACIBLE LOCURA, por <i>Enrique González Martínez</i>	10.00	1.00
LA PRISION, por <i>Gustavo Valcárcel</i>	10.00	1.00
SIGNO, por <i>Honorato Ignacio Magaloni</i>	5.00	0.50
LLUVIA Y FUEGO. LEYENDAS DE NUESTRO TIEMPO, por <i>Tomás Bledsoe</i>	10.00	1.00
LUCERO SIN ORILLAS, por <i>Germán Pardo García</i>	10.00	1.00
LOS JARDINES AMANTES, por <i>Alfredo Cardona Peña</i>	10.00	1.00
MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por <i>Miguel Alvarez Acosta</i>	25.00	2.50
DIMENSION IMAGINARIA, por <i>Enrique González Roio</i>	5.00	0.50
DIMENSION DEL SILENCIO, por <i>Margarita Paz Paredes</i> ..	20.00	2.00
SANGRE DE LEJANIA, por <i>José Tiquet</i>	20.00	2.00
ARETINO. AZOTE DE PRINCIPIES, por <i>Felipe Cossio del Pumar</i>	20.00	2.00
OTRO MUNDO, por <i>Luis Suárez</i>	10.00	1.00
LA BATALLA DE GUATEMALA, por <i>Guillermo To- riello</i>	30.00	3.00
EL HECHICERO, por <i>Carlos Solórzano</i>	5.00	0.50
POESIA RESISTE, por <i>Lucila Velásquez</i>	10.00	1.00
AZULEJOS Y CAMPANAS, por <i>Luis Sánchez Pontón</i>	20.00	2.00
RAZON DE SER, por <i>Juan Larrea</i>	10.00	1.00
EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por <i>Fernando Ale- gría</i>	5.00	0.50
LA ESPADA DE LA PALOMA, por <i>Juan Larrea</i>	15.00	1.50
INCITACIONES Y VALORACIONES, por <i>Manuel Maples Arce</i>	20.00	2.00
PACTO CON LOS ASTROS, GALAXIA Y OTROS POE- MAS, por <i>Luis Sánchez Pontón</i>	20.00	2.00
LA EXPOSICION, DIVERTIMIENTO EN TRES ACTOS, por <i>Rodolfo Usiel</i>	15.00	1.50
LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA EN LOS ESTA- DOS UNIDOS DE AMERICA DEL NORTE 1900-1950, por <i>Frederic H. Young</i>	10.00	1.00
HISPAOAMERICA EN LUCHA POR SU INDEPENDEN- CIA, por <i>Varios autores</i>	10.00	1.00
GUATEMALA, PROLOGO Y EPILOGO DE UNA REVOLU- CION, por <i>Pedro Guillén</i>	5.00	0.50
EL DRAMA DE AMERICA LATINA. EL CASO DE ME- XICO, por <i>Fernando Carmona</i>	25.00	2.50
DIALOGOS CON AMERICA, por <i>Mauricio de la Selva</i>	10.00	1.00
LA ECONOMIA HAITIANA Y SU VIA DE DESARROLLO, por <i>Gerard Pierre-Charles</i>	25.00	2.50
EL PANAMERICANISMO DE LA DOCTRINA MONROE A LA DOCTRINA JOHNSON, por <i>Alonso Aguilar Monteverde</i> ..	10.00	1.00
MARZO DE LABRIEGO, por <i>José Tiquet</i>	10.00	1.00
ASPECTOS ECONOMICOS DEL INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL, por <i>Lucila Leal Araujo</i>	25.00	2.50
PASTORAL, por <i>Sara de Ibáñez</i>	5.00	0.50
UN METODO PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO, por <i>José Gans</i>	5.00	0.50
LA AGONIA DEL PERU, por <i>Gustavo Valcárcel</i>	5.00	0.50
OROZCO Y LA IRONIA PLASTICA, por <i>José Guada- lupe Zuno</i>	8.00	0.80
UNA REVOLUCION AUTENTICA EN NUESTRA AMERICA, por <i>Alfredo L. Palacios</i>	3.00	0.30
VIGILIAS, por <i>Clarivel Alegría</i>	5.00	0.50
REVISTA: SUSCRIPCION ANUAL (6 números) (1971)		
MEXICO	150.00	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	13.50	
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	15.50	
PRECIOS DEL EJEMPLAR		
MEXICO	30.00	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	2.70	
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	3.00	

Ejemplares atrasados, precio convencional

N U E S T R O T I E M P O

Loló de la Torre

El compromiso y los escritores
Cubanos.

Angel Rama

La Generación Crítica Uruguaya
(1939-1969) II Parte.

Manuel Aguilera G.

Balance de la Nueva Ley de Reforma Agraria.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

José Blanco Amor

El Desafío de los Robots.

Francisco Julião

Cada pueblo tiene su estrella.

Alejandro Lora Risco

Concepto y límites de la creación literaria americana.

NOTA, por ANGEL BASSOLS BATALLA

HOMENAJE A BENITO JUAREZ

Benito Juárez

Apuntes para sus hijos.—Justificación de las Leyes de Reforma.—Discurso de Diciembre 15 de 1861.—Frente a la Intervención Francesa.—Hay que seguir la lucha con lo que podamos hasta donde podamos.—La Francia Demócrata.—Manifiesto de julio 16 de 1867.

PRESENCIA DEL PASADO

Leopoldo Peniche Vallado

La sustancia teatral en las novelas de Cervantes.

Robert M. Scari

El teatro y la moral en el pensamiento de Larra.

Jesús Silva Herzog

El Capitalismo en la segunda mitad del Siglo XIX.

Manuel Maldonado Denis

De Diego y Albizu Campos.

DIMENSION IMAGINARIA

Raúl Leiva

Oda a Fuensanta y Elegía a López Velarde.

Luis González-Del-Valle y

Antolín González-Del-Valle

Visión del hombre y de la sociedad en tres dramaturgos Argentinos contemporáneos.

Orlando Edreira

Una Cala en la técnica literaria de Mariano Azuela.

Jaime A. Montesinos

Contra la nada que acecha: Julio Cortázar.

Efrén Núñez Mata

Joaquín Clausell, pintor impresionista mexicano.

Alfredo Gómez Gil

Ana María Matute.

Mireya Robles

La Fuente de Cocoa.